

Libros de **Cátedra**

Problemáticas del Psicoanálisis 2

Vigencia de la letra freudiana

Claudia E. de Casas, Lucía Soria
y Marcelo Weretilneck (coordinadores)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales


Editorial
de la Universidad
de La Plata



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

PROBLEMÁTICAS DEL PSICOANÁLISIS 2

VIGENCIA DE LA LETRA FREUDIANA

Claudia E. de Casas
Lucía Soria
Marcelo Weretilneck
(coordinadores)

Facultad de Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



Editorial
de la Universidad
de La Plata

Índice

Introducción _____	6
---------------------------	---

Claudia E. de Casas

PRIMERA PARTE

Acerca de la transmisión

Capítulo 1

Algunas coordenadas freudianas para pensar la enseñanza del Psicoanálisis en la Universidad _____	10
--	----

Fabián Miranda

SEGUNDA PARTE

La primera tópica freudiana y el inconsciente que insiste

Capítulo 2

Trauma psíquico y proceso primario _____	11
--	----

Fernando Praderio

Capítulo 3

¿Qué entendemos por síntoma en Psicoanálisis? _____	29
---	----

Cecilia M. De Cristófolo y María Cristina Piro

Capítulo 4

El síntoma en la experiencia analítica: puntualizaciones teóricas y técnicas _____	36
--	----

Clarisa Moya

Capítulo 5

La metapsicología freudiana como invención de una nueva psicología _____	45
--	----

Rocío Mayorga

Capítulo 6

El Psicoanálisis más allá de la Psicología _____ 54

Christian Roy Birch

Capítulo 7

La escritura del sueño _____ 67

Claudia E. de Casas

TERCERA PARTE

La pulsión y sus vicisitudes

Capítulo 8

La bisexualidad originaria: un obstáculo en la teorización de la diferencia sexual _____ 79

Lucía Soria

Capítulo 9

Acerca de los conceptos previos a la teoría de la sexualidad infantil _____ 94

Mariela Fracassi

Capítulo 10

Primeras aproximaciones al concepto de sublimación en la obra de Freud _____ 101

Marisa Badr

Capítulo 11

Las vicisitudes del concepto de transferencia en Freud y sus avatares en la clínica _____ 105

Agostina Patriarca

Capítulo 12

Articulación entre los conceptos de narcisismo, identificación y pulsión
en la obra de S. Freud _____ 115

Alma Pérez Abella

CUARTA PARTE

El giro del 20 y el límite a lo interpretable

Capítulo 13

Comentario sobre Introducción del Narcisismo _____ 122

Marcelo Weretilneck

Capítulo 14

Trauma, angustia y el más allá del principio del placer _____ 130

Nicolás Campione

Capítulo 15

Notas sobre las operaciones fallidas y el más allá del principio de placer _____ 140

Juan Delfino

Capítulo 16

El sentido del síntoma y su núcleo de satisfacción _____ 146

Clarisa Moya

Capítulo 17

Pulsión de muerte y superyó: lecturas sobre el “Más allá...” en Freud _____ 155

Javier M. Pérez

Capítulo 18

Las resistencias y sus complejidades _____ 163

Amalia de la Merced Passerini

Capítulo 19

Fijación de la defensa y alteración del yo _____ 171

Natalia Cejas

Capítulo 20

Pulsiones y desarrollo cultural: paradojas y antagonismos _____ 179

Fabián Miranda

QUINTA PARTE

Otras lecturas

Capítulo 21

La muerte en la obra de Sigmund Freud _____ 191

Juliana Urban

Capítulo 22

Lecturas de la filogenia en Freud _____ 198

Luis H. Volta

Bibliografía ampliatoria _____ 219

Los autores _____ 221

Introducción

En la elaboración del presente libro ha quedado plasmado lo que en el nombre del mismo se da a leer: *Problemáticas del Psicoanálisis 2*. Esto no sólo señala la continuidad de los “tomos”, si no que subraya la intención de los autores de seguir pensando y ofrecer a nuestros lectores algunas consideraciones que reflejan diferentes puntos de complejidad presentes en la obra de Freud. Asimismo el subtítulo que lo acompaña, *Vigencia de la letra freudiana* consigna lo que siempre ha sido un objetivo relevante en la trasmisión del programa de la asignatura, extraer de la lectura propuesta los hitos fundamentales de la teoría psicoanalítica que trascienden los tiempos en que fueron elaborados por el creador del psicoanálisis. Herramientas que continúan siendo una brújula en la manera de entender la clínica y de continuar desarrollando el entramado teórico que la sustente.

Por último, en lo que hace a la elección del título no podemos dejar de mencionar que también representa para nosotros una manera de sostener nuestro homenaje al Dr. Escars, quien sigue presente en la propuesta programática de la asignatura e inició, como compilador en el año 2015, esto que ya podemos denominar una serie de libros de cátedra.

Los autores reunidos en esta oportunidad son en su mayoría docentes y adscriptos que desempeñan o han desempeñado su tarea en la Cátedra de Teoría Psicoanalítica, así como también otros docentes pertenecientes a cátedras afines. Esperemos sea este el inicio de futuras publicaciones intercátedras.

Organización del libro

La organización del libro está orientada en torno a las diferentes partes del programa de la asignatura. Es así que el primer capítulo, que inaugura la primera parte, está dedicado a pensar la transmisión del psicoanálisis en la Universidad. El autor se propone reflexionar allí sobre los principales desafíos, obstáculos y beneficios en la particular tarea de la enseñanza del psicoanálisis en nuestras carreras de psicología. Decimos particular, ya que el punto de partida que toma el autor se asienta en afirmar que la transmisión del psicoanálisis en la academia no es ajena a un posicionamiento acorde a la ética misma del psicoanálisis. Esto lo lleva a interrogar e indagar sobre los puntos de vinculación y los de conflictiva disyunción entre la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad y la ética propia de la praxis psicoanalítica.

La segunda parte del libro comprende varios capítulos que se hallan reunidos y que localizan diferentes nudos conceptuales en torno a la primera tópica freudiana y la conceptualización del inconsciente que esta implica. El capítulo 2 inaugura la segunda parte y plantea una articulación entre el trauma psíquico y el proceso primario, que se dejará ir viendo en el recorrido de las argumentaciones freudianas que ha podido rescatar el autor.

En los capítulos 3 y 4 las diferentes autoras dedican sus líneas al síntoma en psicoanálisis. Es así que podemos empezar leyendo articulaciones de nociones fundantes del psicoanálisis necesarias para la conceptualización del síntoma y continuar con un desarrollo sobre los cambios que ha ido realizando Freud en la elaboración del mismo.

El capítulo 5 nos permite considerar al primer ordenamiento metapsicológico freudiano como un precipitado que necesita ser tensado con diferentes momentos de la obra de Freud para alcanzar a avizorar la complejidad que este conlleva. La propuesta de la autora consiste en interrogarse acerca de la metapsicología freudiana como herramienta conceptual para ordenar el nuevo campo que inaugura el psicoanálisis a partir de la noción de lo inconsciente.

En el capítulo 6 vemos un interesante contrapunto entre psicología y psicoanálisis, el cual se ordena en torno al uso de la noción de ignorancia que propone J. Lacan en uno de sus primeros seminarios. Desde allí el autor de este capítulo relanza su mirada sobre el nuevo horizonte clínico y teórico propiciado por la invención del psicoanálisis.

El último capítulo de esta segunda parte, el número 7, se dedica al sueño como escritura. A partir de señalar algunas referencias freudianas donde este sustenta su concepción del sueño como escritura, referencias que fundan una legalidad otra para pensar al sueño, se arriba al sueño en su literalidad, como la letra que escribe e inscribe la dimensión del sujeto.

En la tercera parte del libro, denominada *La pulsión y sus vicisitudes* encontramos una diversidad de capítulos que indican justamente los variados caminos por los que la pulsión se entrama a lo simbólico, dicho de otra manera a la historia del sujeto. Es así que se suceden temas como la "bisexualidad originaria", en el capítulo 8, que analiza el alcance de este postulado en la teoría freudiana sobre la sexualidad; el capítulo 9 nos presenta una lectura sobre algunos antecedentes de esa enorme elaboración, realizada por Freud, sobre la sexualidad humana; en el 10 se toma el concepto de sublimación como destino pulsional, capítulo que resalta la articulación de dicho concepto con el arte; la transferencia en el apartado 11 intenta vislumbrar los obstáculos y las complejidades que implica el manejo de la misma y lo hace a la luz de dos casos clínicos de diferentes épocas de elaboración. Los últimos capítulos de esta parte, el 12 y el 13, toman el concepto de narcisismo desde diferentes perspectivas, el primero se sirve de los conceptos de narcisismo e identificación para pensar y leer los modos en que los sujetos se agrupan actualmente, modos que se encuentran atravesados por la tecnología, y el segundo retoma las referencias freudianas considerando los antecedentes que Freud trabaja sobre dicho término y las indicaciones surgidas de las referencias clínicas, todo esto enmarcado en la lectura de las implicancias que la introducción del término narcisismo tuvo en la obra de Freud.

En la cuarta parte, el libro despliega un número de capítulos abocados a pensar las consecuencias del giro del 20. Comenzando por una articulación entre angustia y trauma desde una perspectiva económica, el capítulo 14 realiza un desarrollo en este sentido a la luz del segundo dualismo pulsional. En el capítulo 15 el autor revisa la conceptualización de las operaciones fallidas partiendo de la revisión que Freud realiza, luego de 1920 sobre su tesis fundamental sobre los sueños. Del mismo modo, en el capítulo 16, se contextualiza el síntoma y la satisfacción que este conlleva en los desarrollos posteriores a *Más allá del principio del placer*, poniendo énfasis en interrogaciones en torno a la técnica, la transferencia y la interpretación en análisis. Los capítulos siguientes, 17, 18 y 19 se meten de lleno en el paso siguiente al giro, nos referimos a la segunda tónica, el segundo modelo de aparato psíquico planteado por Freud, para pensar allí diferentes cuestiones. En el primero de esta pequeña serie encontramos un desarrollo que vincula la pulsión de muerte y el superyó, desarrollo donde el autor ha elegido considerar algunas consecuencias clínicas que logra desprender de la lectura propuesta. En el capítulo 18 nos encontramos con una presentación del fenómeno clínico de las resistencias, con especial énfasis en las últimas, planteadas como resistencias mayores a la cura; y el 19 trabaja también el tópico de la resistencia pero su enfoque se halla más circunscripto a pensar un intrincado nudo entre la defensa, la fijación y la pulsión, enmarcado en el análisis que la autora realiza sobre lo que Freud menciona como una de las resistencias del ello, esto es, la alteración del yo. Por último en esta cuarta parte encontramos un capítulo destinado a rastrear y analizar la problemática que conlleva el antagonismo entre cultura y las exigencias pulsionales, en particular luego de la conceptualización de la pulsión de muerte.

En el apartado final, titulado Otras lecturas, encontramos dos capítulos que por su planteo podemos considerarlos más transversales a la obra de Freud. El capítulo 21, rastrea algunas consideraciones sobre la muerte realizadas por Freud, en tensión con otras propuestas por la filosofía y la religión. Poniendo el acento en la muerte como elemento que no logra inscripción inconsciente y su relación con la sexualidad. Ya en el capítulo final, el autor ofrece una revisión de los usos freudianos sobre la filogenia, intentando precisar el lugar conceptual de esta en la teoría. En el señalamiento de diferentes virajes teóricos, el capítulo invita a pensar, de la mano de algunas referencias clínicas, en las razones por las que Freud acude al factor filogenético cuando se trata de argumentar la etiología de las neurosis.

Claudia E. de Casas

Abril de 2018

PRIMERA PARTE

Acerca de la transmisión

CAPÍTULO 1

Algunas coordenadas freudianas para pensar la enseñanza del Psicoanálisis en la Universidad

Fabián Miranda

Distinguida señora: Cuando venga usted a Viena, todos nos esforzaremos por hacerle accesible lo poco que del psicoanálisis que se deja enseñar y comunicar.

Sigmund Freud, CARTA A L. ANDREAS-SALOMÉ

La ardua tarea de transmitir el psicoanálisis en la Universidad nos incita a reflexionar en torno a nuestra práctica como docentes, también a pensar la dinámica del aula a la luz de algunos conceptos psicoanalíticos, por lo que se torna necesario volver una y otra vez a lo escrito sobre ésta temática por Freud y Lacan. Un punto nodal del que parten interrogantes acerca de la enseñanza de la praxis analítica en la Universidad es la figura del “docente en psicoanálisis”, con sus particularidades y diferencias respecto al ejercicio de la docencia en otros campos del saber. Es conocida la anécdota que escribe Lacan (1969) en donde una estudiante en la visita al centro experimental universitario de Vincennes, lo interroga respecto de por qué los estudiantes no pueden convertirse en psicoanalistas al final de la enseñanza que reciben en dicha Universidad; Lacan responde que esto se debe a que el psicoanálisis es algo que no se transmite como cualquier otro saber. Postura que da continuidad a la de su antecesor y creador del psicoanálisis, Sigmund Freud.

En este sentido intentaremos recuperar algunas coordenadas presentes en los escritos en donde Freud ha trabajado la relación del psicoanálisis con la Universidad, para analizar los principales obstáculos y beneficios de la mencionada conjunción psicoanálisis-universidad, intentando delimitar la particularidad de la enseñanza del psicoanálisis en dicha institución y las condiciones que el autor vienés delimitó para la formación de las y los analistas de su época. A su vez, nos referiremos también a las características que se desprenden de esta problemática en nuestro contexto actual, se hará referencia a la enseñanza del psicoanálisis en los primeros años de formación universitaria tomando el caso concreto de la cátedra Teoría Psicoanalítica de la UNLP.

La transmisión del psicoanálisis en la Universidad no sería ajena a un posicionamiento acorde a la ética misma del psicoanálisis, cuyo centro de orientación son el deseo, el inconsciente y la singularidad del analizante. Ética que se puede pesquisar no sólo en la clínica sino

también en la formación de los analistas y por lo tanto en los principios y cuestiones técnicas que se transmiten en su seno. En palabras de Jaques Allain Miller: “no hay ningún punto técnico en el análisis que no se vincule con la cuestión ética (...) las cuestiones técnicas siempre son cuestiones éticas y esto por una razón muy precisa, porque nos dirigimos al sujeto” (1997, p.13). Sin embargo, a la hora de transmitir el psicoanálisis en el marco de la Universidad, ¿nos dirigimos también al sujeto del inconsciente o al alumno universitario pensado por fuera de las categorías del psicoanálisis? ¿Actualmente, se forman psicoanalistas en la Universidad? ¿Quiénes no sean analistas podrían transmitir de manera genuina algo del psicoanálisis? ¿Qué nos aportaría el psicoanálisis para pensar la enseñanza de sus propias nociones? ¿En qué aspectos radica la dificultad de su enseñanza?

A partir de algunas consideraciones de Freud (1905 [1904]) podemos sostener que el psicoanálisis se aparta del modo de proceder de cualquier psicoterapia conducida desde el lugar del ideal y de cualquier intento de pedagogía; este aspecto también hace a la ética del psicoanálisis; tal es así que la transmisión del psicoanálisis no debería entrar en contradicción con lo que imparten sus postulados centrales. Freud (1913 [1911]; 1926) otorga tres definiciones de lo que es el psicoanálisis, que se encuentran en íntima articulación. Afirma que es una combinación de varios aspectos: es por un lado una modalidad o método de tratamiento de pacientes neuróticos, un método de investigación de la neurosis y también un conjunto de teorizaciones respecto de los procesos anímicos. De aquí que podamos pensar como una primera aproximación al problema, que todo intento de enseñanza del psicoanálisis tendrá que encontrar la manera de dar a conocer estas características que lo definen y que por lo tanto conforman su identidad.

A su vez sabemos, a partir de lo expuesto por Freud (1916 [1915]), que una de las dificultades del aprendizaje del psicoanálisis y su respectiva enseñanza radica en que la situación analítica no admite terceros como oyentes, ni puede ser demostrada empíricamente en público, de esto se deriva que el lugar a ocupar por el analista en la enseñanza no sea el mismo que en la clínica. La pregunta con la que inmediatamente nos encontramos, es la misma que se hace Jaques Lacan en su texto “El psicoanálisis y su enseñanza” (1957): “Lo que el psicoanálisis nos enseña, ¿cómo enseñarlo?” (p. 413). Esta afirmación, nos indica que algo del psicoanálisis puede enseñarse y por lo tanto ser aprendido, entonces el límite o problema ¿radicaría en los modos de llevar a cabo esta tarea?

Para poder acercarnos a alguna respuesta, podemos tener en cuenta que la posición que llegase a tomar cada analista en la clínica estará sustentada en los pilares que sienta Freud (1919) para la formación de todo analista: la lectura de la bibliografía respectiva, el análisis propio y el control de la práctica por un analista con mayor experiencia. Esta formación no es sin prescindir del papel de quien transmita en diferentes espacios de formación las nociones teóricas, reglas y principios técnicos. Freud se refirió a este rol de diversos modos: “docente”, “instructor”, “informante”. Sin embargo, un choque entre diferentes discursos aparece si sumamos aquí a la Universidad, institución cargada de un discurso propio, también de reglas, políticas educativas, contradicciones diversas y relaciones de poder debido a los distintos

intereses de sus agentes. Esta institución con la complejidad que la atraviesa se propone formar en nuestro contexto licenciados en psicología y no analistas, aunque valiéndose para ello de la enseñanza del psicoanálisis en sus planes de estudio, en coexistencia con distintas corrientes de la psicología. ¿El psicoanálisis ha perdido algo de su identidad al incorporarse en la Universidad? Nuestro escrito entonces intentará abordar aquellos obstáculos que dicha disciplina tuvo y tiene que atravesar en su inserción en la Universidad y por añadidura, será necesario también problematizar la figura del docente en psicoanálisis, junto a los posicionamientos desde los que podemos pensar la transmisión de las principales nociones freudianas a la comunidad universitaria. Para ello dejaremos de lado las cuestiones histórico-políticas que llevaron a que el psicoanálisis desembarque como *mainstream* en la mayoría de las facultades de psicología de gestión pública en nuestro país; partiremos del hecho de que el psicoanálisis se enseña en las universidades públicas desde hace ya varias décadas. En el caso de la Universidad Nacional de La Plata, la cátedra Teoría Psicoanalítica es la primera asignatura que tiene como función introducir a los alumnos de la Licenciatura y el Profesorado en Psicología en la lectura y comprensión de los textos freudianos, y por lo tanto, en la lógica y ética particular del psicoanálisis.

El psicoanálisis y su enseñanza en la Universidad: historia y actualidad de un encuentro problemático

La enseñanza del psicoanálisis a los estudiantes que se incorporan a la Universidad resulta una misión compleja por diversos motivos: por un lado, no se trata de enseñar una doctrina cerrada, ni una técnica psicoterapéutica, ya que el psicoanálisis no es eso. Al contrario, se intentan transmitir aquellas características que mejor lo definen como la formalización de lo que ocurre en la clínica, esa *praxis* que rompe la división dicotómica entre teoría y práctica (Escars, 2015). Además, la transmisión resulta una misión compleja porque, como mencionábamos, desde la materia Teoría Psicoanalítica, nos ocupamos de presentarles a los alumnos por primera vez (para la mayoría de ellos), los hitos fundamentales del psicoanálisis: aquellas nociones por demás complejas, plagadas de reformulaciones y significados variantes, multívocos. Es en este desafío que nos encontramos con la dificultad de no banalizar ni simplificar excesivamente los conceptos a la hora de explicarlos.

La tarea de transmitir las nociones centrales del psicoanálisis no puede ser sin mostrar la complejidad de los conceptos psicoanalíticos, los distintos obstáculos, contradicciones que el mismo Freud fue encontrando en ellos y que no dejaron de interrogar a las sucesivas generaciones de analistas de las distintas escuelas. Por lo tanto, se torna necesario que desde cualquier afán didáctico se evite simplificar en exceso las nociones centrales de dicha disciplina ya que la acercaría a lo que no es: un sistema de conocimiento cerrado, sin dificultades de comprensión. Sabemos que el psicoanálisis tampoco es una cosmovisión, no pretende obtener respuestas a todos los problemas de la vida, en cambio, sí se habilita a desautorizar ilusiones

desde la incompletud que lo caracteriza (Freud, 1932). Esta última característica, se encuentra presente en la transmisión e incluso a la hora de planificar cualquier trasposición didáctica de los conceptos.

Por otra parte, si nos centramos en el nombre de la cátedra que venimos mencionando: Teoría Psicoanalítica; es una nominación por demás cuestionable ya que el psicoanálisis no se reduce a una mera teoría sobre el psiquismo. Este es un ejemplo concreto y simple de contradicción entre la identidad del psicoanálisis y el formato universitario. A pesar de que la materia en cuestión se sitúa en el ciclo básico de las carreras de grado de la Facultad de Psicología de la UNLP (en donde los programas de las distintas asignaturas de ese tramo formativo abordan teorías y fundamentos), siguiendo a Freud creemos que el psicoanálisis no debería encapsularse en la categoría de teoría básica, ya que no es posible transmitir sus conceptos fundamentales en desconexión de la clínica, es decir, como nociones teóricas encapsuladas a “aplicar” o “corroborar” en un tiempo posterior; bajo estas coordenadas el psicoanálisis perdería su identidad. Es por eso que la particularidad de su enseñanza en este contexto también debería contemplar esta dificultad (Escars, 2008). Sobre todo si tenemos en cuenta que cada texto del autor, cada concepto, se vio iluminado por la complejidad de la clínica del momento.

La unidad introductoria al programa actual de la asignatura Teoría Psicoanalítica, titulada “El psicoanálisis y su enseñanza” da cuenta de éste desafío en la transmisión, que si bien no deja de ser actual, no debemos olvidar que parte de los orígenes mismos del psicoanálisis; una vez que Freud sienta las bases de su disciplina, inevitablemente tuvo que pensar una manera de transmitir a la comunidad médico-científica de ese entonces, luego a los nacientes psicoanalistas y también a los alumnos o profesionales de distintas carreras, lo que el psicoanálisis era y lo que se podía enseñar de él. Es por esto que a continuación nos abocaremos a describir los vínculos de dicho autor con la Universidad, su postura en torno a la manera de transmitir el psicoanálisis en el marco de esta institución –de la cual sabemos que ha sido docente– para poder seguir pensando la especificidad de la enseñanza del psicoanálisis en nuestro contexto, la figura del docente universitario en psicoanálisis, junto al papel de la transferencia en la transmisión.

A partir de lo que mencionábamos en la introducción, si intentamos dar respuesta a la pregunta de ¿cómo enseñar el psicoanálisis? debemos recurrir desde un comienzo a Freud ya que fue quien estableció las bases de cómo transmitir el psicoanálisis; en primer lugar haciéndolo hacia un público científico heterogéneo que comenzaba a interesarse por sus hallazgos hacia principios del siglo XX. Uno de los lugares privilegiados para lograr ese cometido fue la Universidad de Viena, en donde fue nombrado Docente Adscripto de neuropatología en 1885 y luego Profesor Asociado en 1902 (Freud, 1933); allí dictó conferencias durante más de 30 años. La Universidad era el lugar ideal para insertar al psicoanálisis en el debate con la comunidad médico-científica, ya que darle prestigio y reconocimiento en el ámbito académico a su disciplina fue una de sus preocupaciones. Otro punto clave del contacto de Freud con la Universidad fue su viaje a Estados Unidos en septiembre de 1909 para dictar una serie de conferencias en la Clark University. Con motivo del festejo de los 20 años de esa Universidad, Stanley Hall, invita

a Freud a dictar un conjunto de conferencias sobre psicoanálisis. En la nota introductoria a las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” (1909), Strachey dice que Freud llegó a declarar que este hecho fue el primer gran reconocimiento oficial de la joven ciencia.

A su vez, estas conferencias ofrecen una descripción de la soltura y claridad de su estilo como conferencista, se constituyeron posteriormente en un buen ejemplo de lo que podría ser una clara síntesis del psicoanálisis mismo. Previamente a esas exposiciones, Freud se vio obligado a organizar sus conferencias, seleccionar contenido, encontrar la mejor manera de exponer sus hallazgos a un público desconocido. A partir de esta actividad de divulgación en el ámbito universitario, podemos decir que además de ser el primer psicoanalista, fue el primer docente en psicoanálisis. Strachey también afirma, que hubo acuerdo general en la comunidad analítica acerca de su técnica de expositor: nunca era retórico y su tono era el de una conversación tranquila, no era para nada desordenado en la transmisión. Sus conferencias tenían casi siempre una estructura definida —introducción, desarrollo y conclusión— esto llegaba a darle al oyente la impresión de una unidad estética y didáctica (Freud, 1916 [1915]). Además, es interesante destacar que tras dar clases durante más de 30 años se fue encontrando con la sorpresa de la ampliación de su público, cuando en 1900 dio su primera exposición sobre los sueños contaba con menos de diez oyentes, luego su público se acrecentó considerablemente hasta pasar los cien asistentes, esto lo llevó a preparar sus conferencias con más cuidado que el habitual (Tubert, 2000).

A partir de la inauguración de este contacto entre el psicoanálisis y la Universidad, Freud escribió un texto titulado “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la Universidad?” Escrito en donde se establecen las pautas que deben seguirse a la hora de enseñar dicha disciplina, con los recaudos que implica su inmersión en el contexto universitario. Allí el autor sitúa algunas coordenadas que siguen estando presentes en nuestro territorio.

Freud en ese entonces intentaba pensar las ventajas y dificultades de la asimilación del psicoanálisis a los planes de estudio de medicina; también en el mismo texto llega a sostener que sus formulaciones no sólo pueden ser enseñadas a los médicos y psiquiatras, sino que su disciplina debe estar abierta, además, a las ciencias de lo humano cercanas a la filosofía. Su postura es que la Universidad puede verse seguramente beneficiada con los aportes del psicoanálisis en sus planes de estudio de medicina, como formación en los fenómenos psíquicos, pero es tarea de esta institución encontrar la manera de incluirlo en el conjunto de su enseñanza. El problema que detecta Freud de esto es que, toda enseñanza psicoanalítica teórica siempre será incompleta ya que faltaría la vertiente de la práctica analítica en tanto análisis propio y experiencia clínica, dimensión que no admite ser enseñada a un curso entero a partir de la observación, ya que el acontecer clínico en el encuadre analítico no puede tomarse como objeto de divulgación, atendería contra el mismo dispositivo y sus principios éticos. “En síntesis, cabe afirmar que la Universidad únicamente puede beneficiarse con la asimilación del psicoanálisis en sus planes de estudio. Naturalmente, su enseñanza sólo podrá tener carácter dogmático-crítico, por medio de clases teóricas” (Freud, 1919, p. 171). De todas maneras, la teoría no podrá estar desvinculada de la experiencia clínica, es así que “a los fines de la investigación

que debe llevar a cabo el docente de psicoanálisis, bastará con disponer de un consultorio externo que provea el material necesario, en la forma de los enfermos denominados nerviosos” (Freud, 1919, p. 172). Entonces, para el autor la enseñanza del psicoanálisis será siempre incompleta, pero aun así deberá estar sustentada en la experiencia clínica de quien lleve la tarea de transmitir las nociones teóricas.

Si pensamos en las condiciones propuestas para la formación de los analistas (el análisis propio, la supervisión y la lectura de los textos fundamentales) Freud sostiene que el psicoanálisis puede prescindir de su vínculo con la Universidad y también de su ejercicio exclusivamente realizado por médicos, pero con el reparo de afirmar que hasta no crearse las escuelas de analistas, las personas que posean formación médica previa serían el mejor recurso para crear futuros analistas a condición de que los mismos no caigan en reduccionismos biológicos. También manifiesta que no se podrá excluir del campo psicoanalítico ni prescindir de la colaboración de analistas que posean formación previa en las ciencias del espíritu. No sería lo central poseer un diploma de médico sino, la formación particular ya mencionada que se requiere para el ejercicio del psicoanálisis (Freud, 1926).

En cuanto a la transmisión del psicoanálisis en la Universidad, la misma debe ser realizada a partir de clases teóricas. Freud (1938) nos dice, que sus técnicas o métodos de exposición son dos, a uno de ellos lo denomina genético: el mismo es útil ante un público que no conoce nada sobre psicoanálisis o muy poco. Este método retoma lo evidente, el sentido común, el saber previo de los interlocutores, y va más allá intentando mostrar las fallas de esa formación previa para explicar determinados fenómenos, llama la atención sobre hechos que el profano ha descuidado, para de esta forma en esa ruptura, introducir los conceptos psicoanalíticos, ya que el psicoanálisis se enseñaría en contra de la formación previa. La otra forma de explicación es la dogmático-crítica, aquella mediante la cual se exponen los conceptos no de manera cerrada o acabada, esta modalidad no exige fundamentación inmediata de sus postulados pero aun así, demanda creencia ante los oyentes.

Vemos como Freud fue definiendo un estilo propio con diversas estrategias para preparar y brindar sus conferencias ante sus diversos públicos, aun así lo que del psicoanálisis se deje transmitir resulta siempre inacabado, incompleto. Siguiendo el razonamiento del autor podemos preguntarnos ¿cómo aprenderlo entonces? Al respecto menciona un camino posible, transitable, único e individual para quien se interese en su ejercicio:

El psicoanálisis se aprende primero en uno mismo (...) si uno se hace analizar por un analista experto, si se vivencian en el yo propio los efectos del análisis y se aprovecha esa oportunidad para atisbar en el analista la técnica más fina del procedimiento (Freud, 1916 [1915], p. 17).

Pareciera ser que la formación teórica para Freud es menos importante que contar con la experiencia del análisis propio, aprendizaje que la Universidad no ha sido capaz de brindar, ya que se aparta de sus intereses, y por otra parte, entra en contradicción con sus normas y políti-

cas de enseñanza. Aun así, solamente el análisis propio no bastaría para la formación de analistas sin las otras dos aristas.

Destacamos para finalizar este apartado otra dificultad que Freud (1917 [1916]) sitúa en torno a la enseñanza del psicoanálisis, la misma sigue presente en la actualidad, pero la novedad es que no es tanto de entendimiento o de comprensión sino afectiva, la misma impide que algunos destinatarios le presten atención o creencia a los postulados fundamentales, podríamos ubicar allí a ciertos oyentes que no tenían afinidad con el psicoanálisis, por lo revolucionario de sus contenidos, o también quizás por los rasgos de la persona encargada de la transmisión, en este caso el propio Freud. Este obstáculo se relaciona con la noción de la transferencia en el acto educativo que desarrollaremos a continuación.

El papel de la transferencia en la enseñanza del psicoanálisis

Freud (1912) sostiene que la transferencia no es propia de la situación analítica, se presenta fuera de ella con determinadas características e incluso de manera más intensa. Se produce en el marco de cualquier institución, en el marco de los vínculos sociales. Este fenómeno fuera del dispositivo analítico, casi no es reconocido como tal, a pesar de que muchas veces por su intensidad pueda llegar hasta el sometimiento. Es así que el autor se refiere a los fenómenos transferenciales como una categoría amplia de la que, la transferencia analítica formaría parte, con sus características y usos específicos. Entonces esta disposición a la transferencia no sólo se da en el encuentro con el analista, sino en cualquier vínculo humano, en parte, debido a la estructura de la palabra humana y sus efectos para generar lazos libidinales.

Mediante palabras puede un hombre hacer dichoso a otro o empujarlo a la desesperación, mediante palabras el maestro trasmite su saber a los discípulos, mediante palabras el orador arrebató a la asamblea y determina sus juicios y sus resoluciones. Palabras despiertan sentimientos y son el medio universal con que los hombres se influyen unos a otros (Freud, 1916 [1915] p.16).

Podemos decir que la palabra ante sus oyentes tiene efectos transferenciales, se movilizan afectos, arquetipos infantiles, se potencian identificaciones, otras veces se genera admiración, etc. Este fenómeno que ocurre en toda enseñanza, se ve favorecido por los roles asimétricos de la relación docente-alumno (asimetría también presente en el dispositivo analítico) y es proporcionado por el saber y autoridad atribuidos a quien enseña.

Esta transferencia en el acto de enseñar, adquiere mayor relevancia en la transmisión de los conceptos psicoanalíticos que en cualquier otra disciplina. Como docentes de psicoanálisis -si es que estamos advertidos de que toda enseñanza es bajo transferencia- deberíamos poder hacer un uso específico de la misma, por ejemplo al no posicionarnos en las clases como dueños indiscutibles del saber y de la verdad. En esta línea, tampoco apuntamos a servirnos de la fascinación que a menudo puede generarse ante el despliegue de los conceptos para obturar

cualquier posibilidad de crítica, debate o desacuerdo. Remarcamos entonces, que toda enseñanza y apuesta didáctica es bajo la transferencia que allí se juegue, ya sea hacia el psicoanálisis en sí, como cuerpo de saber muchas veces enigmático y atractivo, o con la figura del docente y lo que él moviliza en sus oyentes. Entonces, la enseñanza del psicoanálisis puede verse favorecida por este terreno, Freud sostenía (1916 [1915]) que la instrucción de segunda mano que propone el psicoanálisis (ya que la práctica analítica no admite oyentes) depende muchas veces del lazo afectivo que se haya producido entre los aprendices y quien transmite. Los lazos libidinales que allí toman lugar son potenciadores de la enseñanza que se intenta promover, sin esta dimensión sería muy poco lo que se podría llegar a “aprender” por más que se haya dicho todo lo pautado.

Por lo tanto, “La posición de quien enseña (...) determina de manera clave el modo transferencial bajo el que quien recibe esa transmisión se ubicará, y en consecuencia determina el papel que desempeñará el contenido mismo que se intenta transmitir” (Escars, 2004, p. 112) Es decir, que si nos posicionamos permanentemente en el lugar del ideal del yo, en el lugar del amo, generaremos destinatarios que al igual que en el enamoramiento y la hipnosis, escucharán por amor, generándose un aprendizaje estanco, no pasible de ser puesto en crítica por el pensamiento. Este posicionamiento, no operaría a favor de los verdaderos efectos de transmisión del psicoanálisis, aquellos que darían cuenta de la esencia de una *praxis* que no se deja capturar por significaciones acabadas y que tampoco apunta a conformarse como una cosmovisión (Escars, 2004). Transmisión que en el marco de la Universidad en parte apuesta a que los alumnos lleguen a estar advertidos de la noción del inconsciente y de sus manifestaciones, como así también de las principales herramientas técnicas del psicoanálisis y sus críticas a otros dominios del saber o psicoterapias que apuntan a ofrecer caminos certeros a la felicidad, recetas válidas para todos.

Entonces la transmisión de las nociones psicoanalíticas se realizaría desde un punto de no saber, que tiene que ver con lo real de la clínica que constantemente pone en cuestión los ordenamientos teóricos vigentes de la disciplina. La diferencia entre la enseñanza y la transmisión, se puede pensar a partir de esto y residiría en que esta última implica un saber no constituido ni cerrado. Lo que se transmite no necesita ser entendido en el momento, en la enseñanza hay que incluir lo imposible de enseñar, siempre en el movimiento de poder ser aprendido (Laurent, 1999). Posición en la transmisión inaugurada por Freud y que se intenta sostener y promover en nuestro contexto. En este sentido, todo discurso teórico que tienda a generar y fortalecer la ilusión de que lo transmitido ya fue pensado, convierte al pensamiento en un eco mortífero. El dogmatismo psicoanalítico como todo dogmatismo es alienante, ya que sustituye la pulsión de saber, por la exigencia personal de albergar lo más fiel posible aquello ya pensado por otros, esto se lleva a cabo a través de la repetición de formulaciones vacías de sentido, posición que en la enseñanza va en contra del saber vivo que produce la clínica analítica. (Hornstein, 1988).

Por lo tanto, el psicoanálisis en su apuesta a la transmisión en el marco de la Universidad afronta la difícil tarea de encontrar la manera de no verse subsumido, obturado totalmente

por el discurso universitario, sin posibilidad de expresar sus principales nociones, o peor aún, que éstas lleguen a entrar en contradicción con lo que expresan. Para evitar esto, se intenta sostener y hacer productiva la tensión existente entre la apuesta de enseñanza del psicoanálisis y la pretensión de objetividad en el saber que muchas veces la Universidad impulsa. Esta tensión se debe en parte a la resistencia del psicoanálisis a toda pretensión de objetividad científicista y completud en el conocimiento, hablamos aquí del lazo social que implica el discurso universitario al reclamar cierta pasividad, comodidad en la escucha y asimilación estanca del conocimiento que esta institución pretende expandir (Laurent, 1999).

La enseñanza del psicoanálisis pensada como transmisión apunta a poder llegar a mostrar algo de la experiencia del inconsciente, de la división subjetiva, esto sería producto de la posición de quien transmite, posición sostenida en la lectura de los textos fundamentales, la clínica y el análisis propio, también en la transmisión recibida. La enseñanza del psicoanálisis se encuentra en constante movimiento de revisión a la luz de los avances del psicoanálisis, y a partir del arte de pensarnos cada vez como docentes que promuevan a los alumnos a seguir investigando e incursionando en el psicoanálisis por fuera del aula. Recuperando palabras de Laurent:

El esfuerzo como enseñantes consiste en conseguir dar a cada noción una vida propia. Hay que encontrar cada vez la pregunta a la que viene a responder cada noción enseñada. Si la encontramos, la enseñanza puede llegar a ser viva y enseñar lo vivo (1999, p. 45).

Comentarios finales

A partir de este recorrido podemos destacar que lo fundamental a la hora de encarar la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad es no perder la brújula de su ética en el camino, intentar enseñar aquellos principios que lo definen como tal, pese a las dificultades con las que nos encontramos. Muchas de ellas, como vimos, son producto de las contradicciones existentes entre el psicoanálisis y la lógica de funcionamiento e historia de la Universidad. Estas contradicciones se ilustran si pensamos que el psicoanálisis surge por fuera de ese ámbito y fue llevado por Freud progresivamente hacia él. Este autor encontró en esta institución un espacio de legitimación en donde poder divulgar sus hallazgos y discutir con otras disciplinas científicas. El psicoanálisis encontró prestigio y cierta validación en la Universidad, esto lo alejó de cualquier discurso esotérico, religioso. Freud tuvo que delimitar las condiciones en las que el psicoanálisis puede ser enseñado en esta institución. Quizás su afirmación más fuerte y polémica que sigue marcando la transmisión del psicoanálisis en la actualidad es que la enseñanza de su disciplina puede prescindir del alojamiento de la Universidad, siempre y cuando se respete por fuera de ella el trípode que pensó para la formación de los analistas: lectura de los textos, control de la práctica, y el análisis propio. Esta afirmación ha

marcado diversas posturas en la actualidad, por lo que el psicoanálisis se sigue enseñando en las universidades, en diversas carreras en nuestro país, pero también en las escuelas de psicoanálisis de las distintas corrientes.

En cuanto a la enseñanza del mismo en la Universidad, tal como lo dijo Freud en su momento, la misma es incompleta: solo basada en clases teóricas, pero la apuesta que el autor deja como orientación es la articulación constante de la teoría que se transmite con la clínica que la sustenta. Tampoco existe en las universidades del mundo carreras de grado específicas en psicoanálisis. La Universidad en tanto institución con políticas, normas y exigencias específicas en la impartición del conocimiento, aloja al psicoanálisis en tanto teoría olvidando muchas veces su esencia, la clínica analítica que lo orienta.

Otro tipo de dificultad en la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad en nuestro contexto tiene que ver con, las particularidades de los alumnos a los que nos dirigimos, no tienen que perderse de vista, su formación previa, así como también el proceso de lectura que vayan realizando de los textos junto al acompañamiento e indicaciones del docente. Del lado de este último, destacamos los efectos que se producen en la enseñanza debido a los posicionamientos desde los que se transmiten los conceptos y al manejo de los vínculos transferenciales que allí se despliegan. Es fundamental atreverse a repensar continuamente la práctica docente, incluso a la luz de lo que el psicoanálisis mismo nos posibilita, ya que como dijimos, si estamos advertidos de que toda enseñanza es bajo transferencia y que la neutralidad absoluta a la hora de comunicar las nociones fundamentales es una misión imposible, los caminos posibles que se abren para pensar la labor docente son otros.

Las condiciones que el psicoanálisis tiene que respetar en su inmersión en el contexto universitario son cierto orden a la hora de transmitir los conocimientos, pautas formales que se acotan a los programas de las asignaturas. Pero todo esto no va en contra de su identidad, mientras se divulguen sus hitos fundamentales y sus coordenadas para la transmisión en el marco universitario. Que el psicoanálisis repiense sus fundamentos a la luz de la clínica, tal como lo hizo Freud en su momento, esto puede hacerse en el marco de la Universidad, teniendo en cuenta que el paso por la misma no forma necesariamente analistas, sino que en el mejor de los casos siembra los inicios de un camino de formación a constituirse en articulación con la clínica y el análisis personal. Lo importante de la transmisión del psicoanálisis tiene que ver también con poder transmitir algo del método analítico, la interrogación del sentido común, la crítica de lo aparente, de los ideales y de toda ilusión. La transmisión a diferencia de la enseñanza tiene que ver con poder comunicar algo de la experiencia del análisis, que es la experiencia del inconsciente. Debido a que el psicoanálisis desde su fundación no es un mero aplicacionismo, se apuesta a transmitir algo de su método, la clínica que lo sustenta y sus principales nociones teóricas, los modos de hacerlo variarán según el estilo de cada enseñante, pero teniendo como brújula aquellas coordenadas sembradas por Freud, que lo definen como la constante formalización y revisión de una experiencia.

Referencias

- Escars, C. (2008). *Efectos de la escritura en la transmisión del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra viva.
- (coord.) (2015). Introducción: la transmisión del psicoanálisis. *Problemáticas del psicoanálisis: Actualidad de los atolladeros freudianos*. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/47786/Documento_completo_.pdf?sequence=1
- Freud, S. (1905 [1904]). Sobre psicoterapia. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo VII* (pp. 243-258). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1913 [1911]). Sobre psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 207-216). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1916 [1915]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 1ra Conferencia. Introducción. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XV* (pp. 13-21). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1917 [1916]). Una dificultad del psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 125-136). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1919 [1918]) ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la Universidad? *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 165-172). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 165-234). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1938). Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 279-288). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- Pfeiffer, E. (comp.) (1968). *Sigmund Freud & Lou Andreas-Salomé. Correspondencia*. México D.F.: Siglo XXI.
- Hornstein, L. (1988) *Cura Psicoanalítica y Sublimación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lacan, J. (1957). El psicoanálisis y su enseñanza. *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Lacan, J. (1969-1970). *El seminario, libro XVII: El reverso del psicoanálisis. Clase 2: IMPROMPTU de Vincennes*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- Laurent, E. (1999). Lo imposible de enseñar. *¿Cómo se enseña la clínica?* (pp. 13-20). Buenos Aires: Rolta
- Miller, J. (1997). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós, 2008.

SEGUNDA PARTE

**La primera t3pica freudiana
y el inconsciente que insiste**

CAPÍTULO 2

Trauma psíquico y proceso primario

Fernando Praderio

Introducción

Las siguientes líneas encuentran su anclaje en la *transmisión* del psicoanálisis como docente en la Facultad de Psicología de La Plata, de la cátedra de Teoría Psicoanalítica. La *transmisión* de la obra de Freud en la Universidad, y en particular destinada a alumnos de 2° año de la carrera, requiere poder ensamblar la multiplicidad de registros de lecturas que poseen los textos freudianos, con lo que el Programa de la materia propone: una *introducción* a los conceptos.

Tal como el título lo indica el presente trabajo apunta a una articulación posible entre *trauma psíquico* y *proceso primario*. Dicha articulación será sostenida por el lugar que ocupan el concepto de *defensa* o *represión* –lo usaremos indistintamente– y *retorno de lo reprimido* en la *formación del síntoma* y *del sueño*.

Nuestro abordaje estará basado fundamentalmente en lo que llamamos la *metapsicología freudiana*¹, nombre propio con el que el padre del psicoanálisis forjó una teoría de los procesos psíquicos. Toda perspectiva que incluya *el punto de vista metapsicológico* conlleva considerar los hechos clínicos desde tres dimensiones: tópica, dinámica y económica. Nosotros haremos especial hincapié en el aspecto económico de dichos *procesos*.

Nuestra articulación halla su encaminamiento en la Primera Parte del Programa de Teoría Psicoanalítica: *De la defensa al aparato a deseo*. Nos ocuparemos del primer movimiento de apertura por parte de Freud hacia los *procesos psíquicos* de la histeria durante los años 1893-1900. Tendremos en cuenta no solo la importancia de la cronología de los descubrimientos, sino las consecuencias del abandono del concepto de *trauma psíquico* en esa línea del tiempo.

Este abandono lleva su marca en el Programa, puesto que las ocho clases de trabajos prácticos dedicadas a la Primera Parte, se dividen en el estudio de los textos freudianos de 1893 a 1896, las primeras cuatro, y las cuatro siguientes de 1896 a 1900, donde trabajamos algunas cuestiones de “La interpretación de los sueños”.

Nuestra hipótesis pretende investigar las posibles continuidades entre las teorías de las neurosis y la teoría de los sueños, despejando el aspecto económico de los procesos psíquicos.

¹ Para ampliar sobre este tema véase el Cap.5 del presente libro: “la metapsicología freudiana como invención de una nueva psicología”, escrito por Rocío Mayorga.

Deslinde del aspecto económico en la producción del trauma psíquico

1893: "Sobre el mecanismo de los fenómenos histéricos"

Si nos proponemos deslindar el aspecto económico de los procesos psíquicos, hacemos nuestro el primer movimiento de Freud bajo lo que denominó *principio de constancia*, definido del siguiente modo: "En todo individuo, para la conservación de su salud, existe el afán de volver a empujarse esa suma de excitación" (Freud, 1983, p. 37).

A lo largo del artículo se plantean muchas formas de reducir esa "suma de excitación". La que nos interesa a nosotros es la que llama *reacción inadecuada*, o patológica, en oposición al "mecanismo sano", donde ese "monto de afecto" es aminorado por vías normales, tramitado por la palabra, siempre y cuando el individuo haya *reaccionado a tiempo*.

Freud hablará de la defensa o represión recién en 1894, pero creemos que en este texto nos anticipa este complejo mecanismo psíquico, y lo trata como *reacción a destiempo*, donde esa suma de excitación es tramitada en un tiempo posterior, quedando a la espera para encontrar sus vías de drenaje, ya que el individuo no pudo hallar una *reacción adecuada* mientras ocurría.

Esta *teoría de las cantidades* es articulada por Freud con un método terapéutico en el que se proponía conducir al paciente al recuerdo olvidado. Por lo tanto no dar trámite a la suma de excitación, no solo conlleva a la producción de un síntoma, sino que la permanencia del síntoma o su fijeza tiene como causa eficiente un recuerdo-olvidado. En otras palabras, un olvido eficaz constituido como trauma psíquico sostiene al síntoma. Ahora, ¿cómo se constituye un trauma psíquico?, ¿en qué momento opera la defensa?, ¿cómo adviene un síntoma histérico?

1894: "Las neuropsicosis de defensa"

Freud va deslizándose hacia otro vocabulario más metapsicológico, por ejemplo de *reacción inadecuada*, *recuerdos olvidados*, *suma de excitación*, pasa a hablar de *defensa*, *representaciones*, y monto de *afecto*, respectivamente. Todo ello para dar cuenta del papel de la represión o defensa en la formación de síntoma y en el establecimiento del trauma psíquico. Aquí nos habla de un yo frente a una representación que se torna inconciliable tramitar por las vías *asociativas normales*. Su carácter intramitable no corresponde a la representación en sí misma, sino al aspecto económico que la acompaña. Lo intramitable para el yo es el afecto que lleva adherido a ella.

El punto de vista económico se conserva del texto anterior, pero ahora Freud lo articula con el objetivo que se propone el mecanismo de la defensa:

Equivale a una solución aproximada de esta tarea [la tarea de reaccionar frente a una representación inconciliable] lograr convertir esta representación intensa en una débil, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita (1984, p. 50).

La representación queda fuera del comercio asociativo conciente. En esta época Freud hablaba de “*inconsciente*” en el sentido de un *grupo psíquico separado* de la conciencia. Unas líneas más adelante nos dicen: “la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo” (p. 50). Por lo tanto, destino del afecto y destino de la representación a causa del divorcio que opera la defensa, son distintos y, como veremos, obedecen a lógicas distintas. La representación quedará fuera de la conciencia, en estado de latencia, pero de ahora en más será imposible su evocación voluntaria. El afecto en la histeria, por el mecanismo de la conversión, se mudará a una parte del cuerpo y, como retorno de lo reprimido, encontrará la forma de un síntoma.

1896: “La etiología de la histeria”

En este texto Freud descubre los motivos de la represión, logrando articular de modo fecundo trauma psíquico y defensa. Eleva el trauma psíquico a la categoría de escenas sexuales infantiles, bajo una condición psicológica: las escenas tienen que *estar presentes* como recuerdo olvidados, como *recuerdo inconsciente*. Solo así pueden ser consideradas como etiología específica de la histeria. Por lo tanto, y esto es lo que permite comprender mejor lo que decíamos en el apartado anterior, toda representación no es inconciliable en sí misma, deviene inconciliable siempre y cuando entre en conexión asociativa con la escena sexual infantil. La represión se pondrá en marcha todas las veces que esta asociación tenga lugar.

Desde los primeros tiempos Freud postuló la sexualidad como etiología específica, sea en forma de recuerdos o de escenas. ¿De qué sexualidad se trata?, ¿hablamos de la sexualidad genital, adulta, normal? La respuesta es rotundamente no, puesto que se trata de pesquisar el origen de esa *suma de excitación*, por lo tanto de un factor económico, de un exceso que el individuo se ve en la tarea de tramitar, simbolizar, elaborar. De esa sexualidad hablamos, de una exigencia de trabajo constante para lo psíquico.

Represión y proceso primario

En la cronología que estamos considerando, existe un punto de detención importante en la teoría. En 1897, un año después de que Freud postulara las escenas sexuales infantiles como

causa última de la histeria, nos dice: “ya no creo más en mi ‘neurótica’” (Freud, 1950a [1892-1899], p. 301). Freud pensaba que su *teoría de la represión mentía* porque las escenas no eran reales, y decide abandonar lo que se conocemos como teoría del trauma, abandono que hace oficial diez años después. Pero esta decisión conlleva consecuencias inmediatas porque dicha renuncia a la eficacia de las escenas como motor de la represión, dejaba de lado también despejar el origen del *conflicto psíquico*. Freud que había podido desligarse de la idea de la época de que la histérica miente sobre su padecimiento, ahora nos dice que la teoría le miente.

A propósito de la mentira de la histérica, hagamos una breve digresión al respecto y detengámonos bajo el título el *tropiezo con el inconsciente* en la Unidad temática 4° del Programa General. Allí figura un capítulo que pertenece al “*Proyecto de Psicología para neurólogos*” (1950b [1895]) llamado “La *proton pseudos* histérica”. Quizá en éste somero título que nos introduce en el tan importante entramado de la teoría del trauma, encontramos la clave para entender lo que estamos desarrollando en este trabajo, puesto que su traducción del griego se establece como “Primera falacia”. Más allá de la complejidad de la doctrina silogística de cuño aristotélico una falacia podría definirse cómo de un conjunto de premisas aparentemente verdaderas puede desprenderse una conclusión “falsa”. Sin olvidar que Freud trata aquí de una teoría de la sexualidad, de un desprendimiento sexual que el individuo siente como displacer y que, como dijimos, es motor de la represión, podemos preguntarnos, ¿cómo encaja aquí el tema de la mentira?, ¿se trata de una mentira subjetiva, adrede?, ¿por qué *primera* mentira histérica? Desde luego no se trata de una mentira subjetiva, sino de una mentira objetiva. La histérica se comporta con respecto al saber sobre la causa como si estuviera atrapada en un malentendido.²

Ahora bien, con Freud decimos que para que algo alcance el estatuto de trauma psíquico, para que una representación sea reprimida, tienen que existir al menos dos tiempos separados entre sí por el período de latencia, vale decir el individuo tiene que alcanzar la pubertad. Estas *condiciones madurativas* después van a ser reconsideradas por Freud, pero aquí sirven a los efectos de entender que la sexualidad como causa no es elegida sin razón. La sexualidad definida como ese exceso de trabajo para lo psíquico, cumple la condición de que en ella y solo por ella los recuerdos pueden desprender un afecto que en su momento como escena no tuvieron, un *afecto nuevo*, ya que el sujeto no contaba con los respondientes simbólicos para reaccionar ante la escena porque ocurrió en un período presexual.

Estamos en el centro de la teoría del trauma, donde el efecto *Natchträglich* juega un papel central, y se articula perfectamente con la *primera mentira histérica*. *Natchträglich* es un neologismo freudiano para explicar cómo es posible que un recuerdo desprenda un *afecto (sexual) nuevo* que como vivencia no tuvo. Este neologismo hace referencia también a un *evocar inconsciente*, paradoja que desbordaría en su explicación a cualquier psicología clásica.

² Es el psicoanalista Jean Laplanche (1924-2012), quien en el marco de re TRABAJAR lo que él llamó “La teoría de la seducción”, teoría del trauma, hizo una traducción de ésta falacia como primera mentira histérica, jugando con el hecho de que antes de que Freud iniciase sus investigaciones de las neurosis, a la histérica se la acusaba de mentir, simular su padecimiento: Lejos de plantear que Freud reincide en ese error de adjudicarles el mote de mentirosas a las histéricas, Laplanche plantea que “hay en las escenas, sobre todo en su encaminamiento, en su dialéctica, algo que resulta ser un elemento falaz y que determina que la histérica misma sea atrapada por la mentira del juego de escenas; tanto es así que podría decirse que el *proton pseudos*, la primera mentira, es el verdadero fundamento de la neurosis” (1969-1970).

La respuesta la hallamos por medio de un desarrollo metapsicológico, en esos procesos psíquicos que ocurren sin conciencia.

Hagamos intervenir como condición para explicar el surgimiento de ese *afecto nuevo* a la función de la percepción y de la memoria, y a lo que dijimos anteriormente de que las dos escenas tienen que ocurrir en tiempos distintos separados por la pubertad. Por lo tanto tenemos una escena con el estatuto de *recuerdo* (aún no reprimido, en el estado de no significada), y una escena actual, conectada con la percepción. Las dos escenas deben tener algunos elementos en común, llamados por Freud enlaces falsos que se establecerán una vez que las dos escenas entren en conexión asociativa.

Ahora bien, ¿de dónde proviene el displacer nuevo, de la percepción o del recuerdo? El displacer no proviene de la percepción actual, ni completamente del recuerdo de la vivencia anterior, sino entre los dos tiempos. Pero la histórica cree que proviene de la percepción por eso decimos que queda atrapada en una mentira, porque en realidad el displacer nuevo se pone en vigencia a partir de la conexión asociativa (*nachträglich*) entre percepción y recuerdo. En suma, queda atrapada en un malentendido que Freud llama primera mentira porque el síntoma encuentra allí su condición previa para emerger como tal, esto es: que exista un reprimido.

Ahora bien, después de este recorrido podemos preguntarnos, ¿cuál será el destino de ese desprendimiento sexual una vez que el recuerdo activado por enlace sucumbió a la represión, y por ello devino trauma? Como dijimos más arriba el mecanismo de la represión no interviene en el destino del afecto. Represión y retorno de lo reprimido son dos procesos psíquicos que ocurren en momentos distintos y bajo lógicas distintas. Entonces ¿qué proceso psíquico comanda el destino del afecto?

El desplazamiento: neurosis y sueños

A continuación, haremos una lectura atenta del Apartado E, perteneciente al capítulo VII de “La interpretación de los sueños” (1900) que figura como bibliografía ampliatoria en el Programa de la materia: *El proceso primario y el proceso secundario. La represión.*

Nos encontramos en la elaboración final de la primera parte del programa, del primer ordenamiento metapsicológico. Por lo tanto en las clases ya se trabajó la noción de aparato psíquico, y sus tres instancias, donde el inconsciente es el sistema donde ubicamos el deseo, como motor del sueño. También nos ocupamos sobre la noción de trabajo del sueño, donde el mecanismo de la regresión –dinámica que involucra tanto a los restos diurnos (preconsciente) como al deseo (inconsciente) – es importante para formar el sueño. En este apartado Freud pondrá a trabajar las nociones de proceso primario y secundario, donde identificará al primero con el sistema inconsciente, y al segundo con los sistemas preconsciente-conciente. Procesos psíquicos que definirá como radicalmente diferentes.

En términos del *deslinde económico* que proponemos decimos que en el proceso primario la suma de excitación circula entre las representaciones reprimidas en forma desinhibida, y que Freud llama "de libre descarga". En el proceso secundario las cantidades circulan bajo la forma inhibida, vale decir de un modo ligado. Es por ello que al proceso primario se le adjudica el principio de placer-displacer, propio de la lógica del deseo que tiende a la descarga, a diferencia del proceso secundario que la energía permanece quiescente, circulando entre las representaciones de modo ligado.

Pero dejemos en suspenso estas complejidades, y que solo las despleguemos con la intención de preparar el terreno para seguir a Freud en la articulación entre *proceso primario, represión, y retorno de lo reprimido en la problemática del sueño*.

Al comienzo Freud se lamenta no poder hablar de la teoría del trauma psíquico abandonada unos años antes (teoría de la neurosis), mientras despliega su concepción de la teoría del sueño:

Los puntos de vista para la concepción del sueño me fueron procurados por trabajos previos acerca de las neurosis a los que aquí no debo referirme y, no obstante, tengo que hacerlo a cada paso mientras avanzo en la dirección inversa y, desde el sueño, me procuro alcanzar el entronque con la psicología de las neurosis (1900, p. 560).

Recordemos que las representaciones inconciliables no eran tales por sí mismas, sino porque entraban en conexión asociativa, más laxa o más cercana, con las escenas sexuales infantiles reprimidas. La misma línea directriz metapsicológica despliega Freud para articular pensamientos diurnos y deseo en la formación del sueño.

Los restos diurnos que exciten por ese lazo asociativo un deseo inconsciente, pondrán en alerta a la represión. A partir de allí ocurre lo que ya sabemos del accionar de la defensa: el afecto (investidura preconsciente) se divorcia de la representación diurna, pasa al inconsciente (regresión) y de ahí en más queda librada a procesos psíquicos primarios. Una vez que se halla en el inconsciente se entramará con las investiduras de ese sistema, para que el deseo encuentre el disfraz para formar el sueño. Éste disfraz o *desfiguración onírica* está fuera del alcance de la represión o defensa. Por lo tanto en un momento posterior sobreviene un proceso primario, un *desplazamiento* que sortea la censura onírica, y la defensa ahora sí admite un proceso primario pero ahora bajo un disfraz establecido por las leyes del inconsciente.

Acto seguido Freud se pregunta de dónde extrajo este accionar de la represión para explicar el sueño, y la respuesta no se hace esperar:

No podríamos dar aquí una respuesta si no hubiéramos penetrado un poco en la psicología de las neurosis, en especial de la histeria. Ahora bien, de ella hemos aprendido que estos mismos procesos psíquicos incorrectos presiden la producción de los síntomas. [Y agrega:] Nos juzgamos autorizados a transferir al sueño las conclusiones que la histeria nos fuerza a extraer (*Ibíd.* p. 587).

A modo de cierre

En las líneas que anteceden se mostraron los caminos que en nuestra experiencia docente nos condujeron a preguntarnos: ¿existe alguna forma de articular lo que en la obra permanece escindido entre lo que son las dos grandes teorías en los orígenes del psicoanálisis: neurosis y sueño?

Creemos que la hipótesis de trabajo propuesta apuntó a que desde el trauma psíquico a la concepción del proceso primario sistematizado en los sueños, existe una analogía entre lo que es el retorno de lo reprimido en las neurosis en términos de conversión en la histeria, por ejemplo, y el desplazamiento tal y como lo propone Freud, como mecanismo del trabajo del sueño.

De este modo, la transmisión a los alumnos que proponemos es bajo una modalidad de trabajo que no cree la visión de que en el estudio de la obra existen compartimentos estancos en la organización de los conceptos, vale decir que se deje lugar a que se postule, por ejemplo, que hay más verdad en los escritos más tardíos que en los primeros, o que hay conceptos que no pueden ser pensados articuladamente porque han caído en desuso, o que podrían sustituirse por otros decididamente más importantes.

Referencias

- Freud, S. (1950a) Fragmentos de la Correspondencia con Fliess [1892-1899]. *Obras Completas de Sigmund Freud*. Tomo I (pp. 301-302). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1950b) Proyecto de psicología. Parte II: Psicopatología *Obras Completas de Sigmund Freud*. Tomo I (pp. 394-407). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1893-1895) Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. *Obras Completas de Sigmund Freud*. Tomo III (pp. 37-40). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1894) Las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas de Sigmund Freud*. Tomo III (pp. 50-52). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1896) La etiología de la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud*. Tomo III (pp. 208-210). Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- (1900) La interpretación de los sueños. Capítulo II, IV. *Obras Completas de Sigmund Freud*, Tomo IV. (pp. 118-232; 285-316). Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- (1900) La interpretación de los sueños. Capítulo VII, Apartado E: El proceso primario y el proceso secundario. *Obras Completas de Sigmund Freud*, Tomo V., (pp. 578-612). Buenos Aires. Amorrortu, 1976.
- Laplanche, J. (1984). Capítulo III. La sexualidad (1969-1970) (pp. 77-91). Buenos Aires: Nueva Visión.

CAPÍTULO 3

¿Qué entendemos por síntoma en Psicoanálisis?

Cecilia M. De Cristófolo y M. Cristina Piro

Si nos preguntamos qué entender por síntoma en Psicoanálisis es porque cada clínica se define por una noción de síntoma a partir de la cual traza las condiciones de su intervención y la estrategia de la cura. El síntoma es un concepto que remite en primer lugar a la clínica médica. Entendido allí como signo semiológico, el síntoma será leído por el médico como señal que indica la presencia en el organismo de una determinada patología, que puede a su vez asociarse constituyendo los denominados síndromes. Objetivado el síntoma, como resultado de una enfermedad, será precisada la causa y la única acción que resta allí será hacer desaparecer el síntoma: eliminado el síntoma, eliminada la causa y es alcanzada de ese modo la cura.

En la clínica psicoanalítica el síntoma adquiere una dimensión que proporciona una perspectiva diferente en relación con la dirección de una cura. La experiencia analítica implica poner a trabajar al sujeto acerca de aquello que no marcha y que lo trae a la consulta. El analista se servirá del síntoma y el paciente deberá implicarse respecto de él, movimiento clave para pensar una cura, si ha de llamarse analítica. En la medida en que algo le sugiere al sujeto que hay una causa para eso que le pasa, el síntoma podrá ser analizado. A esto debe sumársele cierta presunción de que habría algún saber que daría cuenta de ese sufrimiento, saber que el sujeto le supone al analista y dirige a él su pregunta. Se trata pues de una causa enigmática, que surge cuando el síntoma deja de estar atribuido a la mala suerte, al destino o a los otros, y lo lanza a una búsqueda de respuestas. Por vía de la asociación libre y por la eficacia de la interpretación, una vez instalada la transferencia, ese saber no sabido se irá desplegando.

Dos hitos fundamentales de los que partimos para definir la noción de síntoma en la obra freudiana son el descubrimiento del inconsciente, por un lado, y la pulsión, por el otro. Si tomamos esas dos vertientes, inherentes a la definición de síntoma que Freud va desplegando, podremos partir del síntoma como fenómeno interpretable para arribar a la satisfacción sexual que el síntoma conlleva, movimiento que tiene sus consecuencias no sólo a nivel de la teoría. ¿Qué implica en un análisis trascender la dimensión de desciframiento y ubicar el costado de satisfacción?

En el presente capítulo nos proponemos ubicar los elementos conceptuales de los que Freud se va sirviendo para definir y precisar la noción de síntoma y mostrar al mismo tiempo su incidencia en la clínica de orientación psicoanalítica.

Acerca del sentido inconciente del síntoma

En el “Manuscrito K” (1896a) Freud describe la trayectoria de la enfermedad en lo que allí denomina las neurosis de represión y ubica al síntoma como el último estadio de esa trayectoria, siendo precisamente el retorno de lo reprimido lo que constituye la enfermedad propiamente dicha.

De esto se desprenden dos cuestiones: por un lado, no nos enteramos de la enfermedad si no es por los síntomas, y es precisamente a partir de ellos que reconstruimos *a posteriori* la trayectoria que Freud describe, y, por otro lado, la idea de síntoma como retorno de lo reprimido, que enfatiza el carácter siempre fallido de la represión, es decir, se trata de una operación que no es sin resto. ¿Cómo va desplegando Freud en su obra la noción de síntoma como retorno de lo reprimido, cuestión clave para pensar y abordar al síntoma desde la perspectiva del Psicoanálisis?

En textos como “Las neuropsicosis de defensa” (1894), “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896b) y “La etiología de la histeria” (1896c), el síntoma es pensado como el resultado de un conflicto psíquico. Freud habla allí de la defensa, como sinónimo por ahora de represión, mecanismo por el cual el yo trata de defenderse de la presencia de una representación inconciliable, representación que despierta un afecto penoso justamente por nacer del vivenciar y sentir sexual. Sin embargo, cuando Freud encuentra que esa representación inconciliable sobrevenida luego de la pubertad no posee ni el contenido ni la fuerza traumática suficientes para movilizar la defensa y producir un síntoma, continúa su búsqueda hacia el pasado descubriendo allí lo que ocupará el lugar de la causa: la existencia de unas escenas sexuales infantiles.

Si nos guiamos por lo que Freud afirma en los casos que presenta en “Estudios sobre la histeria” (1893-1895) encontramos que ya desde entonces para él los síntomas se explicaban entrelazados siempre a un trauma psíquico, siendo en todos los casos expresión de los secretos reprimidos. Los síntomas son allí restos y símbolos mnémicos de ciertas vivencias traumáticas a las que las pacientes por él estudiadas habían quedado fijadas. Así refiere en el historial de Miss Lucy R., al trauma como un momento en el cual la contradicción se impone al yo, y éste, el yo, como le es característico, se resuelve expulsar esa representación contradictoria esforzándola a lo inconsciente. Agrega luego, y anticipa de algún modo ciertas cuestiones que elaborará más tarde, que este proceso cuando sucede por primera vez da origen a un grupo psíquico divorciado del yo en torno al cual se reunirá todo lo que tenga por premisa aceptar esa representación que ha sido expulsada.

Este temprano desarrollo de Freud nos permite subrayar que lo traumático alude a lo que denomina un caso de inconciliabilidad en la vida de las representaciones que lleva a que intervenga allí la defensa y se divorcie el afecto de la representación, aislando la representación y destinando el afecto a otro empleo. La representación no desaparece, sino que queda alojada en lo inconsciente y produce desde allí sus efectos, lo que más adelante denominará eficacia inconsciente. El afecto por su parte, ya sea por conversión o falso enlace, provocará los sínto-

mas. El destino del afecto es entonces lo decisivo tanto para la contracción de la enfermedad como para su restablecimiento.

En "Sobre la psicoterapia de la histeria" (1893-1895) afirma en este mismo sentido que es el trabajo terapéutico, inicialmente sostenido con las pacientes histéricas, el que ha permitido elaborar una concepción precisa de la histeria, en contraposición a lo que el discurso médico sostenía en la época. En la causa de la histeria Freud ubicará la representación reprimida. La represión es definida inicialmente como la fuerza motriz de la defensa contra una representación inconciliable. Opera, como hemos dicho, quitándole el afecto a la representación porque ataca justamente la intensidad de esa representación y ese afecto lo utiliza para una inervación somática a través de la conversión de la excitación en una parte del cuerpo. Es fundamental subrayar que lo patógeno, lo que enferma para Freud, es aquello que ha sido reprimido en virtud de haber devenido inconciliable, porque eso reprimido queda olvidado mas no perdido y son esas escenas olvidadas las que dejan como secuela los síntomas.

Si lo traumático no deriva del acontecimiento mismo sino de su olvido, la maniobra terapéutica consistía por aquel entonces en lograr el recuerdo de modo tal que pudiera restablecerse el nexo entre la escena patógena y los síntomas que resultan de ella. En verdad este rastreo en la historia del paciente se correspondía con la idea de que, arribando a la situación ocasionadora del síntoma, el síntoma desaparecería. Tal como Freud afirma en "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: comunicación preliminar" (1893) el paciente no recuerda esa vivencia ocasionadora ni vislumbra tampoco el nexo causal entre ella y el fenómeno patológico. De allí que se volvía necesario hipnotizar a los enfermos para despertar sus recuerdos. Lo eficaz en la cura era lograr despertar con plena luminosidad, aclara Freud, el recuerdo del proceso ocasionador. Cuando el paciente lograba describirlo de manera detallada, convocando al mismo tiempo el afecto acompañante, el síntoma desaparecía.

Conviene aclarar que por aquel entonces Freud sostenía la creencia de que sería posible hacer desaparecer las lagunas del recuerdo y arribar hasta la escena primera. Sin embargo, ya en "Sobre la psicoterapia de la histeria" (1893-1895) ubica la presencia de una fuerza que contraría su trabajo de hacer consciente lo inconsciente y atribuye esta fuerza a la misma que actuó en la génesis del síntoma: las mismas fuerzas que impiden en el tratamiento el devenir consciente de lo olvidado han de ser las que en el momento de enfermar produjeron el olvido. Conceptualiza la fuerza con que se topa en el tratamiento como resistencia y llama represión a la que enfermó.

Ahora bien, ¿cómo se llega de la represión a la formación de síntomas? Ya hemos dicho al inicio que los síntomas dan cuenta del fracaso de la represión. Freud lo explica con claridad en una de sus "Cinco conferencias sobre psicoanálisis" (1910). Señala que la moción de deseo reprimida espera en lo inconsciente la oportunidad de ser activada y cuando ello sucede se las arregla para enviar a la conciencia una formación sustitutiva a la que se anudarán las mismas sensaciones de displacer que antes provocaba la idea entramada con el deseo insoportable. Esa formación sustitutiva de la idea reprimida, desfigurada e irreconocible, es inmune a los ataques del yo y surgirá en torno a ella, ya no un conflicto, sino un padecimiento. Llegamos tras

un largo rodeo a la definición que consideramos central para entender el sentido inconsciente del síntoma: su lugar como formación sustitutiva. El síntoma es concebido en Psicoanálisis como un sustituto, es algo que está en lugar de otra cosa. Y sólo por concebirlo como tal es que se emprende en el análisis el camino de la interpretación.

Del sentido inconsciente a la satisfacción sexual

“El psicoanálisis es a la psiquiatría lo que la histología a la anatomía” expresa Freud en una de sus “Conferencias de Introducción al psicoanálisis” (1916-1917) para aseverar que el Psicoanálisis estudia la “fábrica interna de la vida del alma”, y los síntomas son precisamente uno de los medios de los que se sirve para hacerlo.

Un carácter de los síntomas que Freud conservó hasta el final de su obra es el del síntoma como solución de compromiso, en la medida en que estos se forman a partir de la lucha entre las representaciones reprimidas y el yo. Retomaremos hacia el final qué implica esta definición, pero adelantaremos que el síntoma tiene entonces un carácter de respuesta, de solución, si bien a costa de una cuota de sufrimiento, protege de alguna manera a los enfermos de su propia libido.

Entramado con el vivenciar del enfermo el síntoma tiene un sentido, sentido que Freud mostrará, es siempre sexual. El fundamento del síntoma nunca es simple pues el síntoma para Freud se halla sobredeterminado: un síntoma admite al mismo tiempo varias derivaciones, así como de una escena pueden derivar a la vez varios síntomas. Si el síntoma es una solución de compromiso, la regla es la complicación de los motivos, la sumación y combinación de mociones anímicas.

En un texto contemporáneo a “Tres ensayos de teoría sexual” (1905a), “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en etiología de las neurosis”, Freud reconoce que, al sostener la incidencia de las escenas sexuales prematuras y traumáticas, no sabía distinguir entre los espejismos de la memoria acerca de la infancia y las huellas de los hechos reales. Debió reconsiderar esas escenas como fantasías de seducción discerniendo el mecanismo de la formación de síntomas ya no como el retorno directo de los recuerdos reprimidos de las vivencias infantiles. Descubre que entre los síntomas y las impresiones infantiles, entendidas como la práctica sexual infantil, se intercalan las fantasías e introduce el valor de la sexualidad infantil para el esclarecimiento de los síntomas. Lo leemos por ejemplo cuando analiza el caso Dora. Freud nos muestra a través de lo que dice la paciente en análisis que un síntoma significa siempre la figuración de una fantasía de contenido sexual, por lo menos, aclara él, ese es uno de los significados del síntoma, y de alguna manera arriba a la “chupeteadora” que había sido ella en su infancia para esclarecer los síntomas orales que la paciente padecía. ¿Qué implica suponer que la sexualidad presta la fuerza impulsora para cada síntoma singular?, ¿cómo entender la famosa frase freudiana de que “los síntomas son la práctica sexual de los enfermos”?

Llegados a este punto debemos introducir el otro concepto clave para entender la noción de síntoma en la obra de Freud: el concepto de pulsión. Partiendo de sus desarrollos sobre la sexualidad infantil tras subrayar su carácter perverso, Freud (1905a) arriba a la definición de pulsión que servirá de material para la conceptualización de los síntomas a partir de entonces pues los concebirá como sustitutos de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual, nacen a expensas de pulsiones que si se exteriorizaran directamente serían llamadas perversas.

En la “23ª conferencia: Los caminos de la formación de síntoma” (1916-1917) leemos que el veto a una satisfacción pulsional implica que la pulsión deba dar ciertos rodeos en la búsqueda de la satisfacción. Pues bien, entre esos rodeos se encuentran los caminos de la formación de síntomas en la medida que los síntomas son la satisfacción nueva, sustitutiva, que se hizo necesaria por la frustración. Esos rodeos consisten en emprender el camino de la regresión, en una dialéctica entre el desarrollo libidinal y la regresión a los puntos de fijación de ese desarrollo, a las prácticas y vivencias de la sexualidad infantil, obteniéndose así una satisfacción nueva pero que remite a aquella abandonada del tiempo de la infancia. Lo que hay que pensar y que Freud logra descubrir, es que el síntoma comporta una satisfacción. Supone un padecimiento, pero en él también hay algo que se satisface. Esto sin duda sobrepasa la primera aproximación respecto del sentido que ha de interpretarse en el síntoma.

Antes de concluir apuntaremos a lo que se conoce en términos de los beneficios del síntoma. Expresión opaca si uno la toma por fuera de la experiencia analítica y el campo del Psicoanálisis, pero que a partir de lo anteriormente desarrollado respecto de la noción de síntoma clarificará lo que se venía sosteniendo. Ya al analizar el caso Dora, Freud (1905c) se pregunta por los motivos de la enfermedad. Y en la nota al pie de página que agrega en 1923 aclara que siempre el motivo de enfermar es el propósito de obtener una ganancia. Habíamos arribado en el párrafo anterior a la idea de que hay en la enfermedad una satisfacción, de hecho se había mencionado antes la expresión freudiana “solución de compromiso”. Porque el enfermar ahorra una operación psíquica, se resuelve con el síntoma un conflicto psíquico. Es que en el síntoma se satisfacen las pulsiones al mismo tiempo que se satisfacen las prohibiciones, porque lo que el síntoma comporta es precisamente una satisfacción sustitutiva que está en lugar de aquella prohibida, de aquella a la que hubo que renunciar. Se renuncia, pero en su lugar se crea un síntoma. Solución neurótica, si la hay, al servicio siempre de rechazar elegir, en fin, de evitar perder.

Para concluir

Que el síntoma resulta de un conflicto psíquico, eso nadie lo había dicho antes de Freud. Partiendo de esa novedad pudimos mostrar cómo para Freud el síntoma se forma a partir del conflicto entre las fuerzas represoras y las fuerzas reprimidas al mismo tiempo que anuncia el

fracaso de la defensa, fracaso que es estructural en la medida en que el encuentro con la sexualidad es siempre traumático.

Por el lado de la etiología de la neurosis, Freud introduce otra novedad: la causa que importa en el síntoma es siempre retroactiva y no es nunca cronológica. Son dos escenas y un nexo desconocido entre ambas lo que habrá de servirnos de brújula en el análisis de un síntoma, sabiendo que no se trata jamás de una causalidad lineal.

En la medida en que en el síntoma participan los mecanismos del proceso primario, Freud lo presenta como los sueños, chistes, *lapsus*, como una formación del inconsciente: una formación sustitutiva que gracias a los mecanismos de desfiguración logra hacerse un lugar en la conciencia, sostiene así un retorno de lo reprimido. Pero, al mismo tiempo el síntoma se presenta como el sustituto de una satisfacción sexual. Se trata de una modalidad de satisfacción irreconocible para el sujeto, que se manifiesta como sufrimiento. Allí Freud vislumbrará la ganancia de la enfermedad y ubicará entre los beneficios del síntoma algo que redefine la concepción psicoanalítica de la cura.

Retomemos ahora la pregunta inicial con que abrimos este recorrido: ¿Qué implica en un análisis trascender la dimensión de desciframiento y ubicar el costado de satisfacción? Tras lo desarrollado podríamos decirlo del siguiente modo: en el síntoma hay un texto a descifrar, una verdad que es dicha en el síntoma, pero hay también un fenómeno de goce. Si el neurótico enferma cuando se confronta con tener que abandonar una modalidad de satisfacción, hemos podido demostrar que en definitiva ese abandono no es tal, y que el síntoma es entonces un efecto de ese supuesto abandono. La clave está en la satisfacción sustitutiva que todo síntoma conlleva. Con la segunda tópica que Freud elaborará hacia 1923, cuando el inconsciente se define como estructural y no coincide con lo reprimido, sino que lo excede, y con el más allá del principio del placer, se abrirá en la teoría freudiana una nueva perspectiva del síntoma: ya no sólo formará parte de las formaciones del inconsciente sino se pondrá además en serie con la inhibición y la angustia. Comportará una otra satisfacción, cuya mudez tornará aún más complejo pensar el devenir de la cura.

Referencias

- Freud, S. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 25-40). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1893-1895). Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II* (pp. 1-315). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1893-1895). Estudios sobre la histeria. Cap. IV. Sobre la psicoterapia de la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II* (pp. 261-309). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1894). Las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 41-68). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

- (1896a). Manuscrito K. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 260-268). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1896b). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2007.
- (1896c). La etiología de la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1905a). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1905b). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 259-272). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1905c). Fragmento de análisis de un caso de histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-107). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1916-1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 23ª conferencia: Los caminos de la formación del síntoma. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

CAPÍTULO 4

El síntoma en la experiencia analítica: puntualizaciones teóricas y técnicas

Clarisa Moya

Digamos que en el depósito de fondos de la empresa común, el paciente no es el único con sus dificultades que pone toda la cuota. El analista también debe pagar: —pagar con palabras sin duda, si la transmutación que sufren por la operación analítica las eleva a su efecto de interpretación; —pero también pagar con su persona, en cuanto que, diga lo que diga, la presta como soporte a los fenómenos singulares que el análisis ha descubierto en la transferencia.

Jacques Lacan, LA DIRECCIÓN DE LA CURA Y LOS PRINCIPIOS DE SU PODER

El psicoanálisis, entendido como *praxis*, implica una clínica que en su ejercicio enriquece y modifica la teoría sobre el aparato psíquico y el padecimiento subjetivo. En cada momento de la obra freudiana, subyace una determinada concepción del síntoma en la experiencia analítica, del modo de tratamiento del mismo y, por lo tanto, del método o técnica a través de la cual se interviene sobre el sufrimiento del sujeto.

A través del presente trabajo se realizará un recorrido a lo largo de diversos textos freudianos, delimitando dos momentos. Por un lado, una primera clínica donde la manera de concebir el síntoma y la meta del tratamiento determinarán los usos de distintas técnicas que se podrían llamar pre-psicoanalíticas. Por otro lado, las inconsistencias y obstáculos de dichas técnicas frente al tropiezo con lo inconsciente, conducirán a la invención del método propiamente psicoanalítico, cuyos pilares serán la interpretación y la transferencia como motores de la cura, y la abstinencia como el lugar y posición del analista. Se tomará el caso Dora a los fines de ilustrar, en este segundo momento, la caracterización teórica del síntoma y sus consecuencias en la práctica.

La primera clínica freudiana

En el marco de la sociedad victoriana, donde el relieve estaba puesto en una moral represiva y un estricto control social, Freud comienza a estudiar los síntomas histéricos partiendo del supuesto de que esos fenómenos somáticos tan llamativos en realidad tienen un sentido. A

través de la escucha que le otorga a la palabra un valor central, surge la posibilidad de incluir en el campo del lenguaje aquello que el cuerpo denunciaba silenciosamente.

Entre los años 1893 y 1899, el autor se muestra preocupado por el cese de los correlatos corporales que conlleva el padecimiento subjetivo. Para tal fin, propone el método hipno-sugestivo, que retomaba los aportes de Charcot sobre la hipnosis y de Bernheim con respecto a la sugestión, entendiendo a la cura como eliminación de síntomas. Una orden del médico era introducida en el inconciente estando el paciente hipnotizado, y cumplida en un momento post-hipnótico gracias a la sugestionabilidad del enfermo. En relación con esta técnica, es posible apreciar una variedad de historiales clínicos que dan cuenta de la sugestión como núcleo y clave de la hipnosis (cf. Freud & Breuer, 1893-1895, p. 95-194).

Freud expresa en la “Comunicación preliminar” (1893), junto con Breuer, la idea de que el recuerdo está ausente en la memoria del enfermo, y es por hipnosis que se lo puede evocar. En esta etapa, propone el método hipno-catártico, que seguía apelando a la hipnosis gracias a la posibilidad de ampliación de la conciencia que permitía, pero tomaba de Breuer la catarsis como técnica para poner en relato aquellos acontecimientos que acompañaron la formación de los síntomas. Una de las pacientes de Freud es quien le solicita que la deje hablar, que le permita conversar sobre la situación traumática originaria de su padecimiento (cf. Freud & Breuer, 1895, p. 47-70).

Tomando el discurso del enfermo, se apunta a conmover la operatoria de la defensa, cuya eficacia consistía en arrancar el afecto de la representación inconciliable, y ofrecerle otros destinos, ya sea la conversión corporal (histeria) o el desplazamiento hacia representaciones indiferentes (neurosis obsesiva). Mediante la combinación de hipnosis y catarsis, era posible abreaccionar apropiadamente el afecto, y así lograr la cancelación del síntoma. Todo ello mediante la palabra, cuya importancia ya había sido mencionada por Freud en “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” (1890), sosteniendo allí que las palabras son el instrumento esencial de dicho tratamiento, y que la cura es por y mediante la palabra. En este punto, el síntoma adquiere estatuto de hecho de discurso, de lenguaje.

Hasta aquí: hipnosis, sugestión, catarsis, abreacción, poniendo énfasis en la formación de síntoma y en el recuerdo de los sucesos anteriores a su aparición. Pero la hipnosis comienza a presentar una serie de limitaciones que conducen a Freud al abandono de la misma. En “Sobre la psicoterapia de la histeria” (en Freud & Breuer, 1895), el autor reconoce que el método hipno-catártico es sintomático, es decir, se ocupa del padecimiento manifiesto, hace desaparecer los síntomas, pero no tiene incidencia sobre la causa de la histeria ni permite explicar el juego de fuerzas psíquicas. Además, encuentra en los pacientes una fuerza que contraría el devenir conciente de los recuerdos patógenos, y como medio para conseguir una mayor “concentración” del sujeto, apela a un artificio: la presión sobre la frente, que permitiría que el paciente, ya recostado y con los ojos cerrados, pueda concentrar sus pensamientos y esforzarse en comunicarlos. No obstante, ese artificio no tenía un poder sugestivo tan elevado en todos los casos, lo que lo lleva a Freud a prescindir de él y, en lugar de ir contra las resistencias, propone interpretarlas y comunicárselas al

enfermo, para que pueda vencer, como le era prescrito por la regla fundamental, la crítica a sus ocurrencias, mediante un gasto de trabajo que sustituía a la abreacción.

Las histéricas en verdad no quieren saber, y para tratar esto, es necesario que digan todo lo que se les ocurra, sin críticas ni reservas, mientras que la tarea terapéutica se encarga de moverlas a asociar. Se trata de un esbozo de lo que será la asociación libre, principio directriz para llevar adelante el tratamiento, en tanto le posibilita al paciente determinar él mismo el tema del trabajo analítico. No obstante, en este procedimiento aparece un nuevo obstáculo en la cura: el *falso enlace*, donde ciertas representaciones se vuelven incomprensibles para el yo, en tanto se introducen en la conciencia de un modo disfrazado, porque el sujeto, en virtud de una compulsión a asociar, ensaya un enlace equivocado entre ellas. Es tarea del médico solucionar estos falsos enlaces mediante el reestablecimiento de los vínculos correctos. Le corresponde al analista ir siguiendo las asociaciones y ocurrencias que el paciente va realizando, e ir uniendo los hilos lógicos que permitirán esclarecer el sentido de los síntomas y sueños. La rectificación asociativa será entonces lo que posibilitará el tratamiento de aquello que produce sufrimiento.

Por su parte, la transferencia, entendida hasta entonces como un falso enlace que implica la sustitución de una persona anterior por la del médico, aparece aquí como algo necesario, e incluso podríamos pensarla como el componente esencial del dispositivo analítico. Es a través del desarrollo de la transferencia como el analista es incluido en tanto un eslabón más en la cadena asociativa del analizante. Desde allí será posible articular los hilos lógicos que se encuentran alterados por los falsos enlaces.

En “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896), Freud ubica que los síntomas se vuelven inteligibles a partir de la reanimación de los recuerdos inconscientes referidos a vivencias de carácter sexual ocurridas en la temprana infancia. Una vez que el sujeto ha alcanzado la madurez sexual, estas escenas sexuales infantiles cobran, con efecto retardado, una significación traumática.

Estos desarrollos teóricos auspician una concepción del síntoma y de su etiología que repercutirá en el modo de abordaje en el marco de un tratamiento. A partir de la “La interpretación de los sueños” (1900), Freud postulará a la interpretación como la intervención analítica por excelencia. Se inaugura con este texto una primera formalización del aparato psíquico y una segunda clínica cuyas referencias centrales serán el arte de interpretar, la transferencia y la abstinencia como posición del analista.

La segunda clínica freudiana

En “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905a) se encuentra un historial clínico donde es posible ver claramente la vigencia de las tesis freudianas postuladas en “La interpretación de los sueños” (1900). A pesar de que en el análisis del caso Dora no se enfatiza demasiado con respecto al desarrollo de la técnica, es posible rastrear la importancia de aquel texto antecedente como pieza clave para la comprensión de los procesos psíquicos que tienen lugar

en la histeria en particular, y en las otras psiconeurosis en general (1905a, p. 10). Este método de interpretación se consolida en su función de descifrar así como en su función de revelar el sentido y el cumplimiento del deseo inconsciente que lo motoriza.

En esta instancia, Freud valoriza a los sueños como uno de los rodeos que permitirían sortear la represión, traer a la conciencia lo que ha sido reprimido, y por medio de la interpretación, esclarecer los síntomas. Vemos entonces cómo en este momento de la obra freudiana, recordar e interpretar son las palabras claves para el tratamiento analítico.

Freud presenta el caso Dora transmitiendo detalles respecto de la historia de la enfermedad de la paciente, de su círculo íntimo, de su novela familiar. La paciente es llevada al consultorio de Freud por su padre, quien cuenta que él y su familia habían entablado una amistad con un matrimonio, los K. La señora K tenía una relación muy íntima con el padre, mientras que el señor K se mostraba muy amable con Dora. Ella denuncia que este hombre le ha realizado una propuesta amorosa, pero el padre cree que ese episodio es producto de su fantasía.

Dora se reivindica por amor a su padre y se declara enferma, pidiéndole que deje de ver a ese matrimonio por el bien de su salud. Así, le reprocha al padre que sólo se ha preocupado por su propia satisfacción, habiéndola entregado al señor K como objeto de cambio para no ser perturbado en su relación de amantes con la señora K, relación que para el padre no tiene nada de ilícito porque, según él, son sólo buenos amigos.

Tal es la posición de la paciente al comienzo de la consulta. Quejas y reproches en los que sitúa a los demás como los culpables de su sufrimiento. En este punto, Freud le propone que se ubique en una determinada posición en esta situación, que se pregunte por el papel que desempeñaba allí. Esto lleva a Dora a reconocer que en este desorden del cual se aqueja, ella ha estado participando activamente, es decir, ha sido cómplice de esta situación que la angustia, y la ha sostenido eficazmente, por ejemplo, cuidando a los niños del matrimonio cuando la señora K se iba de paseo a solas con su padre.

En este caso se observa la función del analista, quien hace uso de la interpretación como herramienta para puntuar aquello que el paciente no sabe que sabe, y que sólo se pone en forma a partir del trabajo asociativo que él realiza y que el analista lee. Dora se expresa con sus síntomas, los asocia con otras representaciones, y Freud interpreta permitiendo encontrar el sentido de los mismos.

En ese camino, va situando elementos que permiten pensar la perspectiva etiológica del síntoma, y el modo como lo define teóricamente. A continuación, se puntualizarán algunas concepciones del síntoma y sus implicancias clínicas.

a) El síntoma como figuración de fantasías sexuales

En este momento de la obra freudiana, se sitúa un texto contemporáneo a la publicación del historial: "Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis" (1905b). Allí Freud deja de concebir al trauma sexual infantil (hecho fáctico) como causa, para empezar a

considerar que lo traumático es en sí la sexualidad infantil, autoerótica y perversa polimorfa. Aquello que en sus pacientes histéricas aparecía como una escena de seducción y acoso sexual acontecido fácticamente, no era más que una fantasía. Referencia causal del síntoma y nexos entre éste y la propia actividad sexual infantil. Se trata de una construcción mental que viene a intentar desfigurar el recuerdo de esta satisfacción sexual primaria. Es así como el síntoma, enmarcándose en las fantasías, ofrece una satisfacción sustitutiva.

Esta conceptualización del síntoma se puede pensar en relación al caso Dora. En principio, es importante señalar el placer autoerótico puesto en juego en sus síntomas. Vemos, por ejemplo, que su goce al toser podría explicarse por el hecho de procurarle la satisfacción autoerótica de una zona erógena, autosatisfacción que se refiere a una situación de la infancia: ella chupándose el dedo y tocando la oreja de su hermano, quien permanecía quieto (Freud, 1905a). En esta escena, el dedo, sustituto del pezón de la madre, es ahora reemplazado por el pene a través de la fantasía perversa de succión del mismo, fantasía inconsciente que refiere al encuentro sexual entre el padre y la señora K mediante el *fellatio*. En esa fantasía, Dora ocupa el lugar de la señora K, de ahí que el cosquilleo en la garganta resultante del *fellatio*, viene a figurarse en su síntoma de la tos.

Este síntoma pone en evidencia la inclinación amorosa de Dora hacia su padre, que según Freud, siempre estuvo presente pero no se exteriorizó hasta que ahora aparece con la finalidad de sofocar y protegerse contra otro sentimiento inconsciente: el amor hacia el señor K. Y junto a este enamoramiento, se halla oculta una moción homosexual, la fascinación de Dora por la señora K, que establece las coordenadas para empezar a comprender el motivo inconsciente que ha hecho que aparezca como reforzado, hipervalente o hiperintenso, el itinerario de pensamientos referido a la preocupación compulsiva de la paciente por la relación entre su padre y esa mujer.

b) El síntoma como formación de compromiso.

Se trata de otra de las afirmaciones freudianas que aparecen “Mis tesis...” (1905b), y que da cuenta de un modo de entender al síntoma en íntima articulación con los conceptos que fueran trabajados en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905c), texto consecuente que inaugura la noción de pulsión.

Allí reconceptualiza la noción de síntoma neurótico, planteando que éste toma la fuerza de las pulsiones sexuales: es una solución de compromiso frente al conflicto psíquico entre las pulsiones yoicas, que buscan conservar la unidad, y las pulsiones sexuales, que atentan contra la unidad porque pugnan por exteriorizarse. Posteriormente, en la “23ª conferencia de Introducción al Psicoanálisis” (1916), Freud retoma esta idea de conflicto entre dos fuerzas de fuente pulsional, y plantea que éstas se reconcilian gracias al compromiso de la formación del síntoma. Síntoma que, como figuración de la práctica sexual del neurótico, repite aquel modo de satisfacción de la temprana infancia, que ha sido frustrado y abandonado por inapropiado, y

que ahora aparece como cumplido pero sujeto a los procesos de condensación y desplazamiento, de manera que resulte más tolerable para el sujeto.

A partir de estas consideraciones, lo pulsional empieza a convertirse en el punto de partida de la producción de síntomas: observamos allí la tensión entre las exigencias de la pulsión sexual, y el combate de la pulsión yoica contra aquello que le es prohibido o frustrado por la realidad externa. Para tal aspecto, resulta interesante tomar lo planteado por Jacques Alain Miller en “La pulsión es palabra” (2000): la pulsión “es una demanda, en la que el sujeto desaparece, en la que la demanda también desaparece, en la que sólo queda el corte significativo” (Miller, 2000, p. 128). Este corte se presentifica en los conceptos freudianos de zona erógena y de objeto parcial; alude a una localización orgánica. Entonces, Dora se vale de una parte de su cuerpo para hacer hablar a la pulsión. De ahí que Jacques Lacan (1951), en su lectura del caso Dora, interprete el síntoma de la afonía durante las ausencias del señor K, como un llamado de la pulsión oral en el encuentro a solas con la señora K, a través de la fantasía del *cunnilingus*.

En contraste, Freud (1905a) había interpretado a la afonía como una renuncia a hablar porque hacerlo carecía de valor, en tanto Dora no podía comunicarse con el señor K sino a través de la escritura de cartas. Aquel señalamiento novedoso que brinda el otro autor con respecto al sentido de dicho síntoma, nos hace pensar en lo que Freud llamó determinación múltiple del síntoma, para referirse a la diversidad de significados que el mismo puede adquirir, de manera simultánea, sucesivamente e incluso sin relación complementaria entre sí (cf. Freud, 1905, p. 47-8).

c) El síntoma en sus dos caras: la ganancia primaria y la ganancia secundaria

Tras plantear la idea de síntoma como solución de compromiso, Freud se anticipa a lo que escribirá en una nota al pie en 1923, donde considera que los síntomas en Dora aparecen como la salida económicamente más cómoda, que ahorra una operación psíquica, dice el autor. Es lo que llamará ganancia primaria de la enfermedad.

Inicialmente, en 1905, había planteado que los motivos de la enfermedad no participan en la formación de síntoma sino que se agregan secundariamente; pero en 1923, revisa este enunciado y lo plantea como insostenible. Afirma que muchos de esos motivos ya preexistían a la enfermedad e incluso tuvieron responsabilidad en su estallido. Y considera que ante todo el síntoma en su dimensión como satisfacción sustitutiva, forma parte de la cara interna de la ganancia primaria, mientras que la parte externa será, en Dora, motivos vinculados con querer obtener la compasión de su padre y lograr que éste se aparte de la señora K.

Finalmente, agrega la noción de ganancia secundaria de la enfermedad, que en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926) describirá como el proceso mediante el cual el yo convierte al síntoma en algo homogéneo a su organización, suprimiendo su carácter de ajenidad y tornándolo un elemento indispensable para su funcionamiento. En este momento, y en el marco de la se-

gunda tónica como nuevo modo de concebir el aparato psíquico, Freud dirá aún más: en algún punto, ese síntoma, tan doloroso, displacentero e insoportable para el paciente, lleva una ventaja, una satisfacción paradójica, sufrimiento que conlleva cierto goce.

En su raíz vemos un conflicto entre las distintas instancias psíquicas: el ello le exige al yo la realización de las aspiraciones libidinosas, mientras que el superyó con su crítica martirizadora le reclama sofocar dichas mociones. Como consecuencia, la tendencia general de la formación de síntomas implica la renuncia del yo a las satisfacciones prohibidas, y el hallazgo de una única satisfacción sustitutiva a través del síntoma. Esto supone una satisfacción sádica del superyó y una satisfacción masoquista del yo, quien se satisface en el propio sufrimiento, en la renuncia misma, y por ende, en sus síntomas.

Frente a tal situación, la cura continuará estando orientada a que el sujeto pueda comprender el sentido de sus síntomas, pero sobre todo apuntará a que lo pulsional pueda ligarse de otro modo y hallar otros arreglos menos costosos que los que suponen los síntomas.

Si vemos emerger el carácter de incorporación del síntoma al yo, su costado de fijación, y el hecho de que se vuelva necesario para mantener cierta estabilidad, apelaremos a un tratamiento que rescate la función positiva del síntoma, el cual en su repetición aparece como una solución ante el conflicto inter-instancias y como un intento de huida frente al peligro pulsional. Pero no por ello olvidaremos que la meta será principalmente generar condiciones para reducir los sufrimientos que conlleva, en una clínica abierta a la variedad de presentaciones, usos y sentidos que cada quien hace de su síntoma.

Gran parte de estos desarrollos, posteriores al giro del 20', nos convocan a pensar cómo Freud habría intervenido en el tratamiento de Dora, y cuál habría sido el desenlace en caso de haber contado con estos avances en la teoría. El propio autor realiza este ejercicio, y varios años después lo vemos reformular sus postulados, cuestionar su propio accionar, e hipotetizar líneas clínicas de dirección del tratamiento, a la luz del reconocimiento del síntoma en su función de huida frente al empuje pulsional, que de por sí es traumático para todo sujeto. Apropiarnos de este modo de entender la *praxis* psicoanalítica es una manera de relativizar nuestras concepciones teóricas y priorizar el encuentro con las contingencias y devenires propios de cada análisis.

Posición del analista

Uno de los motores de la cura, tal como se ha mencionado, es la interpretación del analista, mientras que el otro es la transferencia. Es precisamente el factor que Freud dice no haber advertido ni trabajado con Dora. Este error, según el autor, explicaría el motivo por el cual la paciente interrumpió voluntariamente el tratamiento luego de los tres meses de su inicio.

Freud (1905a) define a la transferencia como la reedición y reactualización, en la figura del analista, de sentimientos, temores, mociones pulsionales del paciente. Implica la puesta en acto, dentro del terreno analítico, de aquello que no puede ser recordado (Freud, 1914). El

sujeto incluye al analista como parte de su síntoma, creando una nueva neurosis, la de transferencia. Bajo la forma de una repetición, le dirige al médico una demanda de amor.

El valor de la transferencia en el marco de la cura radica en la posibilidad que tiene el analista de hacer uso del espacio transferencial para operar sobre la elaboración y tramitación de lo que no deja de repetirse. Resulta necesario estar atento a que lo transferencial no devenga obstáculo, para lo cual se torna imprescindible que el analizante esté advertido de que ello no es algo actual, sino que responde al retorno de un pasado olvidado. Para tal fin, lo esencial es la posición del analista, la cual estará determinada por la abstinencia. Lugar que Freud explicitará en “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1919) al sostener que:

En la medida de lo posible, la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación -de abstinencia- (...) Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza (p. 158-160).

Palabras finales

A través del recorrido bibliográfico por diversos textos, se ha constatado el persistente movimiento que va realizando Freud desde la teoría hacia la práctica, y viceversa. Este movimiento resulta interesante como modo de posicionarse en la propia práctica analítica, reconociendo las inconsistencias teóricas, sospechando de los modos habituales de proceder, habilitando espacios para que lo nuevo y lo diverso puedan emerger, y reconceptualizando el armazón de conocimientos que a veces se presentan como certezas indiscutibles.

Tal posicionamiento es lo que ha llevado a Freud a encontrarse inicialmente con el síntoma como un padecimiento a eliminar, pero frente a la imposibilidad de esa meta y a las resistencias que se anteponían, la meta fue virando hacia la escucha de todo aquello que, aparentemente de modo involuntario, se cruzaba como ocurrencia dentro del relato deliberado del paciente. De ahí surge el método psicoanalítico de asociación libre, la propuesta de llenar lagunas de memoria, y el arte de interpretar y la transferencia como motores del tratamiento.

Años después, con el giro de los veinte, y ante manifestaciones clínicas como la reacción terapéutica negativa, la parálisis de la voluntad del yo, la transferencia como ejemplo del más allá del principio del placer, Freud se ve reconducido a aquel historial que escribió en 1905, a fines de revisar conceptualizaciones y explicar sus errores técnicos y teóricos.

De tal modo que nos deja, como legado, la responsabilidad y el compromiso de demostrar la vigencia de sus tesis en la actualidad, y de seguir repensándolas a la luz de nuestra *praxis* clínica analítica.

Referencias

- Freud, S. (1890). Tratamiento psíquico (tratamiento del alma). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 111-132). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1896). Nuevas puntualizaciones sobre las psiconeurosis de defensa. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III*, (pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1900). *La interpretación de los sueños*. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomos IV y V*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1905a). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1905b). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (259-272). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1905c). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1914). Recordar, repetir y reelaborar. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol XII* (pp. 145-158). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1916). 23ª conferencia: Los caminos de formación de síntoma. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1919 [1918]). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 151-164), Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. & Breuer, J. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos: Comunicación preliminar. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II* (pp. 27-44) Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Freud, S. & Breuer, J. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Lacan, J. (1951). Intervención sobre la transferencia. *Escritos 1* (pp. 209-220). Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.
- Miller, J. (2000). La pulsión es palabra. *El lenguaje, aparato del goce* (pp. 119-139). Buenos Aires: Colección Diva.

CAPÍTULO 5

La metapsicología freudiana como invención de una nueva psicología

Rocío Mayorga

Las ideas más antiguas son justamente las más aprovechables según lo descubro con retardo. Espero estar absorbido hasta el final de mi vida por 'intereses científicos'. Es cierto que fuera de ello apenas si soy ya un hombre.
Sigmund Freud, CORRESPONDENCIA CON FLIESS (13/2/1896)

A partir del trabajo de trasmisión no son pocos los interrogantes que se ponen en forma y que se renuevan en cada lectura de la literatura freudiana. Trabajo de trasmisión que realizamos en la cátedra de Teoría Psicoanalítica intentando sostener la *conmoción que puede tener lugar en el encuentro con la obra fundante del psicoanálisis*. En este sentido, es que entendemos a la trasmisión como siempre solidaria de los efectos que el discurso analítico le dispensa.

En esta ocasión nos preguntamos acerca del llamado primer ordenamiento metapsicológico, allí donde se presenta la primera concepción del aparato psíquico desde una perspectiva formal (con leyes de funcionamiento), tópica (distinguiendo las instancias psíquicas que intervienen) y dinámica (por nacer del conflicto de fuerzas). Pero, ¿qué se ordena metapsicológicamente?, ¿se trata de la experiencia clínica ya avizorada en “Sobre la psicoterapia de la histeria” (1895), lugar en el que Freud asume que “el material psíquico patógeno” está estructurado?

La lectura que se propone en nuestro Programa ubica, entonces, un primer ordenamiento metapsicológico con la postulación del aparato anímico, tal como lo encontramos por primera vez en 1900. Un segundo momento de lo metapsicológico, se constituye frente al problema de la investidura libremente móvil como nudo del que Freud se ocupa en “Más allá del principio del placer” (1920). Le antecede la “fuente independiente de desprendimiento de displacer” del “Manuscrito K”, indicando con ello lo primario del displacer (Freud, 1896, p. 263) y, la insuficiencia de la represión frente a lo traumático pulsional.

Más de una década después de “La interpretación de los sueños” el maestro del psicoanálisis se dedicará a exponer una serie de cinco trabajos metapsicológicos con el propósito de ofrecer una exposición “completa y sistemática de sus teoría psicológicas”, al decir de Strachey (en Freud, 1915, p.101). Por su parte, Ernest Jones nos informa que existieron siete artículos más, que nunca vieron la luz y que versaban sobre lo siguiente: la conciencia, la angustia, la histeria de conversión, la neurosis obsesiva y las neurosis de transferencia, la sublimación y la

proyección. Si bien es aprehensible en los artículos publicados la referencia a los faltantes, así como, el tratamiento de esos temas en trabajos posteriores a la publicación de los mencionados cinco, nos permiten apreciar las dificultades que el Proyecto de una nueva psicología conllevó a nivel de la escritura. Conocemos y celebramos el contar con “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915a), “Lo inconciente” (1915b), “La represión” (1915c), “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños” (1917a) y “Duelo y melancolía” (1917b).

De este modo, el presente capítulo se interroga acerca de la invención de la metapsicología como *herramienta* para ordenar el campo de conocimiento, que bajo la égida de lo inconciente, Freud se ve llevado a inscribir. Si se acepta la idea de un proyecto metapsicológico inconcluso, podremos quizás seguir a Paul-Laurent Assoun en señalar el estatuto de acto que la escritura misma de la metapsicología reclama, en la pluma del creador del psicoanálisis. Tema que abordaremos en el segundo apartado de este trabajo.

Por tanto, en un segundo momento, el lector encontrará los interrogantes que se abren a partir de la lectura realizada, en torno a la posibilidad de operar con lo metapsicológico para producir conocimiento en el campo del psicoanálisis. Y por último, esperamos contribuir a la discusión acerca del legado metapsicológico, como susceptible de enriquecer nuestras nuevas lecturas clínicas y su formalización.

La invención freudiana de la metapsicología

1) Antecedentes freudianos

Antes de 1915 son muy pocos los lugares donde Freud hablará explícitamente de la metapsicología. Si bien la correspondencia con Fliess permite atender a cierta preocupación por lo que llama “nueva psicología” o “psicología de las profundidades”, solo encontramos una ligera mención en “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901).

Las dos referencias en la correspondencia con Fliess se encuentran en la carta 87 del 13 de febrero de 1896. Luego de mostrarse abatido por sus problemas de salud, Freud le confiesa a su amigo:

Mi estado no merece ser averiguado. La supuración izquierda ha recrudecido la última semana, las migrañas son bastante frecuentes, la necesaria abstinencia no se puede decir que me haga muy bien. He encanecido rápidamente. La psicología –metapsicología en verdad– me ocupa sin cesar. (Freud, 1994, p.181-2)

Más sustantiva parece la referencia que se encuentra en la carta del 10 de marzo de 1898, donde aclara que “con la teoría del cumplimiento de deseo solo estuviera dada la solución psicológica no la biológica, o mejor la *metapsíquica*”, y continúa: “Por otra parte te pregunto, se-

riamente si para mi psicología que lleva tras la conciencia es lícito usar el nombre de ‘metapsicología’” (Freud, 1994, p. 316; el subrayado es nuestro).

Ahora bien, en “Psicopatología de la vida cotidiana”, Freud distingue “la metafísica” de “los supersticiosos” para señalar:

Porque el *supersticioso nada sabe* de la motivación de sus propias acciones casuales, y porque esta motivación esfuerza por obtener un sitio en su reconocimiento, él está constreñido a colocarla en el mundo exterior por desplazamiento (descentramiento). Si semejante nexos existe difícilmente se limite a este caso singular. Creo, de hecho, que buena parte de la concepción mitológica del mundo, que penetra hasta en las religiones más modernas, no es otra cosa que psicología proyectada al mundo exterior. (1901, p. 251)

En este sentido es tarea de la ciencia el mudar en “psicología de lo inconciente” lo que el hombre religioso o el supersticioso colocan fuera de sí. Como si se tratara de invertir, trasponer, la metafísica en metapsicología. Por primera vez aparece la palabra solidaria de la orientación hacia la psicología de lo inconciente, luego de lo cual pasarán 14 años para que retome explícitamente el nombre de metapsicología.

2) El aparato anímico, primer ensayo metapsicológico

Si seguimos a Freud cuando afirma que “el psicoanálisis se funda en el análisis de sueños” (1912, p. 276) es posible anudar lo fundante a la rigurosidad del método que será articulado, por vez primera, en su libro de 1900, a la regla fundamental. A partir de allí, se vuelve innegable la homogeneidad del objeto con el método por un lado, así como, lo inédito de la posición del analista en la especificidad de su escucha. Es la primera ocasión en la que Freud realmente se orienta por lo que llamará más adelante “la hipótesis de los pensamientos inconcientes” (*Ídem*. p. 274).

Ahora bien, volvamos a nuestro interrogante ¿cómo se pasa de la psicoterapia de la histeria a la hipótesis de un inconciente regido por leyes de funcionamiento precisas y articuladas (la condensación y el desplazamiento)? No parece tratarse de una continuidad con los postulados que bañaron la primera clínica, la de los “Estudios...” por ejemplo. Sino de una verdadera ruptura que, hasta entonces, Freud mantuvo en el plano de la tensión pero en diálogo con la filosofía y la psicología academicista, que le eran contemporáneas. Cuando debe abordar el mecanismo en juego en la formación del sueño, sirviéndose de su experiencia en el análisis de los síntomas neuróticos, Freud irá más allá en esa discusión y planteará lo que revoluciona su campo de trabajo: *la noción de inconciente*. La misma resulta ser fundamental para abrir a un nuevo paradigma de lo anímico, separado tajantemente de las perspectivas filosóficas y científicas. Es sobre la manera freudiana en la que el inconciente cobra vida que vemos cabalgar a la metapsicología, y esto por serle “fundamental” para abrir a los conceptos estructurantes de

una clínica más allá de la conciencia, donde la pulsión, la tónica, lo reprimido y sus retoños muestran su importancia.

Más tarde, en “Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis” (1912), el maestro vienés escribe:

Lo inconciente es una fase regular e inevitable en los procesos que fundan nuestra actividad psíquica; todo acto psíquico comienza como inconciente, y puede permanecer tal o bien avanzar desarrollándose hasta la conciencia, según que tropiece o no con una resistencia (p. 275)

Por fin se trata de admitir la franca contradicción entre lo psíquico para la psicología y lo que el psicoanálisis acuñará como psíquico: “No sin deliberación digo en nuestro inconciente, pues lo que así llamamos no coincide con lo inconciente de los filósofos ni con lo inconciente según Lipps. En ellos está destinado a designar sólo lo opuesto a lo consciente” (Freud, 1900, p. 602).

Es sabido que la publicación póstuma del “Proyecto de psicología...” (Freud, 1895/1950) nos enseña de la eficacia de sostener un trabajo en ciernes, puesto que a menudo solemos pensar al leerlo ¡Pero es que todo el psicoanálisis ya está contenido/condensado en ese proyecto! Así es como nos encontramos allí con la vivencia de satisfacción fundante del aparato motorizado a deseo, tal como se articulará en “La interpretación...” (1900). Tempranamente vemos delinarse lo sustancial de un aparato anímico, aún con clave neurológica, pero sin duda nacido de la experiencia clínica que será la misma que vea postular el inconciente.

Recordemos brevemente que Freud inicia el ambicioso capítulo sobre la psicología de los procesos oníricos (que devendrá en el capítulo VII de “La interpretación...”), interrogando el carácter alucinatorio del sueño, entendiendo que a esta peculiaridad del sueño *hay que explicarla*. Además de aclarar que no es exclusiva de la dinámica onírica, se trata de atender al recurso a lo sensorial en el trabajo del sueño ya abordado. El estudio de la bibliografía sobre el tema le permite a Freud afirmar que no hay hipótesis que permitan salir de la mera descripción del material manifiesto sin alcanzar el más allá de lo relatado. *El sueño no es su relato* sino que, *como el síntoma*, muestra indiciariamente lo que no puede darse a ver. Cuestión que es abordada en el capítulo 7 de este libro por Claudia de Casas.

De este modo, la afirmación de Fechner acerca del escenario de los sueños como siendo otro que el de las representaciones de la vigilia, le resulta muy oportuna para operar la separación entre las representaciones de las que tenemos noticia consciente y la eficacia de procesos que no advienen a la conciencia aun cuando son caros en efectos. De allí es que se vuelve posible admitir que dos procesos distintos ocurren en torno a la energía psíquica: el proceso que llamará *primario* donde la energía permanece libremente móvil, y otro, *secundario*, en el que las representaciones se ligan entre sí y pueden ocasionalmente alcanzar la conciencia.

Sobre esto versa el punto E del capítulo VII, intitulado “El proceso primario y el proceso secundario. La represión”, donde Freud se irá deteniendo en el ejercicio de postular la imposible existencia del aparato psíquico regido exclusivamente por el proceso primario; sería “una fic-

ción teórica”, aclara. Luego de acentuar otro escenario para lo onírico, la pregunta por el origen del aparato anímico se impone. Ante lo que el maestro del psicoanálisis sostendrá *la vivencia de satisfacción* (p. 557), casi de modo idéntico a lo que trazó ya en el “Proyecto...” (Freud, 1895, p. 362) situando el origen del deseo coincidente con la pérdida del objeto de la necesidad y así, abriendo a la búsqueda imposible, en el intento de alcanzar la identidad perceptiva, condenada al fracaso.

Gracias a ese fracaso y, a la intervención del proceso que *inhibe* el recorrido hacia atrás de la excitación, hacia el polo perceptivo, el sueño nace como cumplimiento o mejor, como promesa cumplida. Por ese rodeo, se sostiene la insatisfactoria búsqueda repetida.

Si entonces el comienzo de la metapsicología lo entendemos como la postulación de una psicología de lo inconciente, es por conducirnos a postular que la conciencia no reina en lo psíquico y que si tuviéramos que explicar la estructura de lo anímico veríamos que no es ella lo esencial. Más precisamente, el devenir consciente se agota en una descarga que impide la inscripción, la memoria está situada en el sistema inconciente donde se estructura complejamente, asociándose y estableciendo nexos entre sus marcas. Caracteriza un proceso que acontece cuando la energía psíquica se presta a ligazones con representaciones siempre que no impliquen una desmesura y provoquen displacer. En el lenguaje de 1900: las representaciones-meta conscientes no son las que estructuran el sueño. Allí donde el mismo es casi siempre olvidable, reside la clave de una lógica a la que no se accede directamente. Se impone la necesidad de estudiar sus leyes a partir de leer la eficacia en sus retoños.

La interpretación de los sueños representa, desde una perspectiva metodológica, el divorcio de las modalidades más sugestivas de abordaje: la hipnosis en el marco del método catártico (Freud, 1893-5, p. 34), el método de la presión sobre la frente (Freud, 1895, p. 284) para dar lugar al enunciado de la *regla fundamental*:

Tome nota de todo cuanto le pase por la cabeza y lo comunique, y que no se deje llevar, por ejemplo a sofocar una ocurrencia por considerarla sin importancia o que no viene al caso, u otra por parecerle disparatada (1900, p. 122-3).

Como si dijéramos; diga con todas las letras, a sabiendas de que esto es imposible. No es posible decir cualquier cosa y, por otro lado, se exige del analista que su escucha esté despejada de lo que el yo atiende, como lo está, siempre presto a reprimir aquello que provoque un displacer mayor del esperado (principio de placer). Desde 1900 el dispositivo ya no será el mismo, y tampoco sufrirá grandes modificaciones en adelante.

En este sentido, el *aparato psíquico* freudiano con sus coordenadas tópicas (inconciente, preconciente, consciente), dinámicas (el conflicto entre lo que irrumpe y lo que frena de la defensa) y económicas, se constituye en un modo inédito y rigurosamente formal (con leyes de funcionamiento y con mecanismos) de abordar lo psíquico inconciente.

Para concluir, en este punto acerca de la invención misma de la metapsicología es dable considerar que Freud ofrece su escucha, dócil al inconciente y, por ello debe separarse de los prejuicios de la conciencia, es decir, de la idea de lo anímico como consciente.

Hemos hablado de la metapsicología como de una *invención*, en lo que sigue tomaremos algunas consideraciones realizadas por Assoun por resultarnos esclarecedoras en el recorrido que nos hemos planteado.

Acerca de la introducción de la metapsicología

La metapsicología es el dispositivo inédito improvisado por Freud para dar forma de racionalidad ad-hoc a este imperativo de no olvidar al inconciente
Paul-Laurent Assoun, INTRODUCCIÓN A LA METAPSICOLOGÍA FREUDIANA

Nuestro recorrido se enlaza a los desarrollos de Paul-Laurent Assoun, quien se ha ocupado específicamente del tema de la metapsicología en sus libros: “Introducción a la metapsicología freudiana” (1993) y “La metapsicología” (2002). Extractos de esos textos nos resuenan a la hora de resaltar el dinamismo que la disciplina metapsicológica le puede imprimir a cada concepto psicoanalítico.

El objetivo de nuestro trabajo no es la metapsicología freudiana en sí misma, sino el valor de novedad que introduce Freud a partir de 1900, con el ordenamiento de lo anímico de acuerdo a la construcción de un aparato psíquico. Mencionaremos, entonces, algunos puntos destacables de esta novedad, en palabras de Assoun.

Si pensamos en una manera de concebir lo metapsicológico, esto nos remite a lo que el autor francés llama “definición práctica”, aquella que encontramos en “Lo inconciente” y, que ha sido ampliamente difundida: “Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos dinámicos, tópicos y económicos, eso se llame una exposición metapsicológica” (Freud, 1915b, p. 178). En el mismo lugar encontramos, como nos apunta James Strachey, que Freud dejó de nombrar la metapsicología hasta tiempo después.

Aun cuando la metapsicología tuviera conceptualmente esta aparente pausa, Freud nos arroja una elaboración tan densa como compleja, a la luz de lo que el primer aparato anímico le permitió indagar.

Por su parte, la metapsicología es entendida por Assoun como “el conocimiento destinado a extraer las consecuencias de la hipótesis del inconciente en el marco de una concepción de la psique” (Assoun, 2002, p. 13). Es decir que en esto radica la solidaridad entre el dispositivo analítico, regido por lo inconciente reprimido y la metapsicología como conocimiento construido a su razón. Su función se encuentra en la articulación entre clínica y la conceptualización teórica que sobre ella se edifica. De modo que, esto nos recuerda lo postulado por Freud, el supuesto del inconciente será “legítimo y necesario” (1915b, p.163).

El recurso a la metapsicología, desde la perspectiva de este autor, posibilita una ganancia de claridad frente a la incertidumbre clínica. Es interesante observar que, esto contrasta con lo críptico que suele resultar el abordar los trabajos metapsicológicos freudianos mismos. Tarea que es realizada por Assoun en su segundo libro “La metapsicología” donde,

además, avanza con sus propios enunciados acerca de los destinos a los que la metapsicología freudiana podría aspirar.

Seguiremos nuestro planteo inicial, en la medida en que, nuestro interés está en el movimiento metapsicológico inaugural. Salir del terreno de la psicología descriptiva, se vuelve un acto cuando el inconciente adquiere su estatuto metapsicológico. Nos referimos a la concepción de lo anímico que Freud comienza a despuntar en el “Proyecto de psicología...” pero que, sin duda, trazará toda su obra con efectos reconocibles en su escritura. Recordemos que la propuesta estructural en “El yo y el ello” será la encargada de señalar los límites de la primera tópica anímica (Freud, 1923). En este sentido, Assoun dirá “paradójicamente, es en el momento en que Freud renuncia a escribir una ‘metapsicología’ en debida forma cuando entrega los fragmentos más notables de su arte metapsicológico” (2002, p. 19).

Para este autor como para nosotros la metapsicología permanecerá en una incómoda pero fecunda posición por ser solidaria de ese real que la clínica le exige atender a cada psicoanalista. Se escribe, sí, pero no toda. Cómo los siete artículos cercenados de publicarse lo muestran. Más allá de lo dicho sobre cada tema, ella es susceptible de recoger de una manera única las preguntas que el material clínico nos presenta, cuando nos resulta necesario dar el salto, hacia la explicación de lo que va más allá de la conciencia, “la metapsicología es la que eleva la experiencia clínica a la altura de un saber” (Assoun, 2002, p. 9).

Quizás de esto se desprenda su lugar de proyecto intelectual para Freud, en el camino pretendido de conducir al psicoanálisis bajo la legitimidad de la ciencia.

Assoun llama “imperativo” al sometimiento a las tres coordenadas de la explicación metapsicológica. Puesto que considera que se anudan, que confluyen con lo inconciente como “objeto metapsicológico”: “Localizar las instancias, evaluar las fuerzas, calcular las inversiones y los gastos: tal es el triple imperativo de la explicación metapsicológica” (Assoun, 2002, p. 25).

Si bien todos los conceptos psicoanalíticos son susceptibles del tratamiento metapsicológico, de acuerdo a este autor no todos tienen la misma dignidad, “puede hablarse de jerarquía” de acuerdo a la posición que asuman en la causalidad inconciente. Digamos que, si la metapsicología como teoría causal se apoya en un concepto fundamental, ese es el de pulsión. Aunque por otra parte, la llamada “exposición metapsicológica” que menciona Freud en lo inconciente, no sería posible sin un marco como el del aparato anímico de “La interpretación de los sueños”.

Para finalizar diremos que Assoun recupera algunos problemas que, al abordar la metapsicología freudiana, encontraremos; decimos, recupera para torsionarlos y conducirnos a pensar la metapsicología como “dispositivo”, como “epistemología”, no como conceptos que integrarían una concepción completa psicoanalítica del padecimiento neurótico.

Lo que queda

Este trabajo demostró, quizás, ser más bien preliminar en el abordaje de los tópicos que se abren de la mano de la metapsicología. Si bien el recorrido propuesto trataba de plantear de modo sucinto lo inaugural del campo ordenado a partir de 1900, lo complejo del abordaje inventado por Freud nos deja en la estacada por momentos.

Se trata de una nueva manera de concebir lo psíquico que, sin subsumir la espectacularidad de los fenómenos ni descuidando la necesidad de lo explicativo en los fundamentos de la disciplina, procura sostenerse en una práctica clínica tan fascinante como incómoda.

Este capítulo nos permitió acentuar la dimensión resistencial en la metapsicología como *invención*, como *psicología freudiana*, en ese real que ella respeta pero, que a su vez, instala la dificultad de escribirla como sistema. De un modo u otro, la metapsicología puede inspirarnos a trabajar los fundamentos del psicoanálisis si aceptamos que ella misma es una noción esquivada y fecunda.

Referencias

- Assoun, P. L. (1994). *Introducción a la metapsicología freudiana*. Buenos Aires: Paidós.
- (2002). *La metapsicología*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para neurólogos [1950]. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo I* (pp. 323-436). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1950) Fragmentos de la Correspondencia con Fliess [1892-1899]. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo I* (pp. 211-322). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1896). Manuscrito K. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo I* (pp. 260-269). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomos IV y V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo VI*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1912). Nota sobre el concepto de inconsciente en psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XII* (pp. 265-278). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1915a). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XIV* (pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1915b). Lo inconsciente. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XIV* (pp. 153-162). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1915c). La represión. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XIV* (pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1917a). Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XIV* (pp. 215-234). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1917b). Duelo y melancolía. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XIV* (pp. 235-256). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1994). *Sigmund Freud. Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu, 1994.

CAPÍTULO 6

El Psicoanálisis más allá de la Psicología

Christian Roy Birch

Si yo pudiera indicar acabadamente los caracteres psicológicos de la percepción y de sus tres transcripciones, con ello habría descrito una psicología nueva
Sigmund Freud, CARTA 52 A W. FLIESS, 1896

Jacques Lacan propone, en el seminario sobre los escritos técnicos de Freud (1953-1954), que el psicoanálisis constituye una dimensión que la psicología no contempla; para introducir esta dimensión Lacan se sirve del concepto de *ignorancia* que presentamos en este texto. Desde esta perspectiva se puede decir que el psicoanálisis amplía las fronteras de la psicología al modificar algunos de sus conceptos clave, a saber, la conducta, el conocimiento y el concepto de Yo. Las nuevas definiciones, junto al estudio de la diferencia entre la ignorancia y el desconocimiento, permiten trazar un nuevo horizonte clínico y teórico.

Psicología

Examinar lo que está más allá de la psicología supone la tarea previa de establecer una base para definirla.

Sin embargo, la psicología (cognitiva, experimental, educacional, etc.) se nos presenta como un haz de discursos que se difractan hasta puntos de contradicción irreductibles. Evidentemente, no hay unidad en cuanto al proyecto científico ni al método que les sería propio. Por otra parte, en general, cada una supone que el psiquismo establece algún tipo de relación con un objeto (o con varios), a este respecto, nos parece que una discusión fecunda podría establecerse en torno a lo que cada disciplina propone como el objeto del psiquismo, el objeto psíquico. En este sentido, prestar atención al objeto del psicoanálisis podría arrojar cierta luz sobre un punto en el que los discursos psicológicos actuales parecen difractarse.

Ahora bien, si hay una psicología podemos preguntarnos qué la caracteriza. ¿Qué es la psicología? En los primeros cursos universitarios de psicología se nos dio una definición: la psicología es el estudio de la conducta, especialmente de la conducta humana. Este enunciado respondería bien a la convivencia de los psicólogos de diversas orientaciones, a las materias que

enseñaban y a los problemas particulares que cada una planteaba. Por ejemplo, algunos estudiaban las causas de la conducta (ya fueran ambientales o no) y otros sus funciones o sus variaciones, cada cual tenía sus propios intereses programáticos y sus propias dificultades para realizarlos. Sin embargo, notamos que este modo de entender la psicología (como una especie de campo de problemáticas ligadas a la conducta) no nos facilita la articulación de la pluralidad de métodos y de objetos; en fin, al no presentar una lógica propia, la unidad de la disciplina queda difusa.

En la conferencia del 18 de diciembre de 1956, Georges Canguilhem atacó severamente las diferentes versiones clásicas de la psicología. El texto de esa conferencia fue reproducido en el segundo número de la revista *Cahiers pour l'analyse* (Milner et al., 1966), y que nosotros encontramos de gran utilidad para este artículo. En el prefacio, Jean-Claude Milner propone un dominio en el que se encontraría el conjunto de las psicologías y presenta un argumento: la consciencia se constituye por excluir el deseo de su campo (Milner et al., 1966, p. 73); es una afirmación radical que alcanza múltiples cuestiones. Dado que la mayoría de las psicologías (si no todas) suponen una definición de la consciencia, nos parece que sería importante clarificar qué quiere decir J.-C. Milner cuando plantea que la misma se funda en una exclusión.

Milner dice que se excluye el deseo y nosotros precisaríamos que, desde el punto de vista psicoanalítico, lo que se excluye de la consciencia es el objeto del deseo inconsciente. Inconsciente, en el sentido más cabal del concepto. Señalamos además que un objeto por el hecho de ser inconsciente no es menos eficiente en la vida anímica del ser humano, en su conducta. De hecho, Freud dice que el núcleo de nuestro ser –inaprehensible y no inhibible– consiste en mociones de deseos inconscientes, las cuales constituyen una compulsión a la que deben adecuarse todas las aspiraciones de una vida (Freud, 1900-190, p. 593).

Entonces, para el psicoanálisis, el núcleo del ser está definitivamente excluido de la consciencia y, sin embargo, tiene la mayor incidencia en la vida del ser humano. Desde este punto de vista, el objeto del psicoanálisis es un pivote que se encuentra más allá de lo que se puede conocer o de lo que se puede tener consciencia, además, determina en gran medida las conductas del ser humano.

En el prefacio de J.-C. Milner hay también una breve mención a la conducta, dice que la misma pertenece esencialmente al plano de los intercambios. Nos parece interesante el modo en que sitúa este concepto clave de la psicología, desde allí se pueden extraer algunas consecuencias que no tuvimos presentes al comienzo de nuestros estudios universitarios. Veamos cómo se puede articular la conducta con otro de los conceptos importantes de la psicología, el Yo.

En un sentido general, “conducta” y “conducir” pertenecen a la misma región semántica, conducir es llevar o dirigir a alguien o a alguna cosa. Dicho esto, nos parece que el alcance de la psicología definida como el estudio de la conducta queda trazado con el sentido del prefijo “con-”. El prefijo se deriva de la preposición latina “cum” que es nuestra preposición “con” (en compañía de, junto a, en discrepancia de, en unión a, etc.) y que entraña un sentido fundamental de relación y de intercambio.

Ahora bien, la psicología normalmente establece que uno de los polos de todo intercambio es el Yo. Tradicionalmente, la función psicológica del Yo es definida en términos de síntesis y dominio, desde allí se organizan los intercambios (con los otros, con el medio, incluso con sí mismo). Por el contrario, Milner subraya la definición psicoanalítica (que no es menos subversiva por estar más estudiada hoy en día): el Yo es una función de desconocimiento y de espejismo (Milner et al., 1966, p. 74).

La función de desconocimiento refiere entonces un “no conocer”. Por un lado, tenemos que el sentido de los términos “conocer” y “conocimiento” convienen a múltiples variantes de la psicología. Están, de modo más o menos implícitos en el concepto de conducta, presentes en las corrientes introspectivas de la psicología y son la punta de lanza de la muy difundida psicología cognitiva. Por otro lado, si se acepta que el Yo es una función de desconocimiento, uno de los pilares fundamentales de las psicologías resulta socavado.

Veremos ahora cómo entiende el psicoanálisis al desconocimiento.

El desconocimiento no es ignorancia

Desconocimiento no es ignorancia. El desconocimiento representa cierta organización de afirmaciones y negaciones a las que está apegado el sujeto. No podemos pues concebir el desconocimiento sin un conocimiento correlativo. Si el sujeto puede desconocer algo, tiene que saber de algún modo en torno a qué ha operado esta función. Tras su desconocimiento tiene que haber cierto conocimiento de lo que tiene que desconocer. (Lacan, 1953-1954, p. 249)

Hay una diferencia entre el desconocimiento y la ignorancia, la retomaremos más abajo. Por el momento, de la cita precedente, destacamos que el desconocimiento está comprometido en un proceso de transformaciones. Para que advenga el desconocimiento debe operarse un cambio en la relación con algo previamente conocido. Dicho de otro modo: un conocimiento (primero), alcanzado en un momento dado, es llevado a un estado (segundo) de no reconocimiento. Afirmamos que en este estado segundo, el sujeto ya no puede distinguir en su consciencia el objeto del conocimiento inicial; este objeto será excluido de la consciencia y de vendrá inconsciente. Entonces, en el mismo acto de rechazar el conocimiento primitivo, se le niega a la cosa la dignidad de ser un objeto de la consciencia. Hay otra cuestión que destacamos en este proceso de transformaciones, el mismo supone una organización cierta.

¿Cuál es el estado primitivo del objeto y del conocimiento para el ser humano? “La anarquía de sus pulsiones elementales está demostrada por la experiencia analítica. Sus comportamientos parciales, su relación con el objeto —el objeto libidinal— están sometidos a una diversidad de avatares. La síntesis fracasa.” (Lacan, 1953-1954, p. 250) Los objetos, instintos, deseos y tendencias son experimentados como una realidad absoluta y caótica (Lacan, 1953-1954, p. 128) pero, con el nacimiento del Yo, se introduce en este caos una

estabilidad: el Yo será en adelante un polo de la realidad, un principio constante de diferenciación, es decir, una modalidad del orden.

La primera realidad diferenciada (no caótica) que se produce con el nacimiento del Yo resulta determinada por las condiciones de su constitución. A este respecto, Lacan plantea que el Yo nace a partir de una relación fundamental con el semejante quien brinda la imagen de un cuerpo unificado —es lo que describe en su texto sobre el estadio del espejo (Lacan, 1949, p. 99; Lacan, 1953-1954, p. 88, 128, 252)—. El pequeño humano asumiría su cuerpo como unificado mediante la identificación con una imagen (*Gestalt*) del cuerpo: se reconocería en esa imagen que es su semejante (ya sea que la brinde otro ser humano, aproximadamente de la misma edad, o que la brinde un espejo). De acuerdo al estadio del espejo, frente a los efectos de la precariedad del sistema propioceptivo y de las pulsiones anárquicas del ser humano, en un momento dado (en torno de los ocho meses de edad), se produce una gran reorganización mediante un hecho psíquico inédito: la asunción de una imagen, semejante a un sí mismo, que sería el Yo del sujeto representado como un todo unificado. La consecuencia psíquica de este hecho es la separación definitiva entre el Yo y lo que es más originariamente real. Aquella dimensión real, originaria y caótica será parcialmente dominada con la formación del Yo y el resto no dominable quedará excluido de la consciencia y del Yo. Lo que sucede es que aquello que escapa a la posibilidad de una síntesis psicológica total, no resulta anulado; los efectos de su insistencia se seguirán manifestando.

La propuesta del estadio del espejo responde a uno de los principales problemas que plantea la teoría freudiana de la libido respecto del pasaje del autoerotismo originario (de las pulsiones parciales) al narcisismo primario. En resumen, la hipótesis de Lacan es que el Yo organiza y sintetiza la realidad del autoerotismo que se experimenta como caótica. Este Yo nacería de una afirmación (asunción) que integraría las pulsiones parciales constituyendo en el mismo acto un resto no integrable y que persiste como algo ajeno al Yo, algo que permanece desconocido. De este modo, la teoría psicoanalítica no rompe con los discursos psicológicos pues reconoce que el Yo tiene un rol de dominio, pero delimita un más allá al señalar el espejismo de ese dominio (que el niño puede disfrutar jubiloso al precio de desconocer sus propias condiciones reales).

Ahora bien, si un objeto psíquico puede ser atribuido a la égida del Yo o si, por el contrario, resulta situado como extranjero al mismo, cualquiera de estas operaciones supone necesariamente que previamente dicho objeto se ha constituido. La constitución de la relación sujeto-objeto es también, evidentemente, un supuesto necesario para el establecimiento de la relación con el prójimo —con el semejante—. Es un tema fundamental para el psicoanalista, pero que no es menos importante para la mayoría de las psicologías. Todo esto se aborda en la lectura que hizo Jean Hyppolite del texto de Freud “La negación”, fue una presentación en el marco del primer seminario público de Lacan (Lacan, 1953-1954, p. 87-101).

Allí Lacan subraya que la constitución de la relación sujeto-objeto es precedida por lo que Freud denomina una *Bejahung*³, una afirmación (Lacan, 1953-1954: 95). Seguidamente, el psiquismo trabajará en la dirección de excluir del Yo a esta afirmación primordial –que se refiere al estado primitivo de las pulsiones parciales–. Justamente, todo aquello que se encuentra en la esfera del Yo como función de síntesis y dominio (es decir, el acervo de una persona, los conocimientos, las observaciones que pueda hacer del mundo, los descubrimientos y los llamados *insights*) no son más que la continuación (por otros medios) de la negación de una *Bejahung* primordial, indefectiblemente excluida de la consciencia; en este sentido el Yo tiene una función de desconocimiento. El desconocimiento es, fundamentalmente, desconocimiento de esa *Bejahung*. Debemos hacernos una noción aproximativa de ella.

El conocimiento primordial o la *Bejahung* originaria

El concepto de *Bejahung* se engarza con múltiples aspectos cardinales de la teoría y de la técnica psicoanalítica. No podremos abordarlo cabalmente, pero podemos comenzar a bosquejar una noción a fin de continuar nuestro camino hacia la ignorancia.

A los fines de este trabajo, señalaremos que la *Bejahung* es un hecho fundante del psiquismo. Algunos argumentos freudianos la definen en función del *trabajo de juicio* dónde se entran las relaciones entre el juzgar (conocimiento), la percepción y la memoria. Podemos ver que estos son los grandes temas de la psicología y los supuestos de toda conducta. La idea que Freud trabaja en filigrana y de la que extrajo diversas consecuencias a lo largo del tiempo es que, en un momento originario del psiquismo, se constituye un ensamblado que se inscribe como un primer signo a partir de unas excitaciones que provienen del mundo exterior y del propio cuerpo. La primera *vivencia de satisfacción* se integra como una propiedad distintiva de este ensamblado: frente al displacer producido por las excitaciones propias del apremio de la vida (las necesidades biológicas), el recién nacido no puede resolver la situación por sí mismo, es necesaria la intervención de un prójimo que provea el objeto de la acción específica que exige la satisfacción de la necesidad biológica. (Freud, 1950 [1895]; 1896; 1900; 1925; 1940 [1938]) La provisión de tal objeto es lo que produce la vivencia de satisfacción.

Una gran diversidad de dominios y de componentes concurre en la *Bejahung*. Se trata de la primera inscripción psíquica de la satisfacción biológica, introduce modificaciones que corresponden a la percepción del objeto, genera facilitaciones para la asociación psíquica con la acción específica que introduce la satisfacción, además, sobre esta base se establece el vínculo con el prójimo y se crea una relación con la *cosa del mundo* (como llama Freud a este primer objeto psíquico) que dará lugar a la función psíquica de la realidad. Se trata de un proceso

³ ¿Por qué empleamos el término alemán *Bejahung* en vez de traducirlo? La traducción de esta palabra es un tema de discusión para Lacan y los otros traductores de Freud. *Bejahung* es un sustantivo derivado del verbo transitivo *bejahen* que significa “afirmar”. En un sentido más reducido, *Bejahung* es un hecho de palabra, es haber dicho “sí”, es también la respuesta afirmativa a una pregunta. Por otro lado, *bejahen* tiene el sentido de haber encontrado algo conforme, como cuando se certifica la fidelidad de una copia, y es considerar que algo es verdadero; esto puede corresponder al uso que hace la filosofía cuando afirma que un juicio es verdadero. En fin, resulta difícil traducir a otra lengua los matices del concepto original.

fundante, es la inscripción de algo auténtico y verdadero, incluso una verdad primera, indeleble. Paradójicamente, permanecerá inalcanzable para el Yo que se formará tiempo después desconociéndola. Esta *Bejahung* pertenece, en términos lacanianos, a tres registros simultáneamente: al registro de lo real (del cuerpo), de lo imaginario (en tanto es una percepción) y de lo simbólico (como algo verdadero, una inscripción, aunque sea incognoscible para el Yo).

Entonces, el desconocimiento se funda en la negación de la *Bejahung* y la negación es –en sentido técnico– un mecanismo de defensa que desconoce o desvía de una percepción o de un hecho (y ya dijimos que la negación desconoce con la ayuda de todos los contenidos del conocimiento consciente –incluso con aquellos que, sin estar actualmente en la consciencia, son susceptibles de devenir conscientes en un momento u otro–). Por otro lado tenemos que tras el “desconocimiento tiene que haber cierto conocimiento” (Lacan, 1953-1954, p. 249), estamos así advertidos de que aunque la afirmación (*Bejahung*) de un hecho primordial no esté nunca en la consciencia, esta no deja de pertenecer al psiquismo. Agreguemos a esto que, a partir de la teoría freudiana de la represión primordial (*Urverdrängung*), se podría decir que hay modos de conocimiento de aquello que está definitivamente desalojado de la consciencia (por ejemplo, mediante las formaciones del inconsciente): cuando Lacan dice que tras el desconocimiento debe haber un “cierto conocimiento”, nos parece que se refiere a un modo de conocimiento indirecto, siempre imperfecto, nunca exacto, confuso.

La cuestión de la afirmación primitiva (primer conocimiento) y de su posterior negación está presente en Freud desde los primeros textos psicoanalíticos, incluso desde los prepsicoanalíticos. Muy tempranamente, en 1895 y 1896, Freud apuntaba en la cura a las ideas inconscientes (no conscientes) con el fin de facilitarles un pasaje a la consciencia (Freud & Breuer, 1893-1895; Freud, 1896); en ese marco ya se esbozaba la problemática de la *Bejahung*. Rápidamente se dio cuenta de las dificultades que presenta ese objetivo y con persistencia intentó encontrar una solución, incluso hasta en su último texto (Freud, 1940 [1938]).

Lacan, al comienzo de su enseñanza, retoma el asunto siguiendo la huella freudiana: la cura debe dirigirse hacia la asunción de una afirmación primitiva negada, “cuya revelación es esencial para el progreso de un análisis” (Lacan, 1953-1954, p. 108). Si consideramos la función de desconocimiento del Yo, lo que se trata de alcanzar es un más allá del Yo que se presenta como algo desconocido y que debe ser asumido (Lacan, 1953-1954, p. 64-65, 108, 408-415). Al plantear las cosas de esta manera encontramos un problema, en un psicoanálisis se trataría de asumir algo que, a causa de su constitución, permanecerá indefectiblemente desconocido. ¿Cómo asumir algo desconocido?

La cura lacaniana de la época está claramente situada bajo la égida del conocimiento⁴. En este sentido, el concepto lacaniano de conocimiento –ampliamente desplegado desde la tesis doctoral y, en general, en sus primeros escritos– ordena la teoría y la práctica psicoanalítica de un modo que las separa tanto de otras orientaciones del psicoanálisis como de la mayoría de las clínicas psicológicas, especialmente de la psicología del Yo que en aquel tiempo estaba

⁴ La perspectiva que despliega Lacan sobre el conocimiento es muy rica, sobre todo en los primeros años de su producción. Cabe mencionar que se encontrarán varias diferencias notables con los planteos que normalmente se hacen a este respecto y, particularmente, con algunos desarrollos de la psicología cognitiva.

muy desarrollada en países de lengua inglesa⁵. En el marco de la primera enseñanza de Lacan, un psicoanálisis es un progreso del conocimiento. Cabe la aclaración: tal progreso no aspira a alcanzar un conocimiento absoluto, todo lo contrario, la diferencia entre el conocimiento humano y un conocimiento que sería absoluto es siempre debidamente atendida.

Plantear la cura psicoanalítica en términos de conocimiento es solidario de la perspectiva de la enseñanza de Lacan de aquella época, cuando se colocaba en primer plano el valor y la incidencia del registro de lo simbólico “aquel mediante el cual el ser humano se constituye como tal” (Lacan, 1953-1954, p. 236). Por otro lado, hay que observar que no todo lo que le pasa a alguien se debe a la incidencia de los símbolos y, en este sentido, no todo se convierte en un objeto psíquico o en algo que pueda conocerse. Al ser humano le pasan muchas cosas de las cuales no tiene ninguna noticia. Entonces, de manera general, “la condición para que algo exista para un sujeto es que haya *Bejahung*” (Lacan, 1953-1954, p. 96), entendemos que un evento adquiere existencia para un sujeto si (y sólo si) se manifiesta en el registro simbólico, es decir, que debe estar articulado en el lenguaje y, como veremos un poco más abajo, debe estar relacionado con la *Bejahung*.

Prestemos atención al alcance mayor que tiene este concepto. Todo lo que podemos conocer (en el sentido más amplio del término) depende de que haya entrado en alguna relación con la *Bejahung*. Incluso dentro del campo restringido del psicoanálisis, sus conceptos fundamentales la suponen (inconsciente, repetición, transferencia, pulsión) y cada psicoanálisis, suficientemente desarrollado, es alcanzado por ella. Una teoría del final análisis es difícilmente concebible sin discernir la injerencia de esta *Bejahung* y, finalmente, nos parece que la técnica psicoanalítica no puede elidirla de su práctica.

Veamos cómo pensaba Freud la organización psíquica en la que se inserta la *Bejahung*. Tomaremos como referencia un texto muy temprano, la “Carta 52” a Fliess (Freud, 1896, p. 274-280). Freud postula allí una organización psíquica de estratos sucesivos en la que la memoria resulta de una cantidad de retranscripciones: en el origen sitúa unas percepciones (entendidas como hecho neuronal), luego ubica una primera transcripción (en la que se constituyen los denominados “signos de percepción”, hecho psíquico) que es “por completo insusceptible de consciencia” (Freud, 1896, p. 275), cada estrato sucesivo del mecanismo psíquico transcribe los elementos del estrato anterior y, con arreglo a leyes propias, reorganiza sus nexos. Desde el estrato más primitivo de la percepción, hasta la articulación de las inscripciones que denominamos “pensar consciente” (el que corresponde al estrato del Yo), se conserva una memoria de las improntas de lo perceptual originario pero sus relaciones se modifican sucesivamente. Según Freud, lo esencialmente nuevo de su teoría es “la tesis de que la memoria no

⁵ Esta psicología, a veces se acerca al psicoanálisis de Anna Freud. En la práctica, tanto la psicología del Yo como el enfoque de Anna Freud se separan del núcleo inconsciente y apuntan a la adaptación del sujeto a la realidad, unos por el camino de ampliar la consciencia y la otra por un trabajo sobre las defensas que se complementa con un acercamiento pedagógico que apunta al desarrollo de la función sintética del Yo. En Lacan encontramos otra línea de divergencia respecto de este género de prácticas, se trata de su concepción de la realidad y de los desarrollos del concepto de lo real (que tendrá su apogeo en la enseñanza de la década de 1970 pero que ya está presentado, en germen, durante este seminario): “Lo real o lo que es percibido como tal es lo que resiste absolutamente a la simbolización”. (Lacan, 1953-1954, p. 110)

preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos”⁶ (Freud, 1896, p. 274).

¿Cómo afecta este estado de cosas a los encuentros del sujeto, a lo que pueda conocer, a los intercambios que pueda establecer con sus semejantes, en fin, a su conducta? La propuesta freudiana afirma que todos los encuentros de una vida dependen de la siguiente condición: se debe establecer la asociación entre una percepción actual (en el momento presente) con un recuerdo o reminiscencia en relación con la *Bejahung*. Esta asociación permite comprender o conocer lo que adviene como percepción de la realidad exterior al psiquismo, así se produce el encuentro; en sentido inverso, las percepciones actuales no pueden ser comprendidas si no se establece el nexo con un ensamblado perceptual pasado. Esto implica una suerte de desfasaje en la comprensión porque toda percepción actual (de la realidad exterior) es reconducida a otra percepción, que se tuvo en el pasado y que se actualiza en el momento del encuentro (Freud, 1950 [1895]).

Este desfasaje en la comprensión, en sí mismo, está presente en la percepción actual bajo la forma de un indiscernible: a veces, en el momento percibir, el sujeto registra que algo se está escapando a su comprensión en lo que percibe (por ejemplo, el sujeto encuentra en relación con su prójimo algo que le resulta confuso), una cierta extrañeza, algo presente pero de modo más o menos indistinguible; esto puede percibirse en diversos grados, desde un pequeño detalle insignificante hasta la confrontación con una hiancia insoportable en la relación con lo ajeno, con el otro. Entonces, nos parece que Freud afirma que el discernimiento de zonas o núcleos incognoscibles en el prójimo (en la realidad o, en general, en cualquier percepción actual) es correlativo de la incidencia de una percepción originaria que se tuvo con anterioridad (proveniente del cuerpo o del medioambiente), por otra parte, esta percepción es indefectiblemente opaca o confusa puesto que pertenece a diferentes registros (real, imaginario y simbólico). Es más, en el registro simbólico, el encuentro originario se inscribe antes de la constitución del Yo, por lo tanto, solamente puede ser integrado en el conocimiento (es decir, en la síntesis o el dominio del Yo) de un modo imperfecto (es una retranscripción de elementos cuyos nexos han sido sucesivamente modificados), y esto puede aparecer como una falla en el registro de la comprensión. Dado que esta última se funda en el lenguaje, una falla en ese nivel da cuenta de que el lenguaje es, o bien incompleto o bien inconsistente.

Presente pero siempre sustituida, la *Bejahung* puede hacerse notar en nuestras relaciones con la realidad. Lo que normalmente llamamos realidad se nos presenta habitualmente de modo estable, pero no siempre. A veces, en nuestras vivencias puede introducirse un factor distópico, por así decirlo, un buen ejemplo es el fenómeno conocido como *déjà-vu*. En “La interpretación de los sueños” se describe un efecto que, nos parece, es del mismo orden. El sueño presenta una realidad onírica a la que se le superpone un elemento de “realidad disminuida”. Es un párrafo donde Freud menciona la inclusión de un sueño en el contenido del sueño:

⁶ Esta es una de las referencias freudianas en la que Lacan se apoya para postular la primacía de lo simbólico: el psiquismo está hecho de unas organizaciones dinámicas de signos. (Lacan, 1957-1958, p. 534)

La inclusión de cierto contenido en un «sueño dentro del sueño» es equivalente a desear que ojalá lo así designado como sueño no hubiera ocurrido. Con otras palabras: cuando un determinado hecho es situado [como un sueño] dentro de un sueño por el propio trabajo del sueño, ello implica la más decisiva corroboración de la realidad de ese hecho, su más fuerte afirmación {*Bejahung*: decir sí}. El trabajo del sueño usa al soñar mismo como una forma de repulsa (Freud, 1900, p. 343).

El trabajo del sueño hace un doble tratamiento del contenido: por un lado, hay una afirmación mediante la figuración onírica de pensamientos inconscientes y, por otro lado, se encuentra la marca de un rechazo al ubicar esos mismos pensamientos como el contenido de un sueño dentro del sueño, es decir, se sueña que se sueña algo. Esta manera de presentar el contenido onírico, el sueño en el sueño, es una forma de restarle realidad. La primera *Bejahung* del sueño (aunque no sea la *Bejahung* primordial del psiquismo) es desconocida por el Yo del soñante en función del trabajo del sueño que la presenta con un estatuto de existencia disminuida (o realidad disminuida), el sueño en el sueño tiene menos realidad que los otros componentes oníricos.

Tenemos también la dinámica pulsional. Freud nos dice que a nivel pulsional, la afirmación (*Bejahung*) es el sustituto del Eros o de la moción pulsional de unificación (Freud, 1925, p. 256). Aquí se abriría el capítulo de las relaciones entre la libido, las pulsiones, las inscripciones psíquicas y sus consecuencias en las conductas de los sujetos. Por el momento señalaremos que, sin agregar otros elementos, deducimos de lo que aquí señala Freud lo siguiente: si el Eros, o su sustituto la *Bejahung*, es la zona psíquica marcada por este efecto de realidad disminuida, entonces, lo desconocido intrínseco de la realidad es una negación del Eros. Si el Eros tiende a la unión, aquello que se nos presenta como radicalmente separado (confuso, indiscernible, etc.) es una negación del Eros; y en términos cognitivos, es un desconocimiento del sustituto del Eros que es la *Bejahung*, es decir, un desconocimiento de la afirmación primitiva o de la verdad primaria que se inscribió en el primer encuentro pulsional con el objeto o la cosa del mundo.

La ignorancia

Desconocimiento no es ignorancia. Se puede mirar sin ver, pero el golpe de vista no suele abrir el acceso a la ignorancia. A la ignorancia hay que construirla, desplegarla.

El 5 de mayo de 1954 Lacan se pregunta: “¿Qué es la ignorancia? Ciertamente se trata de una noción dialéctica, pues sólo se constituye como tal en la perspectiva de la verdad.” (Lacan, 1953-1954, p. 248) Como dijimos, el desconocimiento responde a una función del Yo que nace de una relación imaginaria con el semejante, pero la ignorancia responde menos a la relación con lo semejante que a la relación con la verdad. “Si el sujeto no se sitúa en referencia a la verdad, no hay entonces ignorancia.” (Lacan, 1953-1954, p. 248). Más arriba consignamos que

el desconocimiento es una manera de desviarse de lo verdadero de la *Bejahung*, por el contrario, la ignorancia no desvía al sujeto de lo verdadero sino que lo dirige hacia allí. Por otro lado, tampoco lo confundió con la verdad, sino que lo pone en una nueva relación con ella⁷.

Si el sujeto no comienza a interrogarse acerca de lo que es y de lo que no es, entonces no hay razón alguna para que haya algo verdadero y algo falso, y ni siquiera para que, más allá, haya realidad y apariencia (Lacan, 1953-1954, p. 248-249).

En esta cita, la interrogación fundamental se refiere al ser y al no ser (las otras son como modalidades de la primera⁸) y resulta que esta interrogación en relación con la ignorancia plantea una situación inversa a la del estadio del espejo y su “¡Mirá! ¡Ahí estás!”, que es una respuesta antes que una interrogación.

El instante de ver es un encontrar, el sujeto se apega jubiloso a eso que encontró (en el espejo, la imagen de su cuerpo unificado), es decir, se fija al encuentro con su narcisismo. Pero la ignorancia es un medio de búsqueda más o menos prolongada de la verdad, una búsqueda mediatizada por la palabra que se dirige a lo que está más allá de la imagen narcisista. Entonces, la ignorancia se constituye en el proceso psicoanalítico y compromete al sujeto en una búsqueda dinámica de la verdad más allá de su fijación narcisista. (Lacan, 1953-1954, p. 248-249) Insistimos sobre el hecho de que la condición para que se constituya la ignorancia en un proceso psicoanalítico es, justamente, el acto analítico.

Según Lacan, hay tres pasiones fundamentales del ser humano: amor, odio e ignorancia. Cada una se estructura en una relación determinada con las diversas categorías lacanianas: en la juntura de lo simbólico y lo imaginario se encuentra el amor, en la juntura de lo imaginario y lo real se localiza el odio, y en la juntura de lo real y lo simbólico se desarrolla la ignorancia⁹. Para mostrar las diferentes relaciones, Lacan dibuja un poliedro irregular de seis caras (es como dos pirámides pegadas en la base), cada una de las caras de la figura reciben el nombre de una categoría analítica; aparte, en lo que sería la base donde se unen las pirámides, hay un plano triangular (perpendicular a las caras del poliedro). (Lacan, 1953-1954, p. 393-395).

El plano triangular (por ser un plano no tiene ningún volumen), que corta la figura al medio, es denominado por Lacan: lo real en su simplicidad¹⁰. Desde el momento en el que trazamos

⁷ Recordemos que lo verdadero, inscripto por la *Bejahung*, es ininteligible y demasiado caótico (entre otras consecuencias podemos mencionar que, por ejemplo, no sirve para orientarse en una realidad estable). De lo que se trata en un psicoanálisis es de establecer una nueva relación con la *Bejahung*, en esto consiste el “método de reducción simbólica” que propone Lacan en el escrito sobre el estadio del espejo (Lacan, 1949, p. 103).

⁸ Puede notarse que cualquiera de los tres binomios (ser/no ser, verdadero/falso y realidad/apariencia) pueden aplicarse en diferentes relaciones que el sujeto establezca: con los otros, con el mundo, consigo mismo, etc.

⁹ Subrayamos que para Lacan la ignorancia se constituye sin relación directa con lo imaginario, es decir que no se apoya en la imagen narcisista involucrada en el proceso de desconocimiento. Enseguida haremos referencia a la Docta Ignorancia de Nicolás de Cusa, aquí podemos adelantar que el planteo de Lacan sigue notablemente la perspectiva de de Cusa: su doctrina de la docta ignorancia implica que, para constituir esta última, es menester apartarse de las cosas sensibles, desestimar todo conocimiento sensible.

¹⁰ Nos parece que en esta época hay una oscilación entre dos concepciones de lo real (que por otra parte es un término frecuente de la lengua francesa): por un lado, el real que aparece en un psicoanálisis como un producto de la palabra y, por el otro, lo real más cercano al concepto filosófico de la cosa en sí. Dicha oscilación, nos parece, se refleja en el uso de este poliedro en el que el término “real” está duplicado: una de las caras representa a lo real (en tanto registro lacaniano que se diferencia de lo imaginario y de lo simbólico) y, además, está el plano medio de la figura que se denomina “lo real en su simplicidad”.

(en dirección a las cúspides opuestas del poliedro) las líneas de los triángulos que constituirán las caras de la figura, comienza a crearse un volumen. De este modo, las caras de la figura (que son la representación de las categorías psicoanalíticas) se constituyen progresivamente y este progreso es presentado como un fenómeno de la palabra, dicho de otro modo, en el proceso de un psicoanálisis la palabra erige progresivamente las categorías psicoanalíticas de la experiencia humana (esto implica que en el inicio de un psicoanálisis, la organización de los tres registros no está dada).

Este recurso geométrico le sirve a Lacan para mostrar, por lo menos, dos cosas: por un lado, el plano medio –de lo real en su simplicidad– marca los límites del volumen del poliedro (esto se puede localizar bien con la ayuda de la geometría proyectiva), es decir, en la experiencia analítica todo se produce dentro de los límites de lo real (de lo real en su simplicidad) y, por otro lado, el ejercicio de la palabra articula las tres categorías creando un volumen, este volumen representa el ser y su contracara la nada (que sería el agujero o el vacío central del poliedro, delimitado por las caras), esto quiere decir que el ser (y la nada) son un efecto de la palabra lo mismo que las pasiones del ser¹¹. Anotamos al margen que en lo real simplemente no hay pasiones ni agujero (Lacan, 1953-1954, p. 393-395).

Cada una de las pasiones fundamentales del ser conmueven al sujeto en análisis y cada una tiene una incidencia diferente en la relación transferencial. El analista no debe suscitar ni el amor ni el odio del analizante. Ambas son pasiones que se constituyen apoyadas en lo imaginario¹². El odio apunta a la destrucción del ser (Lacan, 1953-1954, p. 193, 305, 306) y el amor a su captura, mediante su amor el sujeto aspira a meter el ser –íntegro– de lo amado en la relación amorosa, nada del ser debe quedar por fuera de la relación amorosa (Lacan, 1953-1954, p. 304). La única pasión que no tiene vínculo directo con lo imaginario es la ignorancia: ella no aspira a la destrucción del ser, ni a su agotamiento en la relación.

Lacan nos habla de la importancia de la ignorancia desde el punto de vista del analizante, pero también desde el del analista.

Del lado del analizante, anotamos que no es posible un psicoanálisis si no se pone en juego un mínimo de ignorancia; de entre todas las posiciones que se pueden asumir, la única que apuntala la posibilidad de ingreso en el proceso psicoanalítico es la ignorancia. Es por una fisura en el conocimiento (consciente), por la falla en la función de desconocimiento que tiene el Yo, que se abre la brecha a la verdad en suspenso de la *Bejahung*. La búsqueda de esa verdad, y no su captura, dará la ratio de todos los encuentros más o menos azarosos de una vida y constituirá un ser con nuevas relaciones a las identificaciones, únicas y dinámicas.

En cuanto al analista, Lacan indica que él también deberá asumir una posición de ignorancia. El analista ignora la articulación de los significantes inconscientes del analizante y la modalidad en que la pasión se articulará con ellos. Esta observación nos parece muy ingeniosa porque es simple y se puede aplicar a varios registros. En efecto, seguir la vía de

¹¹ Creemos que esta perspectiva se revitalizará y se enriquecerá, por lo menos, en otros dos momentos teóricos de Lacan: primero, la introducción del matema del significante del Otro tachado y luego con el desarrollo de la teoría del Goce.

¹² En este apartado, Lacan se limita a observar el plano imaginario del odio y del amor, sin embargo, conviene anotar que en otros lugares estas pasiones se estudian a partir de los otros registros (especialmente del simbólico, pero también desde lo real).

la ignorancia en la juntura de lo real y de lo simbólico pone al abrigo de las pasiones imaginarias (amor y odio) dirigidas al analizante, le permite estar más disponible para efectuar su acto en relación con las articulaciones inconscientes que no son conocidas de antemano y, asimismo, previene de la infatuación que se funda en el desconocimiento al que quedaría fijado sin ayuda de la ignorancia.

Lacan sitúa al psicoanálisis en la misma fibra que enlaza al *Menón* de Platón (respecto del dialogo de Sócrates con el esclavo), al “Arte de conversar” de Montaigne y también a varios pasajes de la obra de Hegel. Todos revelan un arte del diálogo en el que uno de los interlocutores es guiado por el camino de un saber incompleto respecto de lo que dice. En este punto reencontramos el principio del intercambio que mencionamos antes, el psicoanálisis es un arte del intercambio de palabras que se dirige a un acercamiento progresivo a la verdad.

“La posición del analista debe ser la de una *ignorantia docta*¹³, que no quiere decir sabia, sino formal y que puede ser formadora para el sujeto.” (Lacan, 1953-1954, p. 404) Por el camino de la docta ignorancia se forma un sujeto en el uso de la palabra (se forma, como se forma el poliedro del ejemplo citado más arriba). La ignorancia es docta en sentido formal, es decir, que se trataría de una estructura (cuyos elementos y reglas tratamos de presentar en este artículo). De lo anterior se sigue que si la posición del psicoanalista debe ser la de una docta ignorancia, esto no quiere decir que el analista tenga que ser docto como un erudito sino que debe saber cómo facilitar al analizante el acceso a la vía de la ignorancia.

Hay algunos aspectos del texto “La docta ignorancia” (escrito por Nicolás de Cusa en 1440) que reaparecen en el primer seminario público de Lacan. Por un lado, encontramos la relación entre la verdad y el conocimiento, Nicolás de Cusa nos dice que la verdad absoluta está más allá del alcance del conocimiento humano (que siempre revela su imperfección, su carácter parcial), lo único que puede hacer el ser humano es avanzar indefinidamente hacia ella. Pero no se avanza hacia la verdad por cualquier camino, sino que se debe seguir un método determinado (para de Cusa es un método relacional que parte de lo conocido para llegar a lo desconocido, de la multiplicidad de las cosas sensibles –es decir de la multiplicidad imaginaria– a los principios –simbólicos–, etc.). De este modo intenta demostrar que la razón despliega su fuerza siempre que siga sus propias leyes formales y que, por este medio, se producirá un acercamiento progresivo a la verdad incognoscible. De la misma manera, el progreso de un análisis está sujeto al método que le es propio, y esta es una condición necesaria para cualquier progreso que el analizante pueda realizar en su conocimiento. Cualquier modificación que se pueda introducir en sus pasiones depende de la aplicación metódica de la docta ignorancia, depende de que siga metódicamente la vía de la ignorancia.

Lo que nos importa aquí no es ni la teología ni la epistemología de de Cusa, sino el psicoanálisis. Hasta aquí, intentamos hacer un recorrido partiendo de unos conceptos centrales en la mayoría de las psicologías, planteamos la función de desconocimiento del Yo y lo que el psi-

¹³ *Ignorantia docta* es entonces una referencia a Nicolás de Cusa. Inmediatamente después de mencionarla, Lacan la contrapone a la *ignorancia docens*. En la literatura psicoanalítica encontramos varios comentarios en relación con esta última frase, todos van más o menos en el mismo sentido, pero nosotros no podemos hacer ningún comentario al respecto porque ni siquiera sabemos cómo traducir la frase latina a nuestra lengua. Quizá, alguien que estudie latín y, eventualmente, psicoanálisis nos pueda ofrecer una traducción más precisa del sintagma “*ignorancia docens*”.

coanálisis sitúa en su origen –la *Bejahung* freudiana–, finalmente esbozamos la vía de la ignorancia que se debería abrir para hacer un psicoanálisis. Haciendo esto, examinamos someramente ciertos aspectos que están más allá de la psicología o, en términos freudianos, estudiamos la metapsicología.

Referencias

- Freud, S. & Breuer, J. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1896). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1899]). Carta 52. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 274-279). Buenos Aires: Amorrortu, 1992
- (1900). La interpretación de los sueños (segunda parte). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1925). La Negación. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo. XIX* (pp. 249-258). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1940 [1938]). La escisión del yo en el proceso defensivo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 271-278). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos 1* (pp. 99-105). México: Siglo XXI, 2009.
- (1953-1954). *El Seminario, libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós, 1981.
- (1957-1958). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. *Escritos 2* (pp. 509-557). México: Siglo XXI, 2009.
- Milner, J.-C., Canguilhem, G., Pagès, R., Grosrichard, A., de Meiran, Ch., Leclaire, S., Herbert, T. y Miller, J.-A. (1966). *Cahiers pour l'Analyse, Volume 2, Qu'est-ce que la psychologie?* París: cercle d'épistémologie de l'ENS.

CAPÍTULO 7

La escritura del sueño

Claudia Elena de Casas

*Si el sueño fuera (como dicen) una
tregua, un puro reposo de la mente,
¿por qué, si te despiertan bruscamente,
sientes que te han robado una fortuna?*

*¿Por qué es tan triste madrugar? La hora
nos despoja de un don inconcebible,
tan íntimo que sólo es traducible
en un sopor que la vigilia dora*

*de sueños, que bien pueden ser reflejos
truncos de los tesoros de la sombra,
de un orbe intemporal que no se nombra*

*y que el día deforma en sus espejos.
¿Quién serás esta noche en el oscuro
sueño, del otro lado de su muro?*

Jorge Luis Borges, EL SUEÑO

Introducción

Este capítulo pretende perseguir a Freud en su demostración de la técnica inventada por él para interpretar un sueño, para encontrar allí los señalamientos del autor acerca del sueño como una escritura al mismo tiempo que sopesar las consecuencias de esta perspectiva de lectura en el corpus del psicoanálisis.

Obviamente no vamos a ignorar que Freud ya estaba leyendo la presentación de los síntomas en la histeria como un texto, dado que eso que aparecía traspuesto en el cuerpo de la histérica no estaba sujeto a maniobras mecánicas o físicas tales como aplicaciones de tópicos o técnicas que tuvieran que ver con la anatomía. Ese síntoma histórico, era leído, articulado

como un elemento en una cadena que se desprendía de los dichos de la paciente, ocurrencias que iban desgranando una vida de padecimientos.

Esta concepción sobre el síntoma surge tempranamente en la obra de Freud, cuando por ejemplo nos presenta las cadenas asociativas en el apartado IV de sus “Estudios sobre la histeria”; nos estamos refiriendo a “Sobre la psicoterapia de la histeria” (Freud & Breuer, 1893-1895), texto con un movimiento propio. Allí aparece explícitamente señalada la sobre-determinación del síntoma en un entramado de múltiples cadenas, sujetas a leyes que Freud acierta en colegir.

Es decir que así como él mismo dice, en su capítulo II de “La Interpretación de los sueños” (Freud, 1900), que va a aplicar el método de interpretación que tenía para los síntomas de los neuróticos, nos parece que esta obra inaugura una serie de escritos donde encontramos la argumentación de ese método como un trabajo de lectura sobre una escritura, enigmática hasta ese momento, que se encarnaba en el cuerpo de la histérica. Creemos que los recortes referenciales que vamos a tomar así lo demuestran.

I. Una escritura en imágenes

En la Introducción del capítulo VI de La Interpretación de los sueños, capítulo que lleva por nombre “El trabajo del sueño”, Freud nos entrega una perla en cuanto a lo preciso de su consideración sobre el sueño como escritura. Debemos hacer una aclaración necesaria, la versión con la que nos manejamos, la traducida por José Luis Etcheverry, presenta algunos inconvenientes que nos pueden llevar a un error en la comprensión o al menos confundirnos. Por eso hemos cotejado algunas frases o párrafos con la traducción establecida por Carlos Javier Escars, que creemos respetan el uso de nuestro castellano pero lo fundamental es que resulta más clara conceptualmente.

Encontramos en esta introducción la siguiente afirmación “El contenido del sueño nos es dado, por así decir, en una pictografía, cada uno de cuyos signos ha de transferirse al lenguaje de los pensamientos del sueño” (Freud, 1900, p. 285).

En la traducción de Escars, leemos, en lugar de pictografía, *escritura en imágenes*. Esta propuesta resulta más esclarecedora y coherente con lo que sigue en el texto, ya que una pictografía o composición gráfica describe una cosa vista, es una representación figural de un acontecimiento, una secuencia de imágenes fácilmente reconocidas, como por ejemplo los relatos del Calvario de Cristo en los vidrios o murales de algunas catedrales o iglesias. Lo que está expresando Freud es otra cosa, tal como él lo advierte en la frase siguiente a la citada. “Equivocaríamos manifiestamente el camino si quisiésemos leer esos signos según su valor figural en lugar de hacerlo según su referencia signante” (Freud, 1900, p. 285).

El contrapunto a esta cita en la versión de nuestra preferencia, cambia valor figural por *valor de imagen* y referencia signante por *según su relación de signo*. Entonces leemos así la advertencia de Freud: cometeríamos un error si intentamos leer esos elementos del sueño, esos

signos, según su valor de imagen en vez de considerar su relación de signos.

La apoyatura que toma Freud para darnos un ejemplo es la del rebús, un acertijo en imágenes. ¿Cómo se lee un rebús? Se sustituye cada imagen por una sílaba o palabra y en la combinatoria debemos encontrar la relación propuesta por el rebús. En el ejemplo primero se trata de una combinatoria fonética y en el ejemplo segundo de una combinatoria que contempla la ubicación de los elementos.



Ejemplo de rebús. Cucaracha



Otro ejemplo de rebús. Cuesta abajo

Freud cierra esta introducción revelando que aquellos que intentaron interpretar un sueño, se perdieron la posibilidad al considerar al sueño como una composición gráfica y no como un rebús. De manera tal que lo confuso o fragmentario, característica de la mayoría de los sueños, era imposible de ensamblar en un todo coherente partiendo del relato o contenido manifiesto del sueño. El psicoanálisis, dirá Freud encontró la clave para hacerlo al intercalar entre este relato y la solución del sueño otro material, al que llama contenido latente o pensamientos del sueño. El análisis del sueño y la solución del mismo se asienta entonces desde allí. Sabemos que, así lo ha expresado en su capítulo II, la técnica freudiana para interpretar un sueño desarrolla la madeja de pensamientos del sueños (contenido latente) a partir de someter al contenido manifiesto a una fragmentación y solicitar para cada una de esas partes la ocurrencias del analizante. ¿Pero que se arma con lo que se ha convocado en la asociación libre? ¿Cómo se leen esas, en el mejor de los casos, numerosas cadenas de pensamiento que van surgiendo? Se procede, nos dirá Freud de una manera diferente a como lo hacían los antiguos, específicamente en el caso del psicoanálisis, los elementos del contenido manifiesto no son sometidos a la asociación del intérprete, lo cual arrojaría una

gran incertidumbre sobre los resultados obtenidos. Freud plantea en este punto que difiere al propio soñante el trabajo de interpretación. Pero en una lectura posterior de su propio texto, rescata en una nota agregada en 1909 y con otro agregado de 1911, un extraordinario ejemplo de la Antigüedad que le viene al dedillo –y a nosotros también– para pensar esta particular operatoria de lectura que el psicoanálisis propone. Se trata, dice Freud, de un juego de palabras y cita un ejemplo del libro de Artemidoro Daldiano donde se relata como operó Aristandro –interprete de Alejandro de Macedonia– con un sueño de este último. Brevemente dirá que Alejandro preocupado por conquistar Tiro, teniéndola rodeada, sueña que un sátiro danza sobre su escudo de guerra. Su intérprete le ofrece lo siguiente: parte la palabra "sátiro" en *Sa y Tyros*, y con esto empuja al rey a esforzarse y tomar finalmente la ciudad. Lo interesante de este ejemplo es que Aristandro no se pone a evocar cualquier tipo de contenido que apuntara a un enigmático simbolismo oculto. Dejándose llevar por el sentido podría pensarse en un sátiro como una figura que representa la lujuria, la perversidad. Pues no es ese el camino, se comporta como un descifrador al descifrar *Sa Tyros = Tuya Tiro*.

Este pequeño ejemplo resulta un arquetipo de la operación de lectura que Freud propone para el sueño, porque más allá de la imagen no hay nada, la imagen es escritura.

Volviendo al ejemplo del rebús y para arrojar luz también al ejemplo de Aristandro, para entender qué está escrito allí no se trata de efectuar una traducción, más bien lo que sucede es que se cambiaron los elementos “imágenes” por otros elementos “fonemas”, este procedimiento creemos que corresponde a una transliteración.

La transliteración es una operación a la que se apela tanto más cuanto más difiere lo que hay para leer, en su escritura, del tipo de escritura con el cual se constituirá la lectura. Sabremos *après-coup* si esta lectura literal habrá sido efectivamente eso. Ahora, bien, escribir lo escrito es cifrarlo y esta forma de leer con el escrito merece entonces ser designada como desciframiento (Allouch, 1984, p. 17).

Pero como nos indica Allouch más adelante, la transliteración está articulada en cada caso de lectura a otras dos operaciones, la traducción y la transcripción. En Freud a veces encontramos de una manera poco precisa el término traducción para referirse a la interpretación del sueño, pero también encontramos que al apoyarse en Champollion y el desciframiento que este logró de los jeroglíficos, está considerando que no se trata de la trasmisión de un sentido de una lengua a otra. “Escribir se llama *transcribir* cuando el escrito se ajusta al sonido; *traducir*, cuando se ajusta al sentido, y *transliterar* cuando se ajusta a la letra” (Allouch, 1984, p. 18).

Aclaremos un poco más este punto,

Las ediciones serias de los textos jeroglíficos se hacen en tres niveles. El primero es el texto jeroglífico mismo, tomado aquí o allá, de los sarcófagos (...) o de los monumentos, con procedimientos del tipo del estampado; el segundo nivel

da, letra por letra, la transliteración del texto jeroglífico, y el tercero propone una traducción (Allouch, 1984, p. 159).

Como ya los estamos anunciando, Freud no sólo encuentra auxilio en estas escrituras gráficas, dibujos enigmáticos que muestran bien la particular escritura del sueño. Su otro bastión lo encontramos en el estudio de ciertas lenguas antiguas, referencia que aparece mencionada en 1900 pero encontramos más desarrollada en textos posteriores.

II. Freud, el lingüista

Unos cuantos años más tarde en otro texto “El interés por el psicoanálisis” (1913), más precisamente en el punto A del capítulo II, Freud vuelve a reflexionar sobre el sueño como una escritura. Al reparar en que los medios de figuración del sueño son principalmente imágenes visuales, y no palabras, le resulta mucho más adecuado comparar al sueño con un sistema de escritura y no con una lengua (Freud, 1913, p.180)

En esta ocasión Freud realiza una analogía entre la interpretación de un sueño con el desciframiento de un jeroglífico, escritura antigua. Destacando algunas características que comparten: la multivocidad de diversos elementos, la omisión de algunos y la omisión de diversas relaciones entre estos. Encontramos también una analogía similar, pero esta vez con la escritura china, en el apartado E del capítulo 6 de “La interpretación de los sueños”, dedicado a pensar en ciertas propiedades de los elementos del sueño expresa lo siguiente: “Estos a menudo son multívocos, de modo que, como en la escritura china, sólo el contexto posibilita la aprehensión correcta en cada caso” (Freud, 1900, p. 359).

Freud se interesó en un trabajo del lingüista Karl Abel¹⁴, donde encontró claridad, según afirma, para comprender la inclinación del trabajo del sueño a prescindir de la negación y a expresar cosas opuestas con el mismo recurso figurativo. Imbuido de la lectura de ese ensayo, lo cita en gran parte en su texto “Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas” de 1910, en la 15ª conferencia de sus “Conferencias de Introducción al psicoanálisis” (1915-1916) y en una breve referencia en nota a pie de página en el Apartado C del capítulo 6 de “La Interpretación de los sueños” (1900).




Nos interesa señalar que en estos textos Freud se nota interesado por las características de las escrituras antiguas, no sólo la egipcia, también la persa u otras con caracteres cuneiformes por que le iban permitiendo una mejor comprensión de la escritura onírica.

Para entender las analogías mencionadas anteriormente resulta necesario señalar algunas cuestiones complejas sobre la escritura jeroglífica antigua, pero nos centraremos en al menos tres tipos de signos, estos son:




¹⁴ Un folleto publicado en 1884 incluido un año más tarde entre los “Ensayos de lingüística” de ese autor.

a. Ideogramas o signos palabras: Son los signos de sonido y de significado que combinan sonido y sentido. Generalmente van acompañados de complementos de sonido y de determinativos. Por ejemplo:

Signo Transli- Traducción
teración




 *ib* corazón
 *r* brazo
 *pr* casa

Signo Transli- Traducción¹⁵
teración





 *r* boca
 *r^c* el sol
 *hr* cara

b. Fonogramas o fonéticos: Son signos que representan un sonido o una serie de sonidos y no un significado. Siempre son consonantes, no hay vocales. Pueden ser mono, bi o triconsonánticos.

Ejemplos de monoconsonántico:

<i>Signo</i>	<i>Transli- teración</i>	<i>Pronun- ciación</i>
	<i>m</i>	m
	<i>n</i>	n
	<i>r</i>	r

Ejemplo de biconsonántico:

 *nb*  *nb* señor, dueño  *pr*  *pr* salir

Antes de continuar con el tercer tipo de signo, hacemos la siguiente observación, el signo *pr* que vimos en el cuadro de ejemplos de ideogramas se utiliza para escribir casa pero también lo encontramos como fonograma biconsonántico expresando otra cosa, expresa *salir* como signo de sonido. Qué queremos señalar con esto, que los ideogramas pueden significar más de una cosa y los fonogramas pueden representar el sonido de más de una palabra.

¿Entonces cómo entender esta escritura? El tercer tipo de signo arroja un poco de luz al menos, ya que no es nuestra intención aprender a leer jeroglíficos, pero si comprender por qué a Freud le fueron útiles para pensar la escritura del sueño.

¹⁵ Todos los ejemplos de los signos utilizados en los jeroglíficos son cita del texto de Collier y Manley (2001).

c. Determinativos: Estos signos de significado o «determinativos», situados al final de la palabra después de los signos de sonido, no contribuyen a los sonidos de la palabra, de manera que no se transliteran, ayudan a adquirir una idea general del significado de la palabra. Diremos que nos arman el contexto e indican bien esta propiedad que Freud encuentra en la interpretación de los sueños.

Ejemplos:

⊙	sol, luz, tiempo		hrw	día
△	movimiento		h3b	enviar

Freud lee los sueños de la misma manera que, entendemos, han de leerse estas escrituras, lo cual deja de manifiesto lo que intentamos desplegar en este capítulo sobre el sueño como una escritura.

Nunca deja de sorprender que en los comienzos del siglo pasado el inventor del psicoanálisis anticipara la principal característica que la lingüística estructural, naciente por ese entonces, nos enseña acerca del lenguaje. Esto es que un signo no vale por sí mismo sino por su relación con otro signo y de esta combinatoria surgirá alguna significación.

Entonces, Freud pondrá el acento en la polisemia de los signos y en su posibilidad de combinatorias. Estas consideraciones se encuentran expresadas claramente en varios pasajes de “La Interpretación de los sueños”, ya contemplamos un pasaje del apartado E, tomemos otro ejemplo del apartado D del capítulo VI. Allí señala que no debemos asombrarnos del papel que le toca a la palabra en lo que hace a la formación del sueño y sitúa a ésta como un punto nodal de múltiples representaciones destacando así su multivocidad. (Freud, 1900, p. 346) Unas líneas más adelante expresa claramente que la figuración característica del trabajo del sueño no tiene como propósito el ser comprendida, más bien ha de tratársela para poder traducirla como una escritura jeroglífica antigua. Encontramos en este mismo pasaje ejemplos que Freud menciona para señalar que las figuraciones oníricas, las imágenes del sueño, se reúnen gracias a la ambigüedad de la expresión. Uno de ellos es: “La boca se abre bien”, fragmento del famoso sueño de la inyección de Irma. La boca abierta Freud la lee desde la condensación de Irma y una amiga, siendo esta última, según cree Freud, mejor paciente y le diría mucho más. Es decir, aceptaría la solución propuesta por el análisis al avenirse mejor a la regla fundamental.

No sólo el texto de los sueños muestra esta genialidad de Freud, ineludible resulta mencionar la “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901), donde explícitamente explica, por ejemplo, el desliz en el habla o en la escritura apoyándose en cierta característica del material lingüístico, la cual posibilita el determinismo de la equivocación y le marca sus límites (p. 217). Por último una breve mención a otro texto significativo, “El chiste y su relación con lo inconsciente” (1905). Encontramos aquí un trabajo sobre el material lingüístico sorprendente, así lo testimonian las explicaciones sobre las técnicas del chiste y una apreciación directa de Freud: “Las palabras son un plástico material con el que puede emprenderse toda clase de cosas” (p. 34).

Cuando nombramos este apartado “Freud, el lingüista”, debemos aclararlo, no estamos diciendo que el psicoanalista vienés hizo teoría o aportó nociones a la lingüística estructural. Más bien, no coincide con el tratamiento que Saussure hace del signo al no tomar a la palabra solamente como unidad de significación. La evidencia de esto se patentiza claramente en, por ejemplo, el análisis del olvido del nombre Signorelli, donde las conexiones establecidas entre los nombres sustitutos se realizan por desplazamiento que no contemplan el sentido de las palabras, o el deslinde acústico entre sílabas. Son retazos, partes que armaron algo distinto y le permitieron compararlo con un rebús.

Debemos señalar que es desde aquí, desde estos desarrollos freudianos, que Lacan lee e introduce su noción de significante. También rompiendo con lo establecido por Saussure, Lacan pone en primer plano la función del significante. En “La significación del falo” (1958) escribe lo siguiente:

Promover como necesaria para toda articulación del fenómeno analítico la noción de significante, en cuanto se opone a la de significado en el análisis lingüístico moderno. De ésta Freud no podía tener conocimiento, puesto que nació más tarde, pero pretendemos que el descubrimiento de Freud toma su relieve precisamente por haber debido anticipar sus fórmulas, partiendo de un dominio donde no podía esperarse que se reconociese su reinado. Inversamente, es el descubrimiento de Freud el que da a la oposición del significante y el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en que lo significable aparece como sufriendo su marca, convirtiéndose por medio de esa pasión en el significado (Lacan, 1958, p. 668).

En otro texto Lacan expresa claramente la necesidad de volver a leer el trabajo de Freud en “La Interpretación de los sueños”.

Vuélvase pues a tomar la obra de Freud en la *Traumdeutung* para acordarse así de que el sueño tiene la estructura de una frase, o más bien, si hemos de atenernos a su letra, de un acertijo, es decir de una escritura, de la que el sueño del niño representaría la ideografía primordial, y que en el adulto reproduce el empleo fonético y simbólico a la vez de los elementos significantes, que se encuentran asimismo en los jeroglíficos del antiguo Egipto como en los caracteres cuyo uso se conserva en China. (Lacan, 1953, p. 256-257)

Y advierte:

Pero aun esto no es más que desciframiento del instrumento. Es en la versión del texto donde empieza lo importante, lo importante de lo que Freud nos dice que está dado en la elaboración del sueño, es decir en su retórica. Elipsis y pleonasma, hipérbaton o silepsis, regresión, repetición, aposición, tales son los desplazamientos sintácticos, metáfora, catacrexis, antonomasia, alegoría, metonimia y sinécdoque, las condensaciones semánticas, en las que Freud nos en-

seña a leer las intenciones ostentatorias o demostrativas, disimuladoras o persuasivas, retorcidas o seductoras, con que el sujeto modula su discurso onírico. (Lacan, 1953, p. 257)

Dejamos expresamente consignado que la lectura que Lacan realizó de la obra de Freud y que lo lleva a la afirmación o a la equiparación de la *Vorstellungsrepräsentanz*¹⁶ con el signifi-
cante debe leerse en su justa medida. Tal como no se cansó de enseñarlo en sus seminarios Ricardo Rodríguez Ponte, esa equivalencia entre la *Vorstellungsrepräsentanz* y el significante implica que algo en el texto de Freud le permitió realizar esa identificación, pero a la vez se produce algo nuevo, algo que no estaba en la obra de Freud. Introduce el significante allí y con ese paso descarta una serie de cuestiones, por ejemplo, considerar a la representación como una nueva presentación, se cae el estatuto de la percepción como fundamento del aparato psíquico y con esto la topología que implica un exterior versus interior o de realidad psíquica versus realidad material. (Rodríguez Ponte, 1996)

Es, sin duda, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud” (1957), el escrito donde Lacan apuesta a fondo en su tesis que sostiene que la experiencia analítica descubre en el inconsciente la estructura del lenguaje. Y la letra como soporte material que el discurso toma del lenguaje pasa a ser el fundamento. No nos extenderemos demasiado en esta referencia, la retomaremos luego, pero es indispensable reconducir a nuestros lectores a sus páginas donde expresamente, en el apartado II denominado “La letra en el inconsciente”, Lacan vuelve a apoyarse en la *Traumdeutung* de Freud y sus referencias a los jeroglíficos. (Lacan, 1957)

Ahora bien, y a propósito de estas últimas citas nos encaminamos a pensar, ¿para qué todo esto? ¿Qué implica esta consideración del sueño como escritura en un análisis?

III. ¿Qué escribe el sueño?

Si extendemos un poco más la referencia que hicimos de la enseñanza de Rodríguez Ponte, debemos admitir que faltó agregar algo más que se añade al corpus del psicoanálisis con la introducción del significante. Algo importante que tampoco estaba: la noción de sujeto tal como Lacan la propone, sujeto es lo que un significante representa para otro significante.

Es una obviedad entonces que no encontráramos esta noción en Freud, pero extraigamos más consecuencias al procedimiento de lectura que este propone para el sueño, el síntoma, los lapsus, el chiste. Y con esto no hacemos más que seguir la enseñanza de Lacan no sin Freud.

En las referencias que hemos ido tomando de Freud, subrayamos este pasaje del rebús a los jeroglíficos como apoyatura privilegiada en Freud para interpretar los sueños. En ello se evidencia la concepción del sueño como un sistema de escritura y las dificultades que esto

¹⁶ Para entender la manera en que ha de traducirse este término utilizado por Freud, representante de la representación, se recomienda leer el texto de J. Pawlow consignado como bibliografía y las clases también referidas del Seminario XI de Lacan.

ofrece son relativas al funcionamiento de la letra. En la cita del apartado anterior hemos situado con Lacan que la letra asigna al significante un sitio, es decir sitúa los lugares donde el derrotero del sujeto se hace localizable.

Las indicaciones de Lacan son precisas al señalar como lo realizara Freud, una clínica psicoanalítica que se funda en la lectura a la letra, es decir, el analista escucha y lee allí la letra. Esta operación de lectura por parte del analista, permitirá al analizante descifrar la letra insistente en la cadena significante de sus dichos. Es decir que esta operación de lectura, llamada por Allouch clínica de lo escrito, involucra el testimonio del analizante en transferencia y se aleja de la posibilidad de caer en simbolismos unificantes o mejor dicho que llevan a la masificación, se tratará entonces de una clínica del caso por caso.

Muchos años después en “El Seminario 20”, Lacan relee su escrito “La Instancia de la letra...” para volver a situar la función de lo escrito en el análisis. En la clase III nos dice:

La letra es algo que se lee. Hasta parece que se lee a raíz de la palabra misma. Se lee, y literalmente. Pero justamente no es lo mismo leer una letra y leer. Es bien evidente que en el discurso analítico no se trata de otra cosa, no se trata sino de lo que se lee, de lo que se lee más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir, que no es tanto, como dije la última vez, decirlo todo, sino decir cualquier cosa, sin vacilar ante las necesidades que se puedan decir (Lacan, 1972-3).

Y nos advierte que no se trata de interpretar el sentido, “se trata de saber lo que en un discurso se produce por efecto de lo escrito” (Lacan, 1972-3).

La preeminencia de lo escrito en la clínica, nos señala Allouch, debe permitirnos situar la función de la lectura y advertirnos que no se trata de “leer entre líneas –como leen los que saben– sino línea por línea” (Allouch, 1984).

Un último ejemplo para reunir esta lectura, con al menos, a una referencia clínica freudiana. ¿Qué tratamiento le da Freud a la palabra *Ratten* en el historial clínico de 1909 conocido como el caso del Hombre de las ratas? ¿A dónde lo lleva perseguir esos hilos que se tejieron durante el tratamiento? Sin dudas, la palabra *ratte* es tratada como significante y ese tratamiento precipita la conexión con otros vocablos del alemán interrelacionados. Los puntos de esa “red” están constituidos por *ratten* (rata) – *rate* (cuotas) – *Spielratte* (jugador implacable pero literalmente rata de juego) y *heiraten* (casarse). Significantes que entramados se ofrecen a la interpretación. Se anudan así, el temor al tormento de las ratas, el temor a la sífilis, el dinero “por cada corona una rata”, las deudas del padre, el casamiento por conveniencia, los hijos... Sobre este texto nuevo que surge en análisis Freud construye la solución del caso¹⁷ (Freud, 1909).

Para concluir, Freud inicia el camino que quienes supieron leerlo en el sentido fuerte del término rescatan y con ello las herramientas desde donde el psicoanálisis alcanza su eficacia en el tratamiento del padecimiento del sujeto.

¹⁷ No podemos sugerir un apartado en particular de este rico historial, ya que la lógica del caso se lee a lo largo del mismo, incluso de los apuntes originales que por única vez da a conocer Freud.

Queremos decir que, desde los comienzos del descubrimiento freudiano encontramos la articulación del lenguaje y la escritura: en la noción de síntoma soportado en los denominados puentes verbales, en el texto de los sueños, en la escritura en acto pescada en la interpretación de los fallidos y en la aventura freudiana de analizar las técnicas del chiste. Todos ellos, reunidos bajo el nombre de formaciones de lo inconsciente, testimonian acerca de la estofa que nos constituye, el lenguaje.

Referencias

- Allouch, J. (1984). *Letra por letra. Transcribir, traducir, transliterar*. Paris: Edelp.
- Collier, M.; Manley, B. (2001). *Introducción a los jeroglíficos egipcios*. (J. R. Pérez Accino trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Escars, C. J. (s/f). *Traducción alternativa: Introducción al Capítulo VI de "La interpretación de los sueños"*. Ficha de circulación interna.
- Freud, S. & Breuer, J. (1893-1895) Estudios sobre la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. II*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. VI*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- (1905). El chiste y su relación con el inconsciente. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. VIII*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- (1909). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el "Hombre de las Ratas"). *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. X* (pp. 119-254). Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- (1913). El interés por el psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. XIII* (pp. 165-192). Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- Lacan, J. (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- (1957). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- (1958). La significación del falo. *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- (1972-3). *El Seminario. Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós, 1991.
- Pawlow, J. C. (2009). Interpretación y representación (a propósito de la traducción de *Vorstellungsrepräsentanz*). En *Actas del I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR* (pp. 279-280). Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez Ponte, R. (8 de julio de 1996) Freud, Lacan, nosotros. Intervención en el seminario Fundamentos de la transferencia, dictado con Alba Flesler y Analía Meghdessian. EFBA, Buenos Aires. Recuperado de <http://www.efba.org/efbaonline/rodriguezp-04.htm>

TERCERA PARTE

La pulsión y sus vicisitudes

CAPÍTULO 8

La bisexualidad originaria: un obstáculo en la teorización de la diferencia sexual

Lucía Soria

La obra de Freud es fuente de hipótesis fecundas, avistamientos audaces y esfuerzos de formalización conceptual que siguen convocando a la reflexión. Justamente y en gran medida, los atolladeros y puntos de opacidad que allí hallamos son los que relanzan el trabajo de elaboración teórico-clínica. Sin embargo, en ocasiones, al abordar la producción de este autor, se tiende a rehuir o a silenciar esos aspectos contradictorios, incómodos para el exégeta. En estas ocasiones, vale la pena volver sobre la posición de Freud, quien nunca dejó de reconocer las propias dificultades y fiel a su ímpetu “conquistador”¹⁸, señaló en varias ocasiones que no debía leerse en la ausencia de plena sistematización teórica una falencia de la disciplina, sino una dinámica supeditada al abordaje metódico del objeto de estudio propio del psicoanálisis. De esta manera, se apartó de la aspiración sintética y lógicamente tersa como objetivo privilegiado de sus empeños, señalando que se trataba de avanzar a partir de la experiencia, de modo siempre inacabado y siempre dispuesto a corregir o modificar las concepciones cuando fuera necesario (Freud, 1914). A diferencia de ciertos sistemas filosóficos que “procuran apresar el universo todo” –advertía el autor en 1923–, es preciso dejar lugar a nuevos descubrimientos y a mejores intelecciones (1923a [1922], p. 249).

Ahora bien, entendemos que no es posible abordar las teorizaciones freudianas –ni por lo tanto sus *impasses*– sin hacer referencia al terreno de época en que se gestaron. No porque el contexto alcance para explicarlas, restando mérito al autor, sino porque sólo en este marco es posible tornar inteligibles su originalidad y su alcance. Para que los postulados psicoanalíticos se desarrollaran, fueron necesarias ciertas condiciones de posibilidad, que en algunos casos vemos asomar en los escritos freudianos a título de antecedentes, interlocutores, colaboradores, discípulos, opositores, etc. Entendemos que el estudio de una teoría no puede desentenderse de lo que en ella hay de atravesamientos subjetivos y socioculturales, que hacen posible ciertas formulaciones y perfilan también ciertas opacidades.

Sabemos –mucho se ha escrito al respecto– que las reflexiones en torno a la sexualidad femenina y a la feminidad se constituyeron, ya en vida de Freud, en un blanco privilegiado de los cuestionamientos dirigidos al psicoanálisis, enunciados desde diversos posicionamientos teóricos, pero también políticos e ideológicos. Vale la pena recordar que no se trata de una

¹⁸ Como suele ser recordado con frecuencia, así se refería Freud a sí mismo en la carta 235 dirigida a Fliess (1994, p. 436).

discusión que tenga un origen exclusivamente “exterior” al terreno analítico, sino de una problematización que recorrió la totalidad del movimiento fundado por Freud, y puso de manifiesto importantes desavenencias teóricas entre éste y varios de sus colaboradores y discípulos. Tengamos presente esta paradoja que se enuncia con frecuencia: el esfuerzo pionero de Freud estuvo abocado en importante medida al trabajo con pacientes mujeres, y sin embargo hasta el final de sus días no se cansó de insistir en que el desarrollo sexual de la mujer resultaba mucho más oscuro e inapresable conceptualmente que el del varón. Es así que en la última parte de su obra (especialmente en la década comprendida entre 1925 y 1935) volvió en varias ocasiones a abordar estas cuestiones, para introducir importantes modificaciones en sus formulaciones acerca de la sexualidad, y en lo concerniente a “la cuestión” de lo femenino. En un contexto institucional que no permaneció ajeno a los complejos procesos geopolíticos y sociales de las primeras décadas del siglo XX europeo, tomó envergadura el debate en torno a este tópico, que contó con la intervención de múltiples voces (entre ellas, las de las *nouvelles* psicoanalistas), y tuvo por efecto acentuar las cada vez más palmarias diferencias entre las corrientes que se desprendieron como haces a partir del freudismo. Es así que participaron de estas controversias pensadores como Ernest Jones y Melanie Klein (referentes de la escuela inglesa), Jeanne Lampl-de Groot, Helene Deutsch (vinculadas a la escuela de Viena) y Karen Horney (quien eventualmente se convertirá en referente del culturalismo psicoanalítico), entre otros varios.¹⁹ Freud, siguió atentamente los debates en el seno del movimiento psicoanalítico e intervino, en varias ocasiones, a partir de sus propios trabajos. Al respecto, vale la pena destacar el trípede: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925), “Sobre la sexualidad femenina” (1931) y la 33ª de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, titulada “La feminidad” (1933 [1932]).

En el presente capítulo nos proponemos dejar señalados algunos aspectos de la teorización freudiana de la sexualidad femenina y la feminidad, tal y como se despliegan hacia esta última parte de su obra. Atenderemos a ciertos virajes que imprimió Freud en su pensamiento, en el intento por responder a los enigmas que la clínica le deparaba, e intentaremos cernir allí algunos puntos que han dado lugar a controversias. Nos proponemos hacerlo, no obstante, adoptando un enfoque particular. En ello, nos anima una máxima freudiana plasmada en “La interpretación de los sueños” (1900), que afirma que en la investigación científica a veces resulta provechoso, cuando un problema presenta difícil solución, sumarle un segundo problema, del mismo modo que nos es más fácil cascar dos nueces apretándolas una contra otra que por separado (p. 154). Se trata de ensayar una particular hipótesis de trabajo. Sostenemos la conjetura de que no es posible una cabal comprensión de las teorizaciones freudianas de la sexualidad, sin contemplar en el análisis un supuesto que atraviesa la obra del fundador del psicoanálisis en su totalidad: la bisexualidad originaria del ser humano. Ahora bien, decir que una y otra concepción están vinculadas es una verdad de perogrullo, que Freud no se cansa de señalar en múltiples ocasiones, y a partir de él, gran parte de los psicoanalistas asumen como pre-

¹⁹ Para un desarrollo pormenorizado de estos intercambios, que no trataremos aquí, puede consultarse la obra de S. Tubert, *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, Madrid, El Arquero, 1988.

misa.²⁰ Nuestra apuesta se orienta en otra dirección: sostenemos que la hipótesis de la “disposición constitucional bisexual”, que Freud adopta tempranamente a partir de sus intercambios con Wilhelm Fliess (hacia 1897) y sostiene a lo largo de todo su empeño intelectual y clínico, constituye un punto que opera como obstáculo para la teorización freudiana de la sexualidad femenina y, correlativamente, para la reflexión sobre la constitución de lo masculino-femenino como polaridades de la vida psicosexual.

Dedicaremos, en lo que sigue, un primer tramo a despejar los orígenes del supuesto teórico introducido por Fliess, y el lugar que Freud le otorgó en sus tempranos trabajos. Nos detendremos necesariamente en el deslinde respecto de las teorías fliessianas, que Freud se vio precisado a realizar para asentar su propia conceptualización de la dinámica psíquica y su teoría de las pulsiones. Intentaremos pesquisar qué permanece allí de las propuestas teóricas de su temprano interlocutor, y en un segundo tramo, abordaremos las articulaciones existentes entre el supuesto de la bisexualidad, al que Freud llegó a otorgar el lugar de “factor decisivo” en su teoría sexual (1905b, p.201), y la constitución de la diferencia sexual, considerando especialmente sus derivaciones en las reflexiones en torno a lo femenino.

Trayectorias de una hipótesis problemática

I. Los orígenes “biológicos” de la bisexualidad y el conflicto de autoría

Sabemos que el descubrimiento freudiano de la sexualidad como factor etiológico en las neurosis operó como un des-velamiento paulatino. Inicialmente una sorpresiva constatación empírica (Cf. Freud, 1894), adquirió luego el estatuto de verdadero *caput nili* en el esquema de causación concebido hacia 1896. A través de la elaboración conceptual y de la profundización clínica, el papel de la sexualidad se reformuló hasta consolidarse, en la teoría psicoanalítica, como el factor pulsionante de la vida psíquica, en tanto que constitutivamente traumático (Cf. Freud, 1905b; 1920). Estos desarrollos tuvieron por efecto trastocar la concepción vigente acerca de la sexualidad, poniendo de manifiesto la absoluta insuficiencia del modelo del instinto sexual para explicar los rasgos y los destinos libidinales de los seres humanos.²¹ Para ello fue necesario, además, un viraje en los itinerarios de pensamiento de Freud, un desplazamiento de sus esfuerzos e interés por explicar en términos estrictamente neurofisiológicos los fenómenos

²⁰ Esta idea ha sido recuperada por algunas vertientes del pensamiento feminista como un rasgo “de avanzada” en Freud, como un modo de socavar la diferenciación tajante entre los sexos.

²¹ Vale la pena detenerse en aquella definición que Freud presenta al inicio de sus ‘Tres Ensayos de teoría sexual’ (1905a) como característica de la “opinión popular”, y a la que caracteriza de “plagada de errores, imprecisiones y conclusiones apresuradas” (p. 123). Esta definición, que el autor se dedica a desmontar a la luz del recorrido por el campo de las perversiones (en el Primer Ensayo) y del descubrimiento de la sexualidad infantil (en el Segundo Ensayo), es también la que sostenía la contemporaneidad experta, no solamente los legos.

psicopatológicos hallados en las neurosis²² a la construcción de una metapsicología que otorgue especificidad al terreno anímico.²³

Hacia 1895 Freud se encontraba dando forma a aquella intelección que se le manifestaba como “el gran secreto clínico” de las neurosis (1994, p.147), su esclarecimiento a partir de ocasiones de carácter sexual ocurridas en la temprana infancia, que adquirirían estatuto traumático luego de la maduración puberal. Este, posiblemente el error más fecundo de la historia del freudismo, orientó el interés del pensador cada vez más hacia el campo de la sexualidad y desde allí, como él mismo señaló, lo condujo definitivamente al terreno de la psicología. Un verdadero viraje, palpable en sus trabajos publicados seguidamente y en la copiosa correspondencia a Fliess. Recordemos que por un número de años, ante el apartamiento de Freud de los círculos médicos (en gran medida debido a la mala recepción que tuvieron sus tempranos trabajos sobre las neurosis) los intercambios con Fliess adoptaron un lugar gravitante en sus ideas. Freud, es evidente, reverenciaba a su colega berlinés. Admiraba la confianza y el coraje con que aquel sostenía sus audaces ideas, aún frente al descrédito del cuerpo médico y científico contemporáneo. Ambos compartían varios rasgos que los aproximaban en este sentido: eran judíos de origen (en una sociedad cada vez más acentuadamente antisemita), médicos, y preocupados por problemas que excedían ampliamente los de la medicina académica de la época; tenían en común, además, el haber realizado una estancia en París, en el célebre servicio de Charcot en la Salpêtrière.

Gracias a que se conservaron gran parte de las cartas y los manuscritos que Freud dirigió a Fliess,²⁴ tenemos la posibilidad de tomar conocimiento del modo en que se fue desplegando el trabajo en conjunto. En estos importantes años, en que Freud sentó las bases del psicoanálisis, el berlinés ocupó el lugar de “único público”. Pero no debe entenderse de ello una relación de influencia unidireccional, sino un prolífico intercambio y ensayo conjunto de ideas, en el que los dos personajes llegaron a esbozar la fantasía de lograr desarrollar, algún día, una cabal ciencia de lo sexual. En la distribución de esa tierra prometida, Freud reclamaba para sí la parcela correspondiente a la psicología, quedando a cargo de Fliess el terreno de la fisiología.

En el seno de estos intercambios, dos grandes hipótesis se precipitaron en las investigaciones de Fliess: la periodicidad y la bisexualidad. La primera, referida a la supuesta existencia de una legalidad universal que regiría los tiempos vitales de acuerdo a períodos de 23 y 28 días. Esas cifras corresponderían a una clave de lectura para abordar la totalidad de los fenómenos humanos, y funcionarían como base para la explicación de la emergencia y desaparición de patologías, entre muchas otras cuestiones. La de la bisexualidad, es una hipótesis que emerge asociada a la anterior: los mencionados períodos de 23 y 28 se corresponderían a intervalos biológicos (ciclos o procesos) determinados por sustancias masculinas y femeninas, respecti-

²² Lo que no significó, como mostraremos en lo que sigue, que el autor se haya desentendido de toda referencia a la dimensión biológica o anatómica de la sexualidad, ni que la desestime en su “cálculo” etiológico.

²³ Para ahondar en este punto, puede consultarse el capítulo 6 del presente volumen.

²⁴ La correspondencia entre ambos pensadores ocupa un lapso de tiempo de 17 años, que va de 1887 a 1904, si bien su vínculo se torna cada vez más distante hacia 1901. Dista de nuestro objetivo abordar los pormenores del vínculo entre Freud y Fliess, más allá de detenernos en la adopción, por parte del primero, del supuesto de nuestro interés. Al respecto, pueden consultarse las biografías de Freud existentes, que suelen dedicar un lugar de relevancia a esta relación.

vamente. Según Fliess, se trata del descubrimiento de la “doble sexuación permanente” [*Doppelgeschlechtigkeit*] que atraviesa la totalidad de la vida, y que consiste en “el hecho de que todos los hombres estén constituidos de sustancia femenina, y todas las mujeres de sustancia masculina” (Fliess en Assoun, 2005, p. 28). De esta manera, los procesos sexuales, pero fundamentalmente –y de modo más general–, los procesos humanos, resultan asimilados a una legalidad sexuada de base biológica:

En esta constitución bisexual se trata únicamente del hecho que en el embrión están constituidos, ya en el origen, los órganos sexuales de dos especies, pero que normalmente, en el desarrollo posterior, en los hombres se forman solamente los órganos masculinos, así como en las mujeres los femeninos. Por eso se acostumbra a distinguir dos sexos como enteramente separados. (...) [Sin embargo] no solamente es doble la disposición, sino (...) [que] durante toda la vida en el hombre existe y *obra permanentemente* algo femenino y en la mujer algo masculino (en Porge, 1998, p.247; las cursivas pertenecen al original).

En consecuencia, en la teoría de Fliess, la bisexualidad se refiere a los dos aspectos: la disposición constitucional y la doble sexuación permanente –de acuerdo a procesos que responden a la lógica periódica de 23 y 28–. Ahora bien, de acuerdo al tipo de “sustancia” prevalente, “lo masculino” y “lo femenino” que atraviesan al viviente podrán adoptar un carácter “manifiesto” o permanecer de modo “latente”.

La recepción que Freud hizo de estas ideas no escaseó en entusiasmo, pero también evidenció muy tempranamente reparos. Durante un tiempo Freud colaboró animadamente en el armado teórico de su colega compartiéndole cálculos, fechas y datos relativos a sí mismo, a su familia, a sus pacientes (que Fliess convertía en intrincados cómputos con los que colmaba cientos de páginas). Si bien hacia 1898 no dudaba en confesarle a su corresponsal: “Estoy verdaderamente subyugado por la insistencia de la bisexualidad y considero esta idea incidente tuya la más importante para mi tema después de la *defensa*” (Freud, en Porge, 1998, p.17), establecía ciertos reparos con respecto a las consecuencias que Fliess pretendía extraer de la bisexualidad-biprocesualidad. En el sistema ideado por el berlinés, la represión (lo latente o lo manifiesto de la vida anímica, como señalamos antes) resultaba plenamente asimilada al conflicto entre las sustancias masculinas y femeninas, y por lo tanto, en última instancia, a un acontecer biológico²⁵. En este lugar se ubica uno de los puntos en que Freud se distanció necesariamente de las ideas de su amigo, en la medida en que ello suponía desconocer los procesos psíquicos que él mismo lograba inteligir laboriosamente a partir de la existencia de los síntomas neuróticos. Pero no solamente: a esta altura de sus indagaciones, sueños y opera-

²⁵ En palabras de Fliess: “Lo que reprimimos de nuestra conciencia despierta, lo introducimos en la parte del sexo opuesto de nuestra psique. Entonces, los brotes periódicos que son masculinos y femeninos (¡23 y 28 días!) acentúan en nosotros a veces un sexo y a veces el otro. Y así se extiende, igualmente, por embates, el campo de la conciencia de un lado o del otro” (en Porge, 1998, p. 16). Freud tampoco seguirá a su amigo en la idea de asociar la bisexualidad a la bilateralidad corporal. Por su parte, Fliess recibirá con poco entusiasmo las objeciones de aquel. Vale la pena recordar que años después, frente a la teoría de Adler sobre la “protesta masculina”, Freud reafirmará que la represión no resulta explicable por el conflicto entre aspiraciones masculinas y femeninas, como aquel sostenía, sino entre aspiraciones libidinales que chocan con las tendencias del yo. Al respecto, son de interés el análisis del hombre de los lobos (Freud, 1918 [1914]) y “Pegan a un niño” (1919).

ciones fallidas se encontraban en el foco de su interés, y sus avistamientos de lo psíquico inconsciente lo conducían en una dirección diversa.

Las diferencias teóricas provocaron un alejamiento paulatino entre los autores. Algunos años después, tuvo lugar un complejo episodio cuando Fliess acusó a dos personajes cercanos al movimiento psicoanalítico de haber presentado como propias las hipótesis de la bipolesidad y bisexualidad (ubicando a Freud como “facilitador” del plagio). En este punto, la distancia entre ambos se tornó irreversible.²⁶ Freud defendió abiertamente la anterioridad de las ideas de Fliess, pero también hizo público su descargo frente a la acusación. El *affaire* Fliess produjo diversas marcas en la obra de Freud, de las cuales la más resonante es su teorización sobre la paranoia, si bien no la única. A pesar de sus enormes diferencias con el sistema fliessiano, Freud conservó durante toda su obra la pregunta en torno a la posibilidad de una periodicidad en la vida psíquica (e.g. la referencia a la “grandiosa concepción” de Fliess, en 1920, p. 44), y adoptó ampliamente la idea de una disposición bisexual de los seres humanos.²⁷ Este enunciado, que adquirió el estatuto de axioma fundamental en su teoría sexual, resultaba atractivo en la medida en que suponía de entrada asumir una versión de la sexualidad presente desde el comienzo de la vida y mucho más amplia que la científicamente aceptada; además, como veremos en lo que sigue, le permitía a Freud tornar inteligibles algunos rasgos neuróticos de enigmática frecuencia. A lo largo de su obra, la hipótesis de la bisexualidad insiste con enorme frecuencia y de manera articulada a numerosas temáticas; no obstante, veremos que Freud vacilaba en el alcance que debía darse en ella al factor biológico.²⁸

II. La disposición a la bisexualidad y los pares de opuestos de la vida anímica

Dijimos que en la pluma de Freud la hipótesis de la bisexualidad adquirió un matiz específico, al articularse con los desarrollos propios del autor. Ahora bien, resulta de interés precisar qué sentido le otorgó a esta “disposición [constitucional] bisexual” –como aparece mencionada en ocasiones– a la luz de la experiencia inaugurada por la clínica psicoanalítica y el encuentro con el inconsciente.

La publicación del análisis de Dora, así como la primera edición de los “Tres ensayos de teoría sexual” (1905a; 1905b), constituyen la piedra basal de la puesta en forma (psicoanalítica) de la comprensión de la sexualidad. No es casualidad que allí el autor eche mano a la hipótesis de la bisexualidad y la presente como un paso de frontera hacia lo biológico, uno de los “atisbos de lo orgánico”, que el material clínico permite apenas vislumbrar (Freud, 1905a, p. 4). De

²⁶ Para una reconstrucción en detalle de este episodio, puede consultarse Erik Porge (1998) *¿Robo de ideas? Wilhelm Fliess, su plagio y Freud*. Buenos Aires: Kliné.

²⁷ Idea en cuya gesta entendía haber participado. En 1901, en una carta a Fliess le manifestaba, respecto a la bisexualidad: “La idea misma es tuya. Recuerdas que hace años te dije que la solución estaba en la sexualidad, cuando tú todavía eras rinólogo y cirujano, y tú años después corregiste: en la bisexualidad, y veo que tienes razón.” (Freud, 1994, p. 493).

²⁸ Recordemos, al respecto, que Freud nunca abandonó la expectativa de que el psicoanálisis llegaría a alcanzar el estatuto y reconocimiento de ciencia natural [*Naturwissenschaft*], y en esta expectativa, sostuvo el anhelo de asentar los desarrollos psicoanalíticos en bases orgánicas y en procesos químicos.

esta manera, en el análisis de Dora se la emparenta a las zonas erógenas y al problema de la sollicitación somática, puntos enigmáticos en los que “el análisis tropieza con estos fundamentos orgánicos de los síntomas” (*Ibíd.* 99). Al mismo tiempo, contraponen esas nociones liminares a “lo psicológico” del caso: el análisis de los sueños y de las representaciones inconscientes. Para avanzar en la reflexión sobre el ámbito primero, señala, han de precisarse investigaciones futuras. Efectivamente, la noción de bisexualidad no es desplegada en el armado del historial clínico más que de modo marginal, restringido a la enunciación de las denominadas “corrientes de sentimientos” heterosexuales u homosexuales (“ginecófilas” bautiza también a las últimas, para el caso), que le permiten a Freud localizar el que habría sido su más grave “error técnico”: no haber colegido a tiempo el amor inconsciente de Dora hacia la señora K (1905a, p.104-5). En conclusión, la bisexualidad aparece nombrando un aspecto enigmático, que Freud asocia a los fundamentos orgánicos de la vida psíquica, y que caracteriza como la coexistencia típica de corrientes amorosas dirigidas a personas del mismo sexo junto a las heterosexuales (corrientes que pueden verse acentuadas, en una u otra dirección, ante determinadas circunstancias vitales, como es el caso de las neurosis).

En los “Tres ensayos...” (1905b), la referencia a la bisexualidad emerge en varias ocasiones y es presentada de manera notablemente más compleja. En primera instancia y en serie con el texto anterior, aparece al abordar la cuestión de la inversión u homosexualidad. En este punto, el autor se pregunta si existe un correlato entre el hermafroditismo orgánico (podemos decir, la *constitución bisexual* o *dualidad de sexos* en el sentido de Fliess) y cierto hermafroditismo psíquico, que permitiría reconducir la explicación de lo segundo a lo primero. Pero rápidamente descarta esta propuesta señalando que “no es lícito concebir tan estrechas las relaciones entre la hibridez psíquica *supuesta* y la hibridez anatómica *comprobable*”, una y otra son en líneas generales independientes entre sí (p. 129; los destacados nos pertenecen). Freud toma distancia de este paralelismo a la hora de entender los fenómenos psíquicos, y critica ciertos usos “injustificados” de la doctrina de la bisexualidad que simplemente sustituyen el problema psicológico por un problema anatómico²⁹ (*Ibíd.* 130). Sin embargo, también deja señalado que pueden entenderse ciertos casos de elección homosexual masculina como el intento de sintetizar, en un otro, genitales masculinos y “propiedades anímicas femeninas”, síntesis que espejaría “la propia naturaleza bisexual” (*Ibidem.* 131). Finalmente, no sin ambages, sostiene que en la homosexualidad “interviene de algún modo una disposición bisexual, sólo que no sabemos en qué consiste más allá de la conformación anatómica” (*Ibidem.* 131).

Vemos entonces que si bien hay un esfuerzo por distanciarse de concepciones que apealan a un paralelismo psicofísico, cercanas a la lectura fliessiana de la doble sexuación, Freud vacila al definir el alcance de la bisexualidad humana para el terreno de lo anímico. Aún más, a esta altura podría cuestionársele el intentar establecer asociación alguna entre la condición sexuada del individuo (macho/hembra) y la orientación en la elección del objeto sexual, justamente porque todo el primer tramo de los “Tres ensayos...” está dedicado a

²⁹ Se refiere allí, por ejemplo, a quienes defendían la comprensión de la homosexualidad como el efecto de “cerebros femeninos en cuerpos masculinos” (y viceversa), o bien, a partir de la referencia a “centros cerebrales masculinos y femeninos” que predominarían en cada caso. Se trata de variantes de la concepción de un “tercer sexo” o un sexo “intermedio”.

aflojar esos vínculos entre pulsión sexual y objeto, y a proponer que entre ellos no existe una solidaridad natural sino una soldadura. Se trata de uno de esos momentos en los que el propio pensador parece no alcanzar a dimensionar el giro copernicano que ha impreso en la historia del pensamiento, y se repliega sobre la supuesta existencia de una versión “normal” de la sexualidad. Estas dificultades no parecen haberse escapado a Freud, de manera que en 1915, en una nota agregada, vuelve sobre sus dichos y se ve precisado a aclarar que también la elección amorosa heterosexual es un problema que requiere esclarecimiento, ya que no es posible pensar en una elección amorosa “obvia” en los seres humanos. Y en este preciso lugar deja abierta la referencia a un potencial quimismo sexual interviniente. También se encarga de establecer independencia entre “los caracteres sexuales al interior de un sujeto” y la inversión respecto del objeto sexual (*Ibidem.* 132-3); es decir, entre los atributos que hoy podríamos denominar genéricos y la elección de objeto.³⁰ Nuevamente, lo vemos ubicar en los “atisbos de lo orgánico” ciertos obstáculos para el abordaje y comprensión de lo psíquico; y un modo de nombrar esa dificultad –cuando esta se refiere a la diferencia sexual– es la elusiva hipótesis de la disposición constitucional bisexual.

En el mismo trabajo, al referirse al sadismo y al masoquismo como par de opuestos, afirma: “estaríamos tentados de poner en relación la presencia simultánea de esos opuestos con la oposición de lo masculino y lo femenino, conjugada en la bisexualidad –cuyo significado se reduce en el psicoanálisis a la oposición entre activo y pasivo–” (1905b, p. 145).³¹ Vemos enunciarse aquí una asociación que reaparece con frecuencia en el pensamiento de Freud: el par femenino-masculino (que se conjuga en la bisexualidad), asociado a “los opuestos” masoquismo-sadismo y, más fundamentalmente, al par pasividad-actividad.³² Polaridades especialmente relevantes en sus efectos para la teorización freudiana de lo femenino y lo masculino. En este punto, nos interesa dejar señalado un aspecto que entendemos central. El supuesto de la bisexualidad originaria deja sin interrogar esa duplicidad “constitutiva”: las tendencias de un sujeto pueden responder a “corrientes”, “rasgos”, “propiedades anímicas” femeninas o masculinas (así como el cuerpo biológico se computa en clave sexual dimórfica).

Las dificultades para apresar de ese modo lo femenino y lo masculino parecen insistir y se aprecian en una nota agregada diez años después al mismo trabajo, donde Freud plantea que estos conceptos son más confusos y complejos de lo que se suele sustentar. Así, propone que es posible descomponerlos en *al menos* tres direcciones: un sentido biológico, uno sociológico

³⁰ Precisión fundamental, aunque no exenta de dificultades, en la medida en que relanza la pregunta por aquellos “caracteres sexuales al interior de un sujeto”.

³¹ La aclaración final en esta oración se incorporó en 1915. Varios años después, en 1924, Freud la matizará y reemplazará por “el psicoanálisis *a menudo se ve precisado a reemplazar* esta última oposición por la que media entre activo y pasivo” (1905, p. 145 las cursivas son nuestras). Nótese la distancia enorme entre la simple “reducción” primera y el “frecuente reemplazo” segundo.

³² Notemos que así resulta anudada la idea de la libido como esencialmente masculina, en la medida en que la energía de la pulsión es activa por excelencia. En palabras del autor: “Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer. Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad, considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer como nos las ofrece la observación de los hechos” (Freud, 1905, p. 200-1).

y otro asociado a la oposición activo-pasivo. Este último sentido, insiste, es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el marco del psicoanálisis. A continuación, agrega:

En el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su *carácter sexual biológico* con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos *rasgos de carácter psíquico* dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos (Cf. Freud, 1905b, p. 200, los destacados nos pertenecen).

Resulta interesante notar que Freud se afirma en la no reducción de los rasgos anímicos al sexo biológico, y en la precisión de la dinámica pulsional actividad-pasividad como de especial interés para la concepción psicoanalítica. La pregunta por lo que conformaría la virilidad o feminidad “puras” (y su contrapartida, las “mezclas”), parece reducida aquí a la dupla actividad-pasividad, sea que esta responda o no a caracteres biológicos.³³

Muchos años después, en “El malestar en la cultura” (1930), encontramos a Freud reafirmando la idea de la bisexualidad biológica de los seres humanos, pero ahora matizando las posibilidades de referir esa bisexualidad al terreno psíquico:

La sexualidad es un hecho biológico que, aunque de extraordinaria significación para la vida anímica, es difícil de asir psicológicamente. Solemos decir: cada ser humano muestra mociones pulsionales, necesidades, propiedades, tanto masculinas cuanto femeninas, pero es la anatomía, y no la psicología, la que puede registrar el carácter de lo masculino y lo femenino (p. 103).

Seguidamente, el autor insiste en que aquella distinción que interesa a la psicología es la que media entre actividad y pasividad, y que no debemos apurarnos a hacerlas coincidir con masculinidad y feminidad. Finalmente, el autor se lamenta del “serio contratiempo” que supone no haber podido hallar en sus indagaciones un enlace firme entre la teoría de la bisexualidad y la doctrina de las pulsiones. Destaquemos, sin embargo, que a pesar de la postura así asumida hacia 1930, veremos en lo que sigue que no resulta sencillo plantear una suerte de “evolución” o “desarrollo” consistente de sus propuestas sobre la bisexualidad, y que quizás el modo más freudiano de caracterizar este problema sea el *non liquet*.

³³ Cf. también Freud (1913), donde el autor directamente afirma que las diferencias entre los sexos no pueden reclamar una característica psíquica particular; que el abordaje psicológico de lo masculino y lo femenino se reduce a los caracteres de actividad y pasividad entendidos como propiedades de las metas pulsionales. En la relación que estas establecen en la vida anímica se espeja la bisexualidad de los individuos, una de las “premisas clínicas del psicoanálisis” (p. 185).

III. Las fantasías neuróticas y el *sentido* bisexual

Despejamos en lo previo la persistencia de la impronta biológica en la propuesta freudiana de la bisexualidad, si bien esta se aparta en dos puntos fundamentales de otras concepciones contemporáneas. Por una parte, en el abandono del reduccionismo biológico como salida simplista a la cuestión y, de manera nodal, en la precisión propiamente psicoanalítica que supone la introducción de la dinámica de la pulsión. De allí que permanece en sus escritos una asimilación a la diferencia sexual (masculino-activo o femenino-pasivo) y/o a la orientación en la elección de objeto amoroso (homosexual o heterosexual).

En sintonía con algunas pinceladas presentes en el análisis de Dora, en 1908 Freud da cuenta del alcance de la hipótesis en consideración al mostrar su fecundidad para el desarrollo de los síntomas histéricos. En el breve pero condensado “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, al abordar los vínculos entre fantasías inconcientes y manifestaciones sintomáticas, presenta un resultado al que caracteriza de inesperado: “el significado bisexual de síntomas histéricos”. Al respecto, afirma que “es por cierto una prueba interesante de la aseveración, por mí sustentada, de que la disposición bisexual que suponemos en los seres humanos se puede discernir con particular nitidez en los psiconeuróticos por medio del psicoanálisis” (1908, p.146). Freud localiza evidencias a favor del supuesto de la bisexualidad en estos síntomas, que serían la expresión sobredeterminada de dos fantasías sexuales inconcientes, una “masculina” y otra “femenina”. Para ilustrar lo dicho toma especialmente el ejemplo de la paciente que en su ataque histérico escenificaba un atentado sexual (en el que con una mano intentaba arrancar su ropa mientras que con la otra la protegía), y advierte a los analistas estar preparados para interpretar el “sentido bisexual” de los síntomas (al que también caracteriza como aspectos homosexuales y heterosexuales del síntoma).³⁴

Sin embargo, poco tiempo después, al referirse a ese mismo síntoma histérico en otro trabajo, sostiene: “El ataque se vuelve no transparente por el hecho de que la enferma procura poner en escena las actividades de las dos personas que emergen en la fantasía, vale decir, por *identificación múltiple*” (1909 [1908], p. 208; las cursivas son del original). Vemos que ahora introduce una complicación en el análisis propuesto, que hace al mecanismo de identificación (a los supuestos papeles de hombre y mujer) como clave de interpretación. Esto resulta de interés en la medida en que permite evidenciar otra vía posible para la comprensión de la fantaseada bisexualidad, entendida como un sentido o un ropaje atribuido a “lo femenino” y a “lo masculino”. Freud, por lo pronto, no parece percatarse de este énfasis diferencial. No obstante, podemos preguntarnos a partir de él, ¿es la fantasía lo propiamente “femenino” o “masculino” en juego? ¿O bien –como también deja entrever el autor– se trata de la puesta en escena de “dos papeles” vía identificación? En serie con lo que venimos proponiendo, entendemos que en el primer caso la dificultad reside en la adjetivación misma de la fantasía y en consecuencia, en la esencialización en términos psíquicos, de lo masculino y lo femenino.

³⁴ Para una interpretación similar de ciertos sueños que admiten una sobreinterpretación por la existencia de un sentido bisexual, cf. Freud (1900, p. 399).

De lo dicho se decanta que la disposición bisexual es en la pluma freudiana una hipótesis, como mínimo, equívoca. No obstante, él mismo afirmaba que se trataba de una pieza clave en su teoría de la sexualidad. Particularmente, agreguemos, en la formulación psicoanalítica de la diferencia sexual. En este punto, hacemos propia la lectura de Assoun (2006), quien sugiere: “La bisexualidad es un asunto que, con toda la confusión que entraña, viene a plantear la cuestión de lo masculino y lo femenino y a tornarla insoslayable. No hay otra entrada, y ninguna otra resulta tan obligada como esta” (p. 21).

Freud, el feminismo, lo femenino

Recordábamos, al comienzo, que el pensamiento freudiano no permaneció ajeno a la gesta y efervescencia de los movimientos sociales y políticos de principios del siglo XX. A pesar de que suelen subrayarse algunas referencias tardías al feminismo en la pluma de Freud para considerar sus diferencias, se desconoce con igual frecuencia sus acercamientos y colaboraciones con el temprano movimiento feminista reformista vienés. Tubert (2001) nos recuerda, al respecto, que no solamente Freud publicó algunos de sus escritos en las revistas fundadas por la “Liga alemana para la protección de las madres y la reforma social” (de la que fue miembro desde su fundación), sino que también las pioneras feministas lo citaban con frecuencia, en la medida en que hallaban en sus trabajos fundamentos científicos para poner en cuestión la moral sexual dominante y el doble rasero que ella imponía a hombres y mujeres. Una mirada menos positiva recibieron las teorizaciones sobre la sexualidad femenina que Freud desarrolló hacia el final de su obra, y que continúan siendo materia de debate.

En la década comprendida entre 1925 y 1935, Freud volvió sobre su teoría sexual y propuso importantes modificaciones, especialmente en lo relativo a la sexualidad femenina. Dicha reflexión resultó necesaria a partir de la introducción, en 1923, de la fase fálica como etapa del desarrollo libidinal universal. Recordemos que hasta ese momento, con mayor o menor vacilación, Freud se había animado a afirmar que el desarrollo sexual en mujeres y varones respondía a cierta simetría, asociada al Edipo como complejo nuclear (que anudaba el deseo y la elección de objeto al progenitor del sexo opuesto, acompañados de hostilidad hacia el progenitor del propio sexo). A partir del encuentro con la disimétrica articulación entre el complejo de Edipo y el complejo de castración en varones y mujeres, se abrió un nuevo terreno de indagación sobre el desarrollo de la sexualidad femenina y la feminidad.

Tal y como Freud afirmó en varias ocasiones, el modelo para la teorización psicoanalítica del desarrollo sexual fue el del varón. En el caso de la mujer, las cosas siempre parecían ser más oscuras y complejas. Ahora bien, en sentido estricto, la sexualidad del varón no fue solamente el modelo en términos de contrapunto para delinear los itinerarios de la sexualidad femenina, sino también un paso necesario, una fase, en el desarrollo sexual de la niña para que luego se despliegue la feminidad. El cambio de zona erógena rectora (de la vagina al clítoris) que Freud supone en el desarrollo sexual “normal” de las mujeres, así como el cam-

bio en el objeto de amor (de la madre al padre y de éste a los demás hombres), constituyen para el autor un doblegamiento de la virilidad infantil de la niña. Ya en los “Tres ensayos...” quedaba explicitado que la sexualidad temprana de la niña era de carácter estrictamente masculino y que, por lo tanto, en el desarrollo libidinal hacia la feminidad, “es un sector de la vida sexual masculina el que así cae bajo la represión” (1905, p. 201).³⁵ La misma concepción insiste años después, al dar forma al descubrimiento de la prolongada e intensa ligazón-madre preedípica (1931, p.237-8) y a sus destinos posibles. Previamente, al introducir la existencia del complejo de Edipo completo (es decir, en su vertiente amorosa y hostil hacia ambos progenitores, con la ambivalencia concomitante), afirmaba que dos factores eran los responsables de esta “complicación”: la disposición triangular del Edipo y la bisexualidad constitucional del individuo. De esta manera, la salida y desenlace de dicha coyuntura infantil es planteada en dependencia de “la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales” presentes en ambos sexos (1923b, p. 33-35).³⁶

Leer estas aseveraciones a la luz de su matriz conceptual, la bisexualidad constitutiva, permite ajustar el alcance de la reflexión freudiana. Esta “fase masculina” de la niña no es sino la constatación de la actividad pulsional que caracteriza a la sexualidad infantil. Pero de manera problemática, entender que esta “virilidad temprana” debe ser luego progresivamente sofocada por oleadas represivas, condujo a Freud a sostener que dichas condiciones se entranan íntimamente con “la naturaleza de la feminidad” (Ibíd. 202). Y también a derivar la caracterización del amor edípico del varón hacia su padre como “actitud femenina” (Freud, 1925, p. 269).

Posiblemente sea la 33ª Conferencia: “La feminidad” (1933 [1932]) la que mejor permita sobrevolar la perspectiva de los desarrollos freudianos sobre este tema. De modo similar a lo que había presentado en 1930, en “El malestar en la cultura”, Freud comienza su exposición presentando ciertas reservas. Para empezar, restituye la hipótesis de la bisexualidad al terreno de la biología y señala que no es posible extraer de la anatomía qué constituye la masculinidad o la feminidad. Admite que estamos acostumbrados a usar “masculino” y “femenino” como cualidades de la vida anímica, transfiriendo de este modo a la psicología el punto de vista de la bisexualidad, e inmediatamente agrega: “Pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar ningún contenido *nuevo* a los conceptos de masculino y femenino”, tampoco aquel que los haría equivaler a actividad y pasividad (1933 [1932], p. 106, las cursivas pertenecen al original). Freud desaconseja a sus lectores el intento de hacer coincidir estos dos aspectos, agregando: “Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo” (Ibíd. p.107). Entre otras cuestiones, nos recuerda que las normas sociales esfuerzan a la mujer a situaciones pasivas y le prescriben sofocar su actividad. Entonces afirma: “el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer —una tarea de solución casi imposible para él—, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual” (Ibíd. p.108). Notemos que es-

³⁵ Nótese la persistencia de esta concepción en el siguiente fragmento de 1925: “Sigue pareciendo que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación, y para resolver el problema supuesto se podría aducir esta ponderación de las cosas: al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea” (p. 273)

³⁶ Esta línea argumentativa había sido ya presentada por Freud en su análisis de la joven homosexual, publicado en 1920.

tas ideas no están exentas de ambigüedad (desalojan para acto seguido reintroducir la bisexualidad), y además parecen no alcanzar al armado teórico del texto, en el que, por ejemplo, reaparece sin mayores dificultades la distinción en dos “fases” de la vida sexual infantil de la mujer: una prehistoria masculina y luego la propiamente femenina (de acuerdo a la ya clásica distinción activo-pasivo), así como la asociación entre la sofocación de su actividad pulsional y un masoquismo bautizado como “auténticamente femenino” (1933 [1932], p. 107).

Algunas reflexiones finales

Creemos que no estamos desacertados al afirmar que en Freud es posible vislumbrar otros modos de interrogar el “enigma” de la feminidad y de la diferencia sexual; que la riqueza de sus indagaciones está lejos de agotarse en los escollos aquí presentados. Sin embargo, nos propusimos invitar al lector a apreciar en qué medida un cabal abordaje de estas ideas no puede realizarse sin ponderar la significatividad y las múltiples ramificaciones que la hipótesis de la disposición constitucional bisexual tiene en la obra del maestro vienés. Es así que nuestro recorrido se orientó a señalar algunos puntos que se dejan reconducir a esa conjetura fundamental. En parte, para recuperar un elemento usualmente silenciado o también erróneamente equiparado a otras nociones, como la de “disposición perverso-polimorfa”. Sumado a ello, nos interesó visibilizar los efectos deletéreos que algunas de estas reflexiones –que en la obra de Freud tenían el alcance de aportes parciales o comunicaciones tentativas (Cf. Freud, 1925) –, pueden adquirir al devenir sentencias firmes, amparadas en principios de autoridad. Valga, entonces, nuestro trabajo como intento por devolver al pensamiento freudiano su dinamismo característico.

Freud mismo admitía, en ciertos momentos de su recorrido, que la polaridad de la vida anímica que él delineaba estaba calcada (si bien con ciertos reparos) sobre la diferencia anatómica. Y en ese punto, a pesar de intentar rodeos diversos, retornaba sistemáticamente a un mismo obstáculo, al no poder hallar una articulación entre la bisexualidad orgánica (supuesta) y la bisexualidad psíquica (buscada). Creemos haber localizado al menos dos dificultades insistentes; por un lado, en la polisemia presente en el uso del término (a veces vinculado a rasgos del sujeto “femeninos-pasivos” o “masculinos-activos”, otras a la elección amorosa hetero u homosexual, o también a ambas articuladamente). Por otro, en la persistencia de la bipartición psíquica que aparece calcada sobre la biológica. Así es que, aunque Freud intente ser conciliador y decir que “todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional} bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto” (1925, p.276), quizás el problema no es exclusivamente lo incierto del contenido, sino la reducción de las “formas” (construcciones teóricas) a dos. De manera que si le vimos, por ocasiones, presentar dubitativo esta polaridad masculinidad-actividad/feminidad-pasividad,

al momento de los análisis de material clínico y de la profundización de los argumentos teóricos, ella retorna, intacta.

Efectivamente, entendemos que el punto de partida binario de la anatomía y su traducción a un supuesto binarismo psíquico, operó como obstáculo para la teorización de la diferencia sexual en Freud. Así, en “Esquema del psicoanálisis” (1940 [1938]), el opúsculo final en que buscó sintetizar la doctrina psicoanalítica, podemos leer que el hecho de la bisexualidad, también psicológica, entorpece toda averiguación en torno a lo femenino y a lo masculino, dificultando sus descripciones (p.188). Hasta en sus últimos trabajos, este preciso núcleo problemático no deja de insistir, de manera enojosa. Por último, y de modo paradigmático, también allí localizaba en 1937 los argumentos en torno al basamento rocoso que torna al análisis en una tarea teóricamente (si bien no lo sea *in praxi*) interminable. Resulta en extremo peculiar que persista, tantos años después, en su esquema de pensamiento, la localización en lo biológico de la “roca de base” para lo psíquico. En ese lugar, por ejemplo, al hablar del modo en que emerge la resistencia en el varón, “la revuelta contra la actitud *pasiva*”, sentencia: “la *desautorización de la feminidad* no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad” (p. 254, las cursivas son nuestras). Entendemos que en estas afirmaciones se juega en todo su alcance la bisexualidad como una de las premisas de la clínica psicoanalítica freudiana, aquí articulada a los horizontes del empeño analítico. Pero sobre este punto son necesarias otras discusiones que no podemos más que dejar pendientes.

Referencias

- Assoun, P. L. (2005). *Lecciones psicoanalíticas sobre masculino y femenino*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1894). Las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 41-68). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IV* (pp. 41-68). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1905a). Fragmento de análisis de un caso de histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1905b). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1908). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IX* (pp. 137-148). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1909 [1908]). Apreciaciones generales sobre el ataque histérico. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IX* (pp. 203-212). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1913). El interés por el psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIII* (pp. 165-192). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1914). Introducción del narcisismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1918 [1914]). De la historia de una neurosis infantil. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 1-112). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1919). «Pegan a un niño» Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923a [1922]). Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923b). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp.1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp.259-276). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1930). El malestar en la cultura. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp.57-140). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1931). Sobre la sexualidad femenina. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp.223-244). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1933 [1932]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33ª conferencia: La feminidad. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp.104-125). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1937). Análisis terminable e interminable. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp.211-270). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1940 [1938]). Esquema del psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp.133-203). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1994). *Sigmund Freud. Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Porge, E. (1998). *¿Robo de ideas? Wilhelm Fliess, su plagio y Freud*. Buenos Aires: Kliné.
- Tubert, S. (1988). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: El Arquero.
- (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Síntesis.

CAPÍTULO 9

Acerca de los conceptos previos a la teoría de la sexualidad infantil

Mariela Fracassi

Si los hombres supieran aprender de la observación directa de los niños, estos tres ensayos podrían no haberse escrito.

Sigmund Freud, TRES ENSAYOS DE TEORÍA SEXUAL

En el presente capítulo intentaremos recorrer algunos antecedentes teóricos que llevaron a Sigmund Freud a presentar en 1905 la obra titulada “Tres ensayos de teoría sexual”. Es decir, iremos trazando un camino por los conceptos e ideas relacionados con la etiología sexual de las neurosis que se fueron haciendo presentes a lo largo de la obra de este autor, y que desembocaron en el escrito en el que por primera vez, aparece detallada la concepción psicoanalítica que el autor vienés tenía sobre la sexualidad infantil. En la época en la que Freud publica este texto, y según él mismo menciona, la concepción popular sobre la sexualidad infantil concebía a los niños y niñas carentes de cualquier intención sexual, y pensaba a la niñez como algo con carácter puro e inocente. La sexualidad era algo a lo que se arribaba en el período de la pubertad y que se exteriorizaba en gestos de atracción entre los sexos (1905a, p. 123). Sin embargo, en la correspondencia que Freud mantenía con Wilhelm Fliess –médico, y amigo de Freud con el que mantuvo una larga correspondencia–, el primero escribe entre 1899 y 1900 que estaba trabajando en una teoría de la sexualidad que podría publicarse pronto (Cartas 121 y 128).

Primeros desarrollos freudianos

Freud tenía un recorrido bastante amplio en el campo de la investigación acerca de las neurosis para el año 1905. Alrededor de 1894 ya presentaba la idea de que algo relacionado con la sexualidad incidía de cierta manera en los factores etiológicos de la histeria, enfermedad acerca de la que existía una amplia producción teórica de otros autores que la relacionaban mayormente con la herencia.

En la "Carta 18" (1894) que escribe a Fliess, Freud considera que las personas sanas también pueden adquirir algún tipo de neurosis –nos referimos aquí a neurosis actuales–, siempre teniendo en cuenta que para que eso aconteciera, debía intermediar una perturbación en la sexualidad del individuo. Es necesario recalcar que en esta intelección también tenía asidero la consideración de una alteración de los afectos sexuales en términos cuantitativos. Pese a que las ideas de la época giraban en torno a pensar las neurosis como algo hereditario, existía algo del orden de lo accidental en la vida de cada individuo, que Freud iba descubriendo en la anamnesis de sus pacientes. Por lo que, siguiendo los lineamientos freudianos desde ese momento temporal, puede pensarse que surge la posibilidad de que se pueda crear una teoría que explique las neurosis actuales como algo singular, propio de cada persona (p. 218).

En ese sentido, en la presentación de "Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos", Freud menciona que la justificación de los síntomas histéricos puede encontrarse en la vida psíquica (1893, p. 29). Esta conferencia brindada en el Círculo Médico de Viena, apuntaba a destacar el factor traumático que podía existir en la causa de la histeria. En esta presentación, Freud reconoce el peso que su maestro, Jean-Martin Charcot había tenido en su formación, y en la formulación de los conceptos que presenta, por ejemplo, pensar como análogas la parálisis en la que había mediado trauma y la histeria no traumática. Al respecto, Freud menciona que Charcot en 1880 se había dedicado a la "gran neurosis" –nombre que recibía la histeria en Francia–, y por medio de la investigación de este campo, había llegado a demostrar una regularidad en los cuadros en los que otros profesionales veían simulacros. Charcot logró demostrar que era capaz de reproducir la parálisis histérica sin que mediara trauma mecánico eficaz, tan solo recurriendo a la hipnosis y a la sugestión verbal. Esto le aportó a Freud nuevos elementos con los que pensar las histerias con las que se encontraba en su experiencia clínica (p. 30-32).

Retomando lo dicho anteriormente, puede notarse que Freud poco a poco se iba distanciando de las concepciones médicas del momento acerca de la histeria y las representaciones obsesivas e iba construyendo su teoría a partir de la impresión que recibió de los desarrollos de Charcot. Pero aún no aparecía la sexualidad como un problema del cual encargarse en el campo de estas patologías. En "La herencia y la etiología de las neurosis" (1896a), manifiesta algunas discrepancias respecto a la teoría de Charcot, quien había fallecido tres años antes y que presentaba a la etiología de las neurosis como marcada por una "herencia nerviosa". Freud tiene dos herramientas para poder escribir sobre esto, una es dada por su experiencia clínica, y la otra, provista por su propio pensamiento. En este escrito presenta la tesis de que no habría familias "inmunes" a la neurosis y otras familias donde sería lícito pensar que todos sus miembros podrían padecerlas. Lo peculiar de esta línea de pensamiento, es que se toma en cuenta el hecho de que la causa de las neurosis podría ubicarse en una perturbación de la vida sexual o en un evento pasado en la vida de cada sujeto (1896a, p. 148). De esta manera, aparece la sexualidad como un elemento indispensable a tener en cuenta en la investigación sobre la etiología de las neurosis, y como un eslabón necesario en la teoría psicoanalítica.

En 1895, dentro del “Proyecto de psicología”, en el apartado conocido como “La *proton pseudos* histérica” (1950 [1895], p. 400), aparece la mención a un caso clínico que tiene como protagonista a una muchacha que no es capaz de entrar a una tienda si no lleva compañía, por más de que esté acompañada sólo por un niño. Es el llamado “caso Emma”.

Primeros antecedentes de la sexualidad traumática

En el caso que tiene como paciente a Emma, Freud incorpora a la explicación del trauma, sobre la que venía trabajando, dos ideas que serían de gran valor para el psicoanálisis: la primera tiene que ver con el efecto retardado del trauma (*nachträglich*), que puede convertirse en trauma justamente porque cuenta con un tiempo dado entre la primera y la segunda escena traumática, y por otra parte, el segundo de los planteos relevantes será que entre los dos momentos del trauma se interpole el despertar sexual de la pubertad.

Emma, escribe Freud, no es capaz de ir sola a una tienda y manifiesta como motivo de esa incapacidad el recuerdo de que cuando tenía 12 años (después de la pubertad): entró a un comercio y vio a dos empleados reírse. Las ocurrencias que a partir de esto aparecen en su análisis son dos: que se reían de su vestido y que uno de ellos le atraía sexualmente. Prosiguiendo con el análisis, la joven cuenta un recuerdo de cuando tenía 8 años (antes de la pubertad). Así, relata que a esa edad visitó una pastelería dos veces y el pastelero le tocó los genitales sobre el vestido. Aunque eso sucedió según la muchacha, Emma fue nuevamente a ese comercio y luego nunca volvió a ir. Pero se reprocha haber ido por segunda vez allí, como si hubiese querido con eso incitar el abuso del pastelero.

Las razones para que no se anime a entrar sola a un comercio son incomprensibles. Si la avergonzara su vestimenta anterior, esto estaría modificado puesto que ahora es una dama y ya no viste como niña. Por otra parte, tampoco es posible interpretar como razonable su necesidad de estar acompañada, ya que la sola compañía de un niño le alcanza para salir a la calle, y éste no podría brindarle ninguna protección ante un eventual atentado como el ocurrido con el pastelero. Por ninguna de las dos cuestiones se puede discernir el determinismo del síntoma.

En el relato del caso, se aclara que la comprensión del segundo momento del trauma se alcanza solo si se tiene en cuenta el primero —el incidente ocurrido con el pastelero—. El punto de conexión entre el primer recuerdo que Emma presenta (el segundo en el tiempo) y el segundo (el que se dio más temprano en su vida), es dado por la risa de los empleados. Ella menciona que la hacía recordar al pastelero que se había reído cuando la pellizcó, y a propósito de esto Freud dice que el recuerdo renueva un afecto sexual que se traspone en algo del orden de la angustia. Esa angustia, es la causante de que Emma tema que los empleados puedan abusar de ella y por esto, huye del negocio. La particularidad de este ejemplo reside en que lo que se hace conciente no es el eslabón más importante, el que atraería mayor atención —el atentado—, sino otro, los vestidos. Esto se debe al desprendimiento sexual que se enlaza al atentado, pero

no en el momento en el que ocurrió, sino después. El recuerdo justamente, evoca un afecto que no pudo despertar como vivencia porque entre ambos aconteció la pubertad. Es reprimido un recuerdo que con efecto retardado se convierte en traumático (1950 [1895], p. 401-403).

Con esta referencia clínica planteada, podría situarse una de las primeras veces en las que Freud habla de una experiencia sexual en la niñez, que deviene traumática sólo a partir de la interpolación de la pubertad.

En 1896, Freud publica "La etiología de la histeria". En ese artículo, ya presenta su concepción firme de que la causa de la histeria se ubicaría en la vida sexual del individuo, y menciona que no debería descuidarse que podrían existir en la niñez excitaciones sexuales leves que podrían influir en la vida posterior. Al respecto, dice que si en el análisis se llega hasta donde el sujeto sea capaz de recordar, se repetirán experiencias que, por sus características y las conexiones que luego tengan con los síntomas, se deberán tener en cuenta para pensar en el origen de las neurosis. Esas experiencias infantiles, tendrían como contenido experiencias que tienen que ver con el autoerotismo, con la sexualidad experimentada en el cuerpo propio. En estas escenas, pueden revelarse los factores que podrían faltar en otros sucesos que ocurren posteriormente en el tiempo, pero que se manifestarían antes en el análisis. En ese mismo trabajo, Freud llega a la conclusión de que en el principio de la histeria, se encontrarían una sucesión de vivencias de índole sexual vividas en la infancia (1896b, p. 202).

Pero en esta época, nueve años antes de la publicación de los "Tres ensayos...", Freud todavía pensaba que las experiencias sexuales en la niñez eran, la mayoría de las veces, propiciadas por la seducción de un adulto, y agrega que para sustentar y producir síntomas histéricos, deben estar presentes como recuerdos inconcientes. Años más tarde, esto cambia, y será introducido el concepto de la fantasía (Freud, 1905b, p. 259), pero puede empezar a verse el papel que le va otorgando a la importancia de la infancia y la sexualidad, que se dan en un mismo momento del devenir temporal de un individuo.

En 1905, nos encontramos con uno de los historiales clínicos más conocidos de la obra freudiana, "Fragmento de análisis de un caso de histeria [Dora]". Freud había publicado cinco años antes, "La interpretación de los sueños", trabajo que merece ser mencionado porque el caso de Dora representa una clara articulación entre la última obra mencionada y "Tres ensayos de teoría sexual". Escrito en 1901 y publicado en 1905, el caso que tiene como paciente a Dora es un caso de histeria que encuentra tratamiento y comprensión gracias a la intelección de dos sueños que se relatan dentro del trabajo analítico. No nos proponemos ahondar demasiado en dicho historial, solamente nos parece oportuno mencionarlo dado que allí se trabaja con conceptos como "zona erógena" y "pulsiones parciales".³⁷

En el historial de Dora, Freud reconoce que los síntomas histéricos están causados por cuestiones que hacen a la vida psicosexual de los enfermos y son expresión de sus deseos reprimidos. Había pasado tantos años investigando a las neurosis y su etiología, que para publicar el historial de Dora tuvo que esperar algún tiempo y hacer de todos los detalles que allí

³⁷ Una anticipación de estas ideas aparece esbozada en la "Carta 52", que Freud escribe a Fliess. En ella, menciona que existen zonas erógenas resignadas, de las que se recibía, en la infancia excitación sexual, y que estaban ubicadas en múltiples sectores del cuerpo. En la resignación de esas zonas erógenas parciales, ubica al progreso de la cultura y al del individuo (1896c, p. 274).

se brindaban, algo confidencial y desfigurado, a fin de que no se pudiera identificar a la paciente. Pero consideraba “un deber” publicar la comprensión que sobre el cuadro clínico de estas patologías se hubiera alcanzado (1905c, p. 7-8).

Sobre “Tres ensayos de teoría sexual”

En 1905, se publican los “Tres ensayos de teoría sexual”. En el mismo año salen a la luz “El chiste y su relación con lo inconsciente” y “Fragmento de análisis de un caso de histeria [Dora]”. En los años anteriores, y desde la publicación de “Interpretación de los sueños”, no había aparecido ninguna publicación freudiana de relevancia comparable.

“Tres ensayos de teoría sexual” fue un trabajo revisado y reescrito muchísimas veces entre los años 1905 y 1924. En el prólogo a la tercera edición de la obra, lanzada diez años después de la primera publicación, Freud aclara que lo que escribió fue extraído de su experiencia médica. El escrito no había sido recibido por la sociedad de principios del siglo pasado como su autor esperaba, ya que una de las cosas más revolucionarias que proponía era pensar que exteriorizaciones de la sexualidad eran pesquisables en todos los niños. Decir eso en el marco de una sociedad que pensaba que en los seres humanos la pulsión sexual solamente aparecía una vez atravesada la pubertad, era una idea demasiado innovadora. En este sentido, en el prólogo a la cuarta edición, de 1920, Freud incluso escribe que la publicación no sería necesaria si los adultos supieran apreciar mejor el comportamiento infantil. Y agrega que el principal motivo de oposición a las concepciones psicoanalíticas estaba dado porque el psicoanálisis insistía en la consideración de la vida sexual para las tareas humanas y el mayor entendimiento de la sexualidad (1905a, p. 120).

Estaba claro que a pesar de haber transcurrido quince años entre la primera publicación y el cuarto prólogo, esta era una obra que había suscitado un elevado repudio social por tratar temas como la sexualidad infantil y la perversión desde el punto de vista de la normalidad y no como algo de orden patológico, por lo que la sexualidad pertenecía tanto a niños como a adultos y pacientes con enfermedades mentales. Además de atribuirle al niño una pulsión sexual presente desde los primeros días de su existencia, Freud también escribió en esta publicación que una cuota de perversión era indudable dentro de la sexualidad normal, haciendo referencia a todas aquellas prácticas que no persiguieran por fin la concepción humana, y tuvieran un objeto o meta sexuales distintos a los que la sociedad pensaba en ese momento como “adecuados”, y que esto no era juzgable como perversión en tanto no sustituyera a lo normal en todas las oportunidades (Freud, 1905a, p. 146-147). Consideramos que estas dos nuevas concepciones sobre la sexualidad, una relacionada a la niñez y la otra a la perversión, podrían ser los dos pilares en los que se sostuvo el rechazo popular que supieron tener los “Tres ensayos de teoría sexual”.

Consideraciones finales

A lo largo de este apartado, ha sido posible plasmar que algunas de las ideas presentes en “Tres ensayos de teoría sexual” pudieron tener algún antecedente en escritos anteriores. Retomando el recorrido bibliográfico propuesto, se pone de manifiesto que desde 1893, Freud pensaba en el papel que la sexualidad desempeñaba en las neurosis. Creemos que el valor del presente capítulo reside en que permite pensar, a partir de un recorrido bibliográfico por distintos trabajos freudianos previos a 1905, que a pesar de haber sido una obra que le supo ganar mucho rechazo, “Tres ensayos...” constituye uno de los trabajos más importantes de la obra de Freud, por exponer allí conceptos que luego serían de vital importancia para el psicoanálisis, como el complejo de Edipo, la pulsión, la teoría de la libido y varios más. Y por otra parte, también es un escrito donde abundan concepciones nuevas sobre la sexualidad que siguen vigentes hasta el presente.

La obra está separada en tres secciones. En la primera, se revisan cuestiones que tratan sobre la perversión y la homosexualidad y que tienen que ver con la vida sexual de los adultos. En el segundo ensayo, Freud se dedica de lleno a estudiar la sexualidad infantil y revisa aspectos que no eran tenidos en cuenta hasta el momento, como la disposición perversa polimorfa de la sexualidad de los niños –aquella que marca que distintas actividades realizadas sobre el propio cuerpo como el chupeteo, la alimentación o los juegos con los excrementos son actividades a partir de las cuales se obtiene algún tipo de placer y que tienen que ver con el autoerotismo–, el desconocimiento a las prohibiciones que tienen los adultos, las teorías infantiles sobre la procreación y el nacimiento, el período de latencia que se interpone entre las fases de la sexualidad infantil y la pubertad en sí misma, etc. Finalmente, el tercer ensayo está dedicado al estudio de las metamorfosis de la pubertad como lo anticipa su título. En él se revisan aspectos que tienen que ver con la elección de objeto en dos tiempos y el complejo de Edipo.

Por las razones anteriormente explicadas, nos parece imprescindible poder presentar las ideas que precedieron a la aparición de esta obra, para poder dar cuenta de que las teorías en ella presentadas, no fueron pensadas de la noche a la mañana, sino muy por el contrario, elaboradas a lo largo de varios años y reescritas muchas veces después de su publicación inicial.

Los “Tres ensayos de teoría sexual” permitieron abrir una vía al psicoanálisis infantil y en ellos, Freud llamó a la sociedad a no descuidar la sexualidad y a mostrarse más comprensivos ante este aspecto de la vida de los sujetos.

Referencias

- Freud, S. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (p. 25-40). Buenos Aires: Amorrortu, 1981.
- (1894). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1899]). Carta 18. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 227-228). Buenos Aires: Amorrortu, 1982.

- (1894). Las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo. III* (pp. 41-61). Buenos Aires: Amorrortu, 1981.
- (1950 [1895]). Proyecto de psicología. La *proton pseudo* histéricas. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo. I* (pp. 400-403). Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- (1896a). La herencia y la etiología de las neurosis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 139-156). Buenos Aires: Amorrortu, 1981.
- (1896b). La etiología de la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu, 1981.
- (1896c). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1899]). Carta 52. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo. I* (pp. 274-279). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1905a). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 109-210). Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- (1905b). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 259-271). Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- (1905c). Fragmento de análisis de un caso de histeria [Dora]. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-107). Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- (1994). *Sigmund Freud. Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

CAPÍTULO 10

Primeras aproximaciones del concepto de sublimación en la obra de Freud

Marisa I. Badr

Como sabemos, no existe un escrito en Freud específicamente referido a la sublimación, si bien algunas referencias nos hacen saber que habría existido, lo cierto es que no ha sido publicado. De los doce artículos que conformarían los “*Trabajos sobre metapsicología*” (1915) sólo cinco fueron publicados, de los siete restantes, sólo se conoce su existencia por la correspondencia que mantenía Freud con Abraham, Ferenczi y Jones. La sublimación fue uno de los no publicados y su escrito –si lo hubo– nunca fue hallado. Algunas referencias suponen que Freud lo habría destruido.

A falta de un escrito sistemático sobre la sublimación entonces, hay en la obra de Freud diferentes textos que abordan este particular destino pulsional, en algunos sólo se trata de una pequeña mención de la sublimación como facultad y en otros, el autor se detiene dando algunas luces para entenderlo. No es el objetivo de este trabajo hacer un recorrido de todos los textos donde la menciona, sino subrayar algunas coordenadas que resultan interesantes para pensar cómo se introduce la concepción de la sublimación en los primeros escritos de la obra freudiana hasta 1910, momento donde el texto sobre Leonardo da Vinci abre una serie de aristas sobre la sublimación y su relación con otros mecanismos, que no serán consideradas en este artículo

Es en la “carta 61” dirigida a Fliess en 1897 donde Freud hace la primera mención de la sublimación, allí plantea sólo una referencia que articula a las fantasías, donde estas serían “edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimientos de ellos” (Freud, 1892, p. 288), más adelante hará una articulación más detallada entre sublimación y fantasías en la “23^o Conferencia” (1917).

En el historial de Dora (1905a) refiriéndose a las perversiones, destaca que la sublimación es consecuencias de la sofocación de estas, haciendo referencia al desarrollo de ciertos gérmenes que se encontrarían en la disposición sexual del niño cuya sofocación hacia metas más elevadas asexuales – su sublimación dirá – proporciona la fuerza motriz de muchos de nuestros logros culturales.

Es entonces en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905a), donde Freud definirá más conceptualmente la sublimación, específicamente la menciona aquí como un *proceso*. En el segundo

ensayo dirá que en los primeros años de la infancia se desarrollan mociones sexuales que luego son progresivamente sofocadas, aunque no por completo y que esta sofocación es llevada a cabo por los diques anímicos durante el período de latencia; estos diques son obra de la educación –pero también pueden producirse sin ayuda de esta–. Freud se pregunta allí por los medios con que se ejecutan las construcciones tan importantes para la cultura, respondiendo que, probablemente, se producen a expensas de las mociones sexuales infantiles cuya energía no ha cesado ni siquiera en el período de latencia, ha sido desviada de su uso sexual y aplicada a otros fines, llama a este proceso, proceso de *sublimación*.

Freud en una nota agregada en 1915 aclara que en este caso la sublimación de las fuerzas pulsionales sexuales se realiza a través de una formación reactiva pero no siempre es así siendo lícito distinguir conceptualmente, sublimación y formación reactiva como dos procesos diversos (Freud, 1905, p. 162), si bien Freud refiere en dicha nota lo lícito de diferenciarlos como proceso, esta diferenciación no resulta tan clara al menos en este texto, la nota establece que la sublimación de las fuerzas pulsionales se realiza vía formación reactiva. Si bien quedan articulados, plantea que cada uno tendría un mecanismo particular que por el momento no resultan tan diferenciados. Retomaremos esta cuestión un poco más adelante.

Hay otras referencias a la sublimación en “Tres ensayos...”, pero destacamos la más relevante a los fines de esta aproximación al concepto, ya que aquí menciona puntualmente a la sublimación como uno de los destinos posibles de la pulsión sexual.

Varios textos de 1908 se refieren a la sublimación:

En “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, Freud nos dice que si la persona no consigue sublimar su libido, esto es, desviar la excitación sexual hacia una meta superior, la excitación sexual provocada por fantasías eróticas desde siempre inconscientes o que han devenido inconscientes, se exteriorizará como síntoma patológico (1908a, p. 143). Aquí la sublimación surge como un destino de la pulsión socialmente valorado que atenúa o evita los síntomas neuróticos y las actuaciones perversas.

En “Carácter y erotismo anal” (1908b) haciendo referencia a “Tres ensayos...”, retoma la idea de la pulsión sexual del ser humano como “compuesta”, refiere que nacen de numerosos componentes y múltiples pulsiones parciales y estas presentan la excitación sexual de distintas zonas erógenas del cuerpo (genitales, boca, ano, uretra). Y agrega que no todas estas magnitudes de excitación experimentan el mismo destino, ni en todas las épocas de la vida, dirá aquí que sólo una parte favorece a la vida sexual, y otras se desvían de la meta sexual hacia otras, nuevamente llama a este proceso: sublimación (p. 154). Si bien Freud se ocupa de hacernos saber que se trataría de mecanismos diferentes, no siempre esa diferenciación resulta tan clara, sobre todo puede apreciarse en estos primeros textos de referencia del concepto (Freud, 1905, p. 162); pareciera que se le hace necesario al autor establecer que se formarían fuerzas anímicas contrarias (mociones reactivas) que para la sofocación eficaz del displacer construyen los diques psíquicos.

Entonces en “Carácter y erotismo anal”, retoma nuevamente algunas articulaciones entre formación reactiva y sublimación, y agrega a lo que ya situábamos anteriormente que:

Se crean en la vida anímica, a expensas de estas excitaciones brindadas por las zonas erógenas, unas formaciones reactivas, unos poderes contrarios, como la vergüenza, el asco y la moral que a modo de unos diques se contraponen al posterior quehacer de las pulsiones sexuales (Freud, 1908b, p. 154).

Parecería entonces que mientras la sublimación estaría del lado del desvío de la meta hacia otras metas nuevas, no sexuales, la formación reactiva actuaría oponiéndose al desarrollo de las pulsiones.

Por momentos Freud insiste en diferenciar los mecanismos, por momentos los imbrica, si bien la sublimación aparece como una facultad de la pulsión, no necesita recurrir a una fuerza que se oponga al desarrollo pulsional, tal como se plantea a la hora de dar cuenta del proceso de las formaciones reactivas.

Tal vez uno de los primeros textos con apreciaciones más precisas respecto de la sublimación sea “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1908c), donde Freud menciona allí que las pulsiones sexuales en tanto pulsiones parciales, ponen a disposición del trabajo cultural grandes volúmenes de fuerza, esto es posible dada la particularidad de la pulsión, de poder desplazar su meta sin disminuir su intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, la denominara la facultad para la sublimación (p. 168). El autor establece que esa intensidad originaria de la pulsión sexual es probablemente de diversa magnitud en los diferentes individuos, el monto apto para la sublimación es variable y depende, dirá, de *la organización congénita, las influencias de la vida y el influjo intelectual del aparato anímico*. Destacará que no todo es sublimable, y que una medida de satisfacción sexual parece indispensable para la mayoría de las organizaciones, ya que de no producirse las consecuencias son patológicas por su carácter nocivo en lo funcional y displacentero en lo subjetivo. Es interesante que allí Freud retoma la idea de que la pulsión sexual originariamente no está al servicio de la reproducción, y que, durante su desarrollo, una parte es inhibida por inutilizable para la reproducción y en casos favorables se la utiliza para la sublimación, las fuerzas valorizables para el trabajo cultural provienen, dirá Freud, de la sofocación de los componentes perversos de la excitación sexual.

Freud establece entonces que la sublimación es una facultad de la pulsión, destaca que esta no es sin organización congénita, las influencias de la vida y el influjo intelectual del aparato anímico. Pareciera que la facultad de la pulsión para la sublimación no es sin las particularidades del sujeto. Tal vez eso pretendía hacernos saber Freud cuando toma la historia de Leonardo da Vinci. El texto de Leonardo por otro lado constituye uno de los lugares donde Freud trabaja con mayor consideración la complejidad del proceso de la sublimación. Si bien no nos ocuparemos aquí de este trabajo es importante destacar que aunque refiere que no consigue explicar cómo las pulsiones devienen quehacer artístico, considera que la represión casi completa de la vida sexual –como parece haber ocurrido con Leonardo– no es lo mejor, esta es una cuestión que como mencionábamos anteriormente considera en el texto “La moral sexual cultural...”.

Inicialmente la sublimación aparece en la obra freudiana articulándose a las perversiones, la diferenciación con estas es una cuestión para pensar ya que si bien entiende la sublimación como un desvío de la libido hacia otros fines, también en las perversiones se produce un desvío. Si bien, la desviación de la pulsión aparece en ambas, la diferenciación se produce en relación a la meta ya que mientras en la perversión la meta se continuaría en la vida adulta en la sublimación ese desvío es hacia metas más elevadas cuya referencia más notable es el arte.

Hasta aquí entonces lo que Freud entiende por sublimación se refiere principalmente a esta como un destino de la pulsión, donde la característica principal es el cambio de meta, su puesta al servicio de fines culturales, y su parcialidad, estos caracteres parecen permanecer en la caracterización freudiana de la sublimación, a lo largo de su obra.

Referencias

- Freud, S. (1996). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-1899]). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 211-322) Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1905a [1901]). Fragmento de análisis de un caso de Histeria (Dora). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1905b). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1908a). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IX* (pp.137-148). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1908b). Carácter y erotismo anal. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IX*, (pp. 149-158). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1908c). La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IX* (pp. 159-182). Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XI* (pp. 53-128). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1915-1917). Trabajos sobre metapsicología. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 99-258). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 23ª conferencia: Los caminos de la formación de síntoma. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

CAPÍTULO 11

Las vicisitudes del concepto de transferencia en Freud y sus avatares en la clínica

Agostina Patriarca

La transferencia se convierte en el campo de batalla en el que están destinadas a encontrarse todas las fuerzas que se combaten entre sí.
Sigmund Freud, 28° CONF.: LA TERAPIA ANALÍTICA.

El presente capítulo tiene como objetivo desarrollar algunas consideraciones acerca de cómo Freud fue desplegando el concepto de transferencia a lo largo de su obra, lo cual se vincula con las implicancias en el manejo de la misma. A partir de ello, será posible plantear el abordaje que se hace de la transferencia desde el psicoanálisis.

Considerando el desarrollo de la conceptualización sobre el fenómeno de la transferencia, Freud nos invita a tomar un camino que radica en ir vislumbrando los obstáculos y las complejidades en la clínica, en el encuentro con sus pacientes, para desarrollar cuestiones teóricas acerca del vínculo analista-analizado. Entonces, surgen algunos cuestionamientos: ¿Cuáles son los antecedentes que propician la introducción del concepto de transferencia? ¿Qué papel cumple la clínica en esta teorización? ¿Cuáles son las vicisitudes del manejo de la transferencia?

Teniendo en cuenta que la clínica ocupa un lugar primordial desde los orígenes del psicoanálisis, se considerarán dos casos clínicos paradigmáticos: el caso Dora (1905) y el caso de la joven homosexual (1920b). Ambas fueron pacientes de Freud y corresponden a momentos diferentes de su obra, lo cual permitirá deslindar los conceptos psicoanalíticos a partir de los cuales se aborda la transferencia en cada caso.

En primer lugar, se desarrollarán las primeras consideraciones acerca de cómo Freud fue abordando el concepto de transferencia al inicio de su obra y cómo es que llega a introducir la noción de “neurosis de transferencia”. En segundo lugar, se introducirán los casos clínicos llevados adelante por Freud, situando algunas puntualizaciones acerca del manejo de la transferencia, considerando las particularidades de cada uno de ellos y cómo se vinculan con el momento específico de la obra freudiana. En tercer lugar, se presentarán algunas consideraciones planteadas por Lacan en el Seminario IV “La relación de objeto”, en relación a la relectura que

realiza de las maniobras transferenciales realizadas por Freud, a partir de contar con nuevos conceptos para el abordaje clínico.

Primeras conceptualizaciones: el falso enlace

Siguiendo a Freud en sus primeros pasos de construcción de la teoría psicoanalítica, como una teoría que estaba naciendo en un contexto donde la medicina era la disciplina hegemónica por excelencia, es posible mencionar que mientras se encuentra en medio de la indagación acerca la etiología de los síntomas histéricos, empieza a cuestionarse acerca del método terapéutico posible para el abordaje de dichos síntomas.

Podríamos pensar que ya desde el inicio, Freud propone la escucha de los pacientes, mayormente las pacientes, que padecen los síntomas histéricos, diferente a la mirada clínica del médico, como un modo alternativo de tratamiento de dichos síntomas. De esta manera, comienzan a construirse desde el psicoanálisis las bases de un nuevo método para tratar el sufrimiento.

A partir del texto “Sobre la psicoterapia de la histeria” (1893-1895), podemos encontrar la primera aparición del término transferencia -*Übertragung*- haciendo la salvedad de que se enuncia de manera restringida y será desarrollado en escritos posteriores. En este escenario, teniendo en cuenta las resistencias que se presentaban en las pacientes histéricas para recordar y por ende para poder acceder al núcleo patógeno del síntoma, aparece el importante papel que corresponde a la persona del médico, como un obstáculo que sobreviene cuando el vínculo con el enfermo se ve perturbado. Adjudica un importante papel a la figura del médico como aquel que podría aportar a derrotar la fuerza psíquica de la resistencia al intento de recordar.

Pensando en el ordenamiento del material psíquico que Freud propone en este momento, en el caso de la neurosis histérica no aparece un único síntoma, sino un conjunto de ellos, en parte independientes y en parte entrelazados entre sí, figurándose como un producto multidimensional de triple estratificación alrededor de un núcleo duro en el cual se concentran los recuerdos de vivencias traumáticas. Se proponen tres tipos de ordenamientos del material. El primero es un ordenamiento lineal cronológico dentro de cada trama singular. El segundo corresponde a un ordenamiento concéntrico de recuerdos de la misma variedad, en una multiplicidad estratificada en torno del núcleo patógeno, los cuales son estratos de resistencia que se acrecientan a medida que se produce un acercamiento al núcleo. El tercer tipo, el más esencial, es el ordenamiento según el contenido del pensamiento, referido al enlace por hilos lógicos que llegan hasta el núcleo y que en cada caso puede emprenderse un camino irregular, ya que tiene un carácter dinámico.

Esta conceptualización nos invita a pensar en el determinismo múltiple de un síntoma, si consideramos el último modo de estratificación. Cuando aparece la concepción de nexos lógicos, como un sistema de líneas ramificadas y convergentes, nos lleva a pensar en el determi-

nismo múltiple de un síntoma histérico. En este sentido, se evidencian puntos nodales en los que coinciden dos o más hilos, desembocando en el núcleo varios de ellos, los cuales cuentan con trayectorias separadas o que muestran ciertas conexiones.

Entonces, volviendo a la tarea del abordaje que realiza el terapeuta con el síntoma, la terapia psicoanalítica no consiste en extirpar algo sino en disolver la resistencia y así facilitar la circulación del camino para acceder al núcleo patógeno. Sin embargo, siguiendo a Freud, es en vano avanzar en forma directa hacia el núcleo de la organización.

En la histeria, un modo de resistencia se evidencia a partir de la aparición de ciertas lagunas en momentos determinados de su relato, las cuales están encubiertas por *enlaces falsos* y es el médico el que deberá acceder al material de los estratos más hondos, ya que los hilos lógicos probablemente se encuentran rotos. ¿Qué nos quiere decir Freud con este concepto?

Continuando con el planteo freudiano, un poco confuso y enredado en este entonces, podríamos considerar que aflora en la conciencia un contenido de deseo, pero sin los recuerdos de las circunstancias colaterales que permiten resituarlo en el pasado. Es en virtud de la asociación libre, cuando dicho contenido se enlaza a la persona del analista. A raíz de esta *méssa-lliance* —es así como denomina al enlace falso— despierta el mismo afecto que en su momento esforzó a la histérica a expulsar el deseo prohibido.

Hasta el momento, este es el planteo que es posible recortar a esta altura de la obra freudiana. Habrá que rastrear cómo continúa complejizando la cuestión, cuáles son los nexos que podemos establecer con momentos posteriores de la obra para poder acceder a un planteo más acabado de la transferencia como tal. Por supuesto, sin dejar de lado el abordaje clínico, como motor de las teorizaciones freudianas.

¿Qué son las transferencias?

En 1905, Freud introduce un caso clínico paradigmático para dar cuenta de una neurosis histérica: el caso Dora. A partir del análisis, es posible pesquisar aquellos fenómenos sintomáticos histéricos, entramados en la historia singular de la paciente. Podemos pensar que la multiplicidad de síntomas que confluyen en Dora, darían cuenta de lo singular del caso y a su vez considerar una serie de aspectos universales que confluyen en la neurosis histérica como tal.

Nos servimos de este caso para pensar cómo Freud realiza el manejo de la transferencia. A su vez, vemos cómo la paciente tiene determinada presentación, sustentada por un síntoma que posee una etiología sexual e infantil. En este sentido, las maniobras transferenciales del analista, no son sin esta consideración característica de la histeria.

En relación a esto, Freud deja planteado en el Epílogo del caso, que en el curso de la cura psicoanalítica, la formación de nuevos síntomas se suspende, pero la productividad de la neurosis no se extingue, sino que se afirma en la creación de un tipo particular de formaciones de pensamiento, las cuales son inconscientes y las denomina *transferencias*. Entonces, es así

como a partir del análisis del caso de Dora, Freud logra conceptualizar por primera vez el concepto de transferencia.

¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico (Freud, 1905, p. 101).

A partir de introducir la definición, podríamos indagar acerca de qué nos enseña Freud acerca de la transferencia. En este sentido, nos dice que cuando nos adentramos en la teoría de la técnica analítica, se llega a considerar a la transferencia como algo necesario. Así, en la práctica, no hay medio alguno para evitarla y que es preciso pensar a la transferencia como creación de la enfermedad, al igual de como se hace con todas las enfermedades anteriores que el paciente ya trae. En este punto deja en claro que esta parte del trabajo analítico es la más difícil y no es posible eludirla.

Simultáneamente, otro punto interesante es que la cura psicoanalítica no crea la transferencia, sino que meramente la revela, como a tantas otras cosas ocultas del alma. Freud plantea que en el caso de la transferencia del paciente con el médico en el marco del análisis, espontáneamente el enfermo da vida a transferencias tiernas y amistosas que contribuyen a su curación; por el contrario, cuando esto no ocurre, el paciente se aleja lo más rápido posible, para evitar ser influido por el médico.

Sin embargo, desde el psicoanálisis son despertadas todas las mociones, no solo las tiernas, sino también las hostiles. Frente a ello, Freud plantea que haciéndolas conscientes se pueden aprovechar para el análisis. Entonces, destinada a ser el máximo obstáculo para el psicoanálisis, la transferencia se convierte en el auxiliar más poderoso cuando se logra discernirla en cada caso y traducírsela al enfermo. En este sentido, sostiene que es necesario interpretar la transferencia. Desde lo planteado por Lacan años posteriores, es inevitable considerar la pregunta: ¿Se interpreta la transferencia? ¿Cuáles son los efectos para el análisis a partir de interpretarla? ¿Qué ocurre con la interpretación en los casos de Freud?

Freud considera a la transferencia como aspecto inherente del análisis en Dora, ya que solo este factor le permitió determinar las particularidades del caso. En este momento, siguiendo con lo planteado hasta ahora, surgen algunos interrogantes: ¿Qué pasa con la transferencia en Dora? ¿Cómo maneja Freud la transferencia en este caso de histeria? ¿Cuáles son los obstáculos que encuentra?

A partir de lo desarrollado en el análisis del caso, es posible considerar que uno de los obstáculos que se le presentaron a Freud en torno a la transferencia, fue haberse ubicado en el lugar del padre de Dora y no haber podido realizar determinadas maniobras para co-

rrerse de allí, dando lugar a la continuación del análisis, antes de que Dora decida abandonar el tratamiento.

Posteriormente agrega que en el momento en que Dora hace alusión a que quiere abandonar la cura, así como en su momento había abandonado al Sr. K, habría sido necesario interpretar lo que ocurría, diciéndole a la paciente: “Ahora usted ha hecho una transferencia desde el Sr. K. hacia mí” (1905, p. 103). De esta manera, siguiendo lo planteado por Freud, su atención se habría dirigido sobre el trato sobre su persona, el cual escondía algo análogo y más importante, concerniente al Sr. K. Entonces, mediante dicha solución de la transferencia, el análisis hubiese progresado.

Sin embargo, por no estar advertido de cómo se iba armando la transferencia, Freud dice haber sido sorprendido por la misma y plantea que Dora se vengó de él y lo abandonó, así como lo hizo con el Sr. K., al haberse creído engañada y abandonada por él. Siguiendo el planteo, es interesante lo que Freud introduce en este punto, planteando que Dora actuó un fragmento de sus recuerdos y fantasías, en lugar de verbalizarlo. Idea que, siguiendo lo que introduce posteriormente en su obra, seguirá desarrollando y desandando a la luz de nuevos conceptos que colaboran para su esclarecimiento.

A su vez, así como considera que debió haber interpretado lo que le ocurría a Dora con el Sr. K. y aquello que se ponía en juego en análisis hacia su persona, Freud aclara que otro de sus errores técnicos fue haber omitido comunicarle a la enferma que la moción de amor homosexual hacia la Sra. K. era la más fuerte de las corrientes inconscientes de su vida anímica, ya que era la fuente principal del conocimiento que Dora tenía sobre la sexualidad. Idea que luego retoma Lacan, para pensar el síntoma histérico y las maniobras transferenciales posibles en dicho caso.

La cura psicoanalítica *en* transferencia

Posteriormente, entre 1912 y 1916, Freud dedica varios escritos para desarrollar la transferencia en el análisis. Durante este período, aparece el primer escrito sobre transferencia para dar cuenta del papel central que alcanza en la cura analítica.

En “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912), nos aclara que todo ser humano, por efecto de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en la infancia, adquiere una especificidad determinada para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que se satisfarán, así como las metas a las que habrá de fijarse. Esto da por resultado un *clisé* que se repite a lo largo de la trayectoria de la vida. Es así que solo un sector de esas mociones determinantes para la vida amorosa ha recorrido el pleno desarrollo psíquico; mientras que otra parte de esas mociones libidinosas ha sido demorada en el desarrollo, está apartada de la personalidad consciente así como también de la realidad objetiva, y sólo se despliega en la fantasía o bien permanece en lo inconsciente.

De esta manera, si la necesidad de amor de alguien no está satisfecha de manera exhaustiva por la realidad, se verá precisado a volcarse con unas representaciones libidinosas, en cada persona nueva que aparezca. A partir de esto, la investidura libidinal de alguien que está parcialmente insatisfecho, se vuelve contra el médico. Esta investidura se anudará a uno de los *clisés* preexistentes de la persona, o en otras palabras, se insertará al médico en alguna de las series psíquicas que el paciente ha formado hasta el momento.

A partir de lo anteriormente mencionado, es posible recortar dos cuestiones interesantes de los planteos psicoanalíticos hasta este momento. Por un lado, no se considera que la transferencia resulte más intensa en personas que se encuentran bajo análisis que en aquellas no analizadas, ya que en aquellos institutos donde los enfermos no son tratados analíticamente, se observa la máxima intensidad de la transferencia que llega hasta el sometimiento del paciente con el médico, sumado a una transferencia con tinte erótico en muchos casos. Es así que no corresponde atribuir al psicoanálisis los caracteres propios de la transferencia, sino que cabe atribuírselos a la neurosis.

Por otro lado, la segunda cuestión que se logra introducir, es la más interesante para los fines de esclarecer el concepto de transferencia para el psicoanálisis, la cual se resume en un interrogante: por qué la transferencia se convierte en resistencia. Cuando disminuye el sector de la libido susceptible de conciencia, producto de la frustración de la satisfacción, en esa misma medida aumenta el sector de ella extrañada de la conciencia, que si bien alimenta a las fantasías de las personas, pertenece a lo inconsciente. Así, la libido se torna en el camino de la regresión y reanima las imagos infantiles, generando que todas las fuerzas que causaron la regresión de la libido, constituyan las *resistencias* al trabajo analítico.

En esta línea, en este momento de la obra, todavía resulta enigmático por qué el análisis *en* transferencia es la más fuerte resistencia al tratamiento, siendo que, fuera del análisis tiene éxito a partir de que produce un efecto salutífero. En función de esto, Freud plantea la siguiente paradoja: parece una desventaja que la transferencia sea la mayor impulsora del éxito del método psicoanalítico y a su vez se constituya como el medio más potente de la resistencia.

Neurosis de transferencia: una creación psicoanalítica

Un hito importante en la obra freudiana aparece cuando Freud enuncia por primera vez el concepto de “neurosis de transferencia”, por este motivo es posible plantear que corresponde a una creación propia del psicoanálisis. Dicho concepto es definido por primera vez en “Recordar, repetir y reelaborar” en 1914, en el cual Freud enuncia que este tipo de neurosis tiene la característica de ser artificial, en tanto es creada dentro del dispositivo analítico y a su vez es producto del efecto del mismo, a partir de la reactualización de las reacciones transferenciales organizadas en torno al analista como eje de una manifestación patológica.

Freud admite que la cura comienza a partir de la situación traumática y la transferencia es sólo una pieza de la repetición, no sólo sobre el médico, sino en todos los ámbitos de la vida.

En relación a esto, conceptualiza a la transferencia como una palestra donde tiene permitido desplegarse como una libertad casi total y donde se escenifica lo patógeno de la pulsión que permanece escondido en la vida anímica del analizado.

En relación a esto, la labor del analista será intentar llenar las lagunas del recuerdo y vencer las resistencias de la represión. Freud habla de dos tipos de recuerdos: los recuerdos encubridores, que fueron bloqueados por los nexos desgarrados que se reducen a escenas olvidadas por los pacientes; y los recuerdos en acto, que se refieren a aquellos que nunca se olvidaron porque nunca fueron conscientes, y de esta manera el analizado no recuerda nada de lo reprimido sino que lo reproduce en acto, es decir, lo repite inconscientemente.

Entonces, se plantea que el analista mediante el manejo de la transferencia debe llegar al recuerdo del paciente, y así este último puede enfrentarse con la resistencia que no era consabida por él y luego reelaborarla para vencerla, obedeciendo la regla analítica. Esta será la vía que el analista deberá tomar para poder reconstruir, en reemplazo del recuerdo, ciertas coordenadas de la neurosis infantil que han caído en el olvido, y en lugar de ello se reproducen en acto las manifestaciones libidinales del paciente.

En este momento, aparece la neurosis de transferencia como la apertura de una escena, un tiempo y un espacio específico del tratamiento psicoanalítico, a partir de lo cual serán decisivas las maniobras del analista para que se produzca la cura psicoanalítica. Sin embargo, no deja de aconsejar un manejo cuidadoso de ella, evitando un desarrollo excesivo, teniendo en cuenta que es necesario tener en claro su carácter ligado a la repetición del pasado.

Después del giro del '20: el caso de la joven homosexual

A pesar de haber despejado las complejidades del concepto de transferencia a lo largo de su obra, podemos vislumbrar que no siempre le fue posible a Freud sortear los obstáculos, lo cual puede evidenciarse teniendo en cuenta los historiales de los casos paradigmáticos, a partir de los cuales es posible realizar una lectura del manejo transferencial y las consideraciones que el mismo Freud realiza.

Con la introducción de la segunda tópica hacia 1920, formula como novedoso que hay ciertos fenómenos que admiten una compulsión de repetición de las experiencias que no contuvieron posibilidad alguna de placer para los pacientes, los cuales pasan de un estado de neurosis ordinaria a la neurosis de transferencia durante el tratamiento psicoanalítico (Freud, 1920a).

Esta nueva consideración es definida por Freud a partir de introducir el concepto de pulsión de muerte, es decir, el intento de ligar la energía libre que circula entre representaciones y que no puede ser tramitada mediante palabras. En un principio, pensaba que estos recuerdos tenían el carácter de ser reprimidos, desplazados y desfigurados, por eso tenía la necesidad de interpretarlos. Sin embargo, Freud se da cuenta de que las repeticiones en transferencia son mudas porque no es posible llegar al recuerdo reprimido.

En este sentido, es posible plantear que cambia el estatuto de la repetición: antes repetir era una forma de recordar y a partir de la segunda tónica, algo de la repetición está asociado al más allá del principio del placer. De este modo, Freud da cuenta de que en la clínica se produce la repetición de un recuerdo que tiene el carácter de inconsciente no reprimido. El repetir aparece como un acto, como un sustituto del recordar y es en transferencia como se logra capturar algo del más allá.

De esta manera, al anoticiarse de que hay un límite en el recordar, Freud considera la realización de un trabajo de construcción en el análisis, el cual sólo es posible realizar en transferencia y se lleva a cabo con fidelidad no deseada, es decir, la situación que se repite con el analista es idéntica a aquella que le causa displacer al paciente y es de carácter inconsciente. Así, es como considera que no se debe tratar la enfermedad del paciente como un episodio histórico sino como un poder que todo el tiempo se actualiza en transferencia con el médico.

A partir del giro del '20, la transferencia se convierte en la vía privilegiada para que el enfermo pueda ligar algo de lo no ligado, que pueda poner en palabras las representaciones que no se pueden tramitar y así desasir la libido del objeto provisional, la persona del médico, quien podría funcionar como empalme a partir de la repetición en transferencia.

A raíz de lo planteado, el segundo caso que merece atención mencionar es el de la denominada "joven homosexual" de 1920. Realizar una comparación entre dicho caso y el caso Dora como punto de partida, no es ingenuo. Dada la distancia en el tiempo y la ganancia teórica entre la publicación de los casos (1905-1920), podría considerarse que en el caso de la "joven homosexual", Freud ya se encuentra advertido de la transferencia y al mismo tiempo es posible pesquisar los errores, frente a los obstáculos que van apareciendo.

Se puede destacar que lo interesante del caso es que Freud va a cometer aquí un error exactamente inverso al que cometió con Dora, con quien no logró percatarse a tiempo del punto en que estaba siendo capturado por la transferencia en su dimensión de obstáculo. En cuanto a lo ocurrido con la joven homosexual este hecho no le pasó inadvertido.

Retomando el historial del caso de la joven homosexual, la paciente acude a Freud en un intento ambivalente de seducción hacia su padre, pues le pesaba mucho causarle una pena así, al mismo tiempo que se mantenía en una actitud desafiante hacia él, insistente en mantener la cercanía con la dama mundana.

En cuanto a la situación analítica con dicha paciente, Freud constata la existencia de una producción significativa que estaba destinada, al igual que lo ocurrido con Dora, también a engañarlo. En este caso, se trata de ciertos sueños que son introducidos en un momento en que el tratamiento no avanzaba, y a su vez no llegaba a producirse el trabajo analítico que posibilita adquirir las convicciones que volvieran a la paciente independiente de la autoridad médica.

Retoma a la transferencia diciendo que en realidad transfirió en él esa radical desautorización del varón que la dominaba desde su desengaño por el padre. Entonces, en relación a lo planteado anteriormente con respecto a la repetición en transferencia, agrega que a partir de la experiencia, es posible constatar las dificultades de tratar esa sintomatología muda y hacer que los pacientes tomen conciencia de la hostilidad latente, evitando que la cura corra peligro.

En dicho historial, se señala que el tratamiento fue interrumpido por Freud mismo tan pronto como reconoció que la joven repetía con él la misma actitud que tenía hacia su padre, y aconsejó que en caso de iniciar un nuevo ensayo terapéutico se lo prosiguiese con una médica. De este modo, es posible pensar que todo se detuvo a partir de los sueños de transferencia, cuando Freud queda atrapado en la identificación con el ideal derivado del complejo paterno.

¿Qué plantea Lacan al respecto de la transferencia y la posición del analista?

Con esta pregunta se inaugura el último apartado, a partir de haber desarrollado un posible recorrido freudiano de la transferencia, en tanto un concepto teórico central del psicoanálisis como también su despliegue en la clínica y el manejo que realiza Freud de la misma en diferentes momentos de su obra.

A partir del Seminario IV “La relación de objeto”, Lacan plantea una distinción de los registros imaginario, simbólico y real, lo cual es aplicado al manejo de la transferencia, como una posible vía que puede permitir avanzar la cura. A partir de dichos conceptos, es posible pensar la transferencia en Freud, considerando los casos planteados anteriormente.

Siguiendo la relectura que hace Lacan, es posible constatar que Freud en 1920 no contaba con la existencia de los tres registros. Desde la perspectiva lacaniana, se puede introducir que Freud se hace destinatario en su persona de la intención de engaño de sus pacientes, tanto en Dora como en la joven homosexual. Entonces, podría pensarse que queda atrapado en el plano imaginario, como una resistencia para la cura, sin poder dar lugar a la vertiente simbólica de la transferencia.

Ahora bien, Lacan coincide con Freud al detectar en los sueños el factor transferencial pero algo se le escapa en la transferencia. En vez de tomar la vía de la interpretación de un deseo de engañar, por el contrario, se toma el engaño como dirigido hacia él, mediante la identificación imaginaria. De esta manera, Lacan ubica así la resistencia del lado del analista, ya que Freud decide encarnar el lugar del ideal del yo y responder desde el complejo paterno.

Lo que Lacan introduce con respecto a lo anteriormente planteado es que Freud no paga aquí con su persona, para mantener la diferencia entre los registros imaginarios y simbólicos en la transferencia, apareciendo ciertas dificultades en semblantear durante el tiempo necesario el lugar del ideal. En este sentido, es posible preguntarnos ¿Qué ocurre con la contratransferencia en Freud?

A su vez, Lacan en sus desarrollos deja en claro cuál debe ser la posición del analista en relación al lazo transferencial. Considerando que es a partir de la regla fundamental de la asociación libre cuando se inicia un proceso de curación para el psicoanálisis, Lacan plantea que el analista debe intervenir no desde su persona sino desde su deseo de analizarla. A partir de esto, debe propiciar el despliegue del deseo del sujeto, dejando de lado sus implicancias subjetivas personales.

En este sentido, resulta interesante destacar que es Lacan quien, unos años más tarde, realizando una relectura de la obra freudiana y contando con herramientas conceptuales de otras disciplinas, logra apoyarse en las recomendaciones freudianas de no quedar atrapados en el eje de la identificación con el ideal del yo y mantener como eje central el “deseo de analista” en la dirección de la cura.

De este modo, a partir de la relectura de los historiales freudianos, es posible encontrar un punto en común en lo que atañe al manejo transferencial de ambos casos: Freud es convocado en la transferencia a insertarse en la serie paterna, se le dificulta poder moverse de ese lugar y termina respondiendo desde la contratransferencia. Es posible pensar que si bien está advertido de su dificultad para maniobrar con la transferencia, Freud nunca pudo resolver esta cuestión, lo cual le hace perder la posición analítica y que se produzca una imposibilidad en la continuidad de la cura en ambos casos.

Este recorrido resulta una vía posible para seguir indagando el camino de la transferencia, como incumbencia desde el psicoanálisis, tal como lo plantea Freud en los inicios de su obra, teniendo en cuenta las complejidades que conlleva como un obstáculo para el tratamiento, pero sin perder de vista que sigue siendo el principal motor de la cura.

Referencias

- Freud, S. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. Cap. IV. Sobre la psicoterapia de la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II* (pp. 261-309). Buenos Aires: Amorrortu, 2007
- (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-107). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XII* (pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- (1914). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis I). *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XII* (pp. 145-158). Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- (1917). 28ª conferencia: La terapia analítica. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XVI* (pp. 408-422). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1920a). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- Freud, S. (1920b). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XVIII* (pp. 137-164). Buenos Aires: AE.
- Lacan, J. (1956). *El seminario, libro IV: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

CAPÍTULO 12

Articulación entre los conceptos de narcisismo, identificación y pulsión en la obra de S. Freud

Alma Pérez Abella

La materia Teoría Psicoanalítica cuenta con un Programa de trabajos prácticos dividido en tres partes, la segunda tiene por tema general: “La pulsión y su ordenamiento”. Tema tan complejo como fundamental para comprender los principios básicos del psicoanálisis. No nos proponemos aquí trabajar el concepto de pulsión, remitimos al lector a la *Parte II del Libro de Cátedra* (2015). Lo que nos interesa explorar es la articulación entre el concepto de pulsión y la constitución del yo, notando que a partir del texto “Introducción del narcisismo” (1914) Freud tiene una preocupación creciente por ubicar y formalizar el modo en que se articula el narcisismo a los procesos de identificación y el papel central de la pulsión para pensar dicha articulación. Comenzaremos por delimitar algunas ideas centrales sobre lo que formula con respecto al concepto de identificación, para luego articular este concepto con el de narcisismo y sus consecuencias clínicas.

Identificación primaria y secundaria

Siguiendo el hilo lógico que va desplegando a lo largo de sus textos, vemos que aparecen diferentes modalidades de la identificación, principalmente en su texto “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921). No es el objetivo del presente artículo detenernos en cada una de ellas, sólo nos centraremos en la distinción entre la identificación primaria y la secundaria. Recordemos que la importancia del concepto de identificación se desprende por ser clave para explicar la constitución del aparato psíquico (en especial la constitución del yo), la incorporación de los ideales y el lugar del padre.

Freud indica que “la identificación es la forma más originaria de ligazón afectiva con otra persona” (1921, p. 101), agrega además, que desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. A partir de esto podríamos afirmar que lo que está en el centro de su preocupación es el modo de lazo entre los sujetos, qué los condiciona, qué se juega ahí de lo pulsional (facilitando u obstaculizando), qué de lo infantil perdura en los modos de relación, y cómo se juega el narcisismo y las elecciones de objeto, elementos que hacen al núcleo del síntoma, las fantasías y el inconsciente.

Inicialmente señala que la identificación primaria es con el padre, mientras que hacia la madre se produce una investidura de objeto. Dos años más tarde, en el texto “El yo y el ello” (1923) afirma que la identificación primaria es al padre o a la madre, sosteniendo que “en la fase primitiva, oral, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación” (Freud, 1923, p. 31). Al hablar de la identificación primaria, afirma que es con el padre, pero hay que estar atentos a lo que aclara en el pie de página: “debería decir con los progenitores”, de la prehistoria personal. Interpretamos que con el término “prehistoria personal” Freud alude al período anterior al Edipo, tiempo en el que se adquiere el lenguaje y se comienzan a construir los primeros lazos. Es en un tiempo posterior, a partir de la fase fálica, que el sujeto comenzará a historizarse, a construir un relato, una trama en la que los conflictos de amor y de odio, las identificaciones y los síntomas juegan su partida.

Entonces, la identificación primaria, se trata de una identificación “directa e inmediata (no mediada) y más temprana que cualquier investidura de objeto” (Ibíd., p. 33). Identificación que consiste en la incorporación de un representante psíquico privilegiado, que Freud lo llama “padre”. Un lazo libidinal anterior a toda investidura de objeto. Es importante aclarar que no se trata del amor al padre o la madre tal como se consideran en la fase del Edipo, se trata del lazo anterior a la entrada en esa fase, y su importancia radica en que condiciona lo que posteriormente suceda, con respecto al amor o el odio en la fase edípica.

Para Freud, la incorporación de ese representante psíquico “padre”, implica aquello que es del orden del ser, referente paterno que se alojará en el centro del ideal del yo. Referente paterno que no es equivalente al ideal, pero que sí condicionará la constitución del ideal en tanto instancia simbólica que retorna hacia el final de la fase edípica a través de la frase: “como el padre quiero ser”.

Es un tipo de identificación (primaria) que se da tanto en varones como mujeres, pero en la que no hay elección de objeto, a diferencia de la identificación secundaria en la fase edípica, directamente ligada a las elecciones de objeto. Es por esto que se trata de un tipo de identificación “al padre”, que en el caso de la mujer no implica una posición viril. Posición viril que sí sucede en algunas ocasiones como consecuencia de las identificaciones secundarias en la fase fálica, y que Freud denominó “complejo de masculinidad”. En la “33ª conferencia, La femineidad” (1932) alude a tres orientaciones del desarrollo en la mujer a partir de la entrada en la fase edípica, señala que una de esas orientaciones es el complejo de masculinidad (p. 117). En este caso, se trata de la identificación secundaria, que efectivamente puede suponer una actitud viril, efecto de la identificación histérica. Tanto la identificación viril al padre, como la homosexualidad femenina son efectos del Edipo, mientras que la identificación primaria “al padre” es lógicamente anterior a las pasiones edípicas, y es condición de posibilidad de que, en un segundo tiempo, el sujeto incorpore ciertos ideales, morales, religiosos, políticos, sociales, etc.

En la fase edípica, los sujetos ingresan en una lógica que tiene como coordenada central la cuestión del “tener o no tener”, falo-castrado. El falo, y todo aquello que va a su lugar, se vuelve representante simbólico de la falta. En esta etapa, la identificación secundaria, “refuerza” (término utilizado por Freud) la identificación primaria.

Narcisismo y pulsión

Es en ese tiempo inicial cuando Freud ubica la entrada en los caminos de la pulsión y sus vías de satisfacción. Así como también elabora las condiciones necesarias para el pasaje de ese estado inicial, autoerótico, al amor de objeto y el narcisismo secundario. En lo que se refiere a la pulsión, más allá de la entrada en el narcisismo secundario —el cual supone la elección de objeto— Freud afirma que perdurará un resto autoerótico, resto que es ubicado como el rasgo infantil presente en todo sujeto y cuya tendencia no es hacia la creación de lazos, más bien busca la satisfacción directa.

Con la finalidad de despejar confusiones, es importante recordar la diferencia que plantea Freud en relación a los objetos. Por un lado tenemos los objetos de la pulsión, que son parciales y se juegan en el cuerpo propio, por otra parte están los objetos de amor, objetos totales. Siendo más precisos, diferenciamos entonces tres dimensiones de los objetos freudianos:

- ✓ el objeto articulado al deseo, no localizable, fuera de cuerpo y que no tiene un sentido específico (tal como lo trabaja en “La interpretación de los sueños” [1900]).
- ✓ el objeto pulsional, cualquier objeto que le permita llevar adelante la meta.
- ✓ un tercer objeto, el objeto de la elección amorosa, que es el objeto del amor, objeto narcisista, este tiene representación, imagen y sentido.

Si Freud habla de un goce de la pulsión parcial, de satisfacción pulsional, de regresión y de fijación en relación a la satisfacción pulsional, es porque donde hay pulsión parcial, no hay posibilidad de un goce total. La satisfacción de la pulsión parcial viene a compensar la satisfacción total imposible por estructura. Lo que viene a verificar el narcisismo secundario es que es imposible hacer de dos cuerpos uno sólo, que por más que la libido se coloque en los objetos no hay relación complementaria entre los objetos, un objeto nunca logrará cubrir la falta propia que habita en el sujeto (ejemplo: el ideal amoroso de la media naranja es tan solo un ideal, imposible de realizar), falta que posibilita los caminos del deseo. Esto nos recuerda lo que afirma Freud con absoluta lucidez, “lo que se espera nunca es igual a lo que se recibe”, siempre resta una diferencia ineliminable. Esta diferencia relanza el deseo a nuevas búsquedas, mientras que la pulsión parcialmente se satisface.

Ser y tener, signos de la lógica edípica

A partir de la entrada en el Complejo de Edipo se produce una determinada configuración en la que entran en juego la madre, el padre y el falo. Lacan plantea que se trata de “una configuración en todos los casos nodal. En este nivel, la cuestión que se plantea es *ser o no ser el falo.*” (Lacan, 1957-1958, p. 191). Esta lógica conjuntamente con *tener o no tener* son puestas en juego en las elecciones de objeto que devendrán en identificaciones.

En este punto es necesario advertir que el falo, como operador simbólico, no equivale al ideal, Lacan los ubica como dos marcas diferentes. Al hablar del falo, necesariamente se habla de aquello que tiene que ver con la sexualidad y el lenguaje, en cambio, al hablar del ideal, se trata de algo variable, ajustado a los vaivenes de la historia, de cada época, y el tipo de satisfacción se articula directamente al narcisismo. Tal como lo describe Freud, el ideal se conforma como la instancia con la cual el yo se mide, cuanto más se acerca al ideal, mayor es el sentimiento de esplendor del yo, por tanto se trata de una satisfacción narcisista. En cuanto al falo, Lacan lo ubica como una marca, al estilo de la marca tipográfica, que viabilizará la entrada y la potencia en el juego de los ideales.

En este período aparece la pregunta: ¿Qué soy yo para el otro? El yo, el ser y el otro aparecen condensados en una pregunta. La formulación de esta pregunta, a nivel inconsciente, está en directa relación con la lógica del narcisismo, la elección de objeto y la identificación cristalizada en una identidad. La respuesta que el sujeto se da a esa pregunta es lo que viene a resultar sintomático para el sujeto. Es decir que sus síntomas son el modo de responder a eso que no se sabe bien, a esa pregunta que no tiene respuesta más que la que el sujeto construye. En esa respuesta, entra en juego la fantasía como velo a la práctica sexual infantil, velo a lo que no se sabe de la pulsión. En este sentido, la fantasía es una construcción que permite darle un libreto, un relato, una escena, en la que el punto central es la satisfacción pulsional en juego.

Volvamos al texto “Introducción del narcisismo”. Freud diferencia entre un narcisismo primario y uno secundario, sobre este último dice que se trata del replegamiento de las investiduras de objeto, este narcisismo se edifica sobre la base del narcisismo primario “oscurecido por múltiples influencias” (Freud, 1914, p. 73). El *ticket* de entrada en el narcisismo secundario se produce gracias a “una nueva acción psíquica”, instancia que no está desde el inicio, no es un dato originario, implica una libidinización del yo, es decir, que el yo sea tomado como objeto libidinal. El yo ideal será formulado como una instancia imaginaria que tiene que ver con la aspiración narcisista del yo a la omnipotencia y la constante búsqueda por recuperar el narcisismo primario perdido.

La entrada en el narcisismo secundario será una de las condiciones para los procesos de identificación secundaria en los que decantará la incorporación de los ideales –en los que la represión cumple un papel central– y la apertura a nuevas vías de satisfacción pulsional, las que estarán mediadas por esos ideales. Estas serían las condiciones de posibilidad de los síntomas y el inconsciente.

Cuando los ideales se vuelven inoperantes y no orientan las elecciones de los sujetos, vemos la emergencia de un narcisismo que empuja *sin ton ni son*, de modo desmedido, a volverse ese “yo ideal” infantil y omnipotente que alguna vez fue para otros. Desde allí el sujeto se aferra más a una satisfacción ligada al yo y su imagen, y si bien en ocasiones hay ciertas coordenadas simbólicas, estas son débiles por sostenerse en el goce del cuerpo y la imagen, desanudadas de ideales que orienten. El reverso de esto, es el fanatismo, allí aparecen los ideales en su peor versión: son absolutamente incuestionables, segregan lo diferente y evidencian de

modo descarnado la pulsión de muerte. En ambos casos –ausencia de ideales simbólicos y el fanatismo– el sujeto se aleja del inconsciente y la castración.

Preguntas finales para continuar

Llegar a este punto no supone cerrar el tema sino la necesidad de apertura a nuevas interrogantes, en especial, en lo relativo a la lectura de estos conceptos a la luz de la época en la que nos toca habitar, y responder como psicoanalistas.

Si partimos de la idea freudiana de que la identificación está en la base del lazo social y teniendo en cuenta que a nivel de los ideales simbólicos se produjeron varios cambios ¿es posible pensar que los modos de agrupamiento siguen teniendo la misma lógica que como lo formula Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo”?

A partir de lo elucidado por Freud en “Introducción del narcisismo”, podemos leer que los cambios a nivel del ideal inciden directamente sobre los asuntos de amor. Entonces, ¿es posible afirmar que la dificultad en los lazos de amor es proporcional a la reducción de los ideales? En reemplazo de los grandes discursos que sostenían modos de hacer, de encontrar maneras de arreglárselas con la pulsión, actualmente los sujetos buscan respuestas en las imágenes, esto modifica las lógicas discursivas y los ideales que allí se transmiten.

La pregunta que en su momento se hace Freud y que consideramos necesario retomar, para explorar nuevas respuestas, es ¿cuál es la relación entre las identificaciones y los modos de agrupamiento, o comunidad (ya sea al interior de la familia, como aquellos lazos exogámicos), que se producen en la actualidad? Manifestamos la necesidad de volver a esta pregunta, porque si sostenemos que los modos de identificación se vieron modificados, esto implicaría, en menor o mayor medida, que el tipo de lazo ya no es el que se plantea para las masas, ni en la histeria. Supone también relacionar estas modalidades de identificación con lo que se ubica más allá del narcisismo, y más cerca de la pulsión de muerte, tal como es formulado por Freud a partir de 1920.

Referencias

- Escars, C. (coord.) (2015). Parte II: La pulsión como concepto, sus fuentes y paradojas. *Problemáticas del psicoanálisis. Actualidad de los atolladeros freudianos*. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/47786/Documento_completo_.pdf?sequence=1
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomos IV y V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1914). Introducción del narcisismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 65-104) Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1932). 33° conferencia. La feminidad. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Lacan, J. (1957-1958). *El Seminario. Libro V: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2010.

CUARTA PARTE

El giro del 20 y el límite a lo interpretable

CAPÍTULO 13

Comentario sobre Introducción del Narcisismo

Marcelo Weretilneck

Ayudaron mucho a este convencimiento la vanidad y ese grado de seguridad que mejor sería llamar narcisismo. Pior Petróvich, al haberse abierto paso desde la nada, estaba enfermizamente acostumbrado a admirarse de sí mismo, tenía en alta estima su inteligencia y capacidades e incluso a veces, a solas, se admiraba de su rostro en el espejo. Pero lo que más que nada admiraba en el mundo, conseguido con esfuerzo y toda suerte de medios, era su dinero: esto lo igualaba con todo lo que estuviera por encima de él.

Fiódor Dostoievski, CRIMEN Y CASTIGO

Yo admiraba las formas perfectas de mis vecinos: su gracia, su belleza y su delicada tez. ¡Me quedé aterrizado cuando vi mi imagen en un estanque transparente! Al principio me aparté de un salto, incapaz de creer que fuera yo quien se reflejaba en aquel espejo, y cuando me convencí plenamente de que era en realidad el monstruo que soy, me embargó una amarga sensación de desaliento y me sentí mortificado. ¡Ay de mí! Todavía desconocía las fatales consecuencias de esta desgraciada deformidad.

Mary Shelley, FRANKENSTEIN O EL MODERNO PROMETEO

I.

Este trabajo desarrolla un comentario sobre “Introducción del narcisismo”. Este texto de Freud será nuestro soporte de lectura y nuestro texto a comentar. Un comentario se puede centrar en qué implicancia ha tenido la introducción de este concepto en la obra de Freud o también en la teoría psicoanalítica; como también puede prestar atención al hecho de la “aparición” del concepto de yo en la teoría y el correspondiente movimiento de la libido en la constitución de éste. Como, a su vez, el comentario puede trabajar el texto en todo su contexto y de esta manera señalar qué lugar ocupa dentro de una obra. En este caso uno podría tomar todas las referencias bibliográficas para dar cuenta de la gran enciclopedia que intenta hablar y decir todo por medio del lenguaje, no sin dejar un resto.

Tomaremos como punto de partida lo que hace a las referencias del término narcisismo, es decir situar éstas, en diferentes autores que han realizado investigaciones y escritos sobre la cuestión. Será por eso que comenzaremos con la mitología, continuaremos con la ciencia médica, específicamente con su psiquiatría, relataremos algunas discusiones psi-

coanalíticas y por qué no, recurriremos a la vida cotidiana en la cual podemos leer infinidad de narcisos “mal sonantes”.

En una nota al pie de los “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) agregada el año 1920, Freud se dedicará a realizar una aclaración sobre quién habría sido la primer persona en introducir el término narcisismo. Bien puede leerse una confusión de fechas, ya que en el trabajo “Introducción del narcisismo” (Freud, 1914, p. 71) se dice que en el año 1899 Nücke introduce este término a raíz de una descripción clínica, contamos con un artículo publicado por Havelock Ellis, de 1927, en el cual responde a esa nota escrita por Freud. En dicha nota Freud señala una supuesta equivocación de su parte –la señalo como supuesta ya que será Ellis quién aclarará el entredicho–, dice que su equivocación radica en el haber indicado que Nücke habría introducido el término por primera vez, sin embargo él cree que en lugar de Nücke quién estaría sería Ellis. Ante esto, y varios años después, Ellis dirá que la responsabilidad es compartida, ya que en el año 1898 lo había utilizado para indicar descriptivamente una actitud psicológica, y que en el año 1899 Nücke lo había utilizado para designar y describir una perversión sexual.

En un comienzo fue el mito:

“Narciso era Tespio, hijo de la ninfa azul Liríope, a la que el dios fluvial Cefiso había rodeado en una ocasión con las vueltas de su corriente y luego violado. El adivino Tiresias le dijo a Liríope, la primera persona que consultó con él: “Narciso vivirá hasta ser muy viejo con tal que nunca se conozca a sí mismo. Cualquiera podía excusablemente haberse enamorado de Narciso, incluso cuando era niño, y cuando llegó a los dieciséis años de edad su camino estaba cubierto de numerosos amantes de ambos sexos cruelmente rechazados, pues se sentía tercamente orgulloso de su propia belleza” (Graves, 1955 [1996], p. 355).

No son pocas las cuestiones que aquí se pueden leer. En un comienzo nos aclaran de donde proviene Narciso, sabemos sobre su pueblo, sobre su madre, pero por sobre todas las cosas, nos enteramos que el adivino ya había señalado el destino de éste. Vivirá siempre y cuando no se conozca a sí mismo; cruel era su destino.

También sabemos que a lo largo de sus primeros dieciséis años ya era bastante abultada la lista de amantes con la cual Narciso cubría su camino. Sin embargo haremos hincapié en una en especial, la ninfa Eco.

Se dice que un día, Narciso salió a cazar ciervos, y habiéndose separado de sus compañeros por los senderos del bosque, la ninfa lo siguió con el deseo de hablarle, sin embargo no se animaba a ser la primera en hablar, ante esto Narciso gritó en ese frondoso bosque para ver si podía ser escuchado por alguno de sus compañeros de caza, sin embargo lo siguiente sucedió:

- “¿Está alguien por aquí?
- ¡Aquí! –repitió Eco, lo que sorprendió a Narciso, pues nadie estaba a la vista.
- ¡Ven!
- ¡Ven! -
- ¿Por qué me eludes?
- ¿Por qué me eludes?

- ¡Unámonos aquí!
- ¡Unámonos aquí! –repitió Eco, y corrió alegremente del lugar donde estaba oculta a abrazar a Narciso.

Pero él sacudió la cabeza rudamente y se apartó:

- ¡Moriré antes de que puedas yacer conmigo! –gritó.
- Yace conmigo –suplicó Eco”. (Graves, 1955 [1996], p. 356)

Como verán Eco pasó a ser otra más en la abultada lista de amantes del joven Narciso, ella se pasó el resto de su vida en soledad, muriendo de amor y quedando sólo su voz.

Lo que habitualmente se comenta sobre el mito, señala que Narciso quedó estupefacto ante el hecho de encontrarse con su imagen en un calmo y estanco arroyo; allí comienzan las digresiones. ¿Narciso murió ahogado a causa de intentar abrazar su imagen en el agua calma del arroyo? ¿Narciso murió exhausto ante el intento de aliviar su sed? ¿Murió de sed o no murió o quedó simplemente embelesado con su imagen permaneciendo allí inútilmente? Estas son algunas de las preguntas que se podrían formular y se han formulado. Sin embargo, volviendo al relato del mito, surge la siguiente pregunta: ¿qué ocurrió antes de que Narciso se encontrara con su imagen en ese arroyo estanco y calmo?

Ocurrió y, como no podía serlo de otra manera en un relato mitológico, todo comenzó con Aminias.

Se dice que Aminias era uno de los más insistentes pretendientes de Narciso, ante esta situación, el joven Narciso, le envió de regalo una espada con la cual el enamorado Aminias se mató inútilmente en el umbral de Narciso pidiendo a los dioses que vengarán su muerte. Como en aquellas épocas los dioses todavía escuchaban y también daban respuestas, la venganza llegó de manos de Artemis. Este hizo que Narciso se enamorara sin poder consumir su amor.

“En Docanon, Tespia, llegó a un arroyo claro como si fuera de plata y que nunca alteraban el ganado, las aves, las fieras, ni siquiera las ramas que caían de los árboles que le daban sombra, y cuando se tendió, exhausto, en su orilla herbosa para aliviar su sed, se enamoró de su propio reflejo. Al principio trató de abrazar y besar al bello muchacho que veía ante él, pero pronto se reconoció a sí mismo y permaneció embelesado contemplándose en el agua una hora tras otra. ¿Cómo podía soportar el hecho de poseer y no poseer al mismo tiempo? La aflicción le destruía, pero se regocijaba en su tormento, pues por lo menos sabía que su otro yo le sería siempre fiel pasara lo que pasase” (Graves, 1955 [1996], p. 359).

Ante esto, alguna de las preguntas se pueden responder, sin embargo bien sabemos que ya existía algo que Narciso no podía soportar entre ese poseer y no poseer.

Volviendo a las referencias médicas, es interesante indicar lo siguiente: como señalábamos en un comienzo, existen dos referencias anteriores a la introducción del término por parte de Freud. Havelock Ellis, realiza esta introducción del término para describir una actitud psicológica, dicha actitud hace referencia a esas mujeres que se muestran cautivadas por su imagen en el espejo (*narcisus-like*). Paul Näcke introducirá el término señalando un estado de amor por uno mismo, y desde aquí desprende una nueva categoría de perversión.

En lo que respecta a las discusiones psicoanalíticas bien sabemos de la sostenida entre Freud y Jung. Jung, luego de su estudio sobre las psicosis, realizará una ampliación del concepto de libido, hasta llegar a quitarle toda su propiedad sexual, es decir una libido deslibidinizada. “Supuso una única libido primordial que podía ser sexualizada y dessexualizada, y por tanto coincidía en esencia con la energía anímica” (...) “rebajaba el término «libido» a la condición de un sinónimo superfluo”. (Freud, 1923a [1922], p. 251)

Sadger es retomado por Freud en el caso Schreber de la siguiente manera: “Indagaciones recientes nos han llamado la atención sobre un estadio en la historia evolutiva de la libido, estadio por el que se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto. Se lo ha designado «*Narzissismus*»; prefiero la designación «*Narzissmus*», no tan correcta tal vez, pero más breve y menos mal sonante. Consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza {*zusammenfassen*} en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su propio cuerpo, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena”. (Freud, 1910, p. 56)

Como es sabido, en 1901 y 1910 Freud ya tenía una posición tomada respecto del concepto, había señalado el hecho de un estadio intermedio en la evolución de la libido, había hecho referencia al papel de la libido en la elección de objeto, es decir que introduce el término narcisismo señalando un estadio normal en la evolución de la libido, energía sexual que inviste los objetos. A esta concepción se le puede señalar que aún le falta el concepto de yo.

II.

En “Introducción del narcisismo” Freud indica que entre el autoerotismo y la elección de objeto, se ubica un nuevo tiempo. Nuevo tiempo que hace alusión a la nueva acción psíquica, necesaria para que el narcisismo se constituya. Cuando Freud hace mención a esta nueva acción psíquica, no se refiere sino al yo tanto como concepto, tanto como “unidad” dentro del aparato psíquico.

Si volvemos a la letra del texto sobre el narcisismo, desde un comienzo nos encontramos con una preocupación de Freud sobre cómo dar cuenta con su clínica de este hecho ya descrito por sus colegas de época. Bien sabemos que la respuesta freudiana se escribirá de manera diferente, ya que si bien recurrirá a la clínica será para señalar cuestiones bastantes diferentes a las ya señaladas.

En sus dos primeros apartados leeremos sobre la *dementia precox*, la esquizofrenia, la hipocondría, la enfermedad orgánica, el dolor de muelas y también sobre la vida amorosa de los sexos. Sin embargo Freud tomará estos hechos de la clínica para dar cuenta de otra cosa. Su interés residirá en situar allí algo que dé cuenta de lo ocurrido con el trayecto y el destino de la libido, en primer término para luego situar otras cuestiones. En este sentido podemos decir que es el retiro de la libido de los objetos y del mundo exterior, en el caso de la esquizofrenia, lo que pone a Freud sobre la pista del narcisismo, ya que señala que la libido

retirada de los objetos ha sido conducida al yo, delirio de grandeza mediante. Delirio de grandeza que según Freud no sería una creación nueva, sino que es necesario pensarlo con una existencia previa, claro que ahora este se encontraría amplificado. Aquí es importante retener ese tiempo de existencia previa, ya que este tiempo previo nos ayudará a poder definir de manera lógica los dos narcisismos.

Esa libido que es reconducida al yo desde los objetos, nos señala el camino de formación de un narcisismo secundario, no sin dejar de indicar que éste se sostiene sobre otro que Freud señala como primario.

Antes de referirnos a estos dos momentos del narcisismo, ampliemos algunas cuestiones con relación al concepto de libido.

En “Duelo y Melancolía” (Freud, 1917, p. 235), podemos encontrar varios pasajes en los cuales los movimientos de la libido tienen toda su presencia y atención. Bien sabemos que allí Freud se dedica a dar cuenta de la melancolía o duelo patológico, a partir de poner en cuestión e intentar discernir qué es lo que ha ocurrido con el yo, para que éste se trate de semejante manera a sí mismo.

De su pluma leemos que el yo se ha tomado por objeto. Hasta aquí, escuchamos que nada diferente a la lógica del narcisismo ha ocurrido, es decir, la libido ha sido retirada del objeto y ha regresado al yo, formando de este modo el narcisismo secundario. La cuestión reside en que lo que ocurrió en el intermedio fue que no solo esta regresó al yo, sino que antes de partir el yo se ha identificado con ese objeto resignado, de allí, los tratos que éste se dirige a sí mismo. Si bien no vamos a ahondar en la cuestión de la melancolía, este pasaje del texto nos señala el hecho del movimiento de la libido. Parte del yo a investir un objeto, para que luego de la resignación, ésta pueda volver a su puerto, claro que no sin dejar su huella, ya que aquí podemos resaltar que cada elección y cada regreso de ella, dejan sus marcas en el corazón del yo trasponiéndose en identificación.

En el Congreso Psicoanalítico Internacional de Berlín, en el año 1922, Freud expone ciertas cuestiones referidas al psicoanálisis, entre otras, realiza algunas indicaciones sobre el narcisismo y la libido. Se refiere del siguiente modo: “Se llegó a concebir al yo mismo como un reservorio de libido –llamada narcisista– del que fluyen las investiduras libidinales de los objetos y en el cual pueden ser recogidas de nuevo”. (Freud, 1923 [1922], p. 245)

Estas indicaciones nos llevan irremediablemente a prestar atención a la implicancia de esta vuelta de la libido sobre el yo en lo que hace referencia a la concepción del dualismo pulsional.

Si la libido, pensada como energía sexual, luego de resignar un objeto previamente investido por el yo, regresa a éste, difícilmente se pueda sostener ese supuesto que indicaba una separación entre pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales. Es decir, luego del regreso, el yo se encuentra libidinizado, entonces ya no es posible sostener la distinción del inicio, porque la libido de objeto se ha transmutado en investidura yoica.

“Ulteriores ponderaciones mostraron que este proceso debía suponerse en la máxima escala, que era preciso, ver en el yo más bien un gran reservorio de libido, desde el cual era enviada a los objetos. Por tanto, también las pulsiones de autoconservación eran de naturaleza libi-

dinosa; eran pulsiones sexuales que habían tomado como objeto al yo propio en vez de los objetos externos”. (Freud, 1923a [1922], p. 252)

Ahora, podemos regresar a 1914 y trabajar las referencias a la libido y la conformación de los narcisismos. En el primer apartado de “Introducción del narcisismo”, Freud se muestra preocupado sobre el destino de la libido.

Volvemos aquí a lo anteriormente citado, ya que preguntándose por la esquizofrenia, indica que la libido sustraída del mundo exterior, es conducida al yo y a partir de aquí podemos comenzar a hablar de narcisismo. Por tanto, el nacimiento del narcisismo ocurriría por el repliegue de las investiduras de objeto sobre el yo. Claro queda que estamos hablando del narcisismo secundario, el cual debe su conformación a la existencia de un narcisismo primario, que pensado como un supuesto, haría de soporte al narcisismo secundario.

Freud escribe “oscurecido por múltiples influencias” (Freud, 1914, p. 73). La apelación a la oscuridad es frecuente en Freud, pero así como ésta se presenta, el psicoanalista se encarga de echar un poco de luz. Claro que, echar luz no quiere decir iluminar en exceso.

En un texto escrito por Silvie Le Poulichet (en Nasio, 1988, p. 68), encontramos un poco de luz al ver allí una serie de esquemas sobre el movimiento de la libido. Uno de ellos incluye al movimiento en el caso del narcisismo secundario.

Vemos ahí la libido en el lugar de donde parte en el supuesto comienzo, en el cual podemos pensar a cada pulsión alcanzando su satisfacción de manera autoerótica sobre el propio cuerpo. De ahí nos encontramos con el retorno de la libido por sobre el yo, no sin pasar por el objeto y retornando en segundo término desde éste. Para un segundo tiempo dejaremos la oscuridad referida al lugar y la función del ideal del yo.

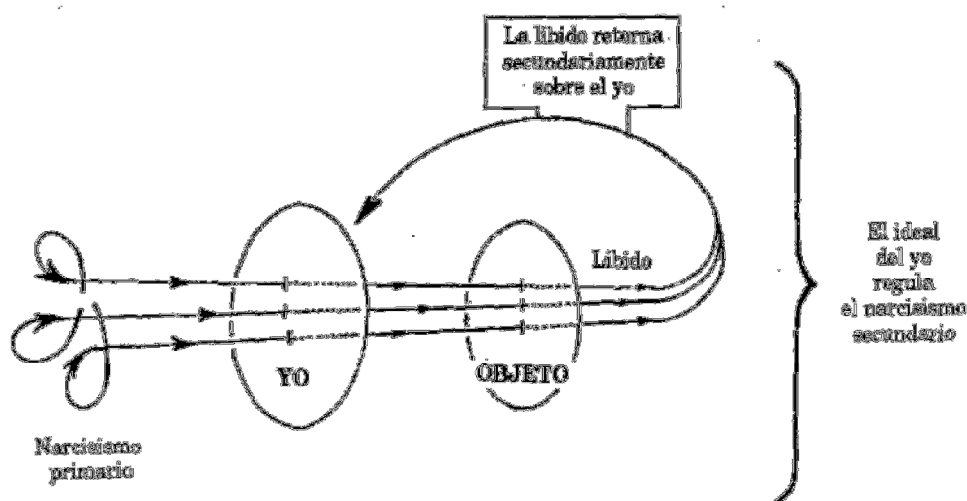


Figura: Movimiento de la libido en el narcisismo secundario

Regresando al texto que da lugar a este escrito, tomaremos una nueva aseveración de Freud: “Entiéndase bien: no pretendo aquí aclarar el problema de la esquizofrenia ni profundi-

zar en él, sino solo recopilar lo ya dicho en otros lugares, a fin de justificar una introducción del narcisismo {como concepto de la teoría de la libido}'. (Freud, 1914 [1992], p. 73)

Recalemos en la «teoría de la libido» para indicar que son varios los pasajes en la obra de Freud en los cuales encontramos su palabra refiriéndose a esta cuestión.

Será en sus “Tres ensayos...”, en “el caso Schreber”, en “Leonardo”, también en un breve pasaje de su texto sobre las pulsiones, en sus dos artículos de enciclopedia y en varios escritos anteriores. Sin embargo, en todos estos siempre encontramos esbozos o fuertes afirmaciones sobre dicha teoría de la libido, que no se detienen sólo en señalar que se trata de una energía de orden sexual. Recurriendo a las metáforas como es usual en las letras freudianas, recorrerá las andanzas y leyendas de los pueblos primitivos, como es el caso de los pueblos nómades y su avance en el territorio no sin dejar puntos en su camino a los cuales se podría regresar. Es decir, «la teoría de la libido» lleva consigo la situación de su movimiento y la distinción entre éstos. Como señalaba antes, el enamoramiento y el dolor de muelas darán cuenta del gasto y el empobrecimiento entre la libido yoica y la libido de objeto.

Si hablamos de la libido, no podemos hacerlo sin referirnos al yo, hasta podemos arriesgar diciendo que no sería posible sostener dicha distinción libidinal sin contar con el concepto de yo.

¿Qué es el yo? En principio diremos que no es sino en un tiempo posterior, es decir, se necesita de esos dos tiempos señalados como erotismo y elección de objeto para indicar el intermedio del yo junto al narcisismo.

Señalábamos que desde el yo, como reservorio de libido narcisista parte la libido a investir sus objetos, sin embargo es necesario preguntarse cómo se produce la constitución de éste.

Aislaremos un grupo de tres referencias que pueden ayudar a *claroscurecer* la cuestión. Nueve años después de la introducción del concepto de narcisismo, Freud escribe “El yo y el ello”, texto en el cual dentro de otras cuestiones trabaja sobre la constitución del yo y señala lo ocurrido cuando un objeto sexual es resignado. Una alteración se produce dentro del yo “que es preciso describir como erección del objeto en el yo”. (Freud, 1923b, p. 31) Ante esto indica ciertas cuestiones referidas al objeto y la identificación de parte del yo para con este. Es decir, se pregunta si la identificación con el objeto resignado sea la condición de parte del ello, para que ésta se produzca.

Nuevamente, Freud regresa al planteo que se inscribe dentro de la constitución del superyó, en este caso señala que la autoridad del padre o de sus progenitores es introyectada dentro del yo, dando lugar a la formación del núcleo del superyó. Pero ¿qué ocurrirá con los lazos libidinales del complejo de Edipo? Lo ocurrido remite a la desexualización y sublimación de estos para que mediante identificación sean “inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas”. (Freud, 1924, p. 184) Es decir que por medio de la identificación nuevamente las aspiraciones libidinales son retiradas de los objetos para que estas regresen al yo. En este sentido el yo se constituye por identificación. La identificación es una modificación o alteración producida en el yo, originada como consecuencia de las investiduras de objeto resignadas. Esto marca el carácter del yo.

En la siguiente referencia, Freud nos vuelve a traer novedades sobre el tema y luego de señalar el encuentro con la amenaza de castración nos dice: “Sus investiduras libidinales son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó y prestan a esta neoformación sus propiedades características”. (Freud, 1925, p. 275)

Ante cada resignación de objeto la libido retorna al yo, y deja en él las “consecuencias” de dicha elección. Aquí retorna la metáfora freudiana de pensar al yo como una sucesiva sedimentación de las resignadas elecciones de objeto a lo largo de su historia.

Referencias

- Freud, S. (1910). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 1-82). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1914). Introducción del Narcisismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 65-104) Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1917). Duelo y melancolía. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 235-256). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923a [1922]). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923b). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX*, (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1924). El sepultamiento del compejo de Edipo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp 177-188). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1925). Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX*, (pp. 259-276). Buenos Aires, Amorrortu editores, 1992.
- Graves, R. (1955). *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza, 1996.
- Nasio, J. D. (1988). El concepto de narcisismo. *Enseñanza de los siete conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa, 1993.

CAPÍTULO 14

Trauma, angustia y el más allá del principio del placer

Nicolás Campione

Este capítulo se divide en dos partes. Una parte se ocupa de la caracterización que realiza Freud acerca de la redefinición del trauma luego del giro teórico de 1920 y la otra se concentra en el desarrollo de algunas cuestiones sobre la angustia que el psicoanálisis freudiano ha proporcionado. No consideramos la elección de estos dos fenómenos como una mera yuxtaposición de elementos estudiados por Freud, sino que se tratará de arribar a vincularlos a partir de un elemento en común. Como bien sabemos, los desarrollos de Freud respecto a la angustia se remontan al comienzo de su obra de la misma forma que lo hicieron los estudios afines al trauma. Sin embargo, estos dos elementos nunca tuvieron relación tan íntima como luego del giro teórico. Por esto mismo decidimos trabajar sobre la hipótesis de que las concepciones sobre la angustia y el factor traumático poseen una estrecha vinculación luego del giro gracias a un factor en común que toma relevancia en este momento más que nunca: la perturbación económica.

En consideración con todo lo antes mencionado, surgen una serie de interrogantes que resulta interesante distinguir: ¿Qué es lo específicamente traumático? ¿Qué función tiene la angustia para el aparato? ¿Cuál es la vinculación que existe entre la angustia y el trauma?

I - El trauma situado en el más allá del principio del placer

En 1920, Freud da a conocer “Más allá del principio del placer” y promueve un giro en sus concepciones. Allí menciona que, no todo se explica bajo el principio del placer y a modo de muestra, presenta ciertos fenómenos que no se rigen por este principio, tal como es el caso del sueño de la neurosis traumática. El fenómeno del factor de la compulsión de repetición que se sitúa más allá del principio de placer. La compulsión a la repetición aparece como herramienta clave para Freud a la hora de comenzar a teorizar metapsicológicamente la forma en la que especula el nuevo estatuto del trauma. La caracterización de la *metapsicología* que ha hecho

este autor nos servirá para dar cuenta del edificio teórico que ha construido a partir del encuentro clínico con el campo de lo inconsciente.³⁸

Para explicar la nueva conceptualización del trauma, se sirve de una metáfora que le permite pensar en el funcionamiento del aparato psíquico y ésta metáfora refiere a un organismo vivo. Sitúa una vesícula con sustancia estimulable receptora de excitaciones tanto externas como internas. Esta vesícula posee una corteza que recoge estímulos, y a su vez una membrana protectora que filtra el ingreso de los mismos. Si los estímulos derivados del exterior no tuvieran una membrana protectora que los filtre, éstos resultarían mortales para la vesícula. Ante esto Freud dirá: “Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulos” (1920, p.29). Los estímulos que entran de forma directa imposibilitan al aparato poder tramitar su energía, y resultan así, traumáticos.

Este es un primer aspecto que presenta Freud acerca de lo que consideramos como traumático, y éste remite a los estímulos que provienen del exterior. Ahora bien ¿Qué ocurre con los estímulos interiores? Diremos que, para nuestra sorpresa, frente a los estímulos interiores no hay protección alguna. Es por eso mismo que Freud advierte que:

La falta de una protección antiestímulo que resguarde al estrato cortical receptor de estímulos de las excitaciones de adentro debe tener esta consecuencia: tales transferencias de estímulo adquieren la mayor importancia económica y a menudo dan ocasión a perturbaciones económicas equiparables a las neurosis traumáticas. Las fuentes más proficuas de esa excitación interna son las llamadas «pulsiones» (Ibid, p.34).

Los estímulos interiores, estímulos que Freud ya había precisado con anterioridad, consignan a las pulsiones y como para éstas no existe protección que resguarde a la vesícula, en su esencia conllevan algo de lo traumático. La pulsión en este momento aparece como novedosamente traumática, en tanto ahora trauma y pulsión, son inherentes al ser humano.

Gracias a esto podremos por fin aunar ambas formalizaciones, tanto para los estímulos externos como para los internos, a partir de encontrar en ellas un factor en común. Lo que poseen en común estos estímulos refiere a una perturbación en la economía del organismo dado por un océano energético que invade a la vesícula. A esto remite la nueva concepción del trauma. Un desborde de excitación en la economía del aparato que implica suspender, por un momento, al principio del placer, para encontrar una solución ante una afluencia desmedida que no se “filtró” e irrumpió en el aparato.

¿Qué ocurre entonces con la energía que desbordó al aparato? Freud para explicar esto, toma el distinguo que Josef Breuer realizó en relación a la circulación de la energía por los sistemas psíquicos. Éste último formula dos modos de concebir la energía: ligada y libremente móvil. Considera que en el aparato, la energía debería estar ligada, vale decir, impuesta sobre representaciones, pero ante la irrupción energética que hemos mencionado, se tratará de ligar

³⁸ En el capítulo 5 de este libro, Rocío Mayorga recorre algunas referencias freudianas acerca del ordenamiento metapsicológico que ha realizado Freud fundamentalmente luego del 1900.

la energía psíquicamente para que esa afluencia desmedida se canalice por sus respectivos caminos y pueda el principio del placer retomar su función. La compulsión a la repetición aparece en primer plano ahora entendida como la forma que el aparato encuentra ante la necesidad de ligar la energía. La repetición aparece como aquel agente encargado de tratar de enmendar al aparato. Se repite para poder ligar la energía de forma psíquica, para canalizar esa afluencia desmedida. Pretendiendo aclarar esta idea, Freud nos auxilia diciendo que “lo que resta es bastante para justificar la hipótesis de la compulsión de repetición, y esta nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona” (Freud, 1920, p.23).

Antes de continuar, una pregunta: ¿Qué es específicamente aquí lo nuevo?

Luego del 1900 gracias a los avances en el campo de la sexualidad humana, se visibiliza un factor decisivo para el curso del psicoanálisis: la puesta a la luz de la sexualidad infantil y junto con esta, el imperio de las series complementarias en la constitución de la neurosis.³⁹ En “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis” de 1905, Freud se encarga de encajonar la teoría de la seducción. Los influjos accidentales pierden valor y se comienza a especular en coordenadas constitucionales de la vida de los sujetos para la contracción de una neurosis. El acento de lo traumático se desplaza entonces al aspecto estructural de la sexualidad humana.

Si bien el retorno de lo constitucional en esta época resulta clave en cuanto a la sexualidad, no diremos que cae completamente, en torno al estatuto del trauma, la influencia del accidentalismo. Aquí el factor accidental reside en la posibilidad del cumplimiento o no de las series complementarias y de ahí, el afianzamiento del trauma en la constitución de la neurosis.

El hecho puntual de que la pulsión es inherente, valga decir –estructural- al ser humano hace ya muchos años atrás Freud logró poder afirmarlo. Lo que sí debemos considerar como gran aporte de la nueva conceptualización de lo traumático responde a que, además de ser inherente al sujeto, la pulsión misma conlleva un exceso energético capaz de producir una verdadera perturbación económica en el aparato psíquico. Esto implica que el trauma mismo también es estructural al sujeto.

Ahora que tenemos en claro la importancia de la compulsión a la repetición y de la reformulación de lo traumático luego del giro teórico, retomamos el símil de la vesícula para preguntarnos: ¿Qué es aquello que logra romper la membrana protectora que filtra los estímulos? Y además, ¿cómo funciona dicha membrana?

Para responder los interrogantes planteados nos remitiremos a distinguir tres conceptos bien diferenciados que Freud trabajó en distintas oportunidades: el miedo, el terror y la angustia.

³⁹ Las series complementarias fueron propuestas por Freud en 1905 como modo de superar la antinomia entre el accidentalismo -representado por la frustración- vs lo constitucional –representados por la fijación- Sostiene que estos factores son, en realidad, complementarios y en el cumplimiento de ambos dos reside la posibilidad de constituirse una neurosis.

II - Algunas observaciones sobre la angustia

En la 25ª conferencia de 1916-17, Freud trata específicamente el tema de la angustia. Aquí, va a trabajar sobre los fenómenos que mencionamos anteriormente: la angustia, el miedo y el terror, donde si bien prefiere no indagar sobre sus similitudes y diferencias, consigna algunas puntualizaciones que nos interesa rescatar.

Define a la angustia como un estado que no tiene un objeto determinado, mientras que el miedo sería aquella respuesta del individuo ante la presencia de un objeto al cual se le teme. Por último, coloca al terror en serie con un peligro, sobre el cual el apronte angustiado no participó.

En el capítulo II de "Más allá del principio del placer" de 1920, es donde Freud termina de precisar características de estos conceptos y puntualiza que el terror, el miedo y la angustia generalmente suelen usarse como expresiones sinónimas pero que se pueden distinguir bien en su relación con el peligro.⁴⁰ El terror sería el estado que se origina gracias a la actuación de un factor sorpresa. Esto implica que no hubo preparación ante el peligro. Por otro lado, la angustia implicaría la preparación para el peligro, aunque este sea desconocido. Esto diremos que es un punto importante para nuestro análisis.

Retomando la 25ª conferencia, diremos que allí Freud se propone establecer algunas características formales del estado de angustia. Entre otros intereses, se propone establecer la diferencia entre dos manifestaciones de angustia: la angustia realista y la neurótica.

En esta línea, Freud definirá a la angustia realista como una reacción frente a un peligro exterior que despierta angustia en el individuo y que por ende, lo prepara. Paralelamente define a la angustia como un estado afectivo y esto supone que, como todo afecto, este implica para Freud una descarga. Y si localizamos la descarga en la angustia realista, sabremos que puede tener un doble desenlace. Por un lado, una descarga total, acto que culmina en una parálisis general del sujeto y por otro, una descarga señal, acto que le habilita la huida.

En oposición a esta modalidad de angustia, se encuentra la angustia neurótica. Atribuye esta angustia a los estados neuróticos donde aquí el peligro aparentemente no posee gran protagonismo. Diferencia tres formas en las que se presenta esta angustia, y si bien parece señalar la tercera forma que describe aquella como la puramente enigmática, resulta interesante traslucir lo enigmático que conlleva en sí misma la angustia neurótica en general.⁴¹

Pero bien, el hecho de que se presente la angustia implica una necesaria presencia de un peligro, ¿cuál es el peligro en la angustia neurótica?

⁴⁰ Se sugiere al lector que de ahora en más a lo largo de este capítulo, no se pierdan de vista las consideraciones relativas al peligro –particularmente a lo referido como situación de peligro- ya que representan una clave de lectura del presente escrito.

⁴¹ Freud en la 25ª conferencia de 1916 (p.362) sostiene que existen tres modalidades de angustia neurótica que se pueden presentar. En primer lugar caracteriza a la "angustia expectante". Esta aparece como libremente flotante y puede prenderse de cualquier representación pasajera. En segundo lugar, sostiene que la angustia puede aparecer como psíquicamente ligada a objetos o situaciones. Tal es el caso de las conocidas fobias. Por último y en tercer lugar, la modalidad de angustia más difícil de comprender. Esta acompaña a la histeria y a otras neurosis graves. Esta última emerge como estado o como ataque de prolongada permanencia pero no se encuentra una correlación clara entre la angustia y la amenaza de un peligro.

Para responder este interrogante, Freud toma como eje una antinomia que circunscribe su obra: la oposición entre el yo y la libido. Pareciese que esto en algún punto lo descoloca, pero conforme a su estilo, tratará de brindar una respuesta provisoria: es la propia libido, quien aparece como representante de eso que tanto buscamos, el peligro. Ante el reclamo de su libido, el yo emprende la huida. Sin embargo, se puede observar que a Freud no le terminan de convenir las afirmaciones que realiza acerca de la emergencia de la angustia neurótica. En este sentido, mantiene en tensión durante toda la conferencia los vínculos entre angustia y libido y hacia el final de la misma, dirá que si bien la angustia neurótica se puede generar a partir de una libido que se ha vuelto inaplicable, también lo hace a raíz del proceso de la represión. Estas afirmaciones, podemos señalar, no resultan contradictorias pero sí desarticuladas. Esto se debe a la particularidad de cómo concibe Freud los vínculos entre angustia y represión. De lo enunciado anteriormente se puede formalizar la siguiente idea: en este momento Freud considera que la represión produce a la angustia. Esta tesis la revisaremos más adelante.

Hasta aquí, hemos delimitado algunas puntualizaciones que conllevan ambas angustias en relación con el peligro: peligro, tanto interno, como lo es en el caso de la angustia neurótica respecto a la libido, y el peligro externo, que enlaza directamente su conexión con la angustia realista.

Si uno lee atentamente la conferencia que acabamos de analizar, puede resaltar el hecho de encontrarse con un Freud que no queda muy conforme con las elucidaciones realizadas hasta aquí. La división tópica de entonces no permitía proporcionar nuevos esclarecimientos. Esto es, lo que a modo de neblina, dificultó las explicaciones en lo que compete a este oscuro campo de la angustia.

III - La angustia después del giro teórico

Después del giro del '20, con la presencia de la segunda tópica: ello, yo y superyó, Freud logra proporcionar una propuesta mejor articulada respecto a sus concepciones sobre la angustia.

"Inhibición síntoma y angustia" de 1926 es un texto esclarecedor en cuanto a los avances acerca de la angustia. Aquí es donde podremos establecer finalmente el valor que posee la angustia en referencia al factor traumático.⁴²

Freud, tal como hemos señalado anteriormente, nos propone pensar la nueva concepción del aparato psíquico al estilo de un "organismo vivo". El uso de esta metáfora representa un hecho importante. En este punto, la vertiente biologicista de Freud, retornará de alguna manera sobre el panorama de la nueva metapsicología. Esta impronta estuvo siempre presente en la obra de Freud, pero sostenemos que a partir del giro teórico, adquiere un particular punto de anclaje.

⁴² Las elucidaciones que fueron producidas en este escrito, son contribuciones que se aplican meramente al campo de las psiconeurosis. Las neurosis actuales seguirán valiéndose de lo que ya sostenía Freud acerca de que la tensión acumulada de la libido se transmutaría en angustia.

No debemos olvidar que para Freud, la angustia es un estado afectivo, en su base existe un incremento de excitación y en sus manifestaciones participan inervaciones de descarga. El punto al que queremos llegar es que, por regla general, el propio hecho de que sea un estado afectivo implica que su aparición evidencia, que en un pasado, una vivencia significativa en la historia del individuo permitió que este afecto se geste. Estamos hablando de un estado arcaico experimentado por el individuo que reaparecerá cuando una situación similar se presente.

¿Cuál es la vivencia significativa de la que Freud nos habla? A modo de hipótesis, dirá que dicha vivencia se encarna en el mismo acto del nacimiento ya que es la primera vivencia que logra reunir las características anteriormente mencionadas.

Freud en el capítulo VIII de "Inhibición, síntoma y angustia" comienza diciendo que va a tratar de reunir todo lo conocido acerca de la angustia. Por un lado, ubica un origen y una estructura de la angustia, mientras que por otro lado ubica la función. Hemos anunciado el origen y algunas coordenadas acerca de la estructura, por ende ahora trabajaremos en relación a la función.

En relación a la función, Freud advierte que este estado afectivo encuentra sus respuestas en el campo de la biología. La angustia, sin lugar a dudas, tiene una función adaptativa. Esta actúa como una reacción frente al peligro y como se generó de esa manera, durante el acto del nacimiento, se repetirá ante situaciones semejantes.

En la 25ª conferencia, Freud advierte que seguramente no encuentre la solución frente a todos los problemas de la angustia, sin embargo vemos que sienta una serie de datos interesantes respecto a la situación de angustia que serán la base para sus postulaciones posteriores. Aquí nos decía que:

Lo primero que hallamos en ella es el apronte para el peligro, que se exterioriza en un aumento de la atención sensorial y en una tensión motriz. Ese apronte expectante debe reconocerse, sin ninguna duda, como ventajoso, y su falta puede traer serias consecuencias. En él se origina, por un lado, la acción motriz -primero la huida y, en un nivel superior, la defensa activa-; por el otro, lo que sentimos como estado de angustia. Mientras más se limita el desarrollo de angustia a un mero amago, a una señal, tanto menores son las perturbaciones en el paso del apronte angustiado a la acción, y tanto más adecuada la forma que adopta todo el proceso. Por eso, en lo que llamamos angustia, el apronte angustiado me parece lo más adecuado al fin, y el desarrollo de angustia lo más inadecuado (p. 359).

Aquí podemos destacar que en estas líneas que acabamos de citar, Freud ya sostiene algunas características excepcionales que caracterizan a las nuevas concepciones acerca de la angustia proporcionadas en 1926 en "Inhibición, síntoma y angustia".

Hacia el final de sus dichos en la cita, vemos que se desprenden dos modalidades de cómo concibe a la angustia en tanto las termina de formalizar luego del giro. Ellas son:

-El apronte angustiado en tanto representa lo más adecuado al fin, o sea, *la angustia señal*.

-El desarrollo de angustia en tanto representa lo más inadecuado al fin, o sea, *la angustia automática*.

Si bien comprende a la angustia ante diferentes modalidades, estas se presentarán en torno a dos situaciones diferentes:

- Las situaciones de peligro.
- Las situaciones netamente traumáticas.

IV - Trauma y angustia después del giro: el papel del peligro

Distinguir entre las modalidades de angustia señal y desarrollo de angustia, será clave para comprender la relación que existe entre trauma y angustia. Respecto a esto Freud dirá:

La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro. El yo, que ha vivenciado pasivamente el trauma, repite *{wiederholen}* ahora de manera activa una reproducción *{Reproduktion}* morigerada de este, con la esperanza de poder guiar de manera autónoma su decurso (Freud, 1926, p. 156).

El yo, para Freud, representa el genuino almacén de la angustia. Éste es el único que puede sentirla y/o producirla. Cuando se presenta una situación de peligro, este desarrolla una pequeña cuota de angustia que es emitida como señal de displacer para advertir la presencia de un peligro y de esta manera poder activar la represión. Aquí el principio del placer conserva su categoría. Esta represión, según Freud, equivale a un intento de huida. El intento de huida es una reacción originaria de un individuo que se encuentra en peligro y quiere escapar de él.

Respecto a lo dicho, introducimos un punto esencial para pensar las concepciones de la angustia en este momento. Si sostenemos que a raíz de que se avecina una situación de peligro, el yo experimenta una pequeña señal de angustia para activar la represión y escapar del peligro, precisamente estamos afirmando que la angustia genera la represión. Esto nos da el pie para destronar la vieja tesis que sostenía Freud en tanto la represión creaba a la angustia.

Ahora bien, ¿por qué el peligro adquiere semejante papel protagónico en relación a lo traumático?

Freud en cuanto a esto nos orienta. Ubica el “núcleo genuino del peligro” y lo designa como situaciones que pueden producir una verdadera perturbación económica en el aparato. Este peligro representa a aquellos estímulos exteriores que pueden perforar la vesícula o en el caso de los estímulos interiores, el peligro del exceso de un propio estímulo pulsional.

Esto nos da la pauta de que, si existen situaciones de peligro, es porque existen escenarios que pueden resultar perturbadores para la economía del aparato y pueden resultar traumáticos. Estas situaciones traumáticas, Freud las caracteriza como aquellas en las que se produce un desvalimiento del yo, al igual que en el acto del nacimiento, donde se genera una perturbación

energética que el aparato no puede tramitar. Tal como lo hemos descripto anteriormente, aquí no funciona el principio del placer, y por eso mismo decimos que se desarrolla la angustia. No existe la posibilidad de defensa, de poder tramitar la situación a través de la ayuda del apronte angustiado, vale decir ahora, de la angustia señal.

Recapitulando lo que hemos dicho hasta aquí, diremos que: el acto del nacimiento, fue la primera situación traumática y constituyó la situación arquetípica del desarrollo de angustia. Supondremos entonces que ante cualquier otra vivencia que al yo le genere un estado de desvalimiento ante un volumen de excitación que no puede tramitar, se desarrollará la angustia automática que paralizará al aparato; pero que sin embargo existe otra posibilidad. El aparato puede anticipar el peligro de esa situación. El yo puede percatarse de que algo ocurre y hacer algo para evitar que se produzca semejante perturbación económica en el aparato, tal que pueda resultar traumática. El yo podría desarrollar una pequeña señal de angustia y cancelar la situación de peligro.

Para ilustrar las afirmaciones que hemos realizado hasta aquí, propongo el siguiente esquema:

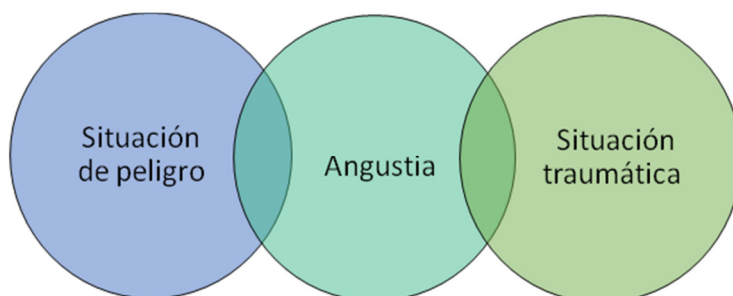


Figura 1. Manifestaciones de la angustia en el ámbito de la psiconeurosis. Angustia señal como muestra de una situación de peligro y desarrollo de angustia ante el desvalimiento del yo en relación al peligro.

La noción de angustia señal para las psiconeurosis ahora resulta decisiva en nuestros estudios acerca de lo traumático porque en ella encontramos el valor esencial de la angustia en cuanto su utilidad para el aparato anímico. *La angustia resulta funcional a la economía del aparato siendo que esta es quien posibilita al yo la defensa.* En este sentido, la angustia señal pone en relieve desde su función, determinadas cualidades adaptativas del individuo ya que surge como respuesta ante la presencia de una situación que conlleva un peligro.

V - Algunas consideraciones finales

A través del recorrido que hemos realizado anteriormente, hemos podido elucidar las principales características de la angustia en relación a su vínculo con el peligro y con el trauma. Logramos establecer las principales coordenadas en relación a las primeras concepciones que Freud estableció acerca de la angustia antes del giro teórico de 1920 y sus posteriores reformulaciones a la luz de la segunda tópica presentadas bajo la lógica de la existencia del yo co-

mo genuino almácigo de la angustia. Mencionamos que la tesis principal que Freud sostenía en relación al vínculo entre angustia y represión cambia hacia el final de su obra, donde al fin logra articular los problemas que en un principio le plantearon las consideraciones que realizó sobre la angustia neurótica. La angustia es quien genera la represión y no al revés. Gracias a este cambio de perspectiva, señalamos que la angustia señal adquiere un mayor protagonismo en el estudio de las psiconeurosis. La angustia señal se manifiesta a través de una pequeña cuota de angustia liberada por el yo para señalar la presencia de un peligro, y de esta forma, activar los mecanismos defensivos poniendo en marcha a la represión.

Por otro lado, como hemos mencionado, Freud propone la metáfora de un organismo vivo para tomar como guía, a la hora de pensar la incidencia del peligro y sus consecuencias en la economía de la vida psíquica. La función del trauma queda muy bien delimitada en el ensayo inaugural del giro teórico: “Más allá del principio del placer” de 1920 donde califica como traumáticos a los estímulos tanto internos como externos que irrumpen en el aparato desbordándolo de energía psíquica imposible de ser ligada. Para finalizar con esta conceptualización del trauma, en “Inhibición, síntoma y angustia” de 1926 afirma que lo traumático implica una situación de desvalimiento vivenciada por el yo para la cual no se estuvo preparado y la consecuencia de esto, es el desarrollo de angustia. Sin embargo, también señalamos que existen otro tipo de situaciones que no son necesariamente traumáticas donde el aparato puede estar esperándola, estar expectante ante ella y combatirlas con angustia señal. Estas últimas son las situaciones de peligro. La expectativa o la falta de esta, resultan ahora condición necesaria para diferenciar entre una situación traumática y una situación de peligro. Ubicamos, tal como lo hace Freud, al “núcleo genuino” del peligro como aquella amenaza que puede producir una verdadera perturbación energética en la economía del aparato donde esta energía que no lograría ligarse por su excesiva cantidad, pasaría a representarse como traumática.

Si revisamos con atención todo lo que acabamos de recapitular, se puede establecer una conclusión. Lo que articula las categorías de trauma, angustia y peligro responde a un factor económico: la perturbación energética en la economía del aparato.

El siguiente esquema puede ayudarnos a comprender estas últimas consideraciones:

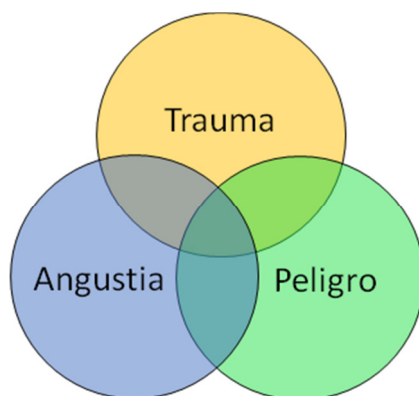


Figura 2. La perturbación económica como eje de intersección entre el trauma, la angustia y el peligro.

La reivindicación del valor de la angustia seña gracias al cambio de tesis donde ahora la angustia genera la represión, pone de relieve una nueva función de la angustia para con el aparato. Dicha función consiste en preparar los sistemas defensivos para prever la amenaza que supondría la presencia de un peligro y evitar que se produzca el desarrollo de angustia, vale decir, que se produzca una situación traumática.

Referencias

- Freud, S. (1905). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 259-272). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1916-1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 25ª conferencia: La angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 357-374). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.

CAPÍTULO 15

Notas sobre las operaciones fallidas y el más allá del principio de placer

Juan Delfino

Todavía del acto psicoanalítico habría que decir que al ser por su revelación original, el acto que nunca se logra tan bien como por ser fallido, esta definición no implica (no más que en otras partes en nuestro campo) la reciprocidad, noción tan cara a la divagación psicológica.

Jacques Lacan, LA EQUIVOCACIÓN DEL SUJETO SUPUESTO SABER

En “Psicopatología de la vida cotidiana (sobre el olvido, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error)” de 1901, Sigmund Freud desarrolla a partir de numerosos ejemplos propios y ajenos, el funcionamiento de las denominadas operaciones fallidas, operaciones que lejos de ser simples errores casuales, suponen en su formación, un sentido inconsciente. Al igual que en su tesis sobre la formación de los sueños, el inconsciente deja de ser patrimonio exclusivo de las psiconeurosis, trascendiendo los márgenes de las psicopatologías establecidas en la época. Es así que –nuevamente– en la obra freudiana, la *normalidad* psíquica es puesta en cuestión.

Diecinueve años más tarde, en “Más allá del principio de placer”, Freud cuestiona directamente un aspecto clave de su tesis sobre los sueños al vislumbrar la presencia de un particular modo de funcionamiento psíquico, diferente del que localizaba hasta el momento en el trono del aparato anímico (Freud, 1920, p. 23). Este movimiento teórico, tiene como una de sus principales consecuencias una nueva formalización de los límites del método de interpretación, tanto del material onírico, que ya no es considerado únicamente el resultado de un deseo por cumplir, como de la transferencia y el juego infantil. Ahora bien: ¿qué novedades plantea la introducción de un funcionamiento más originario y arcaico que el del programa del principio de placer en la lectura de las operaciones fallidas? Y, fundamentalmente: ¿qué consecuencias tiene este cambio de lectura en la práctica clínica?

El afán de búsqueda de un determinismo inconsciente en las producciones oníricas, artísticas, sintomáticas y de diversas situaciones aparentemente inoportunas de la vida cotidiana, quizás haya sido uno de los principales intereses de Freud a principios del siglo XX. Las operaciones fallidas son una clara muestra de esta empresa. Olvidos de frases, palabras extranjeras o nombres, deslices en la escritura o lectura, lapsus en el habla, etc., son algunos de los términos con los que agrupó a todas aquellas manifestaciones del inconsciente que identificaba en

la vida del ser humano, neurótico o no. Asimismo, una de sus últimas y brevísimas obras también está dedicada a este tema: "La sutileza de un acto fallido" (1935), lo que refleja el insistencia del interés freudiano por la temática.

De las operaciones fallidas y los sueños

En "Psicopatología de la vida cotidiana" Freud sostiene la tesis de que "junto al olvido simple de nombres propios, se presenta también un olvido que está motivado por represión" (Freud, 1901, p.15). Es a partir del análisis del nombre propio Signorelli que reconoce tres condiciones para que se produzca el olvido de un nombre con recordar fallido: "1) cierta predisposición para su olvido; 2) un proceso de sofocación trascurrido poco antes, y 3) la posibilidad de establecer una asociación extrínseca entre el nombre en cuestión y el elemento antes sofocado" (Freud, 1901, p. 13).

Por otra parte, respecto del olvido de palabras extranjeras, Freud encuentra en el ejemplo de la palabra *Aliquis* un segundo mecanismo para el olvido: "la perturbación de un pensamiento por una contradicción interna que proviene de lo reprimido" (Freud, 1901, p. 24). Sin embargo, ambos ejemplos típicos tienen en común que "lo olvidado o desfigurado ha entrado en conexión, por algún camino asociativo, con un contenido inconsciente de pensamiento del cual parte el efecto que se hace visible como olvido" (p. 28).

El mecanismo es explicado del siguiente modo:

Entre el nombre perturbado y el complejo perturbador hay un nexo preexistente, o se lo ha establecido por caminos que parecen artificiosos mediante asociaciones superficiales (extrínsecas). Los complejos perturbadores más eficaces demuestran ser los de la referencia a sí propio (los personales, familiares, profesionales). Un nombre que a raíz de una multivocidad pertenezca a varios círculos de pensamiento (complejos) será perturbado a menudo, en el contexto de una de esas secuencias de pensamiento, por su copertenencia a otro complejo más intenso. (p. 45)

Mecanismo que según Freud respondería al propósito de evitar que se despierte displacer debido al recuerdo (p.45). Resumiendo, podemos identificar que en esta explicación están presentes dos elementos claves: la incidencia efectiva de pensamientos inconscientes reprimidos como factor perturbador y un modo de funcionamiento del aparato psíquico regido por el principio de placer.

En esta misma línea podríamos incluir el trastrabarse, las equivocaciones en la lectura, la escritura y en el habla, ya que encuentran el mismo parentesco. El análisis de otras clases de olvidos, como el de impresiones y vivencias (vinculados con un saber) y el olvido de designios (vinculados con un hacer) lo conducen a similar conclusión: "En todos los casos el olvido resultó fundado en un motivo de displacer" (Freud, 1901, p. 136).

Es de notar que para Freud, las operaciones fallidas también tienen una clara similitud con los sueños que, al igual que los síntomas y el chiste, son formaciones producto de operaciones inconscientes. Esta coincidencia se funda principalmente en lo que el autor llama los puntos más esenciales, es decir: los mecanismos propios del inconsciente:

Aquí como allí, uno halla condensaciones y formaciones de compromiso (contaminaciones); la situación es la misma, a saber: unos pensamientos inconscientes logran expresarse por caminos insólitos, a través de asociaciones extrínsecas, como modificación de otros pensamientos. Los dislates, absurdos y errores del contenido del sueño, a consecuencia de los cuales es difícil reconocer en el sueño el producto de una operación psíquica, se generan del mismo modo —si bien con un aprovechamiento más libre de los recursos preexistentes— que las equivocaciones vulgares de nuestra vida cotidiana; aquí como allí, la apariencia de una función incorrecta se resuelve en la peculiar interferencia de dos o más operaciones correctas (Freud, 1901, p. 269).

Entonces, aquí cabe preguntarse por la relevancia para el psicoanálisis que podría tener el hallazgo de puntos esenciales comunes. Al igual que en “La interpretación de los sueños” (1900), podemos colegir que el valor de esta intelección está dada para Freud por el entramado sintomático con el que se puede enlazar la interpretación de la operación fallida, más allá de la gravedad o intensidad que presente la misma en forma aislada. Al respecto resulta esclarecedor tener en cuenta que en 1895 el mismo Freud pone en cuestión la utilización de la imagen de un cuerpo extraño (qué él había propuesto) para representarse la organización del material patógeno:

Nuestro grupo psíquico patógeno, en cambio, no se puede extirpar limpiamente del yo, pues sus estratos más externos traspasan omnilateralmente hacia sectores del yo normal, y en verdad pertenecen a este último no menos que a la organización patógena. La frontera entre ambos es trazada por el análisis ora aquí, ora allá, de una manera puramente convencional, y en ciertos puntos ni siquiera se la puede indicar. Los estratos internos se enajenan del yo más y más, sin que la frontera visible de lo patógeno comience en parte alguna (p. 295).

A raíz de ello postula otro símil, el de la infiltración: “En este símil, debe suponerse que la resistencia es lo que infiltra. La terapia no consiste entonces en extirpar algo —hoy la psicoterapia es incapaz de tal cosa—, sino en disolver la resistencia y así facilitar a la circulación el camino por un ámbito antes bloqueado. (Freud, 1985, p. 295). Es así que podemos afirmar que para Freud las operaciones fallidas tienen claramente un valor clínico en el transcurso de un análisis, siempre y cuando la irrupción del inconsciente sorprenda al yo del analizante y, de este modo, facilite la vía de acceso al inconsciente.

La falla y el acierto

Ahora bien, siguiendo el planteo freudiano: ¿qué sería lo que *falla* en las operaciones llamadas fallidas?, ¿se trataría de una falla que conduce a un trabajo de reparación en un psicoanálisis? Freud refiere que en estas operaciones una función psíquica es perturbada por otra trama de pensamientos inconscientes, que se encuentran asociados a algo displacentero. Por ejemplo: no se recuerda un nombre, se equivoca una palabra, se olvida una acción. Pero estas operaciones son “fallidas” siempre y cuando el yo tome nota de lo acontecido y lo considere una equivocación o al menos se sorprenda. En contraposición a esto, Freud plantea que si no se registra un olvido cuando éste sucede, sólo se trataría de un error de la memoria y no de una operación fallida: “Los errores de la memoria se distinguen del olvido con recordar fallido por un solo rasgo: en aquellos, el error (el recordar fallido) no es discernido como tal, sino que recibe creencia” (Freud, 1901, p. 212). Frases como: “quise decir otra cosa, me equivoqué”, “tengo ese nombre en la punta de la lengua, me viene otro pero nada que ver”, “¿cómo puede ser que me haya olvidado de hacer ese trámite tan importante”, reflejan un modo de registro yoico que sanciona lo acontecido como una “falla”. Sin embargo –y en las antípodas del yo- podríamos afirmar que para el psicoanalista no hay nada más acertado que una operación fallida. Justamente en ella el inconsciente es eficiente, y encuentra un modo de manifestarse. Entonces podríamos afirmar: falla para el yo y acierto para el inconsciente.

De las operaciones fallidas y la compulsión de repetición

Ahora bien, en 1920, Freud establece un giro en su modelo funcional del aparato psíquico. La existencia de fenómenos que no aspiran a la obtención de un placer o a la disminución del displacer, confrontan al psicoanálisis con un atolladero. El principio de placer es derrocado de su lugar de privilegio por un modo de funcionamiento más arcaico y originario. La compulsión de repetición, que no cesa, de aquello que produjo una perturbación traumática en el aparato psíquico, no encuentra un lugar en la lógica de un sistema organizado por la díada placer-displacer. Nuevamente aquí encontramos a un Freud interrogándose por los sueños, por su sentido y configuración. En este caso, los sueños de las neurosis traumáticas representan un agujero en sus tesis: ¿representan el cumplimiento de un deseo?

Si en la neurosis traumática los sueños reconducen tan regularmente al enfermo a la situación en que sufrió el accidente, es palmario que no están al servicio del cumplimiento de deseo, cuya producción alucinatoria devino la función de los sueños bajo el imperio del principio de placer. (...) Aquí, entonces, deberíamos admitir por primera vez una excepción a la tesis de que el sueño es cumplimiento de deseo (...) los mencionados sueños de los neuróticos traumáticos ya no pueden verse como cumplimiento de deseo; tampoco los sueños que se presen-

tan en los psicoanálisis, y que nos devuelven el recuerdo de los traumas psíquicos de la infancia. Más bien obedecen a la compulsión de repetición, que en el análisis se apoya en el deseo (promovido ciertamente por la «sugestión») de convocar lo olvidado y reprimido. (Freud, 1920, p. 31)

Extendiendo las consecuencias de esta conclusión, podemos decir que no todo lo que muestra el contenido onírico del soñante es un material ligado o desfigurado, producto del trabajo del sueño. Por ello, el texto del soñante difícilmente representa en su totalidad un material susceptible de interpretación en el sentido freudiano del término: como la develación de sentido inconsciente. Por otro lado, este giro freudiano produce un movimiento respecto a la concepción de otros fenómenos clínicos, como por ejemplo el juego infantil, la transferencia, ambos desarrollados por Freud. Pero ¿qué sucede con las operaciones fallidas? ¿Qué impacto tiene sobre su interpretación la incorporación de la compulsión de repetición?

Si el funcionamiento psíquico que no responde al principio de placer no sólo se manifiesta en los sueños, entonces el material de las operaciones fallidas tampoco es ajeno a ello. No resultaría llamativo reconocer que las impresiones traumáticas también se manifiesten en las operaciones fallidas de modo compulsivo, pero ¿en qué ejemplo freudiano podríamos ver esto reflejado? Creemos que en “Más allá del principio de placer” (Freud, 1920) la descripción de casos en los que se produce la repetición del mismo destino vivenciado *pasivamente*, puede servir hipotéticamente como un indicio de este modo de funcionamiento:

Piénsese, por ejemplo, en la historia de aquella mujer que se casó tres veces sucesivas, y las tres el marido enfermó y ella debió cuidarlo en su lecho de muerte.' La figuración poética más tocante de un destino fatal como este la ofreció Tasso en su epopeya romántica, la Jerusalén liberada. El héroe, Tancredo, dio muerte sin saberlo a su amada Clorinda cuando ella lo desafió revestida con la armadura de un caballero enemigo. Ya sepultada, Tancredo se interna en un ominoso bosque encantado, que aterroriza al ejército de los cruzados. Ahí hiede un alto árbol con su espada, pero de la herida del árbol mana sangre, y la voz de Clorinda, cuya alma estaba aprisionada en él, le reprocha que haya vuelto a herir a la amada. (Freud, 1920, p. 22)

La repetición de un infortunio como los aquí descriptos, asociados a un modo de actuar del sujeto, y que responde a motivaciones propias de un funcionamiento psíquico que no aspira a la obtención de un placer o a la disminución de un displacer, quizás sea una pista que nos permita orientarnos respecto a aquellos fenómenos que se presentan dentro del ámbito analítico y que requieren un tratamiento diferente al de la interpretación por la vía del sentido.

Lo no interpretable de la operación fallida

Creemos que no es ingenuo que a esta altura del desarrollo nos preguntemos algo primordial: ¿qué es lo que se manifiesta en estas operaciones? ¿Se trata acaso de una pulsión sofo-cada? ¿De un deseo infantil inconsciente? La innegable multivocidad del inconsciente que es-clarece Freud en 1923, nos pone en alerta al recordarnos que no todo inconsciente es reprimi-do y que es palmaria la existencia de un modo de manifestación pulsional que no responde al principio de placer.

Si lo dicho por Freud respecto a los sueños es aplicable a las operaciones fallidas, entonces tendremos que admitir que no todo lo que ellas muestran es interpretable por la vía del sentido inconsciente, que supone condensaciones, desplazamientos y sustituciones. Por ello sería más bien prudente estar atento a no presuponer necesariamente la presencia de una resistencia a la asociación en aquello que no se entiende en lo que se escucha de una operación fallida, porque lo pulsional que no se liga, que no hace cadena, también se manifiesta. Lo que perturba al yo, pobre diablo, no sólo se trata de lo reprimido.

Referencias

- Freud, S. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. Cap. IV: Sobre la psicoterapia de la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo II.* (pp. 261- 309). Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IV y V.* Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VI.* Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62), Buenos Aires: Amorrortu, 1975.
- (1923). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- Lacan, J. (1967). La equivocación del sujeto supuesto saber. *Otros escritos* (pp. 349-360). Buenos Aires: Paidós, 2012.

CAPÍTULO 16

El sentido del síntoma y su núcleo de satisfacción

Clarisa Moya

En conjunto y en una primera aproximación, diremos que aquello que satisfacen por la vía del displacer, es, al fin y al cabo, la ley del placer -cosa por lo demás admitida. Digamos que, para una satisfacción de esta índole, penan demasiado. Hasta cierto punto este penar de más es la única justificación de nuestra intervención.

Jacques Lacan, SEMINARIO 11

A lo largo de su obra, Freud ha tomado al síntoma como punto de partida para pensar los embrollos de la clínica y producir nuevas conceptualizaciones sobre aquello que en la práctica se presenta como enigma o como obstáculo. En su recorrido, es posible identificar que la noción del síntoma siempre presenta un doble registro: el del sentido y el de la satisfacción. Por un lado, el síntoma en su dimensión anudada a la palabra, en tanto sustituto de algo inconsciente que busca expresión, y como tal es interpretable. Por otro lado, el síntoma en su dimensión de aquello que resiste a la interpretación y que en él se satisface de una manera cerrada. Se trata de una temática que, aparte de ser teórica, invita a pensar sobre la orientación en la clínica, los límites en la cura analítica, y las condiciones que favorecen u obstaculizan la eficacia del análisis.

En el presente trabajo, se realizará un recorrido preliminar al llamado giro de los años 20, para luego acentuar en los desarrollos posteriores a “Más allá del principio de placer” (1920). A la luz del segundo dualismo pulsional, la noción del síntoma cobra otra dimensión como modo de funcionar. Allí donde el sujeto se confronta con un sufrimiento, el analista se plantea la suposición de que en realidad hay un arreglo. Es decir que el síntoma se satisface ahí mismo donde se lo presenta como doloroso, y satisface especialmente a la repetición. Elucidar las implicancias teóricas y clínicas de este hallazgo freudiano conducirá a interrogarse sobre la posición del analista y las maniobras transferenciales e interpretativas que tendrá que poner a jugar para intervenir sobre la satisfacción paradójica del síntoma.

Los interrogantes que se desprenden de este planteo tienen implicancias tanto teóricas como clínicas: ¿Cómo llega Freud a postular esta concepción del síntoma? ¿Cómo se explica el hecho de que sea tan persistente y duradero? ¿Por qué encierra algo que escapa a la interpretación, que no se puede atrapar por la vía del sentido? ¿Qué hace que un sujeto pueda vivir con un síntoma sin que éste le provoque molestia? ¿En qué momento empieza a perturbarlo y qué justifica una intervención analítica?

La doble dimensión del síntoma: recorrido preliminar

A lo largo de la obra freudiana, el concepto de síntoma es abordado en su doble dimensión: por una parte, su anudamiento al sentido y su valor como sustituto, y por otra parte, su costado económico, que inicialmente está vinculado al placer, y en un momento posterior, a lo pulsional. Al mismo tiempo, vemos mantenerse la definición del síntoma como una de las formaciones del inconsciente, entre las que también se incluyen los sueños, los actos fallidos y los chistes.

Sin embargo, en el recorrido por los distintos momentos de la obra de Freud, se muestran variaciones en cuanto al modo de entender el síntoma, en relación a las vicisitudes de su práctica.

En los tiempos de gestación del psicoanálisis, durante el período que transcurre desde 1893 a 1899, el síntoma era definido como símbolo mnémico de un tiempo reprimido pero presente en sus efectos. Por medio del método catártico, el paciente comunicaba todos aquellos recuerdos que emergían en el estado hipnótico y que guardaban relación con el momento de aparición de los síntomas, permitiendo abreaccionar el afecto que se había disociado de esos recuerdos. Es así como se suprimían los síntomas. No obstante, en muchos casos este propósito fallaba porque los síntomas reaparecían o retornaban bajo otras formas (cf. Freud, 1905a, p. 250). El método hipno-catártico mostraba sus limitaciones terapéuticas, en un momento donde la cura apuntaba a la desaparición de los síntomas.

A partir de postular un mecanismo psíquico para los fenómenos neuróticos y suponer en el síntoma una causa, Freud empieza a poner acento en el decir del paciente, en la palabra, inaugurando la clínica analítica. En este marco, la interpretación encuentra su límite cuando la transferencia aparece como obstáculo en la cura, momento de detención de las asociaciones, que se apunta a sortear a través de un manejo transferencial estratégico, y del análisis de las resistencias en el trabajo analítico. La resistencia como manifestación clínica de la acción de la defensa, será analizada y comunicada al paciente, para que pueda darle cauce a la regla fundamental.

En una época donde Freud postulaba el funcionamiento del aparato psíquico según el principio de placer, el desafío del analista era instrumentar la interpretación en la dirección del tratamiento. Para ello, el autor propone dos abordajes: desde el punto de vista práctico, suprimir los síntomas y hacer consciente lo inconsciente, mientras que desde un objetivo teórico, la orientación será llenar las lagunas mnémicas (Freud, 1905b). Freud valoriza a los sueños como uno de los rodeos que permitiría alcanzar estas metas, pero una vez más se encuentra con un límite en la interpretación: el “ombligo del sueño”, tope del desciframiento y punto irreductible (cf. Escars, 2015, p. 13-31).

Es así como empieza a advertir que los sentidos podían ser múltiples y variados, pero había algo que persistía. Al construir el concepto de pulsión y pensar al síntoma como un núcleo pulsional revestido de sentido, Freud encuentra que lo que se repite es siempre ese aspecto pulsional, hueso duro de roer. Buscará llegar al elemento que mantiene unidos estos dos componentes heterogéneos: esto es, la fantasía. De este modo, el síntoma aparece aquí como susti-

tuto de aquello que pugna por encontrar una expresión, valiéndose de los mecanismos de condensación y desplazamiento, y hallando un marco en las fantasías, pertenecientes al orden de la realidad psíquica. Serán ellas las que ocultarán o disfrazarán el recuerdo de una satisfacción infantil autoerótica, prohibida, de la cual el sujeto no quiere saber. Transacción entre dos fuerzas de origen pulsional, formación de compromiso que lleva la marca tanto de la defensa como del deseo.

Desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano, se plantea que el trabajo del analista consiste en partir de los dichos del sujeto, del texto del síntoma, para localizar en su decir las marcas del deseo que lo motoriza, situado en el “entre” de las representaciones que se enlazan en las cadenas asociativas (cf. Miller, 1997).

El síntoma, en este punto, forma parte de una trama representacional a partir de la cual adquiere un sentido. Es testimonio de un saber que el sujeto porta sin saberlo, y que es posible descubrir a través del trabajo de interpretación, procurando que de este esclarecimiento decanten otros modos de satisfacción menos displacenteros. Sin embargo, lo más difícil de remover no será el síntoma en su vertiente de mensaje a descifrar, sino la dimensión pulsional que encierra. Según Freud (1905c), la fuente energética de las neurosis es la pulsión sexual, “de suerte que la vida sexual de las personas afectadas se exterioriza de manera exclusiva, o predominante, o sólo parcial, en estos síntomas (...) Los síntomas son la práctica sexual de los enfermos” (p. 145).

Resulta interesante mencionar la idea de Naparstek (2010), para quien la cara “zonática” del síntoma, su localización en una zona erógena, es lo que no deja de insistir. Pulsión parcial que, encontrando un cauce en la fantasía y hallando descarga vía el síntoma, se satisface recortando una parte del cuerpo, zona erógena privilegiada alrededor de la cual la pulsión circunscribirá su circuito. Por lo tanto, el síntoma es un modo alternativo de que la pulsión encuentre satisfacción, es uno de los destinos de la pulsión.

Antecedentes a “Más allá del principio de placer”

Hacia 1914 encontramos un texto bisagra, “Introducción del narcisismo”, en el cual plantea que la libido no es sólo objetal sino esencialmente yoica. El yo es sexualizado, es investido por las pulsiones sexuales, con lo cual hay un momento en que libido yoica y libido de objeto coinciden: el narcisismo. El cuerpo que en el autoerotismo era un cuerpo fragmentado donde las pulsiones parciales se satisfacían de manera independiente entre sí, adviene a partir de un nuevo “acto psíquico” como cuerpo unificado. Éste será tomado como objeto en el narcisismo, y sólo posteriormente una parte de la libido yoica será depositada en los objetos, transformándose así en libido objetal. Pero también podrá abandonarlos nuevamente para dirigirse al yo, ya que “es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite” (Freud, 1914^a, p. 73). Es posible situar en este artículo un prelude de las insuficiencias del primer dualismo pulsional (pulsiones yoicas o de autoconservación versus pulsiones sexua-

les) que será reformulado a partir de “Más allá...”, con la conceptualización del segundo dualismo (pulsiones de vida, y pulsiones de muerte).

Por otro lado, como antecedente de lo que en aquel texto denomina compulsión de repetición, hallamos en la obra freudiana un texto contemporáneo a “Introducción del narcisismo”, denominado “Recordar, repetir y reelaborar” (1914b). Allí Freud escribe que, sobre todo en el caso de vivencias de la temprana infancia que habían sido comprendidas con efecto retardado, era realmente imposible despertar el recuerdo de las mismas. Y concluye que el paciente no recuerda todo lo reprimido, pero lo actúa, lo repite en la situación presente, en la transferencia con el analista. Ahora la transferencia va a ser el espacio en el cual el enfermo repite su pasado, manifestando en ese vínculo con el analista sus inhibiciones, sus rasgos patológicos de carácter, sus síntomas. En este texto Freud teoriza sobre la compulsión de repetición, comenzando a pensar en las posibles maniobras analíticas para que ésta no se convierta en obstáculo, sino más bien en motor del trabajo analítico. Es así como plantea que dicha compulsión de repetición del paciente, que en sí es su modo de recordar, podrá ser operativizada por el analista para que en el escenario analítico los síntomas adquieran un nuevo significado: el transferencial. Al respecto propone el reemplazo de la neurosis del paciente por una neurosis de transferencia, de la cual se podrá curar en el marco del trabajo analítico (p. 156). Esta enfermedad artificial, de carácter provisorio, conlleva para el analista la tarea de reorientar al paciente hacia los orígenes inconscientes de las reacciones de repetición que allí se despliegan, y traerlos a la conciencia, permitiendo la elaboración de las resistencias que se oponían al despertar de los recuerdos.

Hacia 1916-1917 ubicamos las Conferencias 17 y 23 que, según Birch (2011), abordan las dos caras del síntoma: en la primera, las implicancias hermenéuticas que conlleva todo síntoma, y en la segunda, los diversos recorridos de la pulsión que se nutre del síntoma para encontrar satisfacción. Interesa destacar la Conferencia 23, en la que Freud define a los síntomas neuróticos como “el resultado de un conflicto que se libra en torno de una nueva modalidad de la satisfacción pulsional” (Freud, 1916-1917a, p. 326). Plantea que la desaparición de los mismos no implica la cura, ya que lo que resta es la capacidad para formar nuevos síntomas, es decir, trabajar en relación a la repetición. El analista, quien forma parte del síntoma artificial producto del desarrollo de la neurosis de transferencia, apuntará que éste vuelva a desarmarse, pero lo hará desde la posición de la abstinencia. Tal posición es la que fundamenta la intervención analítica y la distingue de la sugestión directa que caracteriza otras psicoterapias.

En la “28ª conferencia: La terapia analítica” (1916-1917b), Freud subraya que en el psicoanálisis, a diferencia de la sugestión, la transferencia está en primer plano, ya que la libido de los síntomas es desplazada hacia la misma, y lo que se pretende hacer es desmontarla, liberarla de la libido, descomponerla en cada una de sus manifestaciones, por medio de la interpretación. A través de ella, el paciente obtiene una ganancia de saber en relación a lo que de su historia repite, no sin satisfacción y sufrimiento, en el vínculo transferencial.

Satisfacción paradójica del síntoma

Freud empieza a encontrarse con la necesidad de explicar el fenómeno clínico de la repetición en transferencia de escenas dolorosas e indeseadas para el neurótico, en tanto dicho fenómeno supone una objeción al principio de placer. En “Más allá...” dice que una compulsión fuerza a la repetición en el escenario transferencial de esas escenas que en sí mismas sólo conllevarían displacer.

El autor plantea que en ciertos casos la compulsión de repetición deja de ponerse al servicio de la cura para ser tomada por el yo, quien opondrá su resistencia en el trabajo analítico. Se trata de los límites que van conduciendo a Freud al encuentro con la mudez pulsional, la cual aparece clínicamente bajo la forma del juego infantil del *fort-da*, los sueños de la neurosis traumática, la repetición en la transferencia y la compulsión de destino. En este texto, postula una modalidad de satisfacción que ya había situado en su recorrido previo, pero esta vez la conceptualizará y la definirá como un principio. La compulsión de repetición, entendida como “más originaria, elemental y pulsional que el principio de placer que ella destrona” (Freud, 1920, p. 23), supone un más allá de este principio, una satisfacción directa, pero de otra índole.

En este sentido, el síntoma como formación del inconsciente se vale de la compulsión de repetición poniéndola al servicio de un intento de ligar lo pulsional que empuja y desborda al psiquismo. Sin embargo, dicho intento resulta hasta cierto punto fallido: paradójicamente, el síntoma conlleva un sufrimiento que no deja de repetirse.

Por lo tanto, el síntoma no es sólo un mensaje a descifrar. Si bien la interpretación analítica apuntará a que el sujeto se interroga sobre el sentido de sus síntomas para que de allí se desprendan efectos de verdad, produciendo reducciones a nivel de lo sintomático, Freud se topa con lo imposible de reducir. El sujeto encuentra una satisfacción pulsional en su síntoma, en su propio sufrimiento, en la repetición, lo que evidencia la operatoria de la pulsión de muerte y pone de manifiesto la satisfacción paradójica que supone el más allá del principio del placer. Es esto lo que resulta difícil de conmovir y tocar por la vía del sentido.

El síntoma como solución

En “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), Freud describe la incorporación del síntoma al yo, como intento de eliminar su carácter de extraterritorialidad e integrarlo a la organización yoica. El efecto de este modo de funcionar, será la fijación del síntoma, que se vuelve cada vez más indispensable para el yo como punto de anclaje en su vida, lo que explica su dificultad para abandonarlo. El síntoma es, por así decir, lo más ajeno pero al mismo tiempo lo más singular y propio de cada quien.

Esto trae consecuencias a nivel de la clínica y la dirección de la cura, al plantearse el tope de las posibilidades de la interpretación, y la emergencia de aquello que se opone a ser resignado, especialmente porque cumple una función en la economía libidinal: en su repetición, el

síntoma es una solución ante un conflicto psíquico y un intento de huida frente al peligro pulsional. Es aquello que se forma para escapar a un desarrollo mayor de angustia, y ligar la energía psíquica de otro modo.

En “El malestar en la cultura” (1930), introduce la dimensión inevitable del sufrimiento, especialmente aquel cuya fuente son los vínculos con los otros seres humanos, lo cual causa mayor penar. Articula los distintos inventos que cada quien realiza para sortear algo de ese malestar, entre los cuales ubica los síntomas como satisfacciones sustitutivas. Sin dejar de tener en cuenta que se trata de invenciones condenadas al fracaso, ya que a los neuróticos les producen sufrimiento o dificultades con el entorno social, los síntomas serán para el sujeto una solución al malestar.

Si el síntoma es un arreglo, una solución, ¿a título de qué uno en tanto analista pretendería trastocarla? Cuando la satisfacción pulsional se manifiesta como algo del orden de lo disruptivo, compulsivo, excesivo, uno podría suponer allí la pertinencia de un análisis. Es el sufrimiento *en más* lo que justifica una intervención analítica (Lacan, 1964, p. 173-4). Ahora bien, el sujeto puede elegir quedarse capturado por la mudez de su cuerpo y de la pulsión de muerte, o bien dejarse llevar por la palabra, la cual no le da ninguna garantía respecto del sitio donde lo conducirá.

Será el paciente quien decidirá darle o no lugar a lo reprimido, y dado el caso, se enfrentará frente a dos alternativas: permanecer aferrado a su síntoma, o bien realizar una nueva elección diferente a la de la respuesta que ya ha dado previamente (Naparstek, 2010).

Lo que no cesa de repetirse

En el texto “El yo y el ello” (1923), Freud se refiere a lo que llama *reacción terapéutica negativa*. Plantea que hay casos donde llegado un momento del tratamiento en el cual es posible advertir progresos en el trabajo analítico, el paciente empeora en vez de mejorar. La curación es vista como un temido peligro y el sujeto se aferra a su padecimiento. El autor vincula este fenómeno clínico con “un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo del padecer” (p. 50). Este sentimiento de culpa, derivado de la pulsión de muerte, es mudo para el paciente: él no se siente culpable, sino enfermo, y lo exterioriza a través de una resistencia a la curación. Se trata de un poderoso obstáculo en el avance del tratamiento. Aquí se observa una vez más la preocupación de Freud por ese punto irreductible: momento de detención de la cura, encuentro con la resistencia del ello (cf. Freud, 1926, p. 250). La inercia psíquica que en la “22ª conferencia” (1916-1917c) había definido en términos de la viscosidad de la libido, pone en juego la resistencia en pacientes que presentan escasa movilidad en la libido.

Es lo que en “Análisis terminable e interminable” (1937a), Freud explica como el factor cuantitativo de la intensidad pulsional. En este texto desarrolla cómo el yo del neurótico queda en algún punto paralizado, o bien enceguecido, lo que trae como consecuencia la renovada batalla

contra la inercia pulsional a medida que se avanza en el tratamiento. Plantea que los mecanismos de defensa que en su momento han operado para apartar al yo del peligro pulsional, no han sido resignados y ahora retornan en el tratamiento como resistencias a la cura, volviéndose esta un peligro nuevo para el yo.

Allí se interroga cómo intervenir en los casos donde, a pesar de la ganancia de saber, no hay cambios ni reposicionamientos subjetivos. El factor cuantitativo de la intensidad pulsional viene a poner un límite a las posibilidades de rectificar los procesos represivos originarios. Se trata de un artículo que nos convoca a pensar qué hacer frente a lo duradero, lo persistente del síntoma, más específicamente, su punto imposible de reducir. Para el autor, la operatoria de la resistencia hace que todo siga igual. Es aquí donde tropieza con lo que llamará la “roca de base”, la castración. Límite que en el hombre aparece bajo la forma de protesta contra su actitud femenina y en la mujer como envidia o deseo del pene. Ambas modalidades se articulan en la dialéctica fálico-castrado y responden a la desautorización de lo femenino. Aquello que permanece como enigma marcando un tope a la exploración del inconsciente es, entonces, la feminidad.

Un modo posible de intervención

A pesar del encuentro con el basamento rocoso, Freud continúa interesado en las posibles maniobras del analista para esclarecer lo reprimido y con ello producir efectos sobre las modalidades de satisfacción de la pulsión. Allí donde se revela aquello que no es interpretable, Freud propone una operación del analista que denomina “construcción”.

En el artículo titulado “Construcciones en el análisis” (1937b) define esta herramienta como aquella que permite colegir lo que el paciente ha olvidado y no puede recordar desde los indicios que esto ha dejado tras sí, por ejemplo las repeticiones de acciones que provienen de la edad temprana y que se han puesto en juego a nivel transferencial. La comunicación de estas construcciones al analizante tendría un efecto semejante al que produce la interpretación. Es a partir de este tipo de intervenciones como un sujeto podría cernir aquello que no deja de repetirse y que hasta el momento ignoraba.

Instrumentar esta herramienta analítica en la clínica es parte de la apuesta a que el paciente encuentre un destino de la pulsión distinto, otro modo de tramitar lo pulsional, un uso singular del punto irreductible del síntoma, que conlleve menos sufrimiento para el sujeto.

Palabras finales

El recorrido bibliográfico en torno a las dos caras del síntoma, la del sentido y la de la satisfacción pulsional, permite vislumbrar los movimientos que Freud ha ido realizando en el esfuer-

zo de formalización de la experiencia analítica, cuyo eje central siempre será, para este autor, el síntoma. Sin dejar de constatar que hay allí un sufrimiento, Freud se muestra interesado en extraer el núcleo de satisfacción y el lugar al cual ese síntoma ha advenido para cada sujeto.

En una época caracterizada por la caída de los ideales y de las ficciones simbólicas que enmarcan al síntoma, el analista suele confrontarse con la cara más pulsional del modo de funcionamiento de cada quien. Contribuir al montaje de cierto entramado representacional permite encauzar la pulsión, tornándola más vivible. Sin embargo, hay un agujero, un “ombbligo” que el sentido nunca logrará apresar. El tropiezo con lo no interpretable conduce al analista a la invención de otros modos de intervenir frente a lo que no cesa de repetirse. Sólo por la vía de un rodeo en torno a ese borde, será posible generar modalidades menos sufrientes de respuesta al conflicto psíquico y al malestar cultural subyacente.

Tal es el desafío que Freud deja entrever en sus últimos escritos, convocándonos a instrumentar en nuestro accionar cada detalle teórico y clínico que recorre su obra.

Referencias

- Birch, C. R. (2011). Pulsión, libido, la hermeneútica y la energética. *3er Congreso Internacional de Investigación, 15 al 17 de noviembre de 2011, La Plata*. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1388/ev.1388.pdf
- Escars, C. (coord.) (2015). Parte I. La interpretación de los sueños y sus límites: el “ombbligo del sueño”. *Problemáticas del psicoanálisis: actualidad de los atolladeros freudianos*. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/47786/Documento_completo_.pdf?seuqense=1
- Freud, S. (1905a). Sobre psicoterapia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 243-258). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1905b). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1905c). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp.109-224). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1914a). Introducción del narcisismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp.65-104). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1914b). Recordar, repetir y reelaborar. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp.145-158). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1916-1917a). 23ª conferencia: Los caminos de formación de síntoma. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1916-1917b). 28ª conferencia: La terapia analítica. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 408-422). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1916-1917c). 22ª conferencia: Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 309-325). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.

- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- (1923). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1930). El malestar en la cultura. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1937a). Análisis terminable e interminable. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 211-270). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- (1937b). Construcciones en el análisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 255-270). Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Lacan, J. (1964). *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Miller, J.-A. (1997). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Naparstek, F. (2010). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo. Tomo III*. Buenos Aires: Grama.

CAPÍTULO 17

Pulsión de muerte y superyó: lecturas sobre el “más allá...” en Freud

Javier Pérez

En este capítulo nos proponemos indagar sobre cómo Freud va caracterizando las relaciones que se establecen entre la pulsión de muerte y el superyó, a partir de la aparición de estos conceptos. Para llevar a cabo dicha tarea se tomarán algunos textos clave en los que se presentan desarrollos sobre esta temática, con el fin de analizar las particularidades de dicha relación. Más allá del interés teórico que este tema pueda presentar, creemos que además presenta un gran interés clínico y de actualidad, en tanto que puede ponerse a cuenta de la pulsión de muerte gran parte de los fenómenos que expresan la vertiente inercial de la experiencia analítica. Esta dimensión refractaria a la interpretación que se comienza a dilucidar de manera más clara a partir de 1920, conlleva una dificultad y un desafío para el analista en la clínica.

A esto se suma el concepto de superyó, que intenta abordar la complejidad de los fenómenos evidenciados en la clínica que dan cuenta de algunos de los más serios obstáculos a la curación. A la conocida referencia freudiana en la que plantea que el superyó puede volverse un cultivo puro de la pulsión de muerte en la melancolía (Freud, 1923, p. 54) podemos agregar, como puntos que suscitan un interés clínico, que Freud toma la conducta del superyó como índice capaz de dar la medida de la gravedad de la neurosis (Freud, 1923, p. 51).

Proponemos entonces que en este recorrido podremos contemplar que los planteos freudianos sobre el más allá del principio de placer admiten distintas lecturas en cuanto a la consideración de aquello que pasa a formar parte de la lista de postulados del psicoanálisis que presentan un carácter disruptivo para las personas y el sentido común: no sólo los sujetos no saben cuáles son los motivos que determinan sus actos, sino que además, muchas veces estos actos van en contra de su “bienestar”.

Surgimiento de los conceptos en cuestión

Para comenzar a caracterizar los conceptos planteados tomaremos en consideración el texto “Más allá del principio de placer” (1920). Su importancia, tanto en la teoría psicoanalítica como en el tema que nos convoca, se da en función de la elaboración teórica que produce

Freud para intentar dar cuenta de la causa que está a la base del padecimiento psíquico. Si bien la pregunta por la causa estuvo presente desde los inicios de la obra freudiana, este momento en particular representa un giro debido a la introducción de un nuevo concepto: la pulsión de muerte. En este escrito Freud se aboca a la indagación de aquellos fenómenos que cuestionan el imperio irrestricto del principio de placer, considerado como el principio regulador del aparato psíquico. Así, los sueños de las neurosis traumáticas, el juego del Fort-Da, la repetición de situaciones afectivas dolorosas e indeseadas en el marco de la transferencia y aún en la vida cotidiana bajo la forma del sesgo demoníaco del destino, son englobados en una serie cuyo factor común es la compulsión a la repetición. En estas figuras enumeradas, la repetición se le presenta a Freud con algunas complejidades que impiden que sea explicada a partir de la lógica del conflicto psíquico de la represión, en donde el displacer vivenciado sólo es tal para una de las partes en cuestión, el yo, mientras que puede inferirse que en el sistema inconciente tiene lugar una satisfacción debido a la expresión de las mociones pulsionales reprimidas. La novedad, entonces, es la pregunta por los casos en donde se ve más claramente que la repetición no lleva en sí ninguna posibilidad de placer, es decir, en donde no puede pesquisararse una satisfacción desfigurada que sea acorde al principio de placer.

Es a partir de estos fenómenos clínicos que se desprende la pulsión de muerte como aquello que está a su base, en tanto lo que la caracteriza es un esfuerzo de retorno a un estado anterior a la vida, una tendencia de carácter conservador que se expresa en un fuerte aspecto inercial. Algo vuelve continuamente al mismo lugar, poniendo en cuestión la eficacia del chiste, del fallido, de la interpretación, y en resumen, de la palabra, como instrumentos que permitan incidir sobre lo pulsional. En oposición a la de vida, la pulsión de muerte presenta una dificultad para ser identificada aisladamente: trabaja de manera silenciosa, muda, tanto menos perceptible cuanto más aislada se encuentra.

Para caracterizar esta pulsión desde el punto de vista económico, Freud imagina al aparato psíquico como una vesícula de sustancia estimulable, que ante la invasión de una cantidad en exceso de estímulos, debe poner en suspenso el funcionamiento bajo el principio de placer y dedicarse a ligar (a las representaciones, podríamos suponer) esas magnitudes que adquieren el carácter de traumáticas. En otras palabras, el aparato psíquico apuntaría a que algo de esa cantidad pueda tener una inscripción. Lo que no queda ligado insistirá en una repetición que va más allá de lo placentero. Este postulado podría resumirse en que existen tendencias que no toman en cuenta el principio de placer, que son más originarias, y aun independientes de él. De esta manera, la pulsión de muerte queda asociada a este exceso de estímulos que insiste, que está a la base de los fenómenos de repetición, y que no apuntan al placer.

Queda entonces establecido con este texto un nuevo dualismo pulsional, en el que las pulsiones de vida se oponen a las pulsiones de muerte, y es interesante marcar que en el capítulo VI del texto al que nos referimos, Freud desliza la posibilidad de que estas últimas quizás puedan pesquisararse en las pulsiones de destrucción, y se pregunta si sería lícito reconocer en el sadismo hacia el objeto una pulsión de muerte, como así también comienza a poner en cuestión su idea previa de que no existiría un masoquismo primario (Freud, 1920, pp. 52-53). Si

bien estos planteos no reciben en el texto una profundización, creemos que es importante para rastrear los distintos aspectos, clínicos y teóricos, que Freud irá desarrollando de esta nueva pulsión que toma su lugar en la teoría psicoanalítica en el año 1920.

En cuanto al concepto de superyó, si bien se presentan antecedentes en textos anteriores (Freud, 1914, pp. 89-98; Freud, 1921, pp. 122-126), es en “El yo y el ello” (1923) donde aparece como una de las instancias del aparato psíquico. Es planteado como una diferenciación del yo, dentro del mismo, con la facultad de contraponérsele. Freud ubica su origen en una identificación, la primera y que más valor tiene, que ubica en relación al padre de la prehistoria personal, aclarando que utiliza esta denominación en pos de una mayor claridad expositiva, pero que sería más adecuado hablar de una identificación con los padres, en tanto ésta tendría lugar antes del descubrimiento de la diferencia sexual.

Asimismo, Freud explica la génesis del superyó a partir del sepultamiento del complejo de Edipo, tras el cual la identificación-padre y la identificación-madre se unificarían dando lugar a esta instancia que se enfrenta al yo como conciencia moral. De esta manera, el superyó se convierte en el heredero del complejo de Edipo, instancia que representa el vínculo parental en el interior del individuo. Esta herencia será la que dará lugar a la doble faz que lo caracteriza: reguladora por un lado y pulsional por el otro. Reguladora en tanto recoge en su legado las prohibiciones y mandatos de la autoridad parental que limitaban el ejercicio pulsional, y pulsional en tanto también es “expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello” (Freud, 1923, p. 37). Así como a través del ideal representa a la interdicción parental, también se presenta como subrogado del ello frente al yo. De esta manera se planteará una íntima comunicación entre superyó y ello que es la que, entre otras cuestiones, explica que aquél comporte una gran parte inconsciente.

Un supuesto indispensable: las nociones de mezcla y desmezcla pulsional

Comenzaremos a pensar los vínculos que se establecen entre pulsión de muerte y superyó en el texto “El yo y el ello”⁴³. Aquí se introduce una novedad en cuanto a la manera de pensar el nuevo dualismo pulsional: aparecen las nociones de mezcla y desmezcla de las pulsiones. Para ser precisos, es necesario aclarar dos cuestiones: por un lado, que estas nociones ya habían sido introducidas en un texto anterior (Freud, 1922, p. 253) donde apenas fueron desplegadas, sin entrar en detalle sobre las particularidades de estos procesos; y por otro, que ya en “Más allá del principio de placer” Freud expone algunas opiniones que prefiguran estos desarrollos dado que comienza a trabajar la idea de que las pulsiones de vida obrarían de manera de neutralizar las pulsiones de muerte presentes en el organismo. El ejemplo al que recu-

⁴³ Cabe aclarar que ante la ambigüedad que introduce Freud en este texto en los términos para referirse al superyó, se optará por usar la expresión “superyó” aun en los casos en que explícitamente utiliza “ideal del yo”, siempre y cuando se infiera que se está hablando de la instancia psíquica y no de la función del Ideal en tanto modelo a partir del cual se mide el yo.

re es el sadismo, que anteriormente había adscripto a la pulsión sexual a la manera de un componente sádico de la misma, y que a partir de 1920 fue pensado como una expresión de la pulsión de muerte, pasible de ser fusionado o atemperado por la libido narcisista. No obstante esta aclaración, es en el capítulo IV de “El yo y el ello” en que las nociones previamente citadas adquieren una elaboración más profunda. Al repasar el dualismo pulsional aclara que los dos tipos de pulsiones se mezclan en diferentes proporciones. A este planteo le da el estatuto de un supuesto indispensable para la teoría. Este supuesto le permite explicar, retomando lo bosquejado en “Más allá del principio de placer”, cuál es el tratamiento que el aparato puede realizar sobre la pulsión de muerte que lo habita: neutralizarla a partir de la ligazón con la libido y desviarla hacia el mundo externo, adquiriendo entonces el nombre de pulsión de destrucción. Es importante señalar que está lejos de las intenciones de Freud plantear una solución a la cuestión de lo mortífero de la pulsión a partir de que sea destinada a los otros a través de su vuelta hacia el mundo externo, ya que aclara que la exteriorización de la pulsión de muerte es siempre parcial, sólo una parte puede ser desviada por este camino.

Freud enuncia algunos modos por los cuales la desmezcla de las pulsiones puede tener lugar: son aquellas situaciones en las que el Eros es segregado, redundando esto en una liberación de la pulsión de muerte. Entre estos casos se pueden nombrar la satisfacción libidinal por un lado, y por otro la desexualización de la libido, ya sea producto de los procesos de sublimación llevados a cabo por el yo, en la medida en que la pulsión sexual es desviada hacia fines no sexuales; o por la tramitación de las investiduras de objeto del ello que realiza el yo a partir de la identificación, al transmutar la libido objetal en narcisista y conllevando, al igual que en el caso anterior, una resignación de las metas sexuales. En este texto entonces, se contempla la posibilidad de una desmezcla “más o menos completa” de las pulsiones, cuyo resultado sería una mayor preeminencia de la pulsión de muerte. Su correlato clínico aparece en el sadismo como perversión, el ataque (*pseudo*) epiléptico y las neurosis graves, particularmente la neurosis obsesiva.

Con el marco de la mezcla y desmezcla pulsional, es posible comenzar a pensar la relación que se establece aquí entre el superyó y la pulsión de muerte. En el capítulo V de este texto, Freud se aboca al análisis del superyó tomando un fenómeno llamativo que toma lugar en algunos análisis, que se muestra como un obstáculo a la curación: la reacción terapéutica negativa. En estos casos, en los que prevalece en los pacientes la necesidad de estar enfermos, Freud pesquisa la presencia de un sentimiento de culpa del cual el sujeto no se anoticia, pero se traduce en la resistencia a la curación. Es por esto que plantea la incidencia en estas presentaciones de un factor moral. Por esta vía se desprende la participación del superyó, dado que la culpa es explicada como el modo en que el yo reacciona ante la condena por parte de esta instancia crítica. En síntesis, podemos ubicar a la crítica del superyó en el origen de una secuencia lógica a la que le sigue el sentimiento de culpa mudo, y su manifestación como castigo a través del padecimiento que no se aviene a ser disuelto en la cura.

Esta participación del superyó al servicio de la pulsión de muerte (ya que la reacción terapéutica negativa puede ser englobada dentro de los fenómenos que no entran en la cuenta del

principio de placer) será abordada más detalladamente al final del capítulo a partir de la pregunta por cómo el superyó puede volverse extremadamente severo con respecto al yo, particularmente en los casos de la neurosis obsesiva y la melancolía. Para responder esto, Freud parte de la afirmación de que cuanto más se sofoca la agresión hacia afuera, tanto más el superyó funcionará como relevo de ésta a partir de lo cual la dirigirá hacia el yo, evidenciando la faz cruel que se esconde detrás de lo moral. Con estos planteos el psicoanálisis se opone al sentido común, en tanto da cuenta de que la severidad de los reclamos morales no redundará en una sofocación mayor de la agresión, sino todo lo contrario.

La clave de esta dinámica por la cual el superyó toma sobre sí la pulsión de muerte es dilucidada por Freud tomando como eje la desmezcla pulsional que se deriva directamente de la constitución del superyó. En otras palabras, el origen del superyó es indisociable de la desmezcla pulsional, con su consecuente liberación la pulsión de muerte. La identificación con el padre a partir de la cual se erige el superyó, explica Freud, trae aparejada una desexualización e incluso una sublimación. Cualquiera sea el caso, como se consignó anteriormente, tendrá como consecuencia que el componente libidinal no alcance a ligar la pulsión de muerte que de ahí en más nutrirá al superyó, movimiento en el cual, podría pensarse, recibirá el título de abogado (representante) del ello.

El masoquismo a la luz de la pulsión de muerte

La novedad que Freud introduce en “El problema económico del masoquismo” (1924) es la conceptualización del masoquismo desde una nueva óptica. Ya no sólo se piensa como la reversión del sadismo, como venía sosteniendo desde “Tres ensayos...” (Freud, 1905, pp. 143-144; Freud, 1914, pp. 122-127), sino que a partir de las consideraciones sobre el segundo dualismo pulsional aparece como un testimonio de la ligazón entre la pulsión de vida y la de muerte. En relación a la dinámica pulsional, los planteos freudianos siguen la misma dirección que en el “El yo y el ello”. Se destaca la existencia de una “pulsión destructora” que querría llevar al sujeto hacia el estado inorgánico, a la que la libido intentaría neutralizar. La parte de la pulsión que no es desviada hacia afuera, queda en el interior del organismo, que al ser ligada libidinosamente da cuenta del masoquismo en tanto toma como objeto al propio ser.

Freud diferencia tres tipos de masoquismo: el erógeno, el femenino y el moral. El primero es definido a partir de una condición a la que está sujeta la excitación sexual. Retomando algunos argumentos de “Tres ensayos...” lo alinea fundamentalmente al ámbito de la constitución sexual, en donde se generaría una excitación libidinosa a partir de estímulos dolorosos o displacenteros. Aclara que este masoquismo constituye la base sobre los que se instalarán los dos restantes. Por otro lado, Freud considera otro tipo de masoquismo ligado a la “naturaleza femenina”. Aunque señala que muchos de sus aspectos remiten a la vida infantil en tanto el sujeto se ubica en el lugar de un niño, lo denomina femenino en

tanto el contenido de las fantasías remite al ser castrado o poseído sexualmente, situaciones que denomina “características de la feminidad”.⁴⁴

Luego se ocupa del masoquismo moral, concepto que consideramos central en este apartado, en tanto permite pensar la relación entre superyó y pulsión de muerte. El punto en donde podemos ubicar más claramente la incidencia de la pulsión de muerte es que, según la descripción freudiana, no importa tanto si esto parte de una persona amada o no, sino que de lo que se trata es del padecer como tal. Este masoquismo comporta una gran importancia para el psicoanálisis dado que entra en íntima relación con el padecimiento propio de la neurosis, que es retenido para satisfacer esa tendencia. Cabe aclarar que para Freud, aunque masoquismo moral y padecimiento de la neurosis suelen ligarse estrechamente, este último puede ser intercambiado por otro tipo de desdichas independientes de la neurosis. Para dar cuenta de este tipo de masoquismo postulado, Freud se centrará en la instancia del superyó. Retomará un concepto planteado en “El yo y el ello”, el sentimiento de culpa “inconciente” (más adelante reformulado por “necesidad de castigo”), que si bien no es asequible directamente, es un supuesto que se postula para dar cuenta de la reacción terapéutica negativa. Podemos plantear entonces que la culpa se erige como verdadero punto nodal entre yo, superyó y pulsión de muerte. Esta es explicada por Freud como resultado de la tensión que surge entre estas dos instancias, en que los reclamos del superyó apuntan a la no concordancia del yo con su ideal.

Freud hace una diferencia entre el sadismo del superyó y el masoquismo del yo que puede utilizarse para pensar la implicación de la pulsión de muerte en esta dinámica. Con respecto al superyó, llega a este papel tan exigente por un lado por conservar los atributos parentales de las figuras que luego fueron introyectadas en el yo (severidad, poder, inclinación a la vigilancia y al castigo), y por otro lado, debido a la lógica delineada en “El yo y el ello” referente a la desmezcla pulsional producto de la desexualización inherente al proceso de su instauración. De ahí la hipermoral superyoica que da cuenta del sadismo imperante en esta instancia. En cuanto al masoquismo del yo, se cristaliza en la necesidad de castigo previamente citada, aunque no necesariamente del superyó, sino también de poderes denominados “parentales” de afuera. Si bien por su estructura, masoquismo del yo y sadismo del superyó pueden unirse en pos de un mismo fin, de lo que se trata en el primero es del castigo y el padecimiento independientemente de las fuentes de los mismos. Otra diferencia planteada entre estos conceptos radica en su capacidad de ser percibidos: mientras que la hipermoral del superyó puede devenir conciente, la necesidad de castigo del yo sólo es asible a partir de sus efectos.

Lecturas sobre el más allá del principio de placer

Llegado este punto, nos surge un interrogante en cuanto a las distintas formas posibles de considerar la pulsión de muerte, tomando como referencia el concepto de masoquismo. En

⁴⁴ Para profundizar en este punto, remitirse al capítulo 8 de este libro: “La bisexualidad originaria: un obstáculo en la teorización de la diferencia sexual”, de Lucía Soria.

1920 Freud expresa en varias ocasiones que las pulsiones de muerte, en función de su carácter conservador, son las que estarían detrás de la compulsión de repetición. De esta manera se pone de manifiesto una función del aparato más originaria e independiente del principio de placer, que apunta a domeñar los estímulos que perturban al aparato psíquico. Siguiendo estos planteos, podemos pensar a la pulsión de muerte como aquella energía que permanece no ligada y que la compulsión de repetición intenta elaborar, siempre de manera más o menos infructuosa, en tanto la pulsión constituye una fuente constante de estimulación. Bajo esta lógica, lo displacentero, a esta altura de su obra, no sería un fin en sí mismo sino un “efecto colateral”, producto de la imposibilidad de que toda la pulsión pueda ligarse a las representaciones.

No obstante, en “El problema económico del masoquismo” (1924) nos encontramos con una referencia que, creemos, va más allá de la lógica anteriormente planteada: “Si dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para constituirse, ellos mismos, en metas, el principio de placer queda paralizado, y el guardián de nuestra vida anímica, por así decir, narcotizado” (p. 165). En el caso del masoquismo, el padecimiento es claramente planteado ya no como un efecto indeseado, sino como una meta en sí misma. Si bien esto se postula de manera más clara en el texto referido, encontramos que ya desde “El yo y el ello” puede desprenderse esta nueva perspectiva, en tanto la reacción terapéutica negativa nos impulsa a considerar al padecimiento como algo “buscado”, (claramente no desde la voluntad yoica) tomando la necesidad de castigo que la condiciona.

Si bien en “Más allá...” Freud trabaja esta vertiente “mortífera” en términos de pulsión (dada la insistencia de la compulsión y el enfoque económico), todavía no queda incluida una dimensión central en lo que a pulsión se refiere, que es la de la satisfacción. La pulsión de muerte en este momento aparece como tendencia, pero no como algo que demanda satisfacción. Este último término aparece aquí sólo referido a las pulsiones sexuales. Entonces, aunque se habla concretamente del giro de los 20, en función de lo expuesto podríamos tomarnos la licencia de imaginar que 1920 es el punto de inicio de este giro, pero que terminaría de producirse en 1923 con la conceptualización del superyó. Hasta antes de este momento, el efecto de padecimiento de la compulsión de repetición es presentado como independiente del principio de placer, pero que no lo contradice necesariamente, y hasta por momentos es considerado por Freud como estando a su servicio, como un acto preparatorio que intenta asegurarlo. Podría plantearse entonces que después de iniciado el giro, a Freud aún se le hace necesaria la introducción en la teoría de la operatoria del superyó. En su análisis progresivo de los fenómenos en los que interviene de manera más visible la pulsión de muerte, muestra al superyó con un papel clave en explicar que el padecimiento se presente como una meta, cuestión que no podría dilucidarse antes de la aparición de este concepto. En este momento, podemos hablar de que hay una pulsión que se satisface a costa del padecimiento del sujeto.

A modo de conclusión de este recorrido, podemos ubicar a grandes rasgos dos lecturas o modos de considerar la pulsión de muerte en Freud (incluso coexistiendo ya en el texto de 1920). Una es una tendencia que apunta a restablecer el funcionamiento del aparato, la otra implica que existe “algo” que encuentra su satisfacción en el padecimiento. ¿Puede comple-

mentarse la manera de pensar la pulsión de muerte desde el punto de vista de la satisfacción con el de la dimensión económica? ¿Se trata de que un planteo continúa y profundiza el anterior? En principio podemos pensar que hay un punto en el que resulta difícil armonizarlos sin más. En el planteo de “Más allá...” la pulsión de muerte se caracteriza como una tendencia a cero, mientras que desde la perspectiva del superyó y el masoquismo moral la tendencia es sostener el padecimiento/displacer. El fin de la ausencia de estímulos se nos aparece como distinto que el padecer como tal. ¿Habría entonces que plantearse la existencia de dos tipos de fenómenos distintos en relación a la pulsión de muerte, es decir, los de la compulsión de repetición por un lado, y los del masoquismo por el otro? De ser así, el superyó ¿“decidiría” no intervenir en los primeros? ¿Por qué se abstendría de sacar provecho de esas fuentes de padecimiento? Ya en 1920 Freud parece oscilar entre estas dos vertientes señaladas, cuando en relación a los sueños de las neurosis traumáticas se pregunta si hubo algo que alteró la función del sueño (que podríamos ubicar en la primera de los modos de considerar la pulsión de muerte señalados) o si tal vez habría que pensar en las misteriosas tendencias masoquistas del yo. Elegimos, haciendo propio algo del estilo freudiano, sostener esa pregunta.

Referencias

- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- (1914). Introducción del narcisismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 65-104) Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- (1915a). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62), Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- (1923a [1922]). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- (1923b). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 2011.
- (1924) El problema económico del masoquismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 161-176). Buenos Aires: Amorrortu, 2011.

CAPÍTULO 18

Las resistencias y sus complejidades

Amalia de la Merced Passerini

La resistencia: un fenómeno clínico

Partamos de una definición. En “La interpretación de los sueños” Freud designa resistencia a “todo lo que perturbe la prosecución del trabajo [analítico]” (1900, p. 511). Pero aquello que resiste, que se opone al trabajo, va variando a lo largo de la obra. Podría afirmarse que el psicoanálisis surge de los obstáculos de la clínica, de los tropiezos. Pues bien, la resistencia entendida como aquello que se opone al trabajo, es entonces un elemento esencial.

En tanto fenómeno clínico, la resistencia se muestra en el comienzo del trabajo analítico oponiéndose a la regla fundamental. El obsesivo lucha contra la regla fundamental usando las armas de su elevada conciencia moral y la duda permanente acerca de toda ocurrencia. Por su parte, en la histeria, las ocurrencias que se producen llegan a ser tan alejadas que impresionan como disparatadas (Freud, 1916). Freud dirá que sólo a fuerza de tenacidad, insistiendo en que el paciente diga todo lo que se le ocurra, puede ganársele a la resistencia la obediencia a la regla fundamental. Ahora bien, sucede que cuando esto se logra la resistencia se traslada a una forma nueva: aparecerá como resistencia intelectual, el paciente lucha, se resiste ahora, con argumentos.

El estudio y formalización de las resistencias con las que el tratamiento se va topando, ocupa a Freud desde el comienzo hasta el final de su obra. Desde el “Proyecto de psicología para neurólogos” (1950 [1895]) hasta “Análisis terminable e interminable” (1937). Recorreremos en este trabajo los distintos modos en que Freud estudia las resistencias. Nuestro recorrido no pretende ser exhaustivo sino acompañar los impasses y giros de la teoría, pero siempre a partir del encuentro con la presentación de fenómenos clínicos. En tal sentido, exploraremos cómo el giro de los años 20’ señala un antes y un después respecto del tipo de resistencias que se oponen a la prosecución del trabajo analítico. Las resistencias se tornan más fuertes, se hacen más complejas. Esto lleva a Freud a separar las resistencias en menores y mayores.

Resistencia de represión

Tempranamente Freud plantea que allí donde la cura psicoanalítica va al encuentro del saber no sabido, el médico se topa con la resistencia de asociación. Defensa y resistencia confluyen en un punto común, la primera como mecanismo psíquico y la segunda como fenómeno clínico. En tal sentido, en los “Estudios sobre la histeria” (1893-1895), Freud afirma que la resistencia corresponde a la misma fuerza que, durante la génesis del síntoma, forzó a la representación fuera del recuerdo. De ese modo, la resistencia revela el proceso de represión acontecido. La tarea del terapeuta es entonces vencer la resistencia de asociación.

La resistencia no se manifiesta en los contenidos de las representaciones, sino que aparece como obstáculo en los nexos, las más de las veces desgarrados, que producen el cese de las asociaciones (Freud, 1905). Se hace necesario un gran trabajo para vencer la resistencia de asociación, que es mayor cuanto más se acerca la terapia al núcleo patógeno.

Una de las nociones útiles para entender la resistencia en este tiempo de la obra freudiana es término *Bahnung*, entendido como facilitación. Este señala la vía facilitada que la excitación forjó en su pasaje cuando venció cierta resistencia. Por tal motivo, algunos autores (Vidal, 1997; Escars, en Cosentino, 2003) recomiendan la traducción de *Bahnung* como “el abrir camino”. Justamente la resistencia de represión es la contrapartida de estas vías facilitadas. La oposición en juego sería facilitación versus resistencia, cuanto más facilitación, menos resistencia.

En la primera clínica, la resistencia se juega entonces en el intento de mantener fuera de la conciencia lo escindido de ella a partir del proceso represivo. Al comienzo Freud había vinculado la falla, el cese de las asociaciones, a una insinceridad consciente, cuando el no querer de la histérica representaba su voluntad contraria a revelar las ocurrencias que le causaban pudor. Luego, se topa con una insinceridad inconsciente que quedaba por fuera de la lógica del yo y causaba una detención de la cadena. Había eslabones de los cuales la paciente disponía en otros momentos, que paradójicamente no aparecían en el momento del relato. Estas amnesias presentan a la resistencia, ella misma inconsciente, trabajando para mantener reprimido lo escindido por el mecanismo de la represión (Freud, 1905).

Las mejores ilustraciones de la íntima relación entre represión y resistencia surgen a partir del estudio de las formaciones del inconsciente. Es así que lo no recordado por causa de la represión, se manifestará en los recuerdos encubridores que aparecen en lugar del olvido de nombres y frases. El caso paradigmático del recuerdo encubridor es el de Signorelli, que ilustra el modo en que la partícula Signor, retenida desde una represión efectuada, produce la aparición de nombres sustitutos: Botticelli y Boltraffio. La represión engendra una resistencia que se manifiesta en la aparición de estos sustitutos (Freud, 1898).

Resistencia de transferencia

Desde los primeros historiales la transferencia irrumpe, hace aparición, en la cadena asociativa y toma valor resistencial. Recordemos que ya con Dora, Freud utiliza la técnica según la cual es la paciente quien determina el tema del trabajo cotidiano. Siguiendo esa premisa se produce un fenómeno inesperado, la persona del médico, que ha sido investida, aparece en medio de la cadena asociativa como obstáculo. Allí hay que colegir la transferencia, obstáculo sin duda difícil de afrontar, siendo desrecomendado eludirla. Por una parte, sin la expectativa crédula del paciente, no es posible el inicio del tratamiento. Por la otra, no existe otra opción que afrontar la nueva “neurosis de transferencia” (Freud, 1916) que ocupa el centro del trabajo. Se ve ya entonces el carácter resistencial cuando la transferencia es obstáculo.

En los escritos sobre la técnica, en especial en “Sobre la dinámica de la transferencia”, la resistencia aparece nuevamente vinculada a la transferencia sobre la persona del médico. En lugar de recordar, el paciente repite con el médico, actitudes y mociones afectivas infantiles. La transferencia es nombrada como la más fuerte resistencia que sale al paso en el análisis (Freud, 1912).

Una clave para entender la transferencia como resistencia es el mecanismo de enlace falso. El analista ha pasado a formar parte de las representaciones del paciente y a partir ello, se ocasiona un anudamiento equivocado que hace que se produzca su aparición en la cadena asociativa.

¿Cómo formaliza Freud esta resistencia tan singular? Las pacientes histéricas parecían tener una especial aptitud para producir transferencias sobre el médico y ponerlas además al servicio de la resistencia. Freud explica que esto se debe a una investidura mayor de los complejos infantiles. El cese de las asociaciones se produce cuando la cadena se acerca a uno de estos complejos. Allí, con todo su valor resistencial, aparece algo referido la persona del médico. En cierta medida esto se vincula a la idea de que en los neuróticos, cuya libido se ha visto frustrada en la realidad, opera la regresión a los complejos infantiles y mociones pulsionales del Edipo.

Es interesante recorrer las conjeturas freudianas sobre los modos en que el complejo paterno hace obstáculo, resiste, desde la transferencia con el médico. En el hombre joven, el desafío al padre, la renuencia a deberle un reconocimiento, el temor al padre y la incredulidad hacia él, se abren paso en el tratamiento. De igual modo, en la joven mujer, aparecerá el amor de transferencia, a cuyos avatares Freud dedicó un escrito completo titulado “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (Freud, 1914). Dirá Freud que de esta “conquista” el médico no debería envanecerse sino recordar que todo lo que perturbe la cura no es más que una nueva manifestación de la resistencia. El término abstinencia designa la posición del analista ante el enamoramiento del paciente. El analista deberá afrontar todos los avatares en la difícil dirección del tratamiento sabiendo que la transferencia amorosa resiste como una situación que inevitable y fatalmente la cura deberá atravesar.

Ganancia secundaria

Otra resistencia que Freud aborda por estos años está referida a un modo de ganancia de la enfermedad, que se obtiene una vez que el síntoma está establecido. El yo obtiene un beneficio que se desprende del lugar que el síntoma ha comenzado a ocupar en la economía psíquica. Este beneficio se ilustra en el ejemplo del albañil que habiendo quedado inválido por un accidente, vive de lo que mendiga. Si aceptara la oferta de un médico que promete sanar su pierna enferma, pierde lo que ahora le permite subsistir (Freud, 1916). La ganancia secundaria, en tanto resistencia, es el recurso del yo para mantenerse en la enfermedad, conservando el beneficio que el síntoma le aporta. Aunque el paciente consulta demandando desprenderse del síntoma, el beneficio secundario se opone a la curación.

La ganancia secundaria en la enfermedad se correlaciona asimismo con el modo en que el yo asimila, en su afán de síntesis, al síntoma en su interior. Configuraciones sintomáticas del neurótico obsesivo y el melancólico dan cuenta de ello. El síntoma cobra un valor importante para estos pacientes, porque les depara una satisfacción narcisista. Es así que el obsesivo se vanagloria de su pureza y escrupulosidad. También la joven señora gracias a su enfermedad, disfrutará de cuidados y atenciones del esposo. El beneficio secundario resulta en cierto modo paradójico ya que se opone a la curación que el paciente dice añorar.

Resistencias mayores: lo incurable

Los capítulos precedentes de la cuarta parte de este libro han explorado la perspectiva metapsicológica del giro de los años 20'. Enfrentado a ciertos fenómenos que cuestionan la universalidad del principio del placer, Freud muestra la insuficiencia de éste para dar cuenta del funcionamiento del aparato. "Más allá del principio del placer", formaliza el punto de fracaso en el que la pulsión queda por fuera del proceso primario y su operatoria. Se establece algo nuevo: la imposibilidad de que toda la pulsión se ligue.

Ahora bien ¿Cómo pensar el giro de los años 20' desde una perspectiva clínica?

Podemos seguir dos caminos para responder a esta pregunta. El primero se relaciona con los límites a la meta del tratamiento, que hasta ese momento había sido el recordar. Llenar las lagunas de la memoria era imposible. Efectivamente, el recuerdo era irrecuperable.

El segundo camino, es el de la insuficiencia de la interpretación cuando en la práctica analítica surgen las resistencias mayores. Estas resistencias "de otra índole" (Freud, 1937), son presentadas en "Análisis terminable e interminable" como un obstáculo nuevo cuyo campo de exploración resulta insuficientemente explorado.

Nos serviremos de un claro ordenamiento sobre los tipos de resistencias que se encuentra en "Inhibición síntoma y angustia" (1926), Freud reúne los tres modos de resistencia de los que hemos hablado hasta aquí, como resistencias menores que corresponden a una de las instancias de la segunda tópica: el yo.

Las del yo se separan de las resistencias mayores, que están comandadas por las otras instancias, el ello y el superyó. Son resistencias mayores porque que se vinculan a la inaccesibilidad de la mudez pulsional, a lo incurable.

Efectivamente, en el marco de la segunda tópica, en “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud se ocupa muy especialmente de las resistencias. Allí aclara que, dada la “naturaleza continuada” de la pulsión, el yo se ve obligado a realizar un gasto permanente en su acción defensiva (1926, p. 147). La acción defensiva que resguarda la represión se manifiesta como resistencia. Se designa contrainversión al gasto de la resistencia que trabaja para mantener la represión.

Pero ¿Qué se resiste? Es necesaria una distinción entre el campo del inconsciente y el campo de pulsión. En “Más allá del principio del placer”, había quedado establecido que lo reprimido inconsciente no implica fuerza alguna de la prosecución de la cura, es decir que lo inconsciente no resiste (Freud, 1920, p. 19). Justamente, lo inconsciente insiste. De esa insistencia se ocupa la interpretación cuando aborda la serie de las diversas formaciones: síntomas, fallidos, sueños y chistes, que son la expresión de lo inconsciente reprimido.

Pero la formulación de la segunda tópica trae aparejada la aparición de un inconsciente que no insiste. El ello, como inconsciente no reprimido, resiste. La resistencia del ello, es una de las resistencias mayores, que se opone entonces a lo que aparece en el Capítulo III de “Más allá del principio del placer”.

Uno de los modos de entender esta resistencia es la noción de extraterritorialidad del síntoma. En “Inhibición síntoma y angustia”, Freud explica que el yo es una organización que aspira a la ligazón y la síntesis. Ahora bien, la moción pulsional (moción pulsional que es del ello) permanece aislada, fuera de la organización yoica, incluso también sus retoños quedan por fuera de esa lógica. La moción pulsional del ello es de carácter no influenciado, muestra la impotencia del yo frente a ella. La extraterritorialidad, se extiende a expensas del yo. Sin dudas se trata de una resistencia mayor, mucho más compleja que la resistencia de represión.

Una resistencia del ello: cuando lo que altera al yo es la pulsión

Pensando las resistencias mayores encontramos, dentro de las resistencias del ello, a la alteración del yo.

El rasgo de carácter es el modo en el que se plasman en el yo las huellas mnémicas de las primeras impresiones, infantiles, que nunca devienen conscientes. Con la pérdida de los objetos del Complejo de Edipo se produce la incorporación de rasgos por vía identificatoria. Ya en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), Freud relaciona los rasgos de carácter con las pulsiones parciales, vinculando con el erotismo anal, el carácter ordenado y ahorrativo junto a la obstinación.

La alteración del yo, sería este modo en el que el yo se modifica, queda alterado, a partir de la pérdida de los objetos. El narcisismo secundario es entendido como replegamiento de las investiduras de objeto sobre el yo. Estos rasgos se nutren de una fuente pulsional y por ello

resulta tan difícil conmovérselos, porque esconden la fijación pulsional. Un excelente ejemplo de esto es el caso del “desliz en el habla” del joven que le pregunta a la dama si podría “acompañarla”. Los dos opuestos, acompañar y ultrajar, se funden en una palabra mixta. Del mismo modo el rasgo de carácter, que una vez establecido es parte del yo, esconde la moción pulsional. Detrás del orden y la higiene están ocultos el desorden y la suciedad. El carácter tiene entonces una indudable función resistencial.

Estas afirmaciones sobre lo irreductible de los rasgos de carácter, cuestionan fuertemente la idea de una posible alianza terapéutica con la parte sana del yo. Que el médico intente aliarse con el yo sería una lectura equívoca de la dirección del tratamiento. No hay que perder de vista que aliarse con la parte sana del yo como horizonte de la cura, sería una ficción porque, en tanto que el yo se constituye a partir de los rasgos, un yo sin rasgo sería un yo ficcional. Lo que altera el yo es la pulsión, con lo cual un yo sin pulsión sería un yo ficcional. Esto nos lleva a plantear que el yo no alterado es ficcional. En tal sentido, un análisis pretende alterar la alteración del yo, sin que eso signifique recuperar la normalización, en la medida en que no existe un yo normal.

El superyó también resiste: ganancia primaria

Sin dudas la ganancia primaria del síntoma es inherente a su constitución. En el síntoma la pulsión se satisface y justamente este factor económico será el que sostiene la fuerte resistencia a abandonarlo. Desde el análisis de sus primeras pacientes Freud había denunciado esta ganancia cuando, en sus primeras formulaciones sobre la pulsión, afirmaba que los síntomas eran la práctica sexual de los enfermos (Freud, 1905). Si se piensa al síntoma como formación de compromiso, surge esta satisfacción pulsional que brinda en tanto sustituto.

Pero la ganancia primaria, inherente al síntoma en su formación, toma un matiz diferente cuando desde la segunda tópica Freud la reúne a otras formas de resistencia: las del superyó. Es entonces, bajo la órbita de las resistencias de esa instancia psíquica, que la ganancia primaria puede entenderse como satisfacción paradójica, satisfacción en el padecimiento que se obtiene del síntoma. ¿Por qué nombrarla resistencia mayor? Por aquello que destacábamos como factor económico. La “perturbación económica” que la pulsión genera, abordada ya en uno de los trabajos de este libro (Véase Cap. 14) es una noción que se vincula fuertemente con el resto, lo inabordable, irreductible del síntoma, cuando se encuentra comandado por la pulsión de muerte.

Reacción terapéutica negativa

En “El yo y el ello”, Freud describe un hecho clínico que se presenta en personas que se comportan de manera extrañísima durante el trabajo analítico y reaccionan de manera trastornada a los progresos de la cura. Ante la mejoría y el aflojamiento de los síntomas, el paciente

empeora. Freud termina estableciendo que el paciente se aferra a la enfermedad porque la inminencia de la curación es temida como un peligro. Sin dudas es un hecho curioso, Freud nombra a este obstáculo como el más poderoso, es otra resistencia mayor.

¿Por qué el paciente se aferra a la enfermedad? Una clave para responder este interrogante es un factor “moral”. El paciente se aferra a la enfermedad por un sentimiento inconsciente de culpa que se satisface en la enfermedad. Por esa razón, se resiste a renunciar al padecer. Este paradójico sentimiento inconsciente de culpa hace que el trabajo terapéutico se obstaculice. Lo más complejo para afrontar esta resistencia es que todo el proceso acontece de modo inconsciente, es mudo para el paciente. La mudez pulsional, denuncia la ferocidad del superyó que se vuelca sobre el yo en su necesidad de castigo.

Decíamos paradójico porque el paciente se aferra a aquello que se opone a la vida, se aferra a la enfermedad. Esta tendencia contraria a la vida y muda es formalizada por Freud como una muestra de la pulsión de muerte, en la línea de los fenómenos que sólo se pueden explicar por el más allá del principio del placer (1920).

Conclusiones

En este capítulo hemos recorrido diferentes formas de presentación de la resistencia como fenómeno clínico y los modos en que Freud va formalizando estas presentaciones. Dada la cantidad de referencias y la complejidad para teorizar cada vez las fuentes de la resistencia, resultó de gran utilidad el ordenamiento entre resistencias menores y mayores que Freud presenta en “Inhibición, síntoma y angustia”. Por una parte las resistencias del yo: resistencia de represión, resistencia de transferencia y resistencia de la ganancia en la enfermedad. Por otra parte las resistencias del ello, como la alteración del yo en el rasgo de carácter y finalmente las resistencias del superyó ilustradas en la reacción terapéutica negativa.

Después de Freud, otros autores se ocuparon del análisis de las resistencias. Es así que Lacan presenta el aforismo “no hay más resistencia que la del analista” (Lacan, 1954). La idea de Lacan, sin duda novedosa respecto de la lectura freudiana, abre la puerta para el estudio de la relación entre posición del analista y resistencia, pero no contradice el postulado freudiano con el que iniciamos nuestro recorrido sobre las resistencias. El analista puede convertirse en un elemento más dentro de la serie de aquellos que obstaculizan la prosecución del tratamiento: una nueva resistencia.

Referencias

- Cosentino, J. C., et al. (2003). *El giro de 1920. Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Freud, S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo I.* (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1893-1895). Estudios sobre la histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo II*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1898). Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo III* (pp. 277-290). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1900) La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 1-107). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1912) Sobre la dinámica de la transferencia. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XII* (pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1914). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XII* (pp. 159-167). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1916-1917). 27° Conferencia: La transferencia. Conferencias de introducción al psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XVI* (pp. 392-407). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1937). Análisis terminable e interminable. *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XXIII* (pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Lacan, J. (1985). Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la verneinung de Freud. *Escritos II*. Méjico: Siglo XXI.
- Vidal, E. (1997). Proton pseudos. *Revista Seminario Lacaniano*, 8, 27-30.

CAPÍTULO 19

Fijación de la defensa y alteración del yo

Natalia A. Cejas

El marco de nuestra cuestión

Luego del denominado ‘Giro de los años 20’, las preguntas y desarrollos de Freud en torno a lo que gustaba llamar ‘técnica psicoanalítica’ se vieron atravesados por nuevas construcciones conceptuales. Nos referimos, en principio, a la reformulación del concepto de pulsión a partir de postular el funcionamiento no ligado de la pulsión, funcionamiento que supone un particular modo de repetición. Podemos pensar que de la mano de esta reformulación establecida fundamentalmente en el texto “Más allá del principio del placer” (1920) fue necesario también modificar el ‘mapa’ anímico. Esto es, refundar la tópica psíquica, remodelar el supuesto del denominado ‘aparato anímico’, tal como se propone unos años más tarde en “El yo y el Ello” (1923). Son estos, quizá, los ejes nodales que nos permiten explorar aquello que en nuestro programa de estudios, abordamos como las “Paradojas del orden”.

Como decíamos recién, estas reformulaciones y las paradojas que las mismas anudan (pensemos, por ejemplo, en el complejo funcionamiento del superyó o en la denominada ‘reacción terapéutica negativa’) tuvieron también efectos en el campo de la ‘técnica psicoanalítica’. Algunos de estos tópicos son estudiados en el recorrido de nuestro programa en relación a la pluralización del concepto de resistencia, y su posibilidad de ser situada en torno a particularidades del funcionamiento del yo, pero también del ello y del superyó (Véase la Unidad 15 del Programa General). Otros problemas que podríamos encolumnar dentro de esta misma dimensión son abordados en algunos de los talleres que pueden cursarse como parte de la asignatura. Nos referimos a aquellos que abordan la dimensión de “Los beneficios del síntoma” o “La transferencia después del giro” y sus consecuencias en las modalidades de intervención (relativas, por ejemplo, a la dupla interpretación-construcción).

De manera que, como puede verse, Freud no retrocede ante los obstáculos que ciñe en este momento de su obra. En el presente capítulo intentaremos detenernos en dos o tres problemas que, entendemos, también admitirían ser presentados bajo esta rúbrica: nos referimos a la cuestión de la fijación a la defensa, al problema de la alteración del yo y a la propuesta, ante esto, de una alianza posible con esta instancia como estrategia terapéutica.

Haremos este recorrido intentando recortar una dimensión en particular, a saber. Exploraremos el modo en que los tópicos mencionados bordean el problemático anudamiento entre el

yo –nuevo constructo que no puede superponerse al anterior sistema Preconsciente/Consciente– y la dimensión de la satisfacción. Dimensión abordada por nuestro autor desde la categoría de pulsión, y en este momento de su obra, como recién decíamos, problematizada por la posibilidad de pensar su funcionamiento no ligado a una representación.

A la relevancia que, por sí mismo, este campo de problemas posee se añade otra cuestión. Se trata de una serie de problemáticas que, retomadas tanto por la Psicología del yo, como por la enseñanza de Lacan, han dado lugar a diferentes orientaciones en la lectura de la obra de Freud. Nos referimos a que, algunas de las líneas en las que nos detendremos, (en especial en el texto "Inhibición, Síntoma y Angustia", pero también en "Análisis terminable e interminable") podrían pensarse dentro del recorrido histórico del psicoanálisis como puntos de clivaje en los cuales diferentes autores han leído diferentes versiones de Freud. Así, por ejemplo, la posibilidad de establecer una parte sana del yo ha sido tematizada por algunos autores de la escuela mencionada en primer lugar (Kris, Lowenstein y Hartmann, por ejemplo) como la posibilidad de una 'esfera libre de conflictos' con la que entablar una alianza terapéutica que apunte a producir la mayor autonomía posible del yo respecto a, podemos pensar, sus 'vasallajes'. Autonomía que, a su vez labore en pos de la adaptabilidad del yo a las condiciones de su entorno. Lacan, por su parte, leerá el texto freudiano haciendo uso de categorías por él propuestas y articuladas a referencias filosóficas y lógicas de su época. Nos referimos a categorías como 'Otro', 'Lenguaje', 'Discurso', que surgirán en diálogo con disciplinas de referencia como la lingüística estructuralista, la pragmática lingüística y la topología. En esta dirección ni la autonomía ni la adaptación tendrán lugar en la propuesta que realice este autor respecto a la orientación de un análisis (Lacan, 1958). Inclusive, podríamos decir, que en dirección casi contraria a la que recién citábamos, propondrá a la alienación como una operación clave (junto con la separación) para pensar la constitución subjetiva (Lacan, 1964). Por otro lado, y respecto a la posibilidad de pensar una parte sana del yo como 'esfera libre de conflictos', desde este autor es difícil considerar articuladas las dimensiones de la satisfacción y la sanidad (esta última en términos de autonomía o adaptación). Siguiendo una dirección similar, también cuestionará la posibilidad de pensar alguna dimensión subjetiva graficable como una superficie cerrada al modo de la esfera, ya que al momento de formalizar su propuesta con referencias geométricas se valdrá de la topología para hacer uso de superficies abiertas que permiten subrayar la continuidad entre interior y exterior (entre otros aspectos). Veremos cómo podemos retomar estas puntuaciones más adelante.

El revés de la pregunta

En "Análisis terminable e interminable" (1937) y en "Inhibición, Síntoma y Angustia" (1926) Freud discute tanto con Rank como con Ferenczi problemas de 'técnica'. Propone para esto una suerte de inversión de la pregunta en juego, o al menos formularla desde otra perspectiva. En el primero de los textos mencionados, nos propondrá preguntarnos no cómo se produce la

cura (cuestión para la cual, entiende, hay suficientes respuestas) sino cuáles son los obstáculos para el avance de la misma. (1937, p. 224) Por otro lado, en “Inhibición, Síntoma y Angustia”, parece examinar la operación de la defensa desde otro punto de vista. Cambiando el foco de lugar, propone esta vez estudiar cómo funciona la defensa no desde el punto de vista de cómo se coarta el acceso a la conciencia de la pulsión sino tratando de explorar qué sucede con la moción pulsional luego de la defensa. Señala entonces que esa moción se encuentra ‘activa’ es decir, la defensa no la desactiva sino que modifica su recorrido. ¿Diríamos que la reenvía al ello? (Freud, 1926, p. 89). Sería posible pensarlo así, también es cierto que la nueva tópica psíquica abreva en la continuidad entre el ello y el yo y en la mínima parte que dentro del aparato ocupa lo reprimido respecto al ello (y al yo). De modo que pensar el destino de la moción pulsional luego de la defensa, nos lleva a pensar cómo se hace presente (es decir, sus efectos) en el ello, pero, también en el yo. Es esto en lo que querríamos ahondar.

Es insoslayable recordar que ya la noción de narcicismo desde su establecimiento en 1914, en “Introducción al narcicismo”, impide cualquier ordenamiento dicotómico de las categorías pulsión y yo. Con toda la complejidad que tal planteo supuso, quedó allí señalado por Freud que una entidad como el yo, capaz de establecer algo parecido a la unidad y a la experiencia unificada del cuerpo, sólo se produce pasando por hacerse objeto, objeto de la pulsión. Nos referimos a la ‘misteriosa’ nueva acción psíquica que hay que suponer para que haya pasaje del autoerotismo al Yo y que conforma al mismo como una ‘colocación regular de la libido’. (Freud, 1914)

Un recorrido pulsional

Habiendo recordado esto, volvamos sobre las referencias citadas a la articulación entre defensa y moción pulsional. Detengámonos en la manera de interrogar esta cuestión, que recién circunscribíamos en “Inhibición, Síntoma y Angustia”. Proponíamos que allí se está intentando explorar la operación de la defensa desde el punto de vista de la satisfacción, es decir de la pulsión. En otras palabras, podríamos pensar que se está tratando de situar cómo una moción pulsional se ve modificada por la defensa y también como continúa su recorrido. Desde ese punto de vista podemos pensar los tres términos: inhibición, síntoma y angustia.

Freud comienza el texto con una primera distinción entre inhibición y síntoma que alude a la localización tópica de cada uno de estos fenómenos respecto a la pulsión. Así, define a una inhibición como el efecto de la renuncia por parte del yo al control de una función, dado que su ejercicio traería angustia. Lo que estaría articulado a que tal función se habría erotizado hiperintensamente. De esta manera el yo renuncia a tener un conflicto con el ello (o con el superyó). La inhibición parece presentarse como la posibilidad, para el yo de dejar por fuera la exigencia pulsional, sólo que con ello pierde parte de su imperio sobre el control motriz o sensitivo.

En cambio, el síntoma –nos dice Freud– no puede describirse como un proceso que sólo incumbe al yo. En este sentido, presenta al síntoma como un sustituto de una moción pulsional

reprimida, definición ya conocida, pero interesándose sobre todo en el destino que tal moción activada tiene luego de la represión. Aspecto en el que, afirma, se sitúan las dificultades aun no resueltas. Tal moción verá desviado su 'decurso excitatorio' ¿A dónde? Sabemos las respuestas clásicas que ha dado Freud desde los primeros años de su trabajo: la carga excitatoria o bien se convierte a una zona del cuerpo o bien se desplaza a otra representación ¡no puede referirse a esto la 'dificultad no resuelta'! En esta ocasión, Freud se interna en otro aspecto del curso que tomará la pulsión luego de la operación de la defensa, parece remitirse al efecto sobre el yo de este curso pulsional.

Señala que, según sabemos el acto de represión es un acto de fortaleza del yo, pero también de impotencia, ya que los retoños de aquella moción pulsional gozan de cierta "extraterritorialidad"⁴⁵. Estos retoños, si establecen una vía asociativa con algún sector de la organización yoica, pueden extenderse. E inclusive, es esto lo que podría hacer que la lucha contra la moción pulsional se prolongue en una lucha defensiva contra el síntoma, de modo que la cura tenga un epílogo que no termine nunca. En este punto Freud se anticipa, tal vez, a lo que en "Análisis terminable e interminable" lo ocupará. Así, la extraterritorialidad de los retoños pulsionales, parece correr el escenario de la defensa (y del síntoma) aquí o allá de acuerdo al enlace asociativo. Y, por otro lado, la pulsión misma parece adquirir este carácter extranjero.

Si el lugar de la pulsión es difícil de asir respecto a su localización en el yo, una aclaración de Freud da –en nuestra opinión– el *quid* sobre aquello que parece empanatar el campo del problema. Nos referimos a la mención a que una de las claves de la cuestión radica en la diferencia de naturaleza entre las instancias en pugna. Que la metáfora bélica de la 'lucha defensiva' no nos confunda, nuestro autor aclara que no se trata de dos ejércitos en combate, en el sentido de que entre ambas entidades no hay complementariedad posible. De un lado tenemos una organización que intenta establecer una unificación. Del otro... la cuestión se torna más oscura. En principio el ello no es una organización. Inclusive, podríamos decir, parece todo lo contrario. Es 'Eso', 'lo otro psíquico, lo no conocido [no discernido]' (Freud, 1923, p. 27) Se trata entonces de pensar la articulación entre algo definido por su carácter extranjero, su otredad y una entidad que tiende a hacer unidad.

Luego, el tercer término, la angustia, se vincula íntimamente al síntoma. Y, sobre todo, a la exploración del concepto de pulsión y su articulación con la defensa y el yo. En el texto que venimos comentando, Freud presenta al síntoma como la evitación de una situación de peligro que comienza a partir de la señal de angustia. ¿Qué resulta peligroso? Quizá podamos recordar en este punto la distinción entre angustia, miedo y terror trabajada en la Unidad 13 del Programa General. Respecto a la misma, y luego de un extenso recorrido, Freud añadirá en este texto que si la angustia es la reacción ante un estado de peligro, tal estado tiene como su núcleo un neto factor económico. Esto es, "la perturbación económica por el incremento de las

⁴⁵ La apelación de Freud al término 'extraterritorialidad' ha tenido sus resonancias dentro del campo psicoanalítico. A los efectos de este capítulo, contentémonos con recordar que la R.A.E. la define como el "derecho o privilegio fundado en una ficción jurídica que considera el domicilio de los agentes diplomáticos, los buques de guerra, etc., como si estuviesen fuera del territorio donde se encuentran, para seguir sometidos a las leyes de su país de origen". Es decir, se trata de un término que señala la condición por la cual una entidad sostiene una legalidad propia, aun en territorio extranjero.

magnitudes de estímulo en espera de tramitación” (1925, p.130). Nuevamente, la lectura en términos económicos (es decir de magnitudes y cantidades) es uno de los modos privilegiados con los que Freud escribe el problema de qué causa la defensa. O podríamos nosotros también invertir la formulación: cada vez que Freud se veía interpelado por la pregunta de qué causa la represión de la pulsión, aparecía el problema cuantitativo de la mano del problema de la satisfacción (pensemos en las misteriosas neuronas llave del “Proyecto de psicología” o en la no menos enigmática fuente independiente de desprendimiento de displacer del “Manuscrito K”). El peligro es entonces la cantidad de excitación y esto hace equivalentes al origen interno o externo de la misma (como fue señalado en “Más allá del principio del placer”). O podríamos decir, el exceso de una cantidad respecto a su posibilidad de articulación a la representación siempre es externo, en el sentido de que se presenta como alteridad, como extranjero, respecto a la ligadura. Atravesando en este sentido la discusión, en términos de un adentro y afuera de algo que tendría un borde cerrado.

De esta manera, Freud llega al punto que nos interesa. Cuando el yo se defiende de una moción pulsional peligrosa, la inhibe, pero también cede una parte de su soberanía. Esta ‘proscripción’ de lo reprimido dentro de la organización del yo tiene consecuencias cuando, más tarde, la situación de peligro se modifique y ya no suponga tal riesgo (sic). Es decir, Freud supone que las circunstancias que pueden traer tal sobreestasis libidinal, varían. Las situaciones de peligro, cambian. El problema es que, cuando esto sucede y se presenta una moción que sea nueva pero análoga a la reprimida, recorrerá su mismo camino, como si todavía persistiera la situación de peligro ya superada (1925, p.144). Los neuróticos se conducen como si existieran aun antiguas situaciones de peligros y en ellos subsisten infantiles condiciones de angustia (1925, p.139). Esta repetición de un idéntico camino, pese al cambio de la situación de peligro, reconducirá a lo no ligado de la pulsión. A partir de lo cual, concluye, es tal compulsión a la repetición del ello el factor fijador de la represión. Luego, también la nombra como ‘atracción regresiva de la moción reprimida’ o ‘atracción de arquetipos reprimidos’. En todo caso, esto fija la defensa y conserva las situaciones de peligro, produciendo que un nuevo decurso pulsional se consume compulsivamente, repitiendo el circuito anterior. Parece de esta manera describir la dinámica que establece a los retoños que, extraterritorialmente, persisten en el yo manteniendo la lucha defensiva.

De manera que el grado y modo de fijación de la defensa parecen íntimamente vinculados a un modo de repetición que se distingue de la insistencia del inconsciente (en tanto la misma supone la diferencia que el desplazamiento y la condensación introducen). La fijación de la defensa se acerca entonces a los fenómenos de la repetición en transferencia establecidos en “Más allá del principio del placer” e involucra un circuito pulsional que se sostiene compulsivamente articulado al funcionamiento del yo.

Entonces, el obstáculo que esto supone para la cura ¿debe localizarse tópicamente en el ello o en el yo? ¿A qué instancia adscribir esta resistencia? La situación no resulta clara.

Non liquet!

Del problema de la fijación de la defensa un hilo nos lleva directo al rasgo de carácter. Y con él, a otro punto de vista desde el cual considerar la articulación entre pulsión, yo y resistencia. El 'carácter', este término tan anodino, hasta superficial y trivial respecto a otras categorías aventadas por el psicoanálisis, guarda sin embargo el lugar de un auténtico bastión de la resistencia al avance de la cura analítica. Así lo plantea Freud en "Más allá del principio del placer" y en "El yo y el ello". Es un modo logrado, adaptado, de inclusión en la organización yoica de una articulación entre satisfacción pulsional y modo de defensa. ¿De qué manera? Freud lo señala: la represión no es un proceso que ocurra una vez y para siempre. En tanto la moción pulsional supone un empuje constante, la represión también lo es. A la fuerza que se contrapone con constancia a tal esfuerzo, se la denomina conrainvestidura. Y, sabemos, está compuesta por un gasto de energía y una representación. Freud denomina, de hecho, al rasgo de carácter, una alteración del yo. Y una bien precisa, aquella que subraya o refuerza la actitud opuesta a la moción pulsional reprimida. Más conocidas en la neurosis obsesiva, pueden también pesqui-sarse en la histeria (hiperternura, desmedido temor) sólo que aquí no presentan la generalidad que tienen en la neurosis obsesiva, sino que se acotan a ciertos vínculos (1926, p. 148).

Entonces, la dificultad que el yo halla para deshacer una represión aun cuando se 'ha hecho el designio de abandonar una resistencia', Freud la reconduce –nuevamente– a la compulsión a la repetición. Sin embargo, en "Análisis terminable e interminable", Freud intenta en varios puntos de su trama sostener para la alteración del yo una etiología que no se reduzca por completo a la intensidad pulsional (cuestión que reposaría en causas constitucionales). Todo esto, confiesa, le resulta un asunto oscuro. Sin embargo, a lo largo del texto insiste en sostener a la alteración del yo y a la intensidad de la constitución pulsional como dos factores diferentes que (junto con el influjo del trauma) son los tres elementos que deciden sobre el devenir más o menos obstaculizado de un tratamiento.

Es aquí que propone como estrategia aliarse con el yo, de modo de ayudarlo a someter a su función de síntesis elementos del ello aun no gobernados, acaso los retoños extraterritoriales que situamos anteriormente. Sin embargo inmediatamente se rectifica: para poder concertar un pacto así debería haber un yo normal. Categoría que, afirma, es una ficción ideal (1937, p. 237).

Una ficción ideal

El uso de la palabra ideal, allí donde Freud habla del yo como 'ficción ideal', podría leerse desde la definición conceptual con la que es descripta la idealización en "Introducción del narcisismo" (1914). Es decir, como el proceso que atañe al objeto en el cual se eleva al mismo al rango de ideal. (p. 91). O bien podríamos leer el uso que hace allí de este término como una advertencia. Una advertencia respecto a un imposible, al imposible de aspirar a un yo libre de

alteración (en el sentido del rasgo de carácter o de ciertos modos de presentarse la repetición en transferencia). Así, si la alteración del yo es uno de los nombres del modo en que se presenta la pulsión en la organización yoica, esto implicaría que no se trata de una contingencia ni de algo evitable.

Decíamos al inicio que la relevancia del modo en que se conceptualiza la articulación entre pulsión y yo reside en que sitúa puntos en el texto de Freud en los cuales se abrieron diferentes lecturas respecto a las orientaciones para el desarrollo de un análisis. Por un lado algunos autores leen allí la posibilidad de pensar al análisis como una práctica que podría permitir mejorar el dominio del yo sobre la pulsión, en términos de favorecer la autonomía del yo y mejorar su capacidad de adaptación. Otra orientación propone pensar al yo articulado a la pulsión, subrayando la naturaleza problemática de este anudamiento y sin posibilidad de apelar a una salubridad posible en términos de asepsia pulsional.

Desde el comienzo de su obra Lacan sostuvo esta última lectura. Tal como puede leerse en la 'función de desconocimiento' como característica definitoria del yo que propone desde sus primeros textos (Lacan, 1960). Función que alude a que el yo supone la instauración de una imagen que, tomada del campo del Otro, produce una experiencia de completud anticipatoria respecto a la vivencia fragmentada que el desarrollo neurológico impone. Esta 'función de desconocimiento' se delimita en torno al júbilo con el que un bebé entre los 8 y los 18 meses encuentra la imagen de 'su' cuerpo en el espejo. El autor propone que ese júbilo, esa satisfacción con la que se recibe la experiencia unificadora que la imagen provee, se vincula al desconocimiento que la misma permite respecto a la vivencia, que se supone fragmentada.

Los desarrollos que la articulación del yo y la pulsión tuvieron en la obra de Lacan merecerían por sí mismos un capítulo aparte, y por otro lado, excederían el objetivo de la presente publicación. A los fines de este capítulo nos interesa subrayar que las conceptualizaciones en torno a la fijación de un modo de defensa, tanto como la manera en que se entienda la alteración del yo por parte de la pulsión, pueden resultar nudos en los cuales se abren diferentes perspectivas para pensar la práctica psicoanalítica. De esta manera resultan puntos que permiten pensar al texto freudiano como un texto abierto a múltiples lecturas, lo que nos pone en la tarea ética de argumentar la lectura que sostenemos sin recaer en argumentos *ad hominem*.

Referencias

- Freud, S. (1896). Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp.260-268). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1914). Introducción al narcisismo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1920). Más allá del principio del placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp.1-62). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1923). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp.71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1937). Análisis terminable e interminable. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 211-254). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. *Escritos 2* (pp. 559-616). Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- (1960). Observación sobre el informe de Daniel Lagache . *Escritos 2* (pp. 617-652). Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- (1964). *El seminario, libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999
- Programa. (2017). Cátedra: Teoría Psicoanalítica, Facultad de Psicología, UNLP.
- Real Academia Española. (2017). *Diccionario de la lengua española. Edición del tricentenario*. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=HPZCDlj>

CAPÍTULO 20

Pulsiones y desarrollo cultural: paradojas y antagonismos

Fabián Miranda

El psicoanálisis de principios del siglo XX podría ser caracterizado como una disciplina en expansión que trató de buscar aceptación en la comunidad médica y científica de occidente. En cuanto a su producción de conocimiento, los límites de su objeto de estudio se fueron ampliando, llegando a trabajar temáticas diferentes pero complementarias a sus iniciales puntos de interés. Si bien Freud no deja de lado el estudio de las afecciones neuróticas ni el funcionamiento del aparato anímico, comienza (hacia el final de su obra) a ocuparse más detenidamente del estudio de problemáticas relacionadas con el pensamiento social y cultural de su época que se vinculan con los padecimientos neuróticos. Podemos decir que si bien el psicoanálisis ha tomado por objeto de análisis a *la psique* individual, a raíz de su exploración comenzó a estudiar las bases afectivas del vínculo del individuo con la sociedad (Freud, 1913). En palabras del psicoanalista francés Paul Laurent Assoun:

Esto es el psicoanálisis: un Jano bifronte, una divinidad joven y ambigua. Uno de sus rostros mira hacia *la psique* que es un objeto de una inteligibilidad rigurosa; el otro hacia el objeto de las ciencias de la cultura. Se trata de una metáfora que se encuentra en el corazón de la teoría freudiana (2003, p.19).

La motivación de Freud por lo cultural se encontraba incluso antes de que el psicoanálisis quedara establecido como movimiento institucional y como edificio teórico. Para comprobar esto, sólo basta recuperar lo dicho por el autor en su "Presentación autobiográfica" de 1925; allí nos habla de un cambio sobrevenido en sus intereses luego de haber incursionado por la neurología, la psicopatología y la psicoterapia. Este movimiento que marcó el sesgo sociológico de algunos de sus escritos posteriores a 1920, da cuenta en realidad de cómo el autor recuperó un interés previo incluso a sus estudios en medicina. Hablamos de aquellos problemas culturales que lo cautivaron desde su juventud, como podrían serlo: la eterna hostilidad del hombre hacia sus semejantes, expresada en los innumerables conflictos bélicos, el pasaje de la animidad a la vida cultural, etc.

Este interés por lo cultural se condensa en los escritos en donde Freud se dedica a analizar (entre otras cuestiones) la relación de los fenómenos culturales con la producción de sufrimiento en el hombre, debido al antagonismo y choque entre la vida pulsional y las exi-

gencias de la vida en civilización. Desde aquí parte el objetivo del presente capítulo: realizar un recorrido teórico en donde se analice la problemática del antagonismo entre la cultura y la satisfacción pulsional, tal como es presentada en la obra de nuestro autor. Para ello nos centraremos principalmente en “El malestar en la cultura”, escrito en donde se analizan las consecuencias que recaen sobre el sujeto por vivir en la cultura, es decir, sus beneficios junto a la cuota de sufrimiento a pagar ya sea individual o de manera colectiva. Este último aspecto se aleja y entra en contradicción con la definición de carácter positivo que el autor otorga de la cultura en dicho texto:

La palabra cultura designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (1929, p. 88).

Por lo tanto, seguiremos a Freud en sus ideas concernientes a que la función reguladora y por ende productora de felicidad atribuida a la cultura falla debido a su aspecto paradójico. Esto tiene que ver con que la fuente de sufrimiento más dolorosa para la vida humana es de carácter social y proviene de la insuficiencia e imperfección de los métodos culturales para regular nuestras relaciones sociales. La cultura no podría garantizar la completa felicidad de los seres humanos, al contrario en ella se encuentra una fuente de sufrimiento con la que se topan los individuos al intentar convivir y relacionarse con sus semejantes (Freud, 1929). A su vez, tendremos en cuenta para nuestro recorrido teórico la hipótesis de que los sacrificios que la cultura impone al individuo se expresan no sólo en la sofocación de las pulsiones sexuales sino que también recaen en la pulsión de muerte. Este es el cambio fundamental que introducirá Freud en el análisis de lo cultural en “El malestar en la cultura” luego de haber conceptualizado un segundo dualismo pulsional (*Eros* y pulsión de muerte).

A partir de lo mencionado hasta aquí, podemos establecer algunas preguntas que orientarán nuestro recorrido: ¿Qué novedades introduce Freud luego del giro de los años 20 sobre el sufrimiento producido por la sofocación de las pulsiones debido a las exigencias culturales? ¿Qué diferencias y similitudes existen sobre este antagonismo entre pulsiones y cultura en su texto de 1908 “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” y “El malestar en la cultura” texto de 1929? ¿Cuáles son las consecuencias para la vida en sociedad que Freud delimita a partir de la conceptualización de la pulsión de muerte? ¿Qué soluciones y arreglos halla el hombre para tratar de domeñar su agresividad? ¿Freud encuentra alguna solución para este conflicto entre pulsión y cultura?

Para tratar de responder a estos interrogantes es fundamental también realizar un recorrido por algunos de los textos anteriores al giro de los años veinte. James Strachey en la nota introductoria a “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” sostiene que fue éste el primer trabajo en el que Freud expuso un análisis extenso del antagonismo entre la cultura y la vida pulsional. Aunque también hay fragmentos de otros textos en donde se hacen breves menciones a esta cuestión por ejemplo, en una carta enviada a Fliess en 1897, el “Manuscrito N” en

donde Freud le escribe a su amigo que el incesto es antisocial y que la cultura consiste en la renuncia progresiva a él. También en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), texto en donde se debate brevemente acerca de la influencia del período de latencia sobre el desarrollo de la sexualidad humana y también sobre el vínculo de oposición entre la cultura y el libre desarrollo de la sexualidad.

Como hemos mencionado Freud retoma este tema luego del giro de los años 20, también en las páginas iniciales de “El porvenir de una ilusión” (1927) y en algunos párrafos de la carta abierta a Einstein, titulada “¿Por qué la guerra?” (1933 [1932]). El análisis en esta época recaerá como ya se dijo sobre las consecuencias de la existencia de la pulsión de muerte para la vida en civilización. A su vez, intentaremos demostrar que el interés de Freud por los efectos de esta problemática, lo llevan a utilizar todas sus herramientas teóricas para pensar una posible salida al conflicto entre la cultura y la pulsión.

Primeras conceptualizaciones sobre el antagonismo entre la pulsión sexual y la cultura

En su texto “La moral cultural sexual y la nerviosidad moderna”, Freud realiza una caracterización de la vida en la sociedad occidental de ese entonces. La salud de los individuos se ve perjudicada por los imperativos de la vida capitalista: la participación social obligada, la falta de descanso, las luchas sociales, políticas y religiosas, la exigencia de altos grados de rendimiento; son todos fenómenos que perturban la armonía de la vida en sociedad. Expone entonces una serie de peligros en nuestro desarrollo cultural moderno bajo el lema “todo se hace de prisa y en estado de agitación” (1908, p.160). A su vez, se habla en este escrito de la función subyacente de una “moral sexual cultural” productora de sufrimiento en los individuos, ésta afectaría a la salud de los mismos, debido a sus imposiciones y sacrificios. El autor pareciera advertir aquí, tempranamente en su obra, sobre lo apto de estas exigencias culturales moralizantes para despertar en el hombre su naturaleza más oscura, poniéndose en peligro los fines mismos de la cultura.

La tesis central de Freud en este trabajo es que las distintas formas de sufrimiento producidas por esta moral sexual cultural pueden reducirse a la dañina sofocación de la vida sexual. Por ejemplo, prohibiendo todo contacto sexual fuera del matrimonio monogámico e incluso limitando las relaciones sexuales dentro de éste. Otros ejemplos son los mandatos inherentes a la noción popular de sexualidad, que esboza Freud en “Tres ensayos de teoría sexual”, en donde expone parámetros considerados por la sociedad como “normales” para poner en práctica la sexualidad que dejan por fuera otras formas de ejercicio de la misma que no se corresponden con la reproducción. Forman parte de este conjunto, también las limitaciones que imponen los sentimientos familiares, el apremio de la vida y los imperativos de la religión, estos últimos llevan al individuo a la renuncia de la satisfacción de la pulsión sexual en aquellos aspectos que no se relacionan con la reproducción. Es así que el antagonismo entre pulsiones

sexuales y exigencias culturales se expresa en el hecho de que la pulsión sexual del ser humano no está en su origen al servicio de la reproducción, sino que tiene por meta determinadas variedades de la ganancia de placer (Freud, 1908).

En consecuencia, nuestra cultura se edifica, según Freud, sobre la sofocación de pulsiones. Cada individuo otorga el sacrificio de no ceder a la satisfacción de parte de sus pulsiones, aportando a la cultura de manera altruista con este hecho. Por otra parte, en este escrito ya se menciona el papel de la agresividad y se advierten los riesgos de la misma para la vida en civilización, ya que “cada individuo ha cedido un fragmento de su patrimonio, de la plenitud de sus poderes, de las inclinaciones agresivas y vindicativas de su personalidad; de estos aportes ha nacido el patrimonio cultural común de bienes materiales e ideales” (Freud, 1908, p. 168).

En este texto el autor pareciera ubicarse en algunos momentos a favor de la cultura, al sostener por ejemplo que la ganancia cultural que se obtiene por medio de la limitación sexual de los individuos compensa probablemente los padecimientos neuróticos que sólo en su minoría son graves. De todas formas también se interroga sobre si la moral sexual cultural merece los sacrificios que nos impone y que se le otorgan, a modo tal de llegar a no admitir ni la mínima satisfacción o dicha para el individuo en el desarrollo cultural. Se puede percibir en el Freud de estos años una vacilación sobre dónde situar la mayor responsabilidad del sufrimiento, si en la cultura o en la naturaleza misma de la pulsión.

En cuanto a la vida del neurótico, Freud aclara que debido a los distintos reclamos culturales y al fracaso aparente de la sofocación de sus pulsiones, algunos sujetos podrán sublimar y contribuir con esta energía sexual a las obras de la cultura, mientras que otros se verán en calidad de enfermos. Aunque también señala respecto a esta forma de evadir los imperativos culturales, que son muy pocos los que consiguen el dominio de sus pulsiones por medio de la sublimación, además de que la pulsión sexual no dejará de ser indómita y exigente (Freud, 1908).

Si retrocedemos unos años, la idea de que la cultura se edifica sobre la renuncia progresiva de la sexualidad es esbozada por Freud previamente a los textos analizados. Es en un fragmento del “Manuscrito N” en donde sostiene que el incesto es antisocial y la cultura consiste en la progresiva renuncia a él. Allí aclara que es ante el horror al incesto que los miembros de la familia han sacrificado fragmentos de su libertad sexual y deciden no incurrir en perversiones. Al afirmar esto último, Freud deja en claro que el núcleo básico de la cultura humana se generaría así por la renuncia pulsional que hemos venido mencionando. La existencia del hombre en sociedad es posible a partir de que se instauró la prohibición del incesto como primera ley de la humanidad, lográndose además que la misma se respete y fortalezca con el correr del tiempo. Freud aclara en un fragmento al final de “Tres ensayos de teoría sexual” que es una de las principales exigencias de la cultura generar respeto a la prohibición del incesto. Los individuos deben acoplarse a este mandato para formar parte de la vida en civilización.

En “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, texto de 1912, también puede observarse cierta posición ambivalente de Freud sobre la temática. Allí admite que en modo alguno es posible compensar, equilibrar las exigencias de la sexualidad con los requeri-

mientos de la cultura; esto traería una posible solución al conflicto, pero luego de unas pocas líneas vuelve a afirmar que la renuncia y el padecimiento seguirían estando, incluso también deja planteada la posibilidad de que en un lejano futuro la humanidad esté en peligro de extinción como consecuencia del desarrollo cultural. Es notorio el esfuerzo que realiza el autor para poder encontrar una solución al antagonismo entre la pulsión y lo cultural, sin reparos de comunicar en sus textos las distintas premoniciones sobre este conflicto. La tesis freudiana que nos interesa destacar en “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” es que la insatisfacción cultural sería la necesaria consecuencia de ciertas particularidades que la pulsión sexual ha tomado a partir de la presión de la cultura. En relación a esta idea, Assoun (2003) sostiene que cuando hablamos de la pulsión sexual parcial, estamos haciendo referencia a una especie de insatisfacción crónica que Freud constata al observar en la naturaleza misma de la pulsión la imposibilidad de alcanzar la satisfacción total, en este plano se sitúa el síntoma neurótico. No obstante la *kultur* expresaría esta fatalidad de la no satisfacción total de la pulsión sexual también en el plano colectivo. Este último autor además sostiene que es por la vía de la relación con la carencia, con la falta de satisfacción como el psicoanálisis abordará la historia de la civilización, los modos de vivir en sociedad y los conflictos que de allí emerjan. Afirma que le compete al psicoanálisis, por lo tanto, esclarecer esta dimensión colectiva del malestar; esto último es algo que lo mantendrá ocupado a Freud en textos posteriores al giro de los años 20.

Articulaciones entre pulsión de muerte y cultura: los efectos de un malestar ineliminable

Freud nos invita a imaginar en “El porvenir de una ilusión” haciendo referencia a la existencia de una ficticia edad de oro. La misma consistiría en una nueva forma de regulación de los vínculos sociales, en donde los descontentos por las exigencias que impone la cultura estarían ausentes y los individuos renunciarían a la molesta limitación de sus pulsiones. Sin embargo, como ya lo ha venido haciendo, el autor luego pone en duda la posibilidad de alcanzar tal estado, volviendo a presentar la hipótesis que venía sosteniendo en escritos previos: toda cultura debe edificarse sobre una compulsión al trabajo y una permanente renuncia de lo pulsional. La idea del antagonismo entre estos dos conceptos sigue presente después de algunos años pero con algunas variaciones.

Destacamos que Freud en 1908 ya había planteado la existencia de tendencias destructivas en el hombre caracterizándolas como problemáticas y caóticas para su vida en sociedad, pero aún no había conceptualizado su segundo dualismo pulsional. Luego del giro de los años 20, al contar ya con el concepto de pulsión de muerte, sus teorizaciones sobre el sufrimiento producido en la cultura debido a su aspecto paradójico se centrarán principalmente en los efectos de la pulsión de muerte ya sea para el individuo (como sentimiento inconsciente de culpa) o para la sociedad (en su exteriorización como agresividad).

De esta forma, queda en un segundo plano el análisis de la sofocación de las pulsiones sexuales. Al respecto la posición de Freud es clara: "...ya no comprendo que podamos pasar por alto la ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas, y dejemos de asignarle la posición que se merece en la interpretación de la vida." (1930 [1929], p. 116). En relación a esto último, el autor intentará justificar y resaltar la importancia que cobra la pulsión de muerte en su manifestación como agresividad, demostrando cómo este factor ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad produciendo consecuencias trágicas. Freud (1927) dice constatar la existencia en todos los seres humanos de unas tendencias destructivas, antisociales y anticulturales. Estas últimas se expresan cuando el hombre reacciona ante el malestar que le provocan los vínculos sociales y las normas culturales. En este sentido, fundamenta la condición de una eterna hostilidad a la cultura tomando datos y hechos puntuales en un recorrido por la historia de la humanidad. Por ejemplo, la pulsión de destrucción se ha expresado en guerras de la antigüedad, luchas religiosas como la inquisición, enfrentamientos entre distintos pueblos conformados entre sí como rivales eternos, etc. Esta inclinación agresiva es para Freud una disposición pulsional, autónoma, originaria del ser humano, que refleja su naturaleza más oscura y genuina. Es así, que la cultura encuentra en este resto de la personalidad no domeñado, su obstáculo más poderoso para el desarrollo de sus legados.

Luego de haber constatado que la agresividad propia del ser humano es la amenaza más grande contra la cultura y su organización, porque puede llegar a correrse el riesgo de que las personas se eliminen las unas a las otras sin mediar palabra alguna. Freud se pregunta en "El Malestar en la cultura" ¿Cómo hace la cultura para inhibir, volver inofensiva o erradicar la agresión? Pregunta que se podría analogar a esta otra: ¿Qué es lo que permite la trascendencia de la organización cultural? Buscará una respuesta analizando la lógica de funcionamiento que le atribuye a la cultura, junto a sus consecuencias para *la psique* individual.

Freud (1929) sostiene que la cultura opera vehiculizando principalmente el legado de *Eros*, afirma que lo cultural está al servicio de la pulsión de vida porque reúne a los individuos en grupos, familias, pueblos, naciones, no dejando a ningún sujeto aislado, esto es necesario para la supervivencia. La pulsión de vida actúa generando unidades cada vez más grande, es conservadora de los vínculos sociales, y no solo eso, también se esfuerza en ampliarlos. Entonces, la principal función de la cultura sería luchar por conservar y reproducir la vida de la especie humana. Es por eso que está al servicio de *Eros* y también de lo autoconservativo. Intenta proteger al ser humano de las otras dos fuentes de sufrimiento: el poder impredecible de la naturaleza y las enfermedades del organismo.

Si todo individuo posee una cuota de agresividad en su dotación pulsional, la cultura moviliza todos sus recursos para poner un límite a las pulsiones agresivas de los seres humanos, uno de estos recursos (no tan exitoso) es impulsarlos hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta sexual inhibida previniendo y limitando cualquier peligro producto del libre ejercicio de la sexualidad. En relación a esto, Freud (1930 [1929]) dice que la cultura al aglutinar y reunir a los individuos aislados logra que la voz del colectivo se imponga sobre la del individuo, el poder de la colectividad se impone al poder individual, de esta forma el orden

cultural se genera por medio del orden jurídico y sus leyes; como la cultura nace por medio de la instauración de la primera ley de la humanidad: la prohibición del incesto; podemos decir que será por medio de la ampliación de leyes y normas que limiten cada vez más la libertad de todo sujeto en beneficio del orden colectivo, la manera más efectiva de obtener cuotas crecientes de organización y desarrollo cultural, pero esto, según la lógica del autor no es sin alojar y producir un malestar.

Freud plantea que la lucha por la libertad pulsional es la principal fuente de hostilidad frente a la cultura y sus exigencias. Dice que la cultura “no quiere a la sexualidad como fuente autónoma de placer y está dispuesta a tolerarla solamente como la fuente, hasta ahora insustituída, para la multiplicación de los seres humanos” (1930 [1929], p.102). Esta manera de operar de la cultura por medio de generar lazos libidinales de meta inhibida entre sus miembros, sigue generando hostilidad, porque la frustración neurótica es inevitable y la agresión sigue operando, pero al interior del yo. En consecuencia, el autor sitúa a la más efectiva fuente de combate contra la agresividad en otro punto. La cultura al valerse de las normas y prohibiciones que obligan al ser humano a renunciar a la libre exteriorización de la pulsión de muerte provoca que la agresión sea introyectada, regresando hacia su punto de partida, que es el propio yo. Freud sostiene que es a través de la instancia del superyó -esa base militar de la cultura en la ciudad conquistada: el psiquismo - que el individuo recibe contra sí mismo la tiranía de la pulsión de muerte. La agresión que el yo hubiese exteriorizado hacia los otros si no hubiesen existido normas culturales, es ahora reenviada hacia dicha instancia generando un sentimiento inconsciente de culpa. “Cada fragmento de agresión de cuya satisfacción nos abstenemos es asumido por el superyó y acrecienta su agresión contra el yo.” (Freud, 1930 [1929], p.125). De esta forma, el autor sostiene que el sentimiento de culpa es la consecuencia de agresiones suspendidas, es decir, de renunciar a esa inclinación natural de los seres humanos a destruir y agredirse los unos a los otros.

En el capítulo VII de “El malestar en la cultura”, sitúa el origen y la función del sentimiento inconsciente de culpa en la cultura. Esta última, operaría disminuyendo en el ser humano la agresividad contra los demás y contra los legados culturales gracias a la instancia del superyó que vigila y castiga al individuo sin que lo sepa. El superyó y la cultura obligan al sujeto a no exteriorizar la agresividad y renunciar a cualquier tipo de satisfacción que atente contra sus semejantes. En consecuencia, Freud sostiene que la renuncia de lo pulsional no es suficiente, ya que el deseo de realizar lo prohibido persiste y no puede escondérselo ante el superyó, es por esto que pese a renunciar a la satisfacción de la agresión y pese a cumplir con los mandatos que el superyó y la cultura exigen, aparecerá lo que Freud denomina, sentimiento de culpa. El yo necesita sentirse culpable e imponerse castigos como forma de satisfacer el sadismo propio del superyó que exige y exige cada vez más, en algunos sujetos, sin medida alguna.

Este conflicto pulsional, según Freud aparece cada vez que al ser humano se le presenta la tarea de la convivencia. Es a través del reforzamiento del sentimiento de culpa vía el superyó que la cultura intenta resguardarse de los efectos de la hostilidad originaria en todo ser humano frente a sus legados. El ser humano padece de manera individual los efectos de la

pulsión de muerte, que de no ser por la cultura llevarían a la exterminación de la humanidad. Lo que Freud está proponiendo es el cambio de un mal mayor, por un sufrimiento menor, que no impide la búsqueda de dicha por los singulares caminos que intentan obtener la bienaventuranza (Freud, 1930 [1929]).

El desarrollo cultural es producto de la modificación que recae sobre la vida debido a la tarea de *Eros*: reunir a los sujetos en una comunidad atada libidinalmente. La cultura privilegia lo colectivo ya que a nivel del desarrollo individual la meta es la del principio de placer: conseguir una satisfacción dichosa, aspiración egoísta de felicidad episódica. La meta cultural por el contrario se contenta con efectos globales, regular una limitación que incluye a todo sujeto que forme parte de ella. Por lo tanto, a nivel cultural la meta de la felicidad individual queda en un segundo plano, Freud sostiene que la creación de una gran comunidad humana se lograría mejor si no hubiese que preocuparse por la felicidad individual de cada habitante. Es entonces, a consecuencia de la limitación de la libertad y por la obligación a la renuncia pulsional que la cultura genera frustración y un aumento de la hostilidad del ser humano hacia ella. Pero la cultura logra defenderse de la agresividad que ella misma potencia, aumentando el sentimiento de culpa en todo sujeto que sólo desee desafiar a los mandatos culturales externos e internos. La renuncia de satisfacción de la agresividad genera entonces en algunos sujetos un aumento del sentimiento de culpa y un padecimiento individual que evita y previene un padecimiento mayor a nivel colectivo. Es de esta forma que “el progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa” (Freud, 1930 [1929], p. 130).

Luego de haber realizado este recorrido podemos circunscribir cuál es la posición de Freud frente a la cultura luego del giro de los años 20. ¿Recae en una negación absoluta de este término? ¿Es para el autor la responsable de todos nuestros padecimientos? ¿Sigue manteniendo una posición vacilante y dubitativa sobre el antagonismo entre pulsión y cultura? Si algo queda claro, es la posición de Freud de criticar lo que se presenta como una ilusión y de poner en tela de juicio cualquier creencia esperanzadora de obtener a la felicidad como un objeto perdurable, producto de la perfección del desarrollo cultural. En palabras del autor, “Me he empeñado en apartar de mí el prejuicio entusiasta de que nuestra cultura sería lo más precioso que poseemos o pudiéramos adquirir, y que su camino nos conduciría necesariamente a alturas de insospechada perfección” (1930 [1929], p.139).

La posición freudiana en “El malestar en la cultura” nos permite volver a imaginarnos esa edad de oro ficticia en donde las prohibiciones de la cultura desaparecerían, y pensar entonces, que si esto sucediera volveríamos a la vida del padre primordial en la horda darwiniana. Sería posible escoger como objeto sexual a cualquier persona sin importar su consentimiento, además, por medio de la agresión se podría llegar a exterminar a cualquier rival, no habría regulación más que la propia fuerza y el mero capricho de la persona en la que se concentre el poder. Freud sostiene que si se cancela lo cultural solo quedaría lo natural, aquello que nos iguala a los animales, y esto sería más difícil de soportar porque si bien la naturaleza no limitaría nuestras pulsiones, afirma el autor, que es capaz de matarnos rápidamente en la búsqueda de cualquier tipo de satisfacción. En síntesis, queda claro que Freud critica a la cultura, llegan-

do a decir que tiene gran parte de la culpa por nuestras miserias. Pero no se encuentra en sus escritos un rechazo absoluto a este término ni una aclamación por la vuelta a la animalidad. “cuando, mediante una crítica despiadada, nos empeñamos en descubrir las raíces de su imperfección, ejercemos nuestro legítimo derecho y no por ello nos mostramos enemigos de la cultura” (1930 [1929], p.112).

Por otra parte, Freud (1933 [1932]) sostiene que el máximo ataque que puede recibir la organización cultural como producto de un estallido y desborde de la pulsión de muerte, son los conflictos bélicos. Frente a esta amenaza, plantea otra alternativa como paliativo de las consecuencias de la pulsión de muerte. Afirma que no se trata de eliminar por completo la inclinación de los hombres a agredir, luego de este recorrido teórico se constata que esto es imposible para el autor. Sin embargo, lo que se puede intentar es desviar la pulsión de destrucción para que no deba encontrar su expresión en la guerra. El autor afirma que lo fundamental es apuntar a su contrario: *Eros*. Todo lo que establezca ligazones de sentimiento entre los hombres ejerce un efecto contrario a la guerra. Podría pensarse que ante el desborde de la pulsión de muerte que da origen a la guerra, debe apuntarse a reforzar todo aquello relativo al origen de la cultura y su meta: las uniones libidinales de meta inhibida, las identificaciones y el amor altruista.

Una vez evitados y controlados los efectos colectivos de la pulsión de muerte, el ser humano podrá seguir padeciendo de manera individual introyectando la agresión, el peligro dejará de ser externo para seguir siendo interno. Las consecuencias de este accionar son ventajosas para la cultura pero dolorosas para el individuo. Los grandes conflictos bélicos y atentados contradicen de la manera más directa las actitudes psíquicas que nos impone el proceso cultural, barren cualquier tipo de lazo libidinal y es por eso que el ser humano para Freud, se opone a cualquier tipo de conflicto que atente contra la vida humana en su totalidad. De esta forma, cuando se amenaza de manera transversal a la cultura, al ser humano no le quedaría otra alternativa que defender aquello que también es fuente de sufrimiento.

Este malestar en la cultura, ineliminable puede entenderse en relación a la imposibilidad de ligazón absoluta de la pulsión de muerte, existe un resto inasimilable de la pulsión, una falla constitutiva del psiquismo, que se deja ver a nivel colectivo en la agresividad exteriorizada contra la cultura y sus vínculos sociales; pero al mismo tiempo, a nivel individual en el padecimiento superyóico del síntoma. Es decir, estos efectos en dos niveles, son expresiones de ese resto pulsional que no termina de canalizarse ni por el psiquismo y la palabra, ni por los distintos tratamientos culturales a nivel de lo colectivo.

Comentarios finales

Luego de este recorrido, podemos constatar que el conflicto entre pulsión y cultura es un punto de interés que acompaña a Freud durante toda su obra. Assoun (2003) sostiene que la continuidad conceptual sobre este aspecto en sus escritos es innegable. En 1908 Freud aborda el antagonismo entre pulsión sexual y la moral cultural centrándose en el tema de la represión

de las pulsiones sexuales producto de la frustración que genera la cultura. En 1929 la terminología privilegiada es otra: la renuncia pulsional. Se pasa de un término más descriptivo; la frustración, a otro término que hace hincapié en un impedimento más estructural e ineliminable.

Es decir que, antes del giro de los años 20, Freud aborda la problemática de la sofocación de las pulsiones sexuales, en el sentido de que la pulsión sexual ve dificultada su expresión por la cultura, mencionando al pasar la existencia de tendencias agresivas y destructivas en el ser humano. Luego de haber conceptualizado la pulsión de muerte, se puede constatar una doble paradoja, que hace al conflicto aún más interesante. La cultura si bien ha sido creada por el hombre para proteger su vida, ella misma es portadora de una fuente de malestar que involucra a los vínculos con otros seres humanos. Este malestar se entiende mejor si se menciona una segunda paradoja, la del superyó. Instancia del aparato psíquico cuya función es orientar y alertar al yo de no caer en la inmoralidad propia del ello. Según Freud, esta instancia termina vehiculizando un tipo de satisfacción en el sufrimiento, producida por renunciar a la exteriorización de la agresión para no dañar a otros. De esta forma Freud comparará en "El Malestar en la cultura", el funcionamiento del superyó individual con un superyó propio de la cultura. Este último como el del individuo, plantea severas exigencias que se pagan con el aumento de un sentimiento inconsciente de culpa que recae sobre el yo.

La posición de Freud sobre este conflicto en el seno del desarrollo cultural es advertir de estas paradojas y poner en funcionamiento las herramientas teórico clínicas del psicoanálisis para tratar de hacer algo con este resto de sufrimiento ineliminable. No sin señalar que la búsqueda de la felicidad, entendida por Freud como satisfacción pulsional en momentos episódicos, en donde se puedan valorar la belleza de los pequeños acontecimientos, puede ser una buena brújula en el camino por la vida. Ya que pulsión y cultura seguirán interactuando, son antagónicamente complementarias como *Eros* y pulsión de muerte.

A su vez, creemos que la posición del autor sobre el vivenciar del hombre en la cultura, no es una postura pesimista, a pesar de que muchas veces exprese distintas premoniciones un tanto trágicas y desmotivantes al respecto. Silvia Tubert (2000) afirma que la posición de Freud, en tanto advertir sobre la problemática del sujeto deseante y los costos que esto conlleva en el seno de la cultura, se aleja de cualquier postura pesimista, además de que un primer paso para poder teorizar y tratar de hacer algo sobre esta conflictiva es reconocer las distintas formas que adopta el malestar en la cultura cuyo núcleo se reduce a la pulsión de muerte y sus efectos. De allí que un modo de hacer frente a esta problemática en una de sus dimensiones: la clínica; sea para el psicoanálisis dar lugar a la palabra, a la escucha y apostar al deseo. Debido a que los efectos de la pulsión de muerte se manifiestan en cada época a través de los distintos modos de padecimiento, este conflicto del antagonismo entre la cultura y la pulsión ha llevado al psicoanálisis y sus distintas escuelas a seguir repensando la teoría freudiana, ya que lo delimitado por Freud hace un siglo atrás, se continúa hasta la actualidad y sigue interrogándonos.

Referencias

- Assoun, L. (2003). *Freud y las ciencias sociales*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Freud, S. (1897). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99]). Manuscrito N. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 296-299). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1908). La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo IX* (pp. 159-182). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XI* (pp. 169-184). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1913). El interés por el psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIII* (pp. 165-192). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1925 [1924]). Presentación autobiográfica. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1930 [1929]). El malestar en la cultura. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1933 [1932]). ¿Por qué la guerra? Carta abierta a Albert Einstein. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp. 179-198). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Tubert, S. (2000). *Sigmund Freud*. Madrid: EDAF.

QUINTA PARTE

Otras lecturas

CAPÍTULO 21

La muerte en la obra de Sigmund Freud

Juliana Urban

*Navigare necesse est,
vivere non necesse!*

Citado por Sigmund Freud,
CONSIDERACIONES DE ACTUALIDAD
SOBRE LA GUERRA Y LA MUERTE

Históricamente cada cultura y cada religión han tematizado y llevado a cabo un tratamiento diferente con respecto a la muerte. Una de las ideas más fuertes al rastrear esa tematización es que la muerte tendría como fin la trascendencia en el tiempo a partir de la inmortalidad. A su vez, cada individuo desde su singularidad, inventa respuestas subjetivas para hacerla más tolerable, dando lugar a múltiples y diversas actitudes y conductas frente a la misma.

Para Sigmund Freud, el hombre tiene una posición contradictoria frente al saber sobre la muerte. Nuestro inconciente la admite, pero a la vez la desmiente. Al igual que el sexo, no existe una representación psíquica de la misma. Es un elemento incognoscible e inimaginable. Se sabe que existe, que es posible e inherente a cada uno, pero sin embargo, se desconoce.

En “El valor de la vida”, una entrevista que le realizó George Sylvester Viereck en 1927, Freud planteó que “el deseo de vida y el deseo de muerte conviven lado a lado dentro de nosotros. La muerte es la compañera del amor. Juntos gobiernan el mundo” (Viereck, 1927, p. 1250).

El presente capítulo tendrá como propósito delimitar qué es lo que dijo Freud acerca de la muerte teniendo en cuenta la significación contextual de cada una de sus elaboraciones teóricas. El acento estará puesto principalmente en lo que Freud planteó sobre la muerte antes del fin biológico y no después, es decir sus consideraciones sobre la muerte por venir y la posición del inconciente ante la misma. De esta manera, las preguntas que nos orientan son las siguientes: ¿En qué sentido la muerte gobierna la vida junto al amor?, ¿cómo se conduce el hombre frente a su finitud y el fin de la vida?

La religión, la filosofía... y el psicoanálisis freudiano

Las diversas religiones y culturas han buscado a lo largo de los siglos dominar la muerte, negando especialmente que la vida termine cuando se produce el fin biológico. Sus principales

creencias han sido la inmortalidad del alma, la existencia del espíritu y la reencarnación. Todas ellas han estado guiadas especialmente por la ilusión de la eternidad. En su escrito “Nuestra actitud ante la muerte”, del año 1915, y en “El porvenir de una ilusión” de 1927, Freud dice precisamente que la religión ha considerado la existencia póstuma como el momento más importante, como el principio de una nueva existencia, relegando la vida simplemente a un período antecesor a un tiempo de evolución superior. Contrariamente a lo que pretende este consuelo religioso, en la entrevista con Sylvester Viereck, Freud plantea que los dioses son bondadosos al hacer la vida aun más desagradable al envejecer, ya que así, la muerte, parece menos intolerable que otras desgracias. El deseo del hombre de prolongar la existencia eternamente es, para él, completamente absurdo (Viereck, 1957)⁴⁶.

También se encargaron de reflexionar sobre la finitud humana distintas manifestaciones del arte como la literatura, el teatro y la ficción. La filosofía, hizo lo mismo por su parte, y es así que Platón explicó en “Fedón” (diálogo que se da a la luz de la muerte de Sócrates), que la filosofía permite un aprendizaje acerca de la muerte, considerándola un desprendimiento del cuerpo y el alma, siendo esta última el que perdura, el que existe antes de nacer y después de morir, y el responsable del conocimiento (Platón, 1971, p. 14). Pero Freud se distancia de Platón, ya que para él, los filósofos pensaron la muerte “demasiado filosóficamente” al considerarla como aquello que da inicio a la reflexión (Freud, 1915, p. 295). En contraposición a esto, él opina que, justamente, es el conflicto sentimental que genera la muerte del otro lo que da lugar al nacimiento de la psicología.

El inconciente ante la muerte

Podemos leer que la muerte recorre intensamente la obra freudiana y resulta interesante pensar en qué contexto el maestro vienés se ve impulsado a pensar acerca de la actitud frente a ella. Sus ideas se ven enlazadas a la Gran Guerra que se estaba llevando a cabo en Europa y el enorme impacto que ésta producía. Freud refiere que los conflictos bélicos hacen que la muerte no se pueda negar, los hombres dejan efectivamente de vivir, y hacen que todas las convenciones culturales sobre el límite de la vida se vuelvan insostenibles. Pero a pesar de ello, se muestra advertido acerca de que la muerte propia es inimaginable. El inconciente no cree en ella, y se conduce como si fuese inmortal. No existe en el hombre nada instintivo que favorezca la creencia de la finitud, por lo cual, se prepara para los duelos de los otros, pero no para el suyo propio. Se posiciona como un mero espectador, reduciéndola las más de las veces al azar, sin contemplar su carácter de necesidad. Esta particularidad que Freud describe es para él, equivalente a la del hombre primitivo, para quien “su propia muerte seguramente le fue tan inimaginable y tan irreal como lo sigue siendo

⁴⁶ La veracidad de esta entrevista ha sido puesta en duda por lo cual es utilizada de manera presuntiva.

todavía hoy en día para cada uno de nosotros” (Freud, 1915, p. 294), lo cual hizo que por un lado la tome en serio y por otro la degrade a la nada misma.

Anteriormente, el 16 de febrero de 1916, Freud pronuncia una conferencia titulada “Nosotros y la muerte” ante los miembros de la organización judía *B'nai B'rith* de Viena, la cual permitiría algunos meses después formalizar el ensayo ya citado (*Ibíd*, 1915). Luego de justificar su “tan horrible título” como a los fines de evitar la asistencia de quienes deseen evadir esta temática, refiere que a pesar de que se acepte el hecho de que cada uno finalmente va a morir, se aparta ese “finalmente” a una lejanía inescrutable. Para escenificar esta cualidad del inconciente, cuenta la historia de un hombre que le dice a su esposa “cuando uno de nosotros se muera, yo me iré a vivir a París”, haciendo referencia a que los chistes cínicos permiten justamente disfrazar una verdad velada. En contraposición con esta actitud que describe como asombrosa, para Freud, soportar la vida es el deber de los vivientes, como afirma la sentencia romana “si quieres conservar la paz, prepárate para la guerra”, él plantea: “si quieres conservar la vida, prepárate para muerte” (Freud, 1915, p. 301).

En esta misma línea, en su escrito “La transitoriedad” publicado en 1916, plantea justamente que el alma se aparta instintivamente de todo lo doloroso, ¿y qué puede ser más doloroso que la muerte? Él refiere que el saber sobre la caducidad de los bienes genera un pregusto del duelo que da lugar a una revuelta anímica contra él. Sin embargo, Freud no comparte la idea de que la limitación temporal de las cosas les quite su valor; al contrario, pone el acento en que la transitoriedad aumenta la estimación de todo lo bello y lo perfecto. Podemos, quizás, pensar esto en relación a su aseveración en “Nuestra actitud ante la muerte” acerca de que “la inclinación a no computar la muerte en el cálculo de la vida trae por consecuencia muchas otras renunciaciones y exclusiones” (Freud, 1915, p. 292). El afán por eliminar la posibilidad de morir, lleva a que los hombres eviten arriesgarse, haciendo a la vida menos interesante.

Esta actitud que Freud caracteriza con respecto al saber sobre la muerte, puede relacionarse con lo que, en 1923a, describe como mecanismo de desmentida. Este proceso no es otra cosa que una defensa ante una percepción negativa, es decir, no se basa en la anulación de la percepción, sino en el rechazo de las consecuencias de la misma. La desmentida y por ende, el rechazo hacia el conocimiento sobre el fin de la vida, puede pensarse en paralelo al rechazo del niño ante la percepción del genital femenino⁴⁷. En este sentido, es que Freud subraya que la actitud frente a la muerte no es para nada sincera, e implica una tendencia a intentar eliminarla de la vida, a prescindir de ella, siendo el hombre el único ser que efectivamente sabe que va a morir.

El sexo y la muerte

Las teorizaciones impulsadas principalmente por la Primera Guerra Mundial no son las primeras referencias que podemos encontrar en Freud acerca de la muerte, ya que en 1901 había

⁴⁷ Esta cuestión es ampliamente desarrollada por Freud en su texto “La organización genital infantil” de 1923.

escrito al respecto en el texto “El olvido de nombres propios”, enmarcado en su escrito “Psicopatología de la vida cotidiana”. Allí describe su olvido del nombre del pintor Luca Signorelli y un recuerdo falso que se ubica como sustituto, como un equivalente simbólico en el lugar en el cual se encuentra aquello que no puede nombrarse. En este sentido hace converger las temáticas de muerte y de sexualidad como aquello que no tiene representación psíquica, premisa que resonará a lo largo de toda su obra, influyendo en muchos de sus escritos. Uno de ellos es “Tótem y tabú” (1913a), donde presenta su hipótesis histórico-conjetural acerca del inicio de la organización social. Allí hace referencia al totemismo y a determinadas leyes simbólicas basadas en dos tabúes, circunscriptos justamente, en torno al sexo y la muerte: “No matarás al padre de la horda” y “no gozarás de las mujeres del clan”. Estas dos prohibiciones le permiten a Freud mitificar el pasaje de la naturaleza a la cultura.

La muerte a partir de “Más allá...”

Otra importante referencia en relación a la temática expuesta en este trabajo es en 1920, de la mano de su texto “Más allá del principio de placer”, en el cual Freud presenta una hipótesis por demás controversial. Allí refiere, a partir de la construcción de un nuevo modelo pulsional que opone las pulsiones de vida (*Eros*) a las pulsiones de muerte (*Tánatos*), que todo ser vivo es llamado a morir. En este sentido, plantea que la muerte es el verdadero fin de la vida, y esto es posible mediante una vuelta hacia lo inanimado, hacia lo inerte, que estaba antes de la vida. Esa cara mortífera de la pulsión implica la destrucción y tiene una finalidad regresiva. En la entrevista con Sylvester Viereck (1927), refiere:

Este es el mensaje de mi libro Más allá del principio de placer. En el comienzo el psicoanálisis dio por sentado que el amor era lo más importante. Hoy sabemos que la muerte es igualmente importante. Biológicamente, cada ser viviente, no importa cuán intensamente bulla la vida dentro de él, anhela el Nirvana, anhela el cese de la ‘fiebre llamada vida (...). El último objeto de la vida es su propia extinción (p. 1251).

Es así, que Freud considera a partir de este momento que tanto el amor como la muerte gobiernan la vida, haciendo énfasis, ya no solo en los fines sexuales y de autoconservación, sino en la existencia de una desmezcla pulsional elucidada por este nuevo dualismo. “Más allá del principio de placer”, que ha sido considerado un texto extremadamente polémico ya que se alejaba de algunos de los anteriores dichos freudianos, fue producido el mismo año en que murió su hija Sophie y, justamente, hay quienes creen que ese escrito fue una manera de transitar esa pérdida.

Sin embargo, a pesar de la novedad que ofrece “Más allá del principio de placer”, es posible hallar un escrito que podría pensarse como su antecedente. En 1913b Freud presenta “El motivo de la elección de un cofre”, el cual, según escribe en una carta a Ferenczi estaba vinculado

con sus tres hijas mujeres. Allí, hace referencia al oráculo de la elección de un cofrecillo, a partir de la descripción de una serie de cuentos tradicionales, creaciones poéticas y relatos mitológicos, entre ellos “El mercader de Venecia”, “La Cenicienta” y “El rey Lear”. En los distintos relatos se plantea la necesidad de optar entre tres diferentes opciones, siendo la tercera siempre la elegida. Esta decisión, encarna para él, la elección de un hombre entre tres mujeres, ya que el cofre es justamente uno de los símbolos que representan lo femenino. En cada una de estas escenas relatadas por Freud la tercera de estas mujeres posee determinadas particularidades y se encuentra emparentada con la muerte de alguna manera, por ejemplo a partir de la palidez, o con la mudez, o con el silencio, que son para Freud figuraciones claras del fin de la vida, especialmente en los sueños. Al respecto refiere:

Sin duda que de los cuentos tradicionales podríamos obtener otras pruebas de que la mudez debe entenderse como una figuración de la muerte. Si estuviéramos autorizados a seguir estas indicaciones, la tercera de nuestras hermanas, entre quienes se realiza la elección, sería una muerta. Pero también puede ser otra cosa, a saber: la muerte misma, la diosa de la muerte (p. 312).

Se produce entonces, una gran contradicción, ya que la elección se orienta siempre sobre la tercera de estas mujeres, es decir, una y otra vez recae sobre la muerte, siendo que el hombre jamás elige la finitud, simplemente se cree víctima de la misma. Como conclusión, Freud plantea que:

Se podría decir que se figuran aquí los tres vínculos con la mujer, para el hombre inevitables: la paridora, la compañera y la corrompedora. O las tres formas en que se muda la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, que él elige a imagen y semejanza de aquella, y por último la Madre Tierra, que vuelve a recogerlo en su seno [...] Sólo la tercera de las mujeres del destino, la callada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos (*Ibid*, p. 317).

El hombre es parte de la naturaleza y eso implica que está sometido irremediablemente a la ley de la finitud.

Esta elucidación sobre la elección de la muerte y su representación a partir de la mudez y el silencio, vislumbran algo de lo que Freud desarrollará siete años después en relación al carácter mudo de la pulsión de muerte y al fin de la vida como el verdadero sentido de la misma.

Muerte y castración

Por último, en 1923b, en el escrito “El yo y el ello” encontramos una importante señalización con respecto al fin de la vida y su relación con la angustia. Allí Freud afirma que el planteo acerca de que todo miedo es miedo a la muerte es erróneo. En este sentido diferencia la an-

gustia real, de la angustia neurótica ante la libido y de la angustia ante la muerte. Esta diferenciación le es útil para delimitar que esta última (como así también la angustia ante la conciencia moral) se juega entre dos instancias: el yo y el superyó. Ante esto Freud plantea que la angustia ante la muerte no es otra cosa que una elaboración de la angustia ante la castración, la cual supone un incremento en los casos de neurosis graves. Esta analogía vuelve a ser expuesta en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), donde Freud retoma su antigua hipótesis y expone que “en lo inconciente no hay nada que pueda dar contenido a nuestro concepto de la aniquilación de la vida” (p. 123), pero sin embargo, la castración sí es representable a partir de escenas de la vida cotidiana como la pérdida del pecho materno. Toda angustia, es para él, angustia frente a la castración, es decir, una reacción del yo ante la posibilidad de ser abandonado por el superyó protector.

Consideraciones finales

No es posible considerar a la muerte como un concepto psicoanalítico con una definición estricta, sin embargo, la misma ha hecho marca dentro de la obra freudiana y lo ha hecho siempre bajo la premisa de que es un elemento irrepresentable para el propio inconciente. Para Freud se muestra en el silencio y la mudez y ha sido, junto con la sexualidad, uno de los elementos que no posee representación psíquica inconciente. Ambas, la muerte y la sexualidad, lo interrogaron y operaron tanto en su noción de inconciente como en la de pulsión, obrando como causa y también como límite, como tope, en su teoría y en su práctica.

Por otro lado, este recorrido por la obra de Freud nos lleva a pensar la pertinencia de problematizar los momentos en los cuales el padre del psicoanálisis teorizó acerca del fin de la vida; a saber, a partir de un olvido relacionado con el suicidio de un paciente, durante la Primera Guerra Mundial, de la mano del texto “Nuestra actitud ante la muerte”, ante el cual lo encontramos implicado a él mismo en el título que lleva el escrito, después de la muerte de su hija, y durante su propio padecimiento causado por una enfermedad terminal. Quizás, podemos suponer la escritura acerca de la muerte como una manera de subjetivar aquello que lo atravesaba, o de sublimar eso que no tiene, para él, representación psíquica alguna.

Para Freud el no considerar a la muerte como parte de la existencia involucra una serie de renunciaciones y exclusiones, lo cual hace que la vida se empobrezca, se vacíe y pierda interés. Para elucidar sus consideraciones toma el reconocido lema de la Liga Hanseática alemana: “*Navigare necesse est, vivere non necesse*” (navegar es necesario, vivir no lo es), es decir resalta la necesidad de amigarse con la muerte para poder asumir riesgos y computarla en el cálculo de la vida, ya que lo que le da valor a la existencia es justamente su caducidad. El psicoanálisis, entonces, diferenciándose de la religión, la ciencia y la medicina, que buscan prolongar la vida indeterminadamente, debería apuntar a subjetivar la muerte, para poder, de esa manera, reconciliarse con la idea de que la vida tiene un fin.

Es así que, al ser los elementos que gobiernan la vida, todo análisis está marcado por el amor, el sexo y la muerte, y los analistas debemos estar dispuestos a escuchar hablar sobre cualquiera de ellos.

Referencias

- Freud, S. (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. I.- El olvido de nombres propios. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VI*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1913a). Tótem y tabú. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIII* (p.p. 11-163). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1913b 1-164). El motivo de la elección de un cofre. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 303-318). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1915). Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 273-304). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1916 [1915]). La transitoriedad. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 305-312). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923a). La organización genital infantil. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 141-150). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923b). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1925). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Platón. (s.f.). Fedon. En P. de Azcárate (ed.). *Obras completas de Platón, Tomo V* (pp. 21-112).
- Sylvester Viereck, G. (1927) El valor de la vida: entrevista a Sigmund Freud. *Revista Borromeo*, 3, 1248-1258. Recuperado de <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/ReportajeFreud.pdf>, 2012.

CAPÍTULO 22

Lecturas de la Filogenia en Freud

Luis H. Volta

A pesar de todo nuestro empeño por evitar que términos y puntos de vista biológicos pasen a presidir el trabajo psicoanalítico, nos resulta imposible dejar de usarlos ya para la descripción de los fenómenos que estudiamos.
Sigmund Freud, EL INTERÉS POR EL PSICOANÁLISIS (1913)

Con el neurótico se está como en un paisaje prehistórico, por ejemplo en el jurásico. Los grandes saurios rondan todavía, y los equisetos crecen como palmas
Sigmund Freud, CONCLUSIONES, IDEAS, PROBLEMAS, (1941 [1938])

Introducción

La inscripción de las ideas freudianas en el marco del paradigma evolucionista del siglo XIX y principios del siglo XX es indudable. Varios son los autores que se han encargado de demostrar el carácter tributario de esta filiación en la génesis de sus conceptos. Algunos llegan también a servirse a servirse de este hecho para cuestionar o incluso rechazar la vigencia de la letra freudiana, haciendo de la misma una mera excrecencia de ideas ya perimidas o anacrónicas. En estas perspectivas se intenta desconocer la novedad fundamental de los hallazgos psicoanalíticos, al mismo tiempo que se le imputa a Freud toda una serie de prejuicios desacreditantes, por ejemplo sobre las mujeres, los niños, las clases populares o los denominados salvajes primitivos. Como si lo esencial de sus contribuciones pudiera reducirse a que el varón blanco civilizado europeo constituyese el punto culminante de la evolución de las especies.

No es esta la perspectiva que hemos escogido para discutir en este capítulo dedicado al problema de la filogenia en su obra. Intentaremos, por el contrario, despejar cuáles han sido los resortes clínicos y teóricos que empujaron a Freud a recurrir a ella, prestando atención a las deformaciones y peculiares usos impuestos a la misma. ¿Cuál es la referencia que Freud pretende alcanzar cuando recurre al lenguaje de la filogenia? ¿Qué implica utilizar el lenguaje de la biología cuando lo que está en juego es despejar la etiología de las neurosis? Por esta vía, que supone entonces una operación de lectura crítica, podremos recuperar la especificidad del descubrimiento freudiano, que intenta ser nombrado apelando a los recursos del lenguaje propio de una época para trascenderla y alcanzarnos.

“die Ontogenie sei eine Wiederholung der Phylogenie”

Ya sea porque Freud mismo lo dijera, o bien porque Ernest Jones en su biografía lo destaque, sabemos que son varios los libros que se contaban en su biblioteca en los que se despliegan las teorías evolucionistas de la época. Conocía muy bien los parentescos y divergencias entre las ideas de Lamarck, Darwin y Haeckel. Además de las fuentes primarias, otros autores acompañaron sus lecturas. Las dos grandes obras de Romanes, referencia esencial del darwinismo, fueron leídas por Freud. “Desde luego, Freud tenía esos volúmenes, y su ejemplar del segundo, el dedicado al hombre, presenta los márgenes cubiertos de anotaciones de su mano”. (Bercherie, 1988, p. 202) Asimismo, el libro de W. Bölsche (Freud, (1917 [1916-17]) p. 322), lo acerca a las ideas de Haeckel y a su célebre teoría de la recapitulación. Es de este último de quien toma el famoso sintagma “la ontogenia es una repetición de la filogenia”.

La teoría de la recapitulación es el resultado del encuentro entre dos ciencias. Por un lado, la teoría evolucionista de Darwin; por el otro, la embriología. En “El origen de las especies” (1859), ya Darwin había señalado la importancia de la embriología como uno de los temas más importantes de la historia natural, por sus aportes inestimables a la teoría de la evolución de las especies. Según ésta todas las especies actuales descienden de una misma especie ancestral respecto de la cual se fueron diferenciando progresivamente en el curso del tiempo, acumulando caracteres nuevos. La embriología permitía confirmar esta teoría de la descendencia. El estudio del desarrollo del embrión aporta información sobre la evolución de la especie a la que pertenece. Resultaba llamativa la semejanza que existe entre las branquias de las que está provisto el embrión humano durante una determinada fase de su desarrollo y las branquias de los peces. De allí se concluía que en los seres vivos, la sucesión de los estadios del desarrollo embrionario reproducían fielmente la serie de estadios evolutivos que había atravesado la especie. En ese sentido, el desarrollo del embrión “repetía” o “recapitulaba” la serie de sus ancestros.

Darwin recurre entonces a la recapitulación para explicar el fenómeno destacado frecuentemente por los paleontólogos, de que los caracteres morfológicos de una especie fósil extinguida sobrevivían en las características del embrión de la especie actual. Esta conservación del “retrato del ancestro” en el embrión se explica por el hecho de que generalmente el embrión permanece a salvo de las variaciones adaptativas a las que el adulto está expuesto en la lucha por la supervivencia. Para Darwin existe un paralelismo bastante exacto entre la serie paleontológica de las especies ya extinguidas y el desarrollo embrionario de las especies actuales. Este paralelismo aportaba una prueba decisiva, directamente observable, de la teoría de la descendencia.

Sin embargo, fue a Haeckel y no a Darwin a quien este descubrimiento fue atribuido. Algunos historiadores hablan de usurpación, a pesar de que Darwin mismo admite que nadie supo destacar mejor que aquel esta ley de la recapitulación. En efecto, Ernest Haeckel fue su fer-

viente admirador y un gran divulgador de sus ideas. Su "Historia de la creación de seres organizados de acuerdo a leyes naturales" (1868) representó una mina de datos sobre el darwinismo. Perteneciente a la generación previa a la de Freud, fue miembro junto con Brücke, de la escuela del gran fisiologista alemán Helmholtz. Este grupo de científicos intentaba acercar la biología a leyes físico-químicas con las que poder descubrir el eslabón faltante entre el mundo orgánico y el mundo inorgánico. Partiendo de estos presupuestos, Haeckel desarrollará la versión evolucionista de la teoría de la recapitulación, también denominada "ley biogenética" atribuyéndole el mismo estatuto que a las leyes de las ciencias exactas. Con la dupla de términos neológicos "ontogenia" y "filogenia" disipa la confusión existente entonces entre la palabra evolución utilizada al mismo tiempo para el desarrollo del individuo y para el de la especie. Ontogenia se utilizará para designar "la evolución de los individuos organizados, lo que habitualmente se llama embriología" (Haeckel, 1877, p. 9), mientras que filogenia designará "la historia de la evolución paleontológica de los organismos, que puede llamarse historia de las familias orgánicas" (Haeckel, 1877, p.10). Dirá que "la ontogénesis es una corta y rápida recapitulación de la filogénesis o del desarrollo del grupo correspondiente, es decir, de la cadena ancestral del individuo (...) esta conexión íntima de la ontogenia y de la filogenia es una de las pruebas más capitales y más irrefutables de la teoría de la descendencia" (Haeckel, 1877, pp. 274-275) ya que es posible remontarse desde el individuo a la cadena de sus ascendientes. Existe entre ambas series un lazo etiológico que es el resorte de su ley biogenética, y que consiste en una relación de causa-efecto tal que la filogénesis funciona como causa de la ontogénesis. Esta ley es según Haeckel, "la ley general más capital de la evolución orgánica" (1877, p. 275) y se vuelve el material sobre el que construye una "escala del progreso". Precisa: "Esto nos explica por qué los grupos animales y vegetales más perfectos alcanzan el mayor grado de desarrollo en un tiempo relativamente corto, mientras que los grupos más inferiores, los más conservadores, permanecen inmóviles a lo largo de una serie de siglos en el escalón inferior que ocupaban originariamente, sin progresar o muy poco con una extrema lentitud" (1877, p. 277). Haeckel opone, en efecto, las especies inferiores situadas en los primeros estadios de la evolución a las especies superiores situados en los últimos estadios, tal como se oponen en el plano ontogénico el niño y el adulto que ha terminado su crecimiento. De modo que de acuerdo a la ley de la recapitulación, la forma adulta de una especie inferior corresponde a un estadio juvenil de una especie superior. Así, las branquias de la especie inferior de los peces se encuentran en el embrión de la especie superior de los seres humanos.

El problema que ocupó a todo el fin del S. XIX era el de comprender cómo funcionaba esta ley de la recapitulación en el marco de la teoría evolucionista. ¿Cuál era la explicación del desplazamiento por el cual la forma de un ancestro adulto sobre el plano filogenético retrogradaba a un estadio juvenil de los descendientes sobre el eje ontogénico? ¿Por qué razones los caracteres de la especie de los peces que son parte de los ancestros de la humanidad en la evolución de los vertebrados se encuentran en un estadio de desarrollo del embrión humano? Fue necesario hacer intervenir dos principios de explicación.

El primer principio es el de un alargamiento de la ontogénesis de los descendientes que heredan caracteres filogenéticamente adquiridos por los ancestros adultos. Estos caracteres se agregan en los estadios terminales de su ontogénesis. Pero como la ontogénesis no puede alargarse indefinidamente, con el riesgo de que el individuo no llegue jamás a la edad adulta, se asiste a un mecanismo corrector que consiste en un acortamiento de la ontogénesis.

El segundo principio, de condensación, consiste en una constricción del conjunto de los estadios ontogenéticos, de modo tal que quede lugar para los estadios recientemente adquiridos. En general, este proceso se traduce por una aceleración en la que los descendientes atraviesan más rápido los estadios evolutivos de sus ancestros. La celeridad del desarrollo, consecutiva a la recapitulación, era considerada como el motor de la evolución. Por el contrario, el caso en que se observara una ralentización del desarrollo ontogenético era considerado excepcional o incluso anormal. En este caso, el desarrollo se detiene antes de haber alcanzado los estadios terminales de la ontogénesis y tiende a acercarse a estadios embrionarios primitivos. Se habla entonces de detenciones del desarrollo, dando a este término una significación fuertemente peyorativa.

El conjunto del dispositivo de la recapitulación funcionaba sobre postulados neolamarckianos. La ontogénesis no puede recapitular la filogénesis sino a condición de que los caracteres adaptativos adquiridos por los adultos en el curso de su vida sean transmitidos hereditariamente a sus descendientes conforme a los principios de Lamarck. Se explicaba el proceso hereditario de los caracteres adquiridos comparándolo con el funcionamiento de la memoria fortalecida por la repetición. Los caracteres filogenéticamente transmitidos se imprimían con más fuerza en el desarrollo ontogenético de sus descendientes cuando los estímulos se habían vuelto más intensos por la repetición. La ontogénesis, al recapitular la filogénesis, se transformaba en la memoria del pasado de la especie. La herencia es representada entonces como una memoria.

Los caminos freudianos de la filogenia

La lectura atenta de los textos freudianos, permite despejar diversos senderos en el uso de la referencia filogenética para sus elaboraciones teóricas. Sin embargo, un elemento pareciera funcionar como común denominador. Lo encontramos en general cada vez que Freud intenta dar un nombre a aquello que en un mismo movimiento funciona como el elemento etiológico de las neurosis y como atolladero a los progresos posibles en la cura analítica. En este sentido, resulta de interés situar cómo la filogenia va ganando peso en sus elaboraciones de modo correlativo a los desplazamientos internos en la teoría de la causación de las neurosis. Allí donde van perdiendo peso los factores puramente psicológicos, adquiridos a partir de vivencias individuales, y por lo tanto de mejor pronóstico para la técnica analítica (casos de etiología traumática); va ganando espacio aquello que el psicoanálisis no puede modificar en virtud de su captura en el espacio transferencial y en los poderes de la interpretación. La filogenia, tal como lo ha destacado Escars, junto con la herencia y lo constitucional forma parte “de aquello que uno trae

puesto, las especificaciones de fábrica, *by default*, aquello de lo que en principio no es posible desprenderse. El *patrimonio*" (Escars, 2015, p. 158).

En esta oportunidad, nos ha parecido pertinente presentar la perspectiva freudiana a partir del trazado de dos sendas que coinciden con la elaboración de sus dos grandes "mitos": por un lado, el mito pulsional "la doctrina de las pulsiones es nuestra mitología": (Freud, (1933 [1932]), p. 88); y por otro, el mito del padre, tanto en sus versiones de "Totem y tabú", como del complejo de Edipo en sus relaciones con el complejo de castración.

De modo derivado de la conjunción de ambas sendas de la filogenia en Freud, presentaremos además las consecuencias más ambiciosas en cuanto a su intento de reconstruir la historia humana a partir de los datos recogidos en los niños y en neuróticos adultos. Conjetura freudiana sobre el desarrollo individual que recapitula o repite una secuencia de fases de la historia de la civilización.

El desarrollo sexual: su "orden interno"

La teoría de la sexualidad, a partir de las conceptualizaciones acerca de la pulsión y la sexualidad infantil ("Tres ensayos de teoría sexual") es abordada desde el marco evolutivo. Freud describe las distintas fases o estadios en los que se organiza la sexualidad. Un concepto fundamental es el de desarrollo de la libido (*Entwicklung der Libido*) (Freud, 1911 [1910] p. 63). Sin embargo, no se trata de un desarrollo acelerado tal como lo postula la teoría de la recapitulación. La libido tiene un recorrido extrauterino a realizar, antes de llegar a estar preparada para la procreación, que resulta demasiado largo. Freud la caracteriza como una vía oscilante de desarrollo (Freud, 1905, p. 160) ("*oszillierenden Entwicklungsganges*") que está llena de peligros. Piensa que el neonato trae consigo las raíces de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero que luego sufren una progresiva sofocación. No es un proceso lineal, ya que ésta, a su vez, puede ser quebrada por oleadas regulares de avance del desarrollo sexual o nuevamente suspendida por peculiaridades individuales. Al no poder establecer con seguridad el carácter legal y la periodicidad de este movimiento tendrá que teorizarlo. Inicialmente Freud no tiene en cuenta la importancia de la denominada fase fálica. Considera que el fin biológico de la sexualidad, ligado a la procreación, coincide con el momento en que el conjunto de las pulsiones parciales, que buscaban satisfacción cada una independientemente de las otras, se organizan bajo el primado genital a partir de la pubertad. Sin embargo reconoce que este fin genital tiene grandes obstáculos para cumplirse. No se trata de una evolución meramente lineal que pudiera equipararse al funcionamiento perfectamente ordenado del instinto sexual en los animales.

Los peligros del desarrollo libidinal: fijación, regresión, frustración.

Este desarrollo demasiado prolongado de la función sexual, puede verse perturbado por varios elementos. Uno de ellos es teorizado con el concepto de Fijación (*Fixierung*). Formula que una pulsión o un componente pulsional no transita el desarrollo previsto como normal y, como consecuencia de esa inhibición del desarrollo, perdura en un estadio más infantil. Esa corriente libidinal se comportará en relación a las formaciones psíquicas posteriores como reprimida e inconciente (Freud, 1911 [1910], p. 62). Este es el modo en que Freud comienza a teorizar un resto, un excedente de la sexualidad que va permaneciendo en el camino sin producir los cambios esperados en la evolución, mientras que otros sí adquieren ese desarrollo. Aclara además, que hay diversidades en cuanto a la fijación, tantas como estadios en el desarrollo libidinal (p. 63). Cada escala en la prolongada senda del desarrollo puede convertirse en un lugar de fijación, y todo punto de articulación de lo que idealmente se espera como una síntesis novedosa, puede ser la ocasión de un proceso disociador de la pulsión sexual (Freud, 1905, p. 215). La consecuencia de este desarrollo libidinal incompleto, que deja tras de sí fijaciones libidinales extensas y múltiples a fases de organización y a objetos anteriores, es teorizada como un factor interno (*interner Faktor*) predisponente que contribuye a la génesis del conflicto psíquico (Freud, 1911 [1910], p. 315).

En segundo lugar, Freud menciona al peligro de la regresión (*Regression*). Por tratarse de un recorrido libidinal que se realiza en etapas, es sencillo que las partes que ya han avanzado puedan revertir, “retroceder casilleros”, hasta una de esas etapas anteriores. Este movimiento de retroceso libidinal es denominado regresión. La aspiración pulsional se verá llevada a una regresión cuando el ejercicio de su función, y por ende la ganancia de su meta de satisfacción, tropiece con fuertes obstáculos externos en lo que sería la forma más evolucionada o tardía. La conjetura freudiana es que la fijación y la regresión no son peligros independientes entre sí. Existe un nexo entre ambos conceptos. En caso de encontrarse obstáculos en la evolución, la libido no hará mucho por mantener su nueva posición conquistada y regresará a aquellos lugares en donde justamente hay un estancamiento, una fuerte fijación. Junto a la marcha progresiva, pero obstaculizada a nivel libidinal, surge una marcha retrógrada donde lo que está en juego es una modificación real a nivel de la satisfacción.

Freud se encarga muy bien de distinguir a la regresión (*Regression*) de la represión (*Verdrängung*). La primera está ligada a lo que llama un factor orgánico (*organische Faktor*) (Freud, 1917 [1916-17], p. 312), y carece de una localización determinada en el aparato psíquico. Algunos años después esto estará vinculado a la noción de Ello y a la acefalía de la pulsión. La represión, por su parte, es un proceso psíquico.

Los peligros para el desarrollo mencionados pueden verse además acompañados de otro elemento. Se trata de un factor externo (*externen Faktor*) que Freud denomina frustración (*äußeren Versagung*). (Freud, 1917 [1916-17], p. 314). No se trata de cualquier privación libidinal, sino de aquella forma de satisfacción que el individuo creía tener derecho a pretender con

exclusividad. Cuando se ve privado de ella, la libido se ve obligada a buscar su satisfacción en antiguos caminos y objetos.

Este modo de teorizar la marcha pulsional a partir de la articulación de estos factores internos (fijación, regresión) y externo (frustración) es clave a la hora de comprender el problema de la causación de las neurosis (Freud, 1917 [1916-17], p. 311). Es que el yo se contrapone con todos los medios de la defensa a la satisfacción de las aspiraciones libidinosas pretéritas que reemergen originando una frustración interior (*innere Versagung*) (Freud, 1917 [1916-17], p. 319), y el sistema deberá entonces encontrar los rodeos necesarios, con la ayuda de las fantasías, en los caminos de formación de síntoma para encontrar una satisfacción sexual sustitutiva suficientemente irreconocible. La inclinación al conflicto (*Konfliktneigung*), como tercer factor, depende entonces tanto del desarrollo de la libido como del desarrollo del yo (Freud, 1917 [1916-17], p. 320).

La tenacidad con la que la libido permanecerá adherida a determinadas orientaciones y objetos, que Freud llama “viscosidad” (*Klebrigkeit*) (Freud, 1917 [1916-17], p. 327) es presentada como un factor autónomo y variable entre los individuos. Su condicionamiento le resulta desconocido. Sin embargo, su importancia es fundamental para la etiología de las neurosis ya que atenta contra un claro y pacífico despliegue de la función sexual basado en el establecimiento de la polaridad masculino-femenino. Hay una suerte de oposición entre un acceso idealmente no perturbado a la satisfacción genital y aquello que permanece pegado a lo infantil. Es justamente sobre ese punto de inercia que se mantienen sin tramitación, –implicando adherencia y fijeza– que pretende operar la cura analítica. Freud busca reintroducir un desplazamiento, una rectificación a nivel de la satisfacción. De allí que la cura analítica sea concebida como una vía para superar los “restos infantiles” (*Kindheitsresten*) (Freud, 1910 [1909], p. 44), un tratamiento particular de un resto libidinal, fuente de conflictos, que no se aviene a la dialéctica analítica.

El recurso a la filogenia

Es en este punto de su intelección de los factores que participan en la causación de la neurosis que Freud invoca a la filogenia y a la ley de la recapitulación. En sus juicios acerca de los desarrollos del yo y de la libido, es necesario dar prioridad a un punto de vista según el cual ambos son en cierto sentido heredados, es decir, unas repeticiones abreviadas de la evolución que toda la humanidad ha recorrido desde sus épocas originarias y por lapsos prolongadísimos. Freud cree que en el desarrollo libidinal, se ve sin más este origen filogenético (Freud, 1917 [1916-17], p. 322). Toma en consideración las valiosas descripciones del libro de W. Boltsche (1911-13) en las que constata cómo en cierta clase de animales el aparato genital se relaciona de manera íntima con la boca, en otra con el aparato excretorio, y en otra, incluso, se asocia con los órganos del movimiento. En ello cree ver cristalizadas todas las variedades de perversión. Desde allí avanza en su teorización, modalizando su conjetura. En el hombre la perspectiva filogenética estaría presente, pero velada por una circunstancia particular. Algo que

en el fondo sería heredado, debe sin embargo ser vuelto a adquirir en el desarrollo individual, posiblemente por la circunstancia de que aún persiste y todavía influye sobre cada individuo, la misma situación que en su época impuso la adquisición. Considera que lo que en ese tiempo operó como una creación, ahora actúa como un llamado. No duda de que influencias recientes puedan perturbar y modificar desde el exterior, en cada individuo, el curso de ese desarrollo prefigurado. Pero el poder que ha forzado en la humanidad tal desarrollo —el apremio de la vida—, continúa hoy manteniendo su presión en el mismo sentido, en calidad de la frustración dictada por la realidad. Ha sido un educador implacable cuyo rigor encontró en los niños un mal resultado: la neurosis. Por lo demás, esta apreciación del apremio de la vida como el motor del desarrollo no lo conduce a restarle importancia a las tendencias internas del desarrollo (*inneren Entwicklungstendenzen*), si es que puede demostrarse su existencia (Freud, 1911 [1910], pp. 322-323). Se trata de una peculiar conjetura, basada en el principio de la recapitulación de Haeckel. En ella se conjugan algo que opera como “llamando” (*hervorrufend*) pero a lo que es necesario aportarle las modificaciones impuestas por el “apremio de la vida” (*die Not des Lebens, die 'Aváyxη*).

En el mismo sentido, en el Prólogo a la tercera edición de “Tres ensayos de teoría sexual” (1914), Freud propone una articulación entre la participación de los factores adquiridos accidentalmente en el desarrollo y que por lo tanto pueden ser dominados casi sin residuos por el análisis, y aquellos factores disposicionales que atentan contra sus posibilidades de acción. Estos últimos salen a la luz como algo despertado por el vivenciar, pero cuya valoración excede por completo al campo de abordaje del psicoanálisis. Una proporción similar preside la relación entre ontogénesis y filogénesis. La primera puede considerarse como una repetición de la segunda en la medida en que ésta no es modificada por un vivenciar más reciente. Así, por detrás del proceso ontogenético se puede descubrir la disposición filogenética. Sin embargo, en el fondo, la disposición es justamente la sedimentación de un vivenciar anterior de la especie, al cual el vivenciar más nuevo del individuo se agrega como suma de los factores accidentales (Freud, 1905, p. 118). Los factores accidentales, cuando intervienen, lo hacen entonces de manera contingente. Así lo destacará en una nota agregada en 1919 en el Capítulo VII de “La interpretación de los sueños”. Detrás de la infancia individual, se puede también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética, sobre el desarrollo de la humanidad, del cual el del individuo es de hecho una repetición sintetizada, influida por las circunstancias contingentes de su vida (Freud, 1900 [1899] p. 542).

Por sobre esta proporción de relaciones en juego —en la que lo vivenciado se vuelve sedimento, y lo sedimentado debe volverse a vivenciar—, una última aclaración suplementaria se nos impone. Entre los factores accidentales, no sólo deben ser tenidos en cuenta los de la adultez. Freud propone incluir en su ecuación etiológica junto a la disposición heredada o constitución sexual (la secuela dejada por las vivencias de nuestros antepasados) a la predisposición adquirida en la primera infancia. El vivenciar accidental infantil, cuenta entonces también como “predisposición” (Freud, 1917 [1916-17], p. 329)

El desarrollo sexual: su “orden externo”

En articulación con lo desarrollado en torno a los problemas de la evolución de la función sexual, tan alterada en la especie humana, Freud despliega al menos dos versiones del mito del Padre, dos versiones de un elemento regulador externo y estructurante de la sexualidad. En la de “Tótem y tabú”, calificada por Lacan de “mito moderno” (Lacan, 1959-60, p. 176) se trata de dar cuenta del nacimiento de la ley, es decir, de un ordenador simbólico, a partir del asesinato del padre y de sus consecuencias a nivel de la satisfacción para los hombres.

El mito de la horda primitiva, parte de un padre todopoderoso, violento y celoso que se apropiaba de la satisfacción no sólo de una sino de todas las mujeres, al tiempo que castigaba y expulsaba a los hijos al crecer. Los hermanos, que le temían y envidiaban, decidieron un día unirse y matarlo para poner fin a su horda. Por medio de la devoración, en el banquete totémico, se consumaba una identificación con él por la que cada uno se apropiaba de un fragmento de su potencia. Sin embargo, luego del asesinato, y una vez extinguido el odio al padre gracias al horror del acto cometido, reaparecieron el amor, la admiración, y con ello el remordimiento y la culpa. En consecuencia, y como una obediencia de efecto retardado (*nachträglichen Gehorsams*), se prohibieron a sí mismos aquello que el padre impedía con su existencia. Los hermanos renunciaron a la posibilidad de una satisfacción plena de todas las mujeres. Se sometieron a la exogamia, como prolongación de la voluntad del padre. Ya nadie ocupará el lugar del muerto. Aquella modalidad de satisfacción ilimitada y absoluta fue irremediabilmente perdida. En su lugar se instituyó como tótem, un animal que cada año sería devorado en el marco de un banquete ceremonial, recreando el parricidio original (Freud, 1913 [1912-13], p. 142-146).

¿Por qué sostener esta construcción freudiana, sin verdadero valor antropológico, para dar cuenta del origen de la humanidad? Porque la misma permite entender en un mismo movimiento la relación con el padre en el origen de la neurosis. Freud intenta establecer correlaciones entre el surgimiento de los grandes logros de la cultura como la religión, la eticidad, la sociedad y el arte, con la comprobación del complejo de Edipo en el origen de las neurosis (Freud, 1913 [1912-13], p. 158). Lo que está en juego para Freud, es la importancia de la función paterna. Se trata de introducir en el desarrollo pretendidamente lineal de la sexualidad un ordenador externo, y no natural, concebido ya no en términos de la ontogenia sino de la filogenia de la función paterna, que como herencia se repetirá en el desarrollo sexual de cada individuo.

En una dirección congruente y en cierto sentido complementaria, la segunda versión del mito del padre, será establecida a partir de esclarecer sus relaciones con el complejo de castración. El complejo de Edipo nos será entonces presentado como un momento culminante y estructurante de la sexualidad. Una vez situada la importancia de la fase fálica en 1923, Freud logra despejar los caminos disimétricos por los que la sexualidad de la niña y del niño buscan ser organizados en torno al Padre. Se trata de lo que no duda en denominar el complejo nuclear de toda neurosis (*den Kernkomplex einer jeden Neurose*) (Freud, 1910 [1909] p. 43.) de cuya supresión, represión o fallas dependerán los avatares de la satisfacción y de la elección de objeto. Allí donde el padre de “Tótem y tabú” acentuaba la

vertiente de la prohibición y de la imposibilidad en el acceso a una satisfacción plena, el padre del mito edípico, sin dejar de signar el lugar de la madre como satisfacción prohibida y acarrear una renuncia pulsional concomitante, abre el acceso a otras satisfacciones como vías fálicamente orientadas de recuperación.

Es por ello que la función asignada al mito edípico es tan esencial que no puede ser reducida para Freud, a un mero dato biográfico, a un accidente de la ontogenia individual. Tampoco podrían malograrse sus virtudes organizadoras para la sexualidad, por culpa de los eventuales fallos o atipicidades contingentes de su puesta en función. Así, por ejemplo, en una nota al pie del historial del pequeño Hans, agregada en 1923, dirá que quien haya podido convencerse a partir de los análisis de adultos, del carácter infalible del complejo de castración, hallará difícil reconducirlo a una simple amenaza fortuita y que no en todos los casos puede producirse. Entonces, será necesario suponer que el niño construye este peligro a partir de las más leves indicaciones, que nunca faltan (Freud, 1909, p. 9). En el mismo sentido, en su artículo “El sepultamiento del complejo de Edipo” de 1924, afirmará que si bien el complejo de Edipo es vivenciado de manera completamente individual por la mayoría de los humanos, es al mismo tiempo un fenómeno dispuesto y determinado por la herencia, que debe desvanecerse de acuerdo con el programa cuando se inicia la fase evolutiva siguiente, predeterminada. Freud no ve en esto ninguna incompatibilidad de derecho o antinomia entre concepciones. Junto a la filogenética –derivada de su carácter universal y estructurante–, hay espacio para la ontogenética (Freud, 1924, p. 182).

Ideas muy cercanas, son desarrolladas también por Freud en relación a las llamadas fantasías primordiales (*Urphantasien*). Entre los acontecimientos que no parecen faltar jamás y que siempre retornan en la historia juvenil de los neuróticos, enfatiza la observación del comercio sexual entre los padres, la seducción por una persona adulta y la amenaza de castración. Las mismas encuentran la necesidad de ser creadas en el carácter apremiante de la pulsión. Son comparadas por Freud con las sagas de los pueblos sobre sus orígenes (Freud, 1917 [1916-17]), p. 335-336), vale decir, que descubre en ellas una estructura mítica. Como tales intentan solucionar una imposibilidad estructural planteada a nivel de la satisfacción. Conjetura que estas fantasías primordiales constituyen un patrimonio filogenético. En ellas, el individuo va más allá del propio vivenciar para alcanzar el vivenciar prehistórico de la humanidad, allí donde el primero le ha resultado insuficiente. Entonces, todo aquello que en el análisis resulta contado como fantasía –la seducción infantil, la excitación sexual iniciada por la observación del coito entre los padres, la castración– fue realidad en los tiempos originarios de la familia humana. El niño fantaseador sólo llena las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica (*das phantasierende Kind einfach die Lücken der individuellen Wahrheit mit prähistorischer Wahrheit ausgefüllt hat*). Una vez más para Freud, la psicología de las neurosis ha conservado como fuente las antigüedades de la evolución humana (Freud, 1917 [1916-1917] p. 338).

Un interesante ejemplo de esta forma de argumentación lo encontramos en su análisis de “el Hombre de los Lobos” (1918 [1914]). Se trata de un caso en que se destacan varias particularidades de su naturaleza psíquica: la tenacidad de las fijaciones, el desarrollo extraordinario

de la ambivalencia, y una constitución arcaica en la que se conservan unas junto a otras, y en condiciones funcionales, investiduras libidinosas de lo más diversas y contradictorias. Después de presentar el peculiar modo en que construye la llamada escena primordial a partir del célebre sueño y de defender casi contra los hechos el rol asignado al padre como agente de la amenaza de castración, Freud discute una serie de importantes problemas en los últimos párrafos del historial. Dos de ellos le parecen dignos de una mención especial.

El primero, está referido al papel de los esquemas (*Schema*) congénitos por vía filogenética, que al modo de unas categorías filosóficas, procuran la colocación de las impresiones vitales. Respalda la concepción que ve en ellos unos precipitados de la historia cultural humana. El complejo de Edipo constituye el mejor ejemplo conocido de esta clase. Allí donde las vivencias individuales no se adecúan al esquema hereditario, se produce una refundición de ellas en la fantasía. Son justamente los casos atípicos los que prueban la existencia autónoma y la potencia organizadora del esquema. En “el Hombre de los Lobos”, el esquema triunfa sobre el vivenciar individual. El padre deviene castrador, y logra amenazar la sexualidad infantil a pesar de la pregnancia de un complejo de Edipo invertido. Del mismo modo, la nodriza aparece en el lugar de la madre o se fusiona con ella. Freud agrega que las contradicciones del vivenciar respecto del esquema parecen colaborar en el surgimiento de conflictos infantiles.

El segundo problema discutido, ligado al anterior, surge de considerar la conducta del niño de cuatro años frente a la escena primordial vivida al año y medio y reactivada a los cuatro con el sueño. Freud concluye que en el niño coopera una suerte de saber difícil de determinar, como una suerte de preparación para entender. Para dar una imagen de algo que en realidad se sustrae a toda representación, propone una marcada analogía con el vasto saber instintivo de los animales. Así, si en el ser humano existiera un patrimonio instintivo semejante, Freud considera que no sería asombroso que recayese muy especialmente sobre los procesos de la vida sexual. Algunos años más tarde este problema será tratado en términos de herencia arcaica (Freud, 1939 [1934-38], p. 97). Eso instintivo sería el núcleo de lo inconciente (*Dieses Instinktive wäre der Kern des Unbewußten*), una actividad mental primitiva que más tarde se ve destronado por la adquisición de la razón de la humanidad. Sin embargo, y con bastante frecuencia, aquello conserva la fuerza suficiente requerida para atraer hacia sí los procesos anímicos superiores. La represión implicaría el regreso a ese estadio instintivo, y el hombre daría testimonio de él con las neurosis. Freud culmina la presentación de estas conjeturas aclarando que sólo le parecen admisibles cuando el psicoanálisis, después de haber interrogado el estrato de lo adquirido individualmente, cae sobre la pista de lo heredado (Freud, 1918 [1914] p. 108-110).

¿Por qué llegar a proponer y discutir semejantes construcciones? Es que es tal la apuesta freudiana, en una perspectiva armonizadora, pacificante y reguladora de la sexualidad por parte del padre, que una función eminentemente simbólica y no natural como lo es la prohibición del incesto, puede quedar paradójicamente situada a nivel de la filogenia de la especie.

En consecuencia, en sus “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]), articula ambas versiones del mito paterno, y dará un fundamento filogenético a la angustia de castración. El hecho de que la castración no constituya un peligro objetivo por más

que el varoncito se enamore de la madre no le parece algo sencillo de obviar. Destaca que lo decisivo es que tal peligro sea una amenaza en la que el niño pueda creer. La ocasión para ello la encuentra en las frecuentes alusiones al castigo durante la época de su onanismo fálico. Allí la amenaza recibiría un refuerzo filogenético (*phylogenetische Verstärkung*) que la vuelve creíble. Conjetura entonces que en épocas primordiales de la familia humana, la castración era consumada de facto por el padre cruel y celoso sobre sus hijos varones ya crecidos. Desprende incluso la hipótesis de que el ritual viril de la circuncisión es un resto contemporáneo de aquello. Sabiendo aún cuánto esto puede distanciarlo de la opinión general, no vacila en establecer que la angustia frente a la castración es uno de los motores más frecuentes e intensos de la represión (*Motoren der Verdrängung*), y en consecuencia, de la formación de neurosis (Freud, 1933 [1932], p. 80).

El desarrollo sexual: su desorden estructural

El hecho de haber realizado semejante apuesta por el padre en tanto garante de la regulación del decurso pulsional no le impide a Freud mantenerse fiel a la lectura ajustada a los hechos y obstáculos que la clínica le plantea. El encuentro con fenómenos que sólo pueden ser explicados apelando a un “más allá” de la regulación paterna, lo conducirá a reelaborar aquel “resto” no absorbible en términos de una paradójica voz muda. Logrará designarlo bajo el nombre de un imperativo categórico, el de la instancia del superyó (Freud, 1923, p.50).

En “El yo y el ello” deberá entonces situar una doble faz del ideal del yo, (*Doppelangesicht des Ichideals*) en la que, bajo la forma de un mandato imposible, un costado no regulador del superyó conservará el carácter del padre, pero de aquel terrible padre mítico de “Tótem y tabú” que encarnaba lo imposible de la satisfacción de todas las mujeres. “Reacción terapéutica negativa”, “sadismo del superyó”, “sentimiento inconsciente de culpa”, acompañan la renovación conceptual en el marco del giro de los años ´20.

Así lo señalará más tarde en “El malestar en la cultura”. Si el niño responde con una dosis acrecentada de agresión y una correspondiente severidad superyoica ante las primeras denegaciones, es porque allí obedece a un arquetipo filogenético. En su respuesta actual, responde también al padre de la prehistoria que era por cierto temible y resultaba lícito atribuirle la medida más extrema de agresión. Freud pasa de la historia evolutiva individual a la filogenética, acercando las dos concepciones de la génesis de la conciencia moral. Pero junto con ello no puede prescindir de la hipótesis de que el sentimiento de culpa de la humanidad deriva del complejo de Edipo y de que se adquirió a raíz del parricidio efectuado por la banda de hermanos. En aquel tiempo no se sofocó una agresión, sino que se la ejecutó. Se trata de la misma agresión cuya sofocación hoy en el hijo está destinada a ser la fuente del sentimiento de culpa (Freud, 1930 [1929], p. 126-127). De la ambivalencia de sentimientos originaria hacia el padre, hemos dicho que surge luego el arrepentimiento. Una vez satisfecho el odio tras la agresión, en el arrepentimiento emergió el amor al padre, por medio de la identificación que instituyó al su-

peryo. A esta instancia le fue conferido el poder del padre, como modo de castigo por la agresión perpetrada contra él, limitando y previniendo toda repetición del crimen. Como la inclinación de agredir al padre se repitió en las posteriores generaciones, también persistió el sentimiento de culpa, que recibía a su turno un refuerzo cada vez que una agresión era sofocada y transferida al superyó (Freud, 1930 [1929], p. 127-128).

La articulación de ambas series: el factor filogenético

El recorrido realizado a lo largo de este capítulo nos ha permitido avanzar en la caracterización y conceptualización de dos costados de la filogenia en Freud.

Por un lado, el que intenta elaborar y teorizar los obstáculos en la evolución de la función sexual, que hace que esta última siempre tenga remanentes libidinales indeseables. La elaboración del mito pulsional es una perspectiva que conduce a la teorización de un desarrollo sexual infantil interrumpido hasta su renacer en la pubertad. Este primer aspecto será puesto en relación por Freud con el denominado “pasado orgánico” (*organische Vergangenheit*) (1940 [1938]), p. 208), y estará íntimamente vinculado a las denominadas adquisiciones filogenéticas del ello (1923, p. 49).

Por otro lado, el que intenta elaborar bajo las figuras míticas del padre, aquella estructura encargada de organizar la sexualidad, tanto en sus aspectos pacificantes y reguladores como en los paradójicos e insuficientes. Este segundo aspecto será elaborado en términos de “pasado cultural” (*kulturelle Vergangenheit*) (Freud, 1940 [1938]), p. 208), y estará por su parte vinculado al superyó. Así lo resumirá en “Esquema del psicoanálisis” cuanto intente reconducir los vínculos entre el yo y el superyó a la relación del niño con sus progenitores. El influjo de los padres, no se reduce a la índole personal de estos, sino al influjo propagado por ellos de la tradición de la familia, la raza y el pueblo, así como los requerimientos del medio social respectivo, que ellos subrogan. Más tarde, en el curso del desarrollo individual el superyó recoge además los aportes de continuadores y personas sustitutivas de los progenitores, como pedagogos, arquetipos públicos, e ideales venerados en la sociedad.

Así entonces, Freud constata que ello y superyó, a pesar de su diversidad elemental, exhiben una coincidencia en tanto ambos representan los influjos del pasado: el ello, los del pasado heredado; el superyó, en lo esencial, los del pasado asumido por otros (*der Vergangenheit repräsentieren, das Es den der ererbten, das Überich im wesentlichen den der von Anderen übernommenen*) (Freud, 1940 [1938]), p. 145). Lacan, por su parte intentará formalizar ambas series filogenéticas con las letras *a* minúscula (para nombrar el resto libidinal) y *A* mayúscula, como ese Otro simbólico/cultural que preexiste al sujeto con su deseo y lo determina). ¿Cómo se articulan conceptualmente ambas series? ¿Cómo pensar ese punto de articulación entre la pulsión y sus intentos de regulación simbólica?

Ya en 1919, Freud había intentado esbozar una articulación semejante entre sexualidad y represión, cuando señalaba que sólo al hombre –entre todos los animales– lo concernía la

obligación de comenzar dos veces su vida sexual. La primera, como todas las criaturas, desde la primera infancia; y luego, tras la larga interrupción, nuevamente en la época de la pubertad. Allí ubicaba esa herencia arcaica (*archaischen Erbe*) en el ser humano que constituye el núcleo del inconsciente. De ella sucumbe al proceso represivo todo cuanto, en el progreso hacia fases evolutivas posteriores, debe ser relegado por inconciliable con lo nuevo y perjudicial para él. Sin embargo, las pulsiones sexuales son capaces de hacer fracasar el propósito de la represión y elaborar formaciones sustitutivas perturbadoras. De allí que la sexualidad infantil, que sucumbe a la represión, sea la fuerza pulsional de la formación de síntomas, y la pieza esencial de su contenido, el complejo de Edipo, el complejo nuclear de la neurosis (Freud, 1919, p. 190).

Más tarde, en "El yo y el ello" (1923), mientras considera la génesis del superyó, advierte que este último resulta de dos factores biológicos conjugados. El primero, el desvalimiento y dependencia del ser humano durante su prolongada infancia. El segundo, el hecho de su complejo de Edipo que conduce a la interrupción del desarrollo, y a la acometida en dos tiempos de la sexualidad humana. Este último es caracterizado en una hipótesis en términos de una herencia del desarrollo hacia la cultura impuesto por la era de las glaciaciones. En consecuencia, la distinción del superyó respecto del yo tampoco es algo contingente, sino que expresa los rasgos más significativos del desarrollo del individuo y de la especie, al eternizar la existencia de los factores de la vida sexual a los que debe su origen (Freud, 1923, p. 36-37).

Finalmente, encontramos una respuesta más articulada en el célebre trabajo "Inhibición, síntoma y angustia", (1926 [1925]). Frente a la pregunta siempre renovada sobre el origen de la neurosis, Freud enuncia los famosos tres factores de causación de las neurosis. Junto al primero: factor biológico –ligado al prolongado desvalimiento y dependencia de la criatura humana– y al tercero: psicológico –vinculado a la imperfección y fragmentación del aparato anímico–, enuncia el segundo: el factor filogenético (*Der zweite, phylogenetische, Faktor*).

Explica que este segundo factor, el filogenético, sólo ha sido puntualizado por el psicoanálisis. La hipótesis de su existencia fue admitida a partir del peculiar desarrollo libidinal del ser humano. Como ya hemos destacado, éste no experimenta un desarrollo continuo desde su inicio hasta la madurez, como sí sucede en los animales próximos, sino que tras un temprano primer florecimiento, padece una enérgica interrupción. Después de ella, recomienza con la pubertad anudándose a los esbozos infantiles.

Introduce allí la creencia de que en las peripecias de la especie humana, algo importante debe haber ocurrido. Strachey supone que lo que Freud tiene en mente es la era de las glaciaciones. Nosotros, por nuestra parte, proponemos complementar el supuesto añadiendo que lo que está en juego para Freud es el mito del parricidio originario. En todo caso, eso que habría sucedido dejó como secuela, y en calidad de precipitado histórico, esta interrupción del desarrollo sexual.

La significatividad patógena del factor filogenético se debe a que la mayoría de los requerimientos pulsionales de la sexualidad infantil son tratados como peligros por el yo, quien se defiende de ellos como si fueran tales. Recordemos en este punto la especulación freudiana del refuerzo filogenético que permite creer en el peligro de la castración. Como resultado de

esto, las posteriores mociones sexuales de la pubertad, que deberían ser afines al yo, corren el riesgo de sucumbir a la captura de los arquetipos infantiles y seguirlos a la represión. En esto punto Freud nos indica que aquí nos topamos con la etiología más directa de las neurosis (*Hier stoßen wir auf die direkteste Ätiologie der Neurosen*). Culmina su argumentación destacando cómo el prematuro contacto con las exigencias de la sexualidad ejerce sobre el yo un efecto parecido al precoz contacto con el mundo exterior (Freud, 1926 [1925], p. 145-146).

Posteriormente, en uno de sus últimos trabajos “Moisés y la religión monoteísta” (1939 [1934-38]), retoma estos desarrollos y busca apoyar su argumentación en la coherencia explicativa biológica, psicológica y antropológica. La teoría psicoanalítica postula que, en contra de la opinión popular, la vida sexual de los seres humanos exterioriza un florecimiento temprano que culmina hacia los cinco años. Tras éste sigue el llamado período de latencia –hasta la pubertad–, en el que no se produce ningún desarrollo de la sexualidad sino que se deshace lo ya alcanzado. Dicha doctrina le parece corroborada a Freud por la indagación anatómica del crecimiento de los genitales interiores; y lo conduce a la conjetura de que el ser humano descende de una especie animal que alcanzaba la madurez sexual a los cinco años. También le despierta la sospecha de que la demora y la acometida en dos tiempos de la vida sexual se anudan de la manera más íntima con el suceder histórico de la hominización (*Menschwerdung*). Considera que el hombre es el único animal con esa latencia y ese retardo sexual. Sólo indagaciones en primates, permitirían examinar la teoría. Pero anticipa que en lo psicológico, no puede resultar indiferente que el período de la amnesia infantil coincida con este período precoz de la sexualidad. Retoma la hipótesis de que este estado de cosas aporte la condición eficaz para la posibilidad de la neurosis, que en cierto sentido es un privilegio humano y que en esta perspectiva aparece como una supervivencia (*survival*) del tiempo primordial, tanto como ciertos elementos de la anatomía de nuestro cuerpo (Freud, 1939 [1934-38], p. 72).

La conservación del pasado

En “El malestar en la cultura” (1930 [1929], p. 69-72) propone una serie de comparaciones entre el mundo animal y la psique respecto de problema de la conservación del pasado. A nivel zoológico, parte del supuesto de que las especies de desarrollo superior provienen de las inferiores. Y sin embargo aún hoy es posible encontrar entre los seres vivos a muchas formas simples. Si bien los dinosaurios se han extinguido, y hoy abundan los mamíferos, podríamos por ejemplo ver en el cocodrilo a un genuino representante de aquel género en la actualidad. Dicha analogía es fallida, en el punto en que las especies inferiores sobrevivientes no son, en su mayoría, los antepasados genuinos de las actuales, más evolucionadas. Más bien, los eslabones intermedios están extinguidos y sólo la reconstrucción nos permite conocerlos.

Por el contrario, en el ámbito psíquico hallamos la conservación de lo primitivo al costado de lo que ha nacido de él por transformación. Esto es consecuencia de una escisión del desarrollo

(*Entwicklungsspaltung*). Un fragmento cuantitativo de una actitud, de una moción pulsional, se ha conservado sin cambios, mientras que otro ha experimentado un desarrollo posterior.

¿Cómo representarnos esto? Freud intenta primero compararlo fallidamente con el desarrollo de una ciudad como la Roma "Eterna", tal como nos es descrita por los historiadores: la Roma *Quadrata*, la del *Septimontium*, la de Servio Tulio, la de la República, la del Imperio, etc. ¿Qué podría encontrar un visitante actual de aquellos primeros estadios? O bien directamente nada, o bien restos, o solo ruinas de sus renovaciones que le permitan señalar los lugares donde se levantaban algunos monumentos. Si bien mucho de lo antiguo está aún enterrado en el suelo, bajo modernos edificios, lo que puede encontrar un visitante instruido son meras emanaciones dispersas de la gran ciudad de los últimos siglos, a partir del Renacimiento. No es este tipo de conservación del pasado la que hallamos en un ser psíquico con un pasado extenso y rico, en quien no se hubiera sepultado nada de lo que alguna vez se produjo. Freud tiene en mente una conservación en la que junto con la última fase evolutiva subsisten todas las anteriores. Si quisiéramos transportarlo a una ciudad como Roma, por medio de la fantasía, nos conduciría a un irrepresentable, o absurdo. Si queremos figurarnos espacialmente la sucesión histórica, sólo lo conseguiríamos por medio de una contigüidad en el espacio. Pero un mismo espacio no puede ocuparse por dos puntos simultáneamente. Otra topología, menos intuible parece que está en juego en la filogenia freudiana.

Luego intenta comparar el tipo de conservación del pasado que concierne al psicoanálisis, con el cuerpo animal o humano. Sin embargo, también en este terreno se topa con que las fases previas del desarrollo no se han conservado en ningún sentido; simplemente han dado lugar a las posteriores, a las que sirvieron de material. El embrión no es registrable como tal en el adulto; la glándula del timo infantil, es sustituida tras la pubertad por un tejido conjuntivo y desaparece; en los huesos largos del hombre adulto es posible dibujar el contorno del hueso infantil, pero, como tal, este ha desaparecido, al crecer y espesarse para alcanzar su conformación definitiva.

En conclusión, una conservación semejante de todos los estadios anteriores junto a la forma última sólo es posible en lo anímico, y no nos encontramos en condiciones de obtener una imagen armónica de esto.

Con honestidad y modestia, Freud reconoce que quizás ha ido demasiado lejos con este supuesto, y que eventualmente debiera haberse conformado con afirmar que lo pasado puede persistir en lo anímico, sin destruirse; al mismo tiempo que mucho de lo antiguo sí se destruirá y que ningún proceso es capaz de reanimarlo o reestablecerlo, o incluso que la conservación dependa de algunas condiciones favorables. Pero no sabemos nada de ello, sólo es posible sostener que la conservación del pasado en lo anímico es más una regla que una rara excepción.

En sus textos sólo hemos encontrado una comparación que se acerca a la imagen buscada, al intentar describir la constitución arcaica de "El hombre los lobos". En ella se destaca el efecto de absurdo e inimaginable. Dirá que su vida anímica produce una impresión similar a la que nos genera la religión del antiguo Egipto, en tanto se vuelve irrepresentable

para nosotros porque los estadios de desarrollo se conservan junto a los productos finales, mantiene en vigencia los dioses más arcaicos y los antiguos significados de Dios junto a los más nuevos, extendiendo por una superficie lo que en otros desarrollos deviene en el sentido de la profundidad. (Freud, 1918 [1914], p. 108). En cierto sentido, ya durante su tratamiento con Freud, este paciente era considerado una suerte de “momia psicoanalítica” (Lacan, 1952). Es que otra topología parece entonces estar en juego en esa peculiar relación espacio-tiempo que concierne al psicoanálisis.

La transmisión del pasado: la herencia arcaica

Una última interrogación acerca del papel de la herencia arcaica la encontramos en “Moisés y la religión monoteísta” (1939 [1934-38], p.94-98). Allí, mientras discute el destino de los traumas tempranos en el individuo, aclara que si bien es sencillo pesquisar el modo en que producen efectos desde el Ello cuando se trata de elementos vivenciados por uno mismo (*Selbsterlebt*), la situación se complica si además incluimos en la cuenta la posibilidad de que en la vida psíquica puedan tener eficacia contenidos aportados con el nacimiento, fragmentos de origen filogenético. ¿En qué consiste esta herencia arcaica (*archaische Erbschaft*)? ¿Cuáles son su contenido? ¿Cómo probar tamaña hipótesis?

El inicio de la respuesta freudiana consiste en apelar a las predisposiciones, propias de todo ser vivo, en tanto aptitud e inclinación para seguir ciertas direcciones de desarrollo y reacciones ante determinadas excitaciones y estímulos. Las diferencias individuales quedarían incluidas en esta herencia arcaica, en términos de factor constitucional (*konstitutionelle Moment*). Pero, la uniformidad de las mismas, no resulta un elemento esclarecedor.

La investigación analítica le aporta luego algunos elementos ligados a la universalidad del simbolismo del lenguaje. El hecho corrientemente constatado en los niños de poder subrogar simbólicamente un asunto por otro, de modo no aprendido, lo invita a pensar en un saber originario (*ursprüngliches Wissen*), que el adulto ha olvidado y no comprende por sí mismo sin la ayuda de la interpretación analítica. Dicho simbolismo trasciende la diversidad de las lenguas, por lo que según Freud, estaríamos frente a un caso seguro de herencia arcaica correspondiente al tiempo en que se desarrolló el lenguaje. La objeción podría plantearse diciendo que se trata de vínculos cognitivos entre representaciones establecidos durante la evolución del lenguaje y que se repiten ahora durante el desarrollo individual de dicha función. Al modo de una predisposición pulsional heredada, se heredaría también una predisposición cognitiva (*Denkdisposition*). Considera que con esto no obtendríamos una contribución nueva para el problema en cuestión.

En este punto Freud se va a ver llevado a dar un paso osado, siguiendo lo que el trabajo analítico ha traído a la luz. Durante el estudio de las reacciones frente a traumas precoces, destaca la regularidad con que la que algunas respuestas no se ajustan de manera estricta a lo real y efectivamente vivenciado por el individuo, sino que las mismas se distancian de esto de

un modo que se adecúa más al modelo de un suceso filogenético, y que en términos universales, sólo se podrían explicar invocando su influjo. Vía lógica por la que Freud nos presenta la necesidad del constructo que elabora. La conducta del niño dentro del complejo de Edipo y de castración rebosa de tales tipos de reacciones que parecen injustificadas para el individuo y que sólo se vuelven concebibles filogenéticamente, refiriéndolas al vivenciar de generaciones anteriores. El último paso será entonces, invocar la fuerza probatoria de la clínica y formular la tesis de que la herencia arcaica del ser humano no abarca sólo predisposiciones (pulsionales o cognitivas). Incluye también contenidos y huellas mnémicas de lo vivenciado por generaciones anteriores. Compara esto último con la persistencia de una tradición antigua en un pueblo, de la formación heredada de su carácter, y no de algo que se propague a partir de su comunicación directa o del influjo de la educación.

Es interesante destacar que Freud se ve llevado a sostener este tipo de herencia, con conocimiento cabal de que la actitud contemporánea de la biología ya desestimaba la posibilidad de pensar la transmisión de caracteres adquiridos. Asumiendo el costo de su afirmación, y las distancias con la ciencia oficial, confiesa no poder prescindir de este factor en el desarrollo biológico (*daß wir trotzdem diesen Faktor in der biologischen Entwicklung nicht entbehren können*).

¿Cuál es el argumento más potente para sostener su arriesgada afirmación? El que le brindan aquellos fenómenos residuales del trabajo analítico y que piden ser derivados de la filogénesis (*keinen stärkeren Beweis haben als jene Resterscheinungen der analytischen Arbeit, die eine Ableitung aus der Phylogenese erfordern*). Ve en este paso dado por él una temeridad inevitable. Así como la vida instintiva de los animales se entiende por llevar congénitas a su propia existencia las experiencias de su especie; el animal humano encuentra en su herencia arcaica un equivalente. Sólo su alcance y contenido son diversos. En el caso de los hombres, en el centro de la herencia arcaica, Freud no vacila en declarar que los seres humanos siempre han sabido –de este modo peculiar– que antaño poseyeron un padre primordial y que lo mataron.

Conclusiones

El recorrido realizado a lo largo de la elaboración de este capítulo, nos permite extraer algunas conclusiones respecto de la utilización freudiana del lenguaje de la filogenia. Constatamos que apoyándose en la sentencia de Haeckel (“la ontogenia es una repetición de la filogenia”) Freud logra elaborar una versión propiamente psicoanalítica de la recapitulación que le permite expresar, en el lenguaje de la biología, algo que en sí es irrepresentable y que está ligado al valor patógeno de la sexualidad en la etiología de las neurosis.

Las construcciones paralelas del mito pulsional por un lado, y de los mitos del padre por otro, intentan atrapar y darle una forma discursiva. Ambas sendas de la construcción bien po-

drían ser leídas en términos de la delimitación de dos polos: el de un real libidinal, y el de la potencia de la estructura que se articulan en el llamado “factor filogenético”.

Seis elementos nos parecen que deben ser subrayados en el uso freudiano de la referencia filogenética:

- Que son los “fenómenos residuales” del trabajo analítico el fundamento clínico y la pieza probatoria más importante de la hipótesis filogenética, fenómenos íntimamente vinculados a la etiología de las neurosis y sus productos sintomáticos.
- Que en el uso freudiano de la filogenia está en juego el problema de la especificidad del modo de conservación del pasado en lo psíquico.
- Que lo que se conserva, a pesar de ser expresado en el lenguaje de la biología, supone usos y torsiones inhabituales en ese discurso, que contradicen el paradigma mismo en el que se inscriben. Tal es el caso por ejemplo de la transmisión de caracteres adquiridos, o la idea de un desarrollo lento, oscilante e interrumpido.
- Que es muy difícil lograr una imagen o representación adecuada de lo que está en juego ya que se trata de una figuración no intuitiva de las relaciones entre tiempo y espacio que exige el establecimiento de otra topología.
- Que buscando un fundamento último para los problemas tratados, Freud termina aislando una zona de causalidad biológicamente inconsistente y ajena a toda causalidad del comportamiento animal. A nivel de la etiología sexual, la biología de la especie humana está marcada por una ausencia decisiva de programa que armonice los polos masculinos y femeninos.
- Que filogenia es uno de los nombres de lo real en Freud, ligado a aquello que no cambia por un psicoanálisis, pero frente a lo cual el individuo tendrá la chance de volver a elegir qué hacer. Quizás también por ello a Freud le gustaba tanto citar : “*Aquello que has heredado de tus padres, adquiérello para poseerlo*” (Goethe, “Fausto”, parte 1, escena 1)

Referencias

- Bercherie, Paul, (1988) *Génesis de los conceptos freudianos. Cap. IX La síntesis evolucionista (I): Fundamentos teóricos* (pp. 182-212). Paidós, Buenos Aires, 1988.
- Duvernay Bolens, J. (2001/2002). La théorie de la récapitulation de Haeckel à Freud. *Topique*, 75, 13-34. DOI 10.3917/top.075.0013
- Escars, C. J. (2015). La herencia y lo singular. En C. Escars (comp.) *Declinaciones del padre, lecturas psicoanalíticas de la época* (pp. 155-168). Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1900 [1899]). La interpretación de los sueños. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomos IV, V*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo X* (pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1910 [1909]). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 1-51). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1911 [1910]). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XI* (pp. 1-71) Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1913). El interés por el psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIII* (pp. 165-192), Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1917 [1916-17]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 16° conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 223-234). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1917 [1916-17]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 22° conferencia. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 309-325). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1917 [1916-17]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 23° conferencia. Los caminos de la formación de síntoma. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1918 [1914]). De la historia de una neurosis infantil. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 1-111). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1919). Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1923). El yo y el ello. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 177-188). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1926 [1925]). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1930 [1929]). El malestar en la cultura. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1933 [1932]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 32° conferencia. Angustia y vida pulsional. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp. 75-103). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1939 [1934-38]). Moisés y la religión monoteísta. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 1-132). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1940 [1938]). Esquema del psicoanálisis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 133-210)., Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

- (1941 [1938]). Conclusiones, ideas, problemas. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 301-302). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1952) *Gesammelte Werke*. Londres: Imago Publishing Co..
- Gould, S. J. (2010). *Ontogenia y filogenia, la ley fundamental biogenética*. Barcelona: Crítica.
- Haeckel, E. (1877). Histoire de la création des êtres organisés d'après les lois naturelles. Paris: C. Reinwald et Cie.
- Lacan, J. (1952). Notas sobre el Seminario del hombre de los lobos. Inédito.
- (1959-1960). *El Seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2016.

Bibliografía ampliatoria

- Bleichmar, S. (1990). Lo inconciente. En S. Bleichmar; L. Hornstein; D. Maldavsky; J. Gutiérrez Terrazas & J. Rodríguez, *Lecturas de Freud* (pp. 13-100). Buenos Aires: Lugar.
- de Casas, C. (2011). La palabra como acto y la enunciación. En C. Escars (comp.). *La trama de la interpretación* (pp. 143-149). Buenos Aires: Letra Viva.
- Escars, C. J. (coord.) (2014). *Problemáticas del psicoanálisis. Actualidad de los atolladeros freudianos*. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/47786/Documento_completo___.pdf?sequence=1
- Freud, S. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo III* (pp. 25-40). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1906 [1905]). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo VII* (pp. 259-272). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 217-232). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1913). Tótem y tabú. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. XIII* (pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1919 [1918]) Nuevos caminos de la terapia analítica. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 151-164). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- (1930 [1929]). El malestar en la cultura. *Obras Completas de Sigmund Freud, Vol. XXI* (pp. 57-152). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- (1933 [1932]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 32ª conferencia: Angustia y vida pulsional. *Obras Completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp. 75-88). Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Karlen Zbrun, H. (2012). *Resistencia, goce, saber: La función de las resistencias en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos 1* (pp. 86-93). Buenos Aires: Siglo XXI, 1991.
- (1956). Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956. *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- (1958). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis apartados. *Escritos 2* (pp. 513-564). Buenos Aires: Siglo, 1998.

- (1958). La significación del falo. *Escritos 2*, (pp. 563-662). Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2008.
- (1959-1960). Observación sobre el informe de Daniel Lagache. *Escritos 2* (pp. 617-652). Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2008.
- (1969-1970). *El Seminario. Libro XVII: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Lamarck, J.-B. (1809). Philosophie zoologique ou exposition des considérations relatives à l'histoire naturelle des animaux, de l'imprimerie de Duminil-Lesuer. *Rue de la Harpe, 78*.
- Laplanche, J. (1970). *Vida y Muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- (1977) *Problemáticas IV. El inconciente y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu, 1981.
- Laplanche, J. & Pontalis, J-B (1968). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Labor, 1993.
- Napolitano, G. (coord.) (2013). *El campo de las neurosis en la obra de Freud*. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/31672/Documento_completo_.pdf?sequence=1
- Petrella, L. (2011). Antecedentes de una pragmática lingüística en Freud. En C. Escars (comp.), *La trama de la interpretación*. (pp.133-142). Buenos Aires: Letra Viva.
- Romanes, G. J. (1881). *L'Évolution mentale chez les animaux*. Paris: C. Reinwald et Cie, Libraires-éditeurs.
- Sulloway, F. (1979). *Freud, Biologist of the Mind: Beyond the Psychoanalytic Legend*. New York: Basic Books.
- Zenoni, A. (1991) *Le corps de l'être parlant. De l'évolutionnisme à la psychanalyse*. Bruxelles-Paris: De Boeck – Éditions Universitaires.
- Zenoni, A. (1993). La biologie de la psychanalyse. *Quarto*, 52, 93-99.
- Zenoni, A. (1995) Mythe et réel. *Quarto*, 57, 7-10.

Los autores

Coordinadores

de Casas, Claudia Elena

Es Licenciada en Psicología (UNLP). Profesora Adjunta Ordinaria a Cargo de Teoría Psicoanalítica (UNLP). Fue Coordinadora del Área Clínica del Centro de Extensión de Atención a la Comunidad de la Facultad de Psicología de la UNLP desde el 2011 al 2018. Actualmente se desempeña como Secretaria Académica de la Facultad de Psicología de la UNLP. Ha participado en numerosos proyectos de investigación de la UNLP, en carácter de integrante y directora. Ex-residente y Jefe de residentes del Hospital "Dr. José Esteves" y "Prof. Dr. R. Rossi". Ha publicado artículos, capítulos de libros y en actas de congresos de la especialidad y otros relativos a la extensión universitaria.

Soria, Lucía

Es Licenciada y Profesora en psicología (UNLP). Docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica desde el año 2011 y becaria doctoral de la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente participa del proyecto de investigación "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos actuales en psicoanálisis. Segunda etapa" (PPID/S019).

Weretilneck, Marcelo

Es psicoanalista, docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica, Facultad de Psicología (UNLP).

Autores

Badr, Marisa I.

Es psicoanalista, docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica (UNLP). Participa en proyectos de Investigación de la Facultad de Psicología de la UNLP. Trabaja en la Subsecretaría de Atención a las adicciones.

Birch, Christian Roy

Es psicoanalista, ha sido docente de la Universidad Nacional de La Plata en las cátedras de Teoría Psicoanalítica, Psicopatología I y Epistemología y Metodología de la Investigación Psicológica. Graduado de la carrera de Licenciatura en psicología (UNLP); posgraduado de la carrera de Especialización en clínica psicoanalítica de adultos (UNLP), Mgt. en psicoanálisis (Universidad de París 8).

Campione, Nicolás

Es Profesor en psicología y estudiante de la Licenciatura en psicología (UNLP), adscripto graduado a la cátedra Teoría Psicoanalítica, y auxiliar en investigación en el proyecto "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos actuales en psicoanálisis. Segunda etapa" (PPID/S019).

Cejas, Natalia

Es psicoanalista, docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica de la UNLP y participa del proyecto de investigación "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos actuales en psicoanálisis. Segunda etapa" (PPID/S019). Es ex residente del Hospital M.V. Larraín de Berisso y actualmente se desempeña como Jefa de Sala en el Hospital Interzonal Especializado en Toxicología y Salud Mental de la ciudad de La Plata

De Cristófolo, Cecilia M.

Es psicoanalista, docente en Teoría Psicoanalítica (Facultad de Psicología, UNLP). Participa en proyectos de investigación del Laboratorio de Investigaciones en Psicoanálisis y Psicopatología (LIPPSI) de la Facultad de Psicología, UNLP ("Cuerpo, época y presentaciones sintomáticas actuales: interrogantes y desafíos en Psicopatología infanto-juvenil"). Participó en actividades de Extensión (Admisión y Atención de pacientes con Trastornos de la Alimentación en los Consultorios Psicológicos en Berisso durante 2017 y Coordinación y Participación del proyecto Toxicomanías: un abordaje interdisciplinario entre 2011 y 2014).

Es psicóloga en el Servicio de Nutrición del Hospital Interzonal de Agudos Especializado en Pediatría Sor M. Ludovica de La Plata desde 2015.

Delfino, Juan

Psicoanalista. Lic. en psicología de la UNLP. Ex docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica de la UNLP. Ex Residente y Jefe de residentes de psicología del hospital "Dr. A. Korn", La Plata, y ex Jefe de Residentes del PRIM Tandil. Participó del proyecto de investigación "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos actuales en psicoanálisis" (PPID/S004), acreditado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP. Actualmente desempeña funciones en el Sistema Integrado de Salud Pública de Tandil.

Fracassi, Mariela G.

Es estudiante de la Licenciatura y del Profesorado en psicología (UNLP). Realizó la adscripción como alumna en la cátedra Teoría Psicoanalítica (2016-2017).

Mayorga, Rocío

Psicoanalista y docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica (UNLP). Ha participado de varios proyectos de investigación y en la actualidad es integrante del proyecto "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos actuales en psicoanálisis. Segunda etapa" (PPID/S019), acreditado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP. Se desempeña como psicóloga en el servicio de Consultorios Externos de Salud Mental en el Hospital Dr. Alejandro Korn.

Miranda, Fabián

Es Licenciado y Profesor en psicología (UNLP). Realizó la adscripción a la docencia universitaria como alumno y graduado en la cátedra Teoría Psicoanalítica, actualmente es docente en dicha cátedra, también se ha desempeñado como docente del Curso Introductorio a las carreras de la Facultad de Psicología (2015 y 2017). En la actualidad realiza una residencia PRIM (Programa de residencias integradas multidisciplinares) en psicología en el Hospital Zonal General de Agudos "Mi Pueblo" de Florencio Varela.

Moya, Clarisa

Es Licenciada y Profesora en psicología (UNLP). Se desempeñó como auxiliar alumna (2014) y como adscripta graduada (2016-2017) en la cátedra Teoría Psicoanalítica de la Facultad de Psicología, UNLP. Participó en diversos proyectos de extensión universitaria. Realizó la Residencia de Psicología en el Hospital Mario V. Larrain de Berisso. Actualmente realiza la Residencia pos básica de Psicología en Trasplante de Órganos en el Hospital San Martín de la Plata

Passerini, Amalia de la Merced

Es psicoanalista y doctora en Psicología. Jefe de Trabajos Prácticos Interino de la Cátedra Teoría Psicoanalítica de la Facultad de Psicología de la UNLP. Ha presentado trabajos en reuniones científicas, vinculados a la temática que investiga: el cuerpo en la experiencia virtual desde una perspectiva psicoanalítica. Codirige el Proyecto de investigación Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos en Psicoanálisis. Segunda Etapa (PPID/S019).

Patriarca, Agostina

Es Licenciada y Profesora de psicología (UNLP). Realizó la adscripción como alumna en la cátedra Teoría Psicoanalítica y se desempeñó como ayudante alumna del Curso Introductorio

de la Facultad de Psicología, ambos de la UNLP (2016-2017). Actualmente realiza la Residencia de Psicología PRIM (Programa de Residencias Integradas Multidisciplinarias) en la Unidad Sanitaria Cortés, perteneciente a la localidad de Moreno.

Pérez, Javier M.

Es Licenciado en psicología (UNLP), practicante del psicoanálisis, docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica de la UNLP. Ex residente y ex jefe de residentes de Psicología del Hospital Prof. Dr. R. Rossi de La Plata. Participa en el proyecto de investigación "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos en psicoanálisis. Segunda etapa" (PPID/S019) de la Facultad de Psicología de la UNLP.

Pérez Abella, Alma

Es psicoanalista, miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Magister en Psicoanálisis por la Universidad de Buenos Aires. Docente de la cátedra Teoría Psicoanalítica y responsable del Ciclo de Cine y Psicoanálisis en la Facultad de Psicología (UNLP). Ha publicado varios artículos en libros y revistas. Recientemente salió publicado el libro de su autoría titulado "Los afectos, el pudor y lo femenino" (Gramma, 2018).

Piro, María Cristina

Es Psicoanalista, miembro de la Escuela de Orientación Lacaniana, Sección La Plata. Vicedecana de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. Es Profesora y Licenciada en Psicología (UNLP), especialista en Clínica Psicoanalítica con Adultos (UNLP-Colegio de Psicólogos de la Pcia. de Bs.As.) y especialista en Psicología Clínica con Orientación en Niños y Adolescentes (Colegio de Psicólogos de la Pcia. de Bs.As.). Es Profesora Adjunta Ordinaria a cargo de la asignatura Psicopatología II (UNLP) y Directora del Laboratorio de Investigaciones en Psicoanálisis y Psicopatología (LIPPSI-UNLP). Es investigadora del Programa de Incentivos con categoría III.

Praderio, Fernando Esteban

Es Licenciado en psicología (UNLP), ayudante diplomado ordinario de la cátedra de Teoría Psicoanalítica. Psicoanalista.

Urban, Juliana

Es Licenciada y Profesora de Psicología (UNLP). Fue auxiliar alumna y adscripta graduada de la cátedra de Teoría Psicoanalítica. Actualmente se desempeña como docente interina de dicha cátedra. A su vez, es integrante del proyecto de investigación "Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana. Desarrollos actuales en psicoanálisis. Segunda etapa" (PPID/S019) UNLP.

Volta, Luis

Es psicoanalista. Lic. y Prof. en psicología (UNLP). Esp. en Psicología Clínica de Adultos (Col. De Psic. de la Pcia. de Bs. As.) Mgt. en Psicopatología (Université Rennes II). Doctorando en Psicología (UNLP). Docente de grado (JTP de la cátedra Teoría Psicoanalítica de la UNLP y Prof. Titular de Psicopatología de la UCALP) y posgrado (Especialización en Clínica Psicoanalítica con Adultos – UNLP); Investigador (Cat III) en proyectos acreditados desde el año 2002 de la Facultad de Psicología UNLP con publicación de artículos, capítulos de libros y actas de congresos de la especialidad. Actualmente es Co-Director del proyecto promocional de investigación y desarrollo "Psicosis en el lazo social". Jefe de Consultorios Externos e Instructor de residentes de Psicología del Servicio de Salud Mental del HIGA Prof. Dr. R. Rossi, La Plata.

Problemáticas del psicoanálisis 2 : vigencia de la letra freudiana /
Claudia Elena De Casas... [et al.] ; coordinación general de
Claudia Elena De Casas ; Lucía M. Soria ; Marcelo Weretilneck.-
1a ed.- La Plata : Universidad Nacional de La Plata ; La Plata :
EDULP, 2019.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-34-1786-7

1. Sueños. 2. Teoría Psicoanalítica. 3. Teoría Freudiana. I. De Casas, Claudia Elena, coord.
II. Soria, Lucía M., coord. III. Weretilneck, Marcelo, coord.
CDD 150.1952

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644 7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2019
ISBN 978-950-34-1786-7
© 2019 - Edulp

S
sociales


Editorial
de la Universidad
de La Plata



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA